



# Fuego sobre Nápoles

## RUGGERO CAPPuccio

Nuevos Tiempos Siruela



Ruggero Cappuccio

## **Fuego sobre Nápoles**

Traducción del italiano  
de Carlos Gumpert

**Siruela** Nuevos Tiempos

## Índice

### Fuego sobre Nápoles

1. Pozzuoli. 13 de mayo. Mañana.  
Una lancha motora blanca en el mar
2. Nápoles. 13 de mayo. Mañana.  
El estudio del pintor Francesco De Mattia
3. Posillipo. 13 de mayo. Mañana.  
Villa Sangrano
4. Nápoles. 13 de mayo. Tarde.  
Comida en Villa Sangrano
5. Nápoles. 13 de mayo. Tarde.
6. Nápoles. 13 de mayo. Última hora de la tarde.  
San Sebastiano
7. Nápoles. 13 de mayo. Noche.  
Una fiesta en Villa Valenti
8. Posillipo. 13 de mayo. Noche.  
Villa Sangrano
9. Nápoles. 14 de mayo. Primeras horas de la madrugada.  
Lido Virgilio
10. Posillipo. 14 de mayo. Mañana.  
Villa Sangrano
11. Nápoles. 14 de mayo. Mañana.  
La casa de Diego Ventre
12. Nápoles. 14 de mayo. Mañana.  
Las calles

13. Nápoles. 14 de mayo. Tarde.  
Un ático en San Giovanni
14. Nápoles. 14 de mayo. Tarde.  
Una jornada de Diego Ventre
15. Nápoles. 14 de mayo. Tarde
16. 14 de mayo.  
Una jornada de Maria Amerigo
17. Nápoles. 14 de mayo. Tarde.  
El bufete Ventre
18. Posillipo. 14 de mayo. Tarde.  
Villa Sangrano
19. Nápoles. 14 de mayo. Noche
20. Posillipo. 14 de mayo. Noche.  
Villa Sangrano
21. Nápoles. 15 de mayo. Alba
22. Nápoles. 15 de mayo. Alba
23. Nápoles. 15 de mayo. Tarde.  
Consulta De Giuseppe
24. Nápoles. 15 de mayo. Tarde.  
En la Milla de Oro
25. Roma. 15 de mayo. Tarde.  
Casina Valadier
26. Nápoles. 16 de mayo. Mañana
27. Posillipo. 16 de mayo. Medianoche.  
Villa Pollione
28. Posillipo. 17 de mayo. Medianoche.  
Villa Pollione
29. Posillipo. 18 de mayo. Medianoche.  
Villa Pollione
30. Los Ángeles-Santa Mónica. 19 de mayo. Tarde 174

31. Nápoles. 19 de septiembre. Alba
32. Cetara. 20 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba
33. Cetara. 20 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba
34. Cetara. 20 de septiembre. Noche.  
La Almadraba
35. Salerno. 21 de septiembre. Mañana.  
El bufete Ventre
36. Salerno. 21 de septiembre.  
Primera hora de la tarde
37. Cetara. 21 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba
38. Cetara. 21 de septiembre. Noche.  
La Almadraba
39. Salerno. 22 de septiembre. Mañana.  
Clínica de Pontecagnano
40. Cetara. 22 de septiembre. Mañana.  
La Almadraba
41. Templos de Paestum. 22 de septiembre. Mañana
42. Cetara. 22 de septiembre. Noche.  
La Almadraba
43. Cetara. 23 de septiembre. Mediodía.  
La Almadraba
44. Cetara. 23 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba
45. Cetara. 23 de septiembre. Las 19.15 horas.  
La Almadraba
46. Salerno. 23 de septiembre. Las 20.40 horas.  
En el puerto
47. Cetara. 24 de septiembre. Mañana.

La Almadraba

48. Salerno. 24 de septiembre. Tarde.  
El bufete Ventre

49. Cetara. 24 de septiembre. Noche.  
La Almadraba

50. Posillipo. 24 de septiembre. Noche.  
Villa Pollione

51. Nápoles. 24 de septiembre. Noche.  
En el agua

52. Nápoles. 24 de septiembre. Noche.  
Lido Virgilio

53. Portici. 25 de septiembre. Alba.  
Convento de San Pasquale

54. Roma. 25 de septiembre. Alba.  
En via Nomentana

55. Un día de octubre

56. Un día de noviembre

Gracias

Notas

Créditos

Los personajes que aparecen en esta novela son puramente imaginarios.  
Toda referencia a hechos o personas reales es mera coincidencia.

A Idolina Landolfi,  
que nos enseñó sonriendo  
cómo lo que ya no existe  
puede seguir existiendo.

Esta historia tuvo lugar el año próximo.

## **Fuego sobre Nápoles**

**Pozzuoli. 13 de mayo. Mañana.  
Una lancha motora blanca en el mar**

—Dentro de cinco meses, como mucho, Nápoles dejará de existir. Dentro de cinco meses, como mucho, de Nápoles no quedará ni rastro. Los Campos Flégreos nos están preparando el finiquito. La ciudad será destruida. Habrá una violenta explosión inicial. Se formará una columna eruptiva que dará vida a gases incandescentes, fragmentos de magma y de rocas que serán lanzados a decenas de kilómetros de altura. Aquí, por lo general, los vientos dominantes soplan del noroeste, que coincide además con la orientación del maestral. Por eso, las erupciones vesubianas y las flégreas deforman sus columnas hacia el sureste y por eso, Nápoles, hasta hoy, se había salvado. Pero esta vez será distinto. Hace treinta cinco mil años, hubo una violentísima erupción en los Campos Flégreos: la toba gris que vomitó la hemos encontrado en el fondo de todo el Mediterráneo. La hemos encontrado hasta en Siberia. El material en caída alcanzará Nápoles de lleno. En esta ocasión, la columna eruptiva no aguantará mucho, caerá de nuevo al suelo y se deslizará en distintas direcciones. Podrá llegar a velocidades de hasta ciento cincuenta kilómetros por hora. Los flujos piroclásticos alcanzarán temperaturas de centenares y centenares de grados y arrasarán todo lo que encuentren a su paso. Ser arrollado por un flujo piroclástico es como ser arrollado por un tren incandescente. Pero aún hay más. Esta vez sufriremos una erupción y una inundación. Las cámaras magmáticas de los Campos Flégreos se vaciarán rápidamente y atraerán el agua de las áreas que las rodean. Atraerán el mar. El agua entrará en contacto con la elevada temperatura del magma, vaporizándose rápidamente y originando una ráfaga de explosiones difusas que proyectarán fuera del centro eruptivo nubes de baja intensidad. Nosotros las llamamos *surges*. Los *surges* pueden ser de dos tipos. Los *hot and dry*, es decir, calientes y secos, con temperaturas de hasta quinientos grados. O bien, *cold and wet*, es decir, fríos y húmedos, con temperaturas de hasta doscientos grados. ¿Se acuerda de los esqueletos de Herculano que se encontraron ocultos bajo restos de soportales? Tenían todos el cráneo partido a causa de profundas lesiones. En un primer momento, se pensó que habían sido alcanzados por el derrumbe de las edificaciones. No era eso. Las fracturas no habían sido provocadas por una presión externa sino por una interna. Esas personas fueron arrolladas por *surges hot and dry*. La muerte se debió a una vaporización de los líquidos cerebrales, cuya presión aumentó hasta estallar. El fallecimiento fue instantáneo. Todos descarnados, en un instante. Ahora, en los Campos

Flégreos se formarán grietas en la corteza terrestre. Serán grietas largas, muy largas, que podrán superar los diez kilómetros. El magma saldrá por allí también. La toba amarilla napolitana salió a la luz así, hace once mil años. Todo lo que fue construido gracias a las grietas volcánicas, será destruido gracias a las grietas volcánicas. Probablemente se produzca un hundimiento del territorio flégreo. Algunos kilómetros cuadrados. Se creará una caldera de forma circular o elíptica. Se producirá un colapso volcánico-tectónico del área entera. El mar entrará en Nápoles. El mar entrará en las calles de Nápoles. Pozzuoli, estimado abogado, dado que la tenemos delante, contéplela bien. Porque tal vez sea la última vez que la vea.

El profesor Corso ha hablado en voz baja, girando entre las manos sus gafitas doradas. Las lentes, traspasadas por el sol, astillan dos clavos de luz en la camisa blanca de Diego Ventre. La lancha motora flota en la deriva serena de la mañana. La mano derecha de Diego acaricia el timón. Sus ojos oscuros no abandonan la frente del profesor. Ventre se desabrocha la camisa, se afloja el cinturón. Se quita los pantalones y se zambulle. Desaparece hacia abajo, hacia el fondo, en un momento. Enrico Corso se pone las gafas. Contempla los círculos de plata sobre el agua, allí donde Ventre acaba de sumergirse, y en esos círculos ve definitivamente atornilladas sus propias palabras: calderas, erupciones, marejadas apocalípticas. Se pregunta si será verdad todo lo que acaba de decir y se lo pregunta solo por el gusto de contestarse que sí, que todo es cierto, todo es cierto, se siente atrapado en las fauces del por desgracia humano y del orgullo científico. En el fondo de su conciencia aflora la sonrisa glacial de quien recoge una confesión de la naturaleza antes de que se cometa el pecado. El malecón ferroso de Pozzuoli está ahí delante. Serán trescientos metros. Todo parece muerto ya. Ventre emerge de nuevo. Se alza por el borde de la barca con la turgencia dorsal de un delfín. Los antebrazos secos y musculosos se extienden. Sus cabellos castaño oscuro, lisos y compactos hacia atrás en la cabeza salada, apenas dejan entrever en las sienes y en un mechón un guiño de ceniza blanca. Cuarenta y cinco años, inquietos como la movilidad bruñida de sus abdominales. La toalla roja interrumpe el chorreo de gotas.

—Profesor, ya sabe que le aprecio, pero ¿está usted seguro?

—Abogado, me hizo jurarle que sería usted el primero en saberlo.

Diego Ventre contempla el puerto de Pozzuoli. Aún lleva en los ojos la onerosa veladura del verdeazul que ha visto debajo del agua.

—Ponga en marcha el motor, abogado, costee las rocas.

Ventre se pone la camisa, que se empapa de la blancura húmeda de su piel clara. Presiona el botón de arranque de la *Dafne*, la lancha motora más hermosa del puerto de Nápoles. El estruendo del motor quiebra por un instante los presagios inmóviles del profesor. La lancha roza las callosidades milenarias de las peñas enarenadas de negro. Un cigarrillo para el profesor. Un purito para Ventre. Olas débiles gargajean espumas de marfil contra la costa. Nubes bajas aplastan el horizonte y provocan cansancio al sol. El dedo índice izquierdo de Corso señala allí, un poco más lejos. Seis lubinas flotan muertas casi a ras del agua. La tinta metálica de las escamas agoniza borrada por la palidez del final. A su alrededor, flujos de humo vibran sobre el mar en siniestros burbujes.

—Apague el motor, abogado. ¿Lo ve? Fumarolas marinas. Es gas. Por eso mueren los peces. En los últimos meses hemos observado crecientes emisiones de gas radón. Es un gas pesado. Es más denso que el aire. Es un gas inodoro. Los huecos enterrados de la zona están repletos. Cada día que pasa están más llenos. Mire allí, por detrás de esa casa gris. Allí, las deformaciones del suelo son de locura. Deformaciones con elevaciones acampanadas. Los gases de las fumarolas van en aumento. Ha aumentado su temperatura también. El agua de los pozos de la zona se va calentando semana tras semana.

—¿Y usted dice que dentro de cinco meses Nápoles dejará de existir?

—Esta mañana hemos tenido una conferencia en el Observatorio vesubiano. Han venido a la ciudad los ocho mayores expertos del mundo. Más que ocho vulcanólogos, son ocho padres eternos. Y están todos de acuerdo conmigo. Discúlpeme, abogado, pero usted se ha quedado en los tiempos en que esas previsiones se hacían con un tal vez. ¿Se acuerda de hace once años? Se dijo: modesto fenómeno de bradisismo en Pozzuoli, con una elevación de cuarenta y cinco centímetros en el barrio Terra. Y así fue. En el verano de hace cuatro años se previeron dieciocho fenómenos sísmicos leves en el territorio vesubiano. Y tal como habían sido anunciados, así se manifestaron. Desde entonces ha pasado más tiempo, hoy las prospecciones tecnológicas son infalibles. Los japoneses y los americanos: nuestra ruina. Tal vez fuera mejor no saber. Pero así están las cosas. Prevemos los plazos de desarrollo de una destrucción igual que lo hace un médico con una enfermedad terminal. Mañana por la tarde nos reuniremos con las instituciones.

—¿Las instituciones?

—El alcalde de Nápoles, y los alcaldes de los dieciocho ayuntamientos en peligro. El presidente de la Región, el de la Provincia, el prefecto, el jefe de la policía y toda la gente necesaria. Abogado, está claro, ¿no? Hay que desalojar. La gente tiene que marcharse. Yo, en mi condición de director del Observatorio, es eso lo que sé y eso es lo que voy a contar.

—Así se hará, profesor, así se hará. Pero no mañana. Usted no dirá nada mañana. Me hacen falta treinta días. Treinta días de silencio. Nada de reuniones. Nada de entrevistas. Y, sobre todo, nada de alusiones. Ustedes son científicos. Gente escrupulosa. Esos treinta días les hacen falta también a ustedes.

—Abogado, me está pidiendo algo imposible.

—Profesor, se lo digo con una sonrisa en los ojos: las cosas imposibles se les piden siempre a quienes nos han pedido cosas imposibles. Yo le conocí hace ocho años, ¿se acuerda? Fui a verle al Observatorio. Llovía a mares y aquel día la amenaza del fuego y de las lascas parecía solo una fantasía. Fui a verle porque hacía algunos meses que algo me taladraba obstinadamente las sienes. Había comprendido que la riqueza de estas tierras, sus edificios, sus bancos, sus tiendas, la política, las actividades lícitas e ilícitas — que, como bien sabe usted, aquí son una sola cosa— tenían jueces con los que se podía discutir y jueces con los que no se podía discutir. Las negociaciones son la clave de todo. Las negociaciones son el agua que riega el control de las cosas, el control de los hechos y el control del poder. Pero verá, es usted un hombre inteligente. Con el gas y las calderas

no caben las negociaciones. Es imposible. De eso me di cuenta yo antes que los demás. Aquel día de hace ocho años me entretuve con usted desde las nueve y veinte de la mañana hasta las cuatro y cuarto de la tarde. Profesor: seis horas y cincuenta y cinco minutos de electrónica, sismógrafos, filmaciones. ¿No lo habrá olvidado? ¿Qué opina usted?, ¿por qué cree lo hice? Nos caímos bien de inmediato y cuatro años después conseguí que le otorgaran la licencia municipal para que se construyera su casa de veraneo en Villa del Greco. Una licencia municipal imposible. Ni a un cardenal se la hubieran dado. Pero yo me empeñé a fondo. Le traté como a un amigo. Yo conocía al alcalde y se hizo el plan urbanístico que debía hacerse. Para construir la casa tal como la quería su mujer, sin embargo, hacía falta un préstamo hipotecario. Y se trataba de un préstamo serio. Ustedes, por desgracia, no cumplían con los requisitos. Pero mi amistad hacia usted era de las de verdad y el banco le dio un trato de favor.

—Abogado, disculpe, no sé si se da usted cuenta... Me está chantajeando.

—Profesor, no empleemos palabras pasadas de moda.

—Total, si nos vamos a quedar todos sin nada.

—Ahí es donde se equivoca. Usted puede prever lo que harán los volcanes. Pero lo que hará la gente, eso lo sé yo. También a usted le hacen falta treinta días. La casa de veraneo tendrá que venderla. Yo tengo que vender bastantes cosas. Y tal vez tenga que comprar también algunas otras.

—Pero los colegas...

—Los colegas esperarán. Disfrutarán de un estupendo ciclo de conferencias sobre Pompeya, sobre Herculano, usted convocará nuevas reuniones: les explicará que ha hablado con las instituciones y que por motivos de organización y de seguridad durante los próximos treinta días no se hablará del asunto. Naturalmente, será una cuarentena pagada. Mándelos a todos al Excelsior, haga que vengan sus mujeres y sus hijos para que pasen todos juntos unas estupendas vacaciones. Y que disfruten, antes de que el paraíso desaparezca. Ya me pondré yo en contacto con ellos cada tarde. Verá cómo esos treinta días les cambian la vida a ellos también. Estamos de acuerdo, entonces.

El profesor Corso se pasa la mano derecha por la calva, se enciende otro cigarrillo. El puro del abogado no ha llegado a apagarse.

—Profesor, habrá traído un mapa como es debido, por lo menos. A ver, explíqueme bien qué es lo que se quemará en Nápoles y qué es lo que se inundará.

**Nápoles. 13 de mayo. Mañana.**  
**El estudio del pintor Francesco De Mattia**

La mano del pintor era febril, como afectada por un morbo de la sangre que hinchaba las venas. Y, con todo, se movía con lentitud, buscando el pincel adecuado, probando con el dedo índice derecho los pelos vírgenes o los ya empapados en los azules, en los rojos, en los disolventes. Era el decimonoveno día. Era la decimonovena vez que Luce di Sangrano venía a posar para su retrato. La belleza de sus veintisiete años, durante diecinueve turnos de posado, había partido en dos el hastío de Francesco, como un limón verde, exprimiendo de su interior un jugo de desasosiego, un jugo de insomnio que, a sus ya desengañados treinta y ocho años, él desde luego nunca hubiera sospechado poseer.

Aquel era el día en el que el pintor buscaba la tonalidad de su tez. A la cita con los rosas, los marfiles y los pálidos llegó cansado, tal como había querido. Sabía perfectamente que solo la postración de todas sus fuerzas podía hacerle capaz de desplomarse en la parte más irracional y más instintiva de sí mismo, donde permanecía bien oculta la promesa del arte.

Durante diecinueve noches había jugado a tapar y a descubrir el cuadro. En ocasiones, tras apagar todas las luces de la casa, para mirarlo a la luz de las velas; otras, exponiéndolo, como en la mesa del depósito de cadáveres, sobre el tablero de trabajo de la habitación grande, bajo el ultraje deslumbrador de la araña del centro. Muchas veces se despertaba en plena noche como asaltado por un remordimiento incomprensible, caminando desnudo entre pilas de marcos y caballetes, con una linterna en la mano. Levantaba una extremidad del paño color amaranto que cubría la tela e iluminaba un dedo, un codo, un mechón de pelo de la joven. Sabía que la obsesión le estaba extorsionando el cerebro, sabía que la obsesión le estaba acuchillando el pecho, como si fuera una espada caliente capaz de traspasarlo de dentro hacia fuera, sabía todo eso, lo sabía y era feliz.

Para Luce di Sangrano quería pintar el cuadro más hermoso y estaba poseído por el horror de que, precisamente por esa abnegación suya, pudiera convertirse en un escupitinajo mediocre.

De esta forma, había perseguido el cansancio, caminando mucho, no durmiendo casi nada, comiendo lo mínimo que le permitiera soportar el peso de los párpados: esa mañana se le habían vuelto de plomo, y era eso todo lo que quería.

Luce di Sangrano era de una belleza que admitía ser vista un solo segundo y nada más.

Todo estaba contenido en los ojos. Todo estaba en ese punto donde se producía el encuentro entre el arranque de la nariz y la frente. Durante los últimos diecinueve años había cruzado mañana y tarde via Chiaia, via Toledo, piazza del Gesù, hasta el cruce con via Benedetto Croce, y había sido arañada por ráfagas de miradas y ojeadas: varones de todas las edades. Pero en cada ocasión, una sola mirada, una ojeada sola. El vicio obligado de los hombres quedaba aprisionado de inmediato por los ojos de ella, como un imán atraído por el rigor del hierro. Y de ese hierro cataban los hombres el frío de una belleza que no admitía insistencias. Las piernas largas y fuertes, las caderas dulces, los trapecios firmes a lo largo de toda la espalda, tensa en un arco dorsal de hembra jovencísima y madura, quedaban borrados por sus ojos.

El obrero sudado, el empleado de banca aniquilado en el agua de colonia, el funcionario jubilado, se cruzaban con ella allí, entre los ojos, la nariz y la frente, hasta quedar confundidos. Un estruendo interior buscaba la blasfemia carnal, colgaba las palabras entre el cerebro y la voz, liberaba la idea de qué pedazo de tía, qué mujer, qué putón, pasemos un ratito juntos, virgen santa, qué almeja, qué maravilla, ven aquí agáchate un momento, solo el rato de un revolcón, sublime, sublime, sublime.

Pero Luce no era nada de todo eso, en semejantes pensamientos no encajaba, y quien los paría desde la superstición erótica del sur acababa apagándoselos en su cuerpo y notando su hedor, como si esas ideas fueran claveles secos retirados de las tumbas y arrojados para que se pudrieran entre la inmundicia de los camposantos.

Esos vocativos lanzados como piedras en medio del estanque de la propia sangre de los seductores, ese hombrear obstinado se retraía, tras haberla visto, como disgustado de sí mismo, acompañado por el sentimiento de la ocasión perdida, esa que te zahiere la conciencia mientras comprendes que podías haber dicho otra cosa, podías haber pensado otra cosa, podías haber hecho otra cosa.

Francesco De Mattia había hecho del «mirar» su religión. Y, por más que desde una altura distinta, su mirada hacia ella no estaba muy lejos de las ojeadas impetuosas que centenares de hombres astillaban cada día sobre el cuerpo de la muchacha. Francesco no la captaba, no conseguía situarla en el espacio. Cuando Luce llegaba al último piso del estudio de via Croce, cuando él le abría la puerta, cuando ella entraba con un hilillo de aliento reforzado tras subir las escaleras andando, De Mattia notaba en las fosas nasales la emoción de un escalofrío alcohólico. Luce desfilaba por delante de él sonriendo apenas y entraba en la sala de trabajo. Francesco se veía embestido por un sabor nasal de azúcares embriagadores, no excesivamente distinto a ese whisky que había sido capaz de abandonar dos años antes y del que existían testimonios decisivos en las miles de botellas vacías esparcidas por toda la casa.

Hoy, hoy también, mientras amasaba un amarillo de Nápoles con colorante azulado para obtener un blanco, le parecía advertir los vapores de un Pantelleria que le había gustado mucho. Memorias de vinos, memorias de licores, en cuyo interior se había hecho una cuna materna de nada, durante los largos veranos napolitanos, cuando los días carecían de promesas y las noches le dejaban huérfano de instintos. Hoy, hoy también recuerdos de bebidas, como si todas las botellas vaciadas estuvieran llenas, rebosantes, y

exhalaban un chorro jubiloso mezclado con trementina.

—La idea del retrato ha sido de mi padre.

Luce hablaba al cabo de dos horas de silencio. Su voz vibraba baja, con una efervescencia sosegada. Francesco advirtió una leve expansión en el estómago.

—Los retratos han vuelto a ponerse de moda —dijo sin mirarla.

—Son recaídas de humanidad, Francesco. Recaídas en las sanas enfermedades de la humanidad, es normal, ¿no? Ahora que todo se hace sin manos, sin olores, sin esfuerzo. Mi padre me ha mandado aquí porque dice que todos tus antepasados pintaron a los míos.

—Es cierto. Tiene razón. Mi padre pintó a tu madre. Mi abuelo retrató a tu padre de niño. Cuando yo era pequeño, siempre me hablaba del primer día en que fue a la quinta que teníais en Cetara.

—Donde está la almadraba.

—Sí, allí, una tarde que estaba retratando a tu abuela, interrumpió el trabajo para ver la matanza de los atunes.

—Y tú, ¿cuándo empezaste?

—A los cuatro años ya hacía garabatos con el lápiz de mi padre. Pero en definitiva... nadie me empujó a hacerlo... nadie me dijo nada... los dibujos, sin embargo, los escondía todos debajo de la cama. De vez en cuando, mi padre sonreía: ¿dónde has dejado mis lápices? ¿Dónde has dejado mis carboncillos? Así comprendí que había comprendido. Una tarde reuní valor para enseñarle mi primer dibujo. Había pintado la cara de Rosetta, una que estaba sirviendo en casa a media jornada. Entré en su estudio con la hoja, pero sin llegar a decidirme. Él alargó la mano y me lo quitó. Lo dejó sobre la mesa de trabajo. Se encendió un cigarrillo, lo miró, después cogió una chincheta de un tarro de cristal y lo clavó a una pata del caballete en el que estaba trabajando. No me dijo nada. Deambulé un rato por el estudio, en silencio, y me fui.

—¿Era guapa Rosetta?

—Era extraña. Tenía la nariz adunca. Sus ojos eran oscuros, muy profundos. Algunas semanas después, mi abuelo entró en mi habitación mientras estaba dibujando un caballo. El abuelo vivía con nosotros en la casa de la costa. Cuando se tomaba una pausa, iba a deambular por las habitaciones con una regla de madera en la mano. Se daba golpecitos en los muslos y silbaba. Apareció a mis espaldas, detrás de la silla. Miró y siguió con el dedo índice la línea del cuello del caballo. Dio la vuelta a la hoja por el lado blanco y dio dos golpecitos como diciendo «vuelve a empezar». Lo intenté. La mano me temblaba. Cuando acabé, el abuelo me cogió la muñeca de la mano derecha y me golpeó fuerte con la tablilla. Fuerte, sí, en la palma abierta. Tenía nueve años. Desde aquel día, no volví a dibujar. Cinco años después, mi abuelo murió. Permanecí desde diciembre hasta marzo en sus habitaciones mirando sus cuadros, sus sanguinas, sus acuarelas. El abuelo era un pintor extraordinario. Yo pensaba que tendría algún secreto en la mano, en los ojos, en la cabeza, y me convencí de que aquel misterio no lo comprendería nunca. Por la noche, después de cenar, salía a la terraza: desde detrás de una barricada de geranios miraba a mi padre sentado delante del caballete. Él también era extraordinario. Permanecía allí

hasta bien entrada la noche. Algunas veces, incluso bajo la lluvia. Le espiaba. Pensaba. ¿Sabes que mi tatarabuelo le hizo un retrato a tu tatarabuelo, el duque de Sangrano?

—El cuadro que tenemos en el salón de la villa.

—Sí, ese. Fuera de lo común. Excepcional. Mi tatarabuelo le pasó el secreto a mi bisabuelo. Mi bisabuelo le pasó el secreto a mi abuelo. Mi abuelo se lo pasó a mi padre. Y yo le miraba pintar y pensaba en ese misterio de la sangre que en mí no se había disuelto. Me sentía impuro. Un portador de muerte, de interrupción. Podrá parecerle absurdo, pero era así. Pensaba: yo no me he merecido esa sangre. Me han transmitido el color sin la sustancia.

—¿Y no dibujabas?

—No. No dibujaba. Lo pintaba todo en el aire. Centenares de cuadros que tracé en mi cabeza. Los concebía hasta en sus mínimos detalles, pero si entraba en el estudio de mi abuelo y de mi padre y miraba los pinceles, si notaba la tentación de tocarlos, me sentía como alguien que hubiera ido a desbaratar los cadáveres dentro de sus tumbas.

—En definitiva, un profanador. ¿Y después?

—Después, cuando tenía veintidós años, murió mi padre. No quise verlo sin vida. Ni siquiera fui al entierro. Me encerré en su estudio días y días. Solo salía para ir al baño, y para ir a la cocina a por una botella de agua fresca o una manzana. Pero lo hacía cuando estaba seguro de no tropezarme con mi madre por la casa. No quería verla llorar. Me pasé así más de dos meses. Una noche, me di cuenta de que ya no me acordaba del rostro de mi padre. No lo recordaba ni siquiera vagamente, ni siquiera de forma aproximada. Cogí una hoja cuadriculada, una pluma azul e intenté rehacerlo. Quería saber si la mano, esta mano, podía devolverme lo que se había perdido dentro de mí. Esa noche comprendí que tenía a mi padre en mi mano, aquí, entre el pulgar y el índice, que su cara era esa simple pluma, que su cara eran las curvaturas y la inclinación de mi brazo mientras seguía las líneas. Su cara no estaba en mi corazón o, si preferimos decirlo así, en mi alma, solo estaba en mi cuerpo. Me percaté de que a mi padre no lo había visto nunca, ni siquiera cuando estaba vivo. Yo, a mi padre, mientras lo veía vivir, en realidad, lo dibujaba. Al día siguiente lo representé a lápiz, después con carboncillo, una semana después pasé al óleo sobre tela. Y cuando vi reaparecer su frente serena, sus cabellos blancos peinados hacia atrás, sus bigotes joviales y aquel extraño pliegue de la boca, tan inteligente, comprendí que él había dibujado los movimientos de mi mano. Sentía que era él quien dibujaba lo que yo estaba dibujando.

—En definitiva, no pintabas. Te pintaban.

—Cuando acabé el retrato, sentí miedo. Miedo de que fuera yo, solo yo, quien lo viera así. Pensé: «Si alguien de casa, mi madre o mi hermano, entra aquí y lo descubre, esta ilusión que me he fabricado morirá al instante». Por la tarde me iba de paseo por Nápoles y me decía: «Esta noche lo destruyo, lo quemo». Un día calurosísimo de julio, me senté en un bar de piazza Carità, en medio de un infierno de ruido, de humos, en medio del manicomio de vida que todos fingimos vivir en esta ciudad. Pedí seis whiskies uno detrás de otro. Y me decidí: «Lo quemo. Ese cuadro lo quemo». Volví a casa a medianoche. Subí las escaleras, crucé las habitaciones, entré en el estudio, que era este

en el que estamos ahora. Encendí las luces y me encontré con mi madre allí sentada. Allí exactamente, ¿lo ves? Había un sofá rojo. Se había situado delante del cuadro, exangüe. Lo miraba, en la penumbra. Me quedé quieto. Ella se levantó, vino hacia mí. Me acarició el sudor de la cara, me abrazó y me puso los labios sobre la mejilla. No fue un beso. Fue un abrazo con los labios sobre la mejilla. Que estaban quietos, cerrados. Largo rato. A partir del día siguiente, fue como si estuviera más serena. Como si pensara que algo había regresado. Algo de él había regresado en mí. Y desde aquel día he seguido dibujando, sin parar. Tal vez sea la única forma que conozco para hablar con él.

»¿Sabes que mi tatarabuelo y el padre de mi tatarabuelo se veían obligados a menudo a hacer una cosa bastante rara? Pintaban retratos de condenados a muerte. Imagínate que un noble participa en una conjura contra la corona, que se cuelga en medio de las revueltas revolucionarias de mil novecientos veintiocho o del cuarenta y ocho. Pues bien, lo atrapan, lo arrestan y lo condenan a la pena capital. Su familia es rica, desea una efigie de su allegado, una instantánea al óleo captada en los últimos días de su vida. El pintor entra en la cárcel con una autorización especial. Se coloca frente al reo y pinta sus ojos, su boca, sus manos. Siempre he pensado en las congojas sordas del uno y del otro. El detenido mira fijamente al pintor como si viera a su mujer, a su hijo, a su madre. Los ojos del artista son su última apertura al mundo, su última fuga.

La habitación había sido invadida por una efusión azulenca. La mañana sobre Nápoles estaba velada por una neblina hecha por entero de nubes insanas. El cielo estaba cubierto: los gases planetarios se estancaban sobre la ciudad con terca insistencia en los últimos años. Las dos amplias ventanas del estudio daban a cúpulas negruzcas acechadas por transfixiones de antenas parabólicas de diversos tamaños, de diversas formas, que parecían banderolas fúnebres clavadas sobre una tarta podrida. Pero el milagro de los cristales gruesos y de las cortinas ligeras creaba dentro de la habitación un efecto de singular blandura, como si el exterior fuera solo una fea patraña.

En el centro, entre las dos ventanas, Luce estaba sentada en un sillón cardenalicio de respaldo alto, tapizado de terciopelo negro. Sus cabellos, antes de decidir la manera definitiva en la que debían caer, habían sido peinados de mil maneras.

Francesco los había arreglado personalmente con un rodete enrollado y recogido en la base, lo había intentado con un moño alto, había inventado un tocado formado por trenzas, para decidir al final que la cabellera debía caer de forma natural por los hombros, extendiéndose en el movimiento leve de las ondas de color trigo hasta el escote del vestido negro, contrastando con las sombras de la seda.

Luce tenía el brazo izquierdo sobre el remate dorado del brazo del sillón, mientras el derecho estaba tendido hacia adelante como para invitar al observador a un besamanos. Solo que Francesco le había colocado sobre el dorso de la mano derecha una mariposa muerta. Era de color naranja y tenía en las alas una filigrana negra.

El pintor le había pedido a la muchacha un leve ademán de sonrisa. Una sonrisa en la que encerrara la sabiduría de tener un tesoro inmortal sobre la mano junto a la conciencia vivaz de que nada es inmortal en este mundo.

Cuando se acercaba el final de las tres horas previstas de posado, Francesco le pidió el

favor de que se quedara un poco más.

Sacó de un armario una caja de madera estrecha y alargada, la abrió y, antes de mostrar su contenido a Luce, le dijo:

—¿Tú tienes miedo?

Ella sonrió. El pintor extrajo del fondo del contendedor de caoba una serpiente embalsamada, envuelta en tres espirales como un largo brazalete. Era un animal gris verdoso, con ojos vítreos de un amarillo reluciente y la boca cerrada. Se acercó a la muchacha sentada en el sillón, le quitó delicadamente la mariposa de la mano derecha, la dejó sobre un cenicero de cristal y le puso en el brazo la serpiente, como si fuera un brazalete oriental.

El animal quedó enrollado alrededor del antebrazo y con la cabeza en la mano donde antes estaba la mariposa.

Francesco se acercó a la mesa de trabajo, empuñó un lápiz y esbozó las líneas de un nuevo retrato. Después cogió una vieja Zenith, la cargó con un carrete en blanco y negro y disparó ocho veces encuadrando a Luce, que ofrecía el besamanos de la serpiente.

—Hemos acabado. Pero no te preocupes, te entregaré el retrato con la mariposa. Este es un capricho mío.

Como cada día, Francesco desapareció en la cocina. Luce se quitó el traje de seda, lo metió doblado en la bolsa de arpillera. Se puso pantalones, blusa y chaqueta blancos, alpargatas de cuña alta. Cuando se hubo vestido, enfiló la sucesión de las cuatro grandes salas y se despidió de Francesco. Desde el fondo de la cocina, él levantó la tacita de café para decirle hasta mañana. Ahora ella cerraba la puerta tras de sí. Francesco oía sus pasos alejándose por las escaleras.

Lentamente, saboreando el café, fue hasta el estudio grande. La serpiente yacía en el centro de la mesa de trabajo: la guardó en su funda de caoba. Se acercó al retrato y miró cómo Luce lo miraba.

Se sabía cada línea de su cuerpo y no sabía nada. Permaneció quieto delante de su sonrisa que parecía decir: es necesario amar el silencio.

Yo os ofrezco mi secreto depositado aquí, sobre el dorso de mi mano derecha.

Yo os ofrezco el secreto de la mariposa negra y anaranjada, yo os ofrezco el secreto de la mariposa, el único animal que conserva en la muerte toda la belleza que tuvo en vida.

**Posillipo. 13 de mayo. Mañana.  
Villa Sangrano**

El funcionario judicial había llegado en taxi acompañado por dos ayudantes vestidos de gris. Había llamado a la verja que daba a via Posillipo, que se abrió tras un doble coloquio a través del telefonillo con Enza, la criada. El sendero del parque, de tierra batida, serpenteaba cuesta abajo entre matorrales de rosas de color rosa, naranjos en flor, campánulas blancas que esparcían un aroma agresivo bajo los singultos de la brisa.

Al llegar a la explanada con el enorme arriate central, se veían dos palmeras gemelas que servían de bastidores a la perspectiva de Villa Sangrano.

El funcionario judicial se detuvo un momento y empezó a limpiarse las lentes con un pañuelo. La edificación era de finales del siglo XVIII y presentaba a sus visitantes una alineación de trece balcones. Toda en toba enlucida de un color crema desvaído con órbitas de humedad y salitre.

La criada, de blanco con delantal azul, abrió la puerta a medias, después la abrió por entero y los tres se hallaron en un gran salón donde las estatuas de una Venus y un Mercurio de buena factura parecían lanzar a los visitantes una mirada de recelo.

Maria Amerigo apareció en las escaleras y bajó con arrogancia sujetándose en la nuca sus cabellos largos y oscuros.

—¿Tardarán mucho con este asunto?

El funcionario judicial se aventuró a un buenos días que quedó interrumpido por un expeditivo pasen.

—Empiecen por la biblioteca. Si necesitan algo, díganlo y me llamarán. Enza, prepara café, estaré arriba.

La criada desapareció en la cocina y la señora cruzó los salones con un contoneo de matrona que relució en los ojos de funeral de los funcionarios que venían a incautarse de los muebles. Se les esperaba desde hacía tiempo y no había nada que preguntar, nada que oponer. Se les sirvió un café y el funcionario judicial miró la tacita de Sajonia en la que acababa de beber. Intercambió una mirada de complicidad con sus dos subordinados, como diciendo: «Debería incautarme de esta también, pero el mío es un trabajo que requiere tacto y compasión».

Pasaron de salón en salón, anotando y ordenando en párrafos cada una de las piezas. Librerías de caoba, mesitas napoleónicas de arce, espejos con dorados originales, tapices franceses, cristalerías de Bohemia, terracotas florentinas. Después, entre un con permiso

y un ¿se puede?, subieron a la planta de arriba y empezaron con la segunda parte del inventario: armarios gemelos Luis Felipe, camas de hierro forjado decoradas de estilo decimonónico napoleónico, alfombras, porcelanas de Capodimonte pasadas y presentes. Maria Amerigo entraba y salía de las habitaciones, fuera para contestar al teléfono, fuera para ponerse unos pendientes, con el móvil encajado entre la oreja y el hombro, soltando a ráfagas un nos vemos a las nueve, adiós, guapísima, pero ¿tú qué crees?, cosas absurdas y el inevitable o sea...

Avezada desde hacía una década al medio quintal de citaciones judiciales y decretos conminatorios que habían llovido sobre su marido Vincenzo di Sangrano como una granizada de marzo, seguía llevando la vida de siempre, una existencia en la que el afán de exhibicionismo crecía con redoblada obstinación a despecho de las hemorragias patrimoniales que, definitivamente, habían llegado al borde del desangramiento. La disolución en curso, al contrario, provocaba en su cuerpo una excitación singular, casi como si lo ineluctable de los embargos se enmaridara con lo ineluctable de su lujo. Se percataron de ello incluso los tres funcionarios estatales, que habían visto reacciones de toda ralea: lágrimas, imprecaciones, súplicas de aplazamientos. Sí, hasta ellos se dieron cuenta. Por la forma en la que ella no los miraba, no les hablaba, no los atendía, advirtieron una especie de exhalación de delirio tóxico que provenía de la voz y de los andares de aquella mujer. Hermosa aún, con sus pesados tacones sobre las antiguas mayólicas, una duquesa desafinada, en definitiva, un contrapunto de carne y me importa un carajo frente a un lugar que se esforzaba por relatar gracias y honores.

A las trece y cuarenta todo había acabado. En el salón de entrada, mientras Mercurio y Venus mostraban el ciego estupor del ojo marmóreo asaetado por el sol, Maria Amerigo firmaba las actas sobre la mesa central de lapislázuli. Luce apareció en el umbral.

—Que les vaya todo bien —dijo su madre a los embargadores.

Los tres desfilaron por delante de la muchacha recién llegada. El oficial judicial le lanzó una mirada por encima de las gafas empañadas, murmuró un buenos días y salió seguido por los funcionarios.

Delante del parterre central se encendieron tres cigarrillos y observaron cómo se alzaba el humo hacia las palmeras enfermas. Frente a ellos, Capri se extendía oscurecida en una niebla que le permitió decir al ayudante más gordo:

—Tiene cojones. Y eso que estamos en mayo.

**Nápoles. 13 de mayo. Tarde.**  
**Comida en Villa Sangrano**

—Te has fijado en esos tres, ¿verdad? Es el último regalo que nos ha hecho tu padre. Él está en la villa de San Sebastiano, tan tranquilo. Fuma, contempla los pájaros y escucha la *Tosca* en las grabaciones del treinta y cinco, del cuarenta y ocho, del cincuenta y uno. A la música se dedica, el señor, tan tranquilo, y a nosotras nos embargan la quinta. Siéntate. Enza, haz el favor, entrantes pocos. ¿A ti te apetece un entrante? Hasta una hija muda me ha hecho esa nulidad de hombre. Ese currutaco reseado. Ese *despicable man*. Contra esta barraca había ya una cuaterna de hipotecas, con la de hoy hemos cantado bingo y si en un plazo de sesenta días a partir de hoy no pagamos, no tendremos ni donde echarnos a dormir. Y entre tanto, él haciendo de Cavaradossi y tú solo pensando en retratos.

Maria Amerigo pulverizaba una rebanada de pan en miles de migas mientras la criada les servía con diligencia. Luce se preguntaba cómo era posible que aquella mujer fuera su madre.

Sentada frente a ella, la duquesa llevaba un traje color oro y un collar de perlas grises. En su decidido escote, el bronceado de rayos UVA bajaba hasta el canalillo del pecho. Desde sus cuarenta y seis años, eructaba la histeria de una feminidad no dispuesta en absoluto a rebajarse a pactos con el tiempo.

Su voz era de una tonalidad tibia, pero las vocales se abrían con un desdén del labio inferior que adocenaba sus palabras en muecas y agudos repentinos. En ocasiones, era capaz incluso, durante horas enteras, de contener su forma de hablar en un registro bajo, artificial y cuidado, cerrando la «o» de buenos días y las «es» de tenedor con una afectación que decía mucho más de su ascenso social que un certificado histórico de nacimiento.

—Desde que se junta con esas dos mojamamas embalsamadas del Círculo Náutico ha desmantelado nuestro porvenir. Y el dinero que no ha conseguido perder en la Bolsa, lo ha perdido jugando al póquer, donde es capaz de fracasar sin haberse arriesgado. Porque tu padre, en toda su vida, no ha sido nunca hombre ni para regalarme el placer del azar. Alguien de quien puedas decir que ha perdido, pero que en esos treinta segundos que preceden al desastre te ha hecho sentir en el pecho la emoción de los fuegos artificiales en el mar. Ha vivido sin sangre, siempre. Y sin sangre muere. Sin nada en las venas. Y tú que eres su hija debías habérselo dicho. Dado que por ti iría a robar hasta la túnica de la

Dolorosa a la iglesia, dado que si tenías unas décimas de fiebre, se me convertía en Ulises hechizado por Circe, debías habérselo dicho, que no se tiran a la basura los dineros de nueve generaciones. Y en cambio, tú también te fuiste a vivir al país de ole mis cojones. Primero, la universidad en Florencia; después, los viajes al extranjero, las investigaciones, las bibliotecas y no sé qué más: idiotizada, colgada de las letras. ¡La historia de las palabras! ¿Y desde cuándo se ha comprado nadie nada con palabras? Las palabras no pesan, guapita. Las palabras son flores para adornar un poco esta cloaca de funeral que es la vida. Pero lo cierto es que tú eres de su cuerda, la cuerda de la nada. Que en el fondo es la cuerda que viene de tu abuela: tarambana ella, tarambana el hijo. Y tú eres igualita que tu abuela, la duquesa de Sangrano, que sin embargo tuvo la suerte de nacer a mediados del siglo veinte, cuando quien no era capaz de hacer nada aún conseguía engatusar a cuatro idiotas para quienes la nada y la finura eran una misma cosa.

Luce se levantaba ahora de la mesa sin haber rozado tan siquiera los cubiertos. Cruzaba las salas de la planta baja víctima de la náusea más ácida que hay en la naturaleza, la que genera la propia sangre cuando la propia sangre no se reconoce. ¿Desde hace cuántos años no se dirigía a su madre llamándola mamá, diciendo mamá? Ya ni se acordaba. Consideraba la saña de Maria Amerigo contra su padre el destino necesario de la ley conyugal.

Vincenzo di Sangrano la vio por vez primera en Ischia. María Amerigo tenía diecisiete años. Era guapa, guapísima. Se había detenido en una fuentecilla con una amiga después de un paseo por la playa. Se había quitado la sandalia del pie derecho y se había enjuagado la piel casi hasta la rodilla para desvaír la arena.

El duque de Sangrano estaba sentado en el bar Tre Sirene con los versos de Keats en sus manos. Por encima de las primeras dos líneas: «¡No! Aquellos días ya se fueron y las horas están viejas y grises y los minutos todos enterrados», vio la falda blanca de Maria levantarse en el torneado de su pierna para buscar el chorro de agua en el talón y en la pantorrilla, vio cómo se acariciaba una ceja con el dedo índice y eso fue todo. La hija del modesto constructor de provincias se encarnó como la promesa agreste de lo esencial, la ilusión de la madre eterna, toda dulzura y sabiduría por naturaleza. Casi ignorante y purísima.

Ahora su madre se le aparecía a Luce en las lindes entre lo vulgar y lo espontáneo, con un pie aquí y el otro allí, las piernas en forma de compás entre las dos tierras del mundo, cuerpo de bruja napolitana que afirma al hombre la ingenuidad perdida.

«También nuestra Parténope, a la que, arribada de más allá del mar, mostró Apolo en persona esta tierra apacible mediante la paloma de Dione. Es a aquellos parajes (porque no es mi tierra natal ni la bárbara Tracia ni la Libia) donde intento llevarte, parajes que templan un invierno suave y un verano fresco y que baña un mar manso con sus olas en calma. Reina una paz serena en estas tierras y el descanso de una vida relajada, un reposo jamás perturbado y un sueño que nada interrumpe.»

Luce conducía, a las tres de la tarde, por la cuesta de Posillipo. Conducía e iba repitiendo para sus adentros las palabras de Estacio, el gran poeta latino nacido en Nápoles acaso en el año 40 d. C. o acaso en el 50. Eran palabras escritas en el 94, cuando, enfermo, cansado, serenamente desilusionado, deseaba poner fin a su larga estancia en Roma para volver a la tierra de mar en la que había nacido y donde soñaba morir con elegancia. Su mujer deploraba abandonar el gran mundo de la corte, deploraba abandonar el corazón del imperio. Estacio, entonces, le escribió una larga y apasionada carta en la que le regalaba una irradiante secuencia de fundidos encadenados, el jugo colorado de su memoria para contar de Nápoles toda la levedad medicamentosa capaz de liberar el espíritu y el cuerpo.

Ahora Luce pensaba que ninguna naturaleza se conserva igual a sí misma. ¿Dónde estaba ahora la beatitud de los sentidos prometida veinte siglos antes como eterna e inmutable? A su derecha, siguiendo la cuesta *Pausilypon* que en la semilla griega de la palabra promete pausa al dolor, aparecía el Palacio Donn'Anna. Visto hoy, le parecía un bajel de toba varado en los días de la historia, encallado entre pasado y presente.

La via Caracciolo estaba toda ella salpicada por mobiliario urbano de carbono, espejos y cristal, formas y signos importados de las arquitecturas japonesas, fruto a su vez de cruces e incestos repetidos con las escuelas visuales de lo contemporáneo según Nueva York.

En las continuas paradas, desde los coches a su derecha y a su izquierda, los flanqueadores lanzaban a Luce miradas rapaces. Los encuadres de los napolitanos se habían reducido. Los ojos de los hombres ya no se dirigían hacia lo alto, no buscaban ya terrazas emparradas. Y se había extinguido incluso el escrutinio sonriente del horizonte. Todos los conductores parecían aves silvestres encerradas en jaulas, picoteando contra los barrotes de metal que los aprisionaban, pájaros cuya belleza del más allá había quedado definitivamente borrada por el propio trauma de su captura.

Y más semáforos de fustes relucientes, y más frenadas, y más flanqueos, y más miradas. La muchacha era para los napolitanos el último encuadre posible de la belleza, el último primer plano de armonía, de jaula a jaula, de cristales tintados a cristales tintados: toda la polifonía del ver de Nápoles se constreñía a la cara de Luce, y allí, sin saberlo, los conductores, como en un mapa diminuto de golfos inmensos, de ensenadas cautivadoras, de islas sensuales, recobraban trozos minúsculos de remos azules, conchas desmenuzadas que no habían vuelto a ver, aromas salobres de ciertos domingos de natación que uno se llevaba a la cama al acostarse, todos con el mar en el pecho.

**Nápoles. 13 de mayo.  
Última hora de la tarde.  
San Sebastiano**

El palacete se presentaba olvidado entre los pinos bajo el Vesubio. El volcán se erigía como un fondo marino celeste a espaldas de la casa. Colocado allí abajo, a mediados del siglo dieciocho, parecía una joya dilapidada, abandonada. Rodeado por un viñedo que llevaba más de una década sin podarse, por naranjos y nísperos enfermos, sobre los que se apelotonaban mudas las hormigas, el edificio estaba rodeado por un muro de piedras de lava entrecortado en diversos puntos. Fue aquel muro el que salvó el palacete durante la última erupción, la del cuarenta y cuatro, cuando el relámpago ígneo se deslizó ladera abajo inexorable, densa crema ardiente por las paredes pétreas del jardín, erigidas como los bordes de un molde para proteger la tarta de balcones y ventanas amables.

La verja de entrada estaba entornada pero abierta. Luce apagó el motor y se encaminó a pie por el paseo enlosado. Por la ventana en esquina completamente abierta revoloteaba el verde pistacho de las cortinas de raso. Una música que conocía bien se derramaba entre el aroma asilvestrado de la uva aún verde. Era música de Mozart, el *Concierto para flauta y arpa K 299*. Notas que desde niña le habían dicho a flor de piel que la melancolía y el júbilo pueden ser una sola cosa. Aún recordaba cuando tenía nueve años y su padre le había dicho que aquella pieza fue compuesta por Mozart para el duque de Guines y su hija. El uno tocaba la flauta y la otra, el arpa.

Más tarde descubrió que Mozart había definido al duque como un «maravilloso instrumentista de flauta» y a su hija como «mozuela de gran talento y memoria de hierro, deliciosamente boba y cordialmente perezosa». A Luce aquella lectura le había hecho sonreír largo rato, porque el «cordialmente perezosa» hizo que esa muchacha que había vivido más de doscientos años antes le resultara inmensamente simpática.

Ahora subía por la escalera en penumbra, sonaba el andantino, el movimiento más querido y penetrante. De modo que de la *Tosca* emponzoñada por su madre no había rastro alguno. Vincenzo di Sangrano estaba sentado en un sillón, con la mirada perdida en el aire amarillento de más allá de la ventana. Oyó los pasos ligeros de su hija y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. La muchacha se sentó enfrente, en el otro sillón. Su padre hizo ademán de levantarse, pero Luce le tocó una rodilla para decirle que no. Permanecieron así. Los ojos de él eran de un verde castaño, exactamente iguales a los de la abuela. Y era por la abuela Giulia, por la madre de su padre, por lo que Luce había

abandonado su casa dos horas antes. Su bellísima abuela, que con sus ochenta y un años había acompañado las locuras de Vincenzo con palabras firmes, más tarde con miradas dolorosas y ásperas, al final con un mutismo que le había llevado a cerrar todo diálogo con su hijo. Se había retirado a su piso de piazza San Domenico Maggiore. Se había negado a las visitas, a las cartas, a las llamadas telefónicas. La ruptura definitiva tuvo lugar cuando el hijo vendió la almadra de Cetara, el lugar donde la abuela se había casado y donde había plantado las semillas de esos recuerdos que se creen sagrados e intocables.

Tres años antes, en una visita al Museo Arqueológico de Nápoles, contemplando una escultura de Apolo le había dicho a su nieta:

—Hay quien ve las cosas y quien ve el alma. Tu madre no ve ni lo uno ni lo otro.

Maria Amerigo, que ahora desflamaba rencor contra su marido, nunca dejó de empujarle para transformar sus propiedades en dinero y el dinero en la salsa caliente de la representación social. A Vincenzo no le gustaban las barcas, pero ella quiso una costosísima para atracar donde hubiera mundo y gente de mundo. Desvalijó la paz hogareña por una villa en Montecarlo, a la que no fueron, en total, más de cinco veces.

Puso en escena fiestas paroxísticas, pieles, deportivos deslumbrantes. Daba la impresión de que su única emoción consistía en abrasar el pasado, en matar la memoria, porque todo aquello que no era presente, más presente que el presente, le causaba una agitación claustrofóbica. En la ostentación de antigüedades y de historia de los Sangrano, Maria Amerigo sentía una familiaridad con la muerte que la inquietaba como un atentado a su propia juventud. Sobre la pálida delicadeza ducal los tacones franceses a la última moda de Maria Amerigo habían pisoteado con todo el desprecio neurasténico del que era capaz.

La música había terminado. Vincenzo se levantó para pulsar el *off*. Dejó circular una mirada de sombras por la casa y dijo:

—Nos han embargado esta también. Dentro de unos meses dejará de ser nuestra. ¿Qué tal estás? Ya lo sé, me he equivocado en todo.

Hubo una larga pausa. Después Luce dijo:

—Pero ¿cuánto haría falta? Para salvarlo todo, ¿cuánto haría falta?

Su padre se sirvió un whisky y susurró:

—Dejémoslo correr.

De repente, la muchacha pensó en su hermano Giacomo, dos años menor que ella. Huyó a Barcelona en cuanto acabó el bachillerato para no regresar jamás. Tampoco por su parte hubo una sola carta, una sola señal de vida. Pero ahora se le venía a la cabeza como un salvador mágico, y mientras la cara de su hermano se suavizaba con los rasgos de la esperanza se dio cuenta de que un instinto desorientado la había llevado a evocar el último fantasma disponible de la familia, por más que el pobre Giacomo, desde luego, no pudiera curar el mal del que había huido.

Luce se guardó mucho de nombrarlo. Para su padre hubiera sido un salivazo de sal en una herida a la que ya quedaba poco que sangrar.

—Siempre he jugado al azar. Toda mi vida. Jugué al azar cuando me casé con tu madre.

Jugué al azar en mis inversiones en Bolsa, jugué al azar en los casinos y en el póquer. Me he bebido la vida como un café y sin concederme tan siquiera el placer de sentarme un momento. Jugué al azar incluso como padre. Tú eres la última *fiche* que me queda. Pero sé que te perderé. Solo hoy me doy cuenta de que el auténtico jugador es aquel que sabe cuáles son los días en los que no debe jugar.

**Nápoles. 13 de mayo. Noche.**  
**Una fiesta en Villa Valenti**

–*Naples in the mirror forever*. Nápoles se ha mirado al espejo y se ha meado en su propia cara.

Mimisa había hablado con una sonrisa en los ojos. En el salón atestado la habían escuchado cinco amigas suyas y una de ellas, la señora Giorgi, hasta se había levantado del sofá rojo con las aletas de la nariz indignadas. Las otras cuatro, todas entre los cincuenta y los sesenta, optaron por quedarse, domeñando el azoramiento en parte con risas, en parte con meneos de cabeza.

–Y es que, en el fondo, Nápoles siempre ha estado mirándose al espejo y cuando no le cuadraban sus rollos, la culpa era del espejo. Giorgi, ven aquí, pero ¿adónde vas? Primero me pregunta si he leído a Bukowski y después se hace la santita circunspecta. ¿Veis cómo sois? Cuando no os viene bien, la culpa es del espejo. Ahora os reflejo yo y, si os reconocéis y hasta os dais un poco de asco, la culpa es mía. Y eso que ya solo vengo aquí un par de veces al año para ver si la quinta de Camaldoli sigue estando en pie. De modo que, digo yo, tendréis que soportarme. *The moment is the moment*. Pero ¿a santo de qué estáis aún aquí? Si queréis vivir como en Ginebra, veníos a Ginebra. ¿O es que os creéis que porque en via Caracciolo van a hacer una calle superfuturista bajo el nivel del mar esto se va a convertir en Londres? Vivís con el oscurantismo de Suiza sin los bancos de Suiza. Hacedme caso, si uno se marcha a tiempo de aquí, se le presenta la ocasión de seguir siendo natural. Si se queda, le tocará beberse el agua del bidé donde se enjuaga. La ciudad se ha estirado igual que os habéis estirado vosotras. No, no, eso qué tiene que ver, el trabajito de la cara os lo han hecho bien. A ver cómo os lo explico. Vosotras os habéis tapado la edad y Nápoles se ha tapado la historia. Tenéis ese afán por querer ser jóvenes, siempre jóvenes, esa obsesión con que queréis ser contemporáneas, como los museos de arte. Pero contemporáneas ¿de quién? Todas esas exposiciones de una vanguardia que nunca se acaba, alguna vez hasta son bonitas, pero es una vanguardia que dura cien años. ¿Y a quién le dice algo? Tal vez a uno que venga de Bucarest, a alguien así tal vez. Pero Nápoles ¿qué le puede contar a Nápoles? Y vosotras, con la cara esmerilada a los sesenta años, ¿a quién os dirigís? Maridos y amantes saben perfectamente la edad que tenéis. Los jóvenes, la gente de paso, los improbables, esos se hacen a un lado, como si hubieran visto una carroza en el carnaval de Viareggio. ¿Y entonces qué? Pues entonces lo hacéis para el espejo e, igual que

Nápoles, os pasáis días y noches delante del espejo para escupiros a la cara sin tomaros la molestia de estropearos el maquillaje. Los espejos, ya se sabe, nuestros espejos los limpian los criados.

Un estallido de carcajadas acompañaba la carcajada final de Mimisa.

La señora Giorgi volvía a sentarse con un vino espumoso en la mano y, mirando a la amiga venida de Ginebra como se mira a una niña traviesa, sonreía con misericordia indolente.

—¿Veis a esa con el pelo negro corto y los muslos bronceados? La Navidad pasada estábamos en Cortina y me soltó todo un rosario sobre el puterío que desplegaba la secretaria de su marido. Menuda murga con que esa zorra le había resquebrajado el matrimonio, porque ahora se dice así, resquebrajar. Pero ¿desde cuándo se resquebrajan los matrimonios? Los matrimonios, o aguantan o no aguantan. Si se ha resquebrajado, como ella dice, eso significa que ya no aguantaba más. No había noche en la que no me viniera a dar la murga con la tonta, porque la secretaria, según decía ella, no solo se había abierto de piernas con su marido, sino también con el subdirector de la empresa, con un intérprete español y con un chófer de treinta años.

»Lo bueno es que la señora, ese modelo de esposa por decirlo así, cuando conoció a su marido, hace veinte años, este estaba ya casado y ella se abrió de piernas también, exactamente igual que la otra. Una noche se lo dije: *my dear*, resígnate, o es que acaso lo que te corroe es que en aquel entonces no tuviste el arte de montarte un pequeño imperio, porque no llegaste ni al subdirector ni al intérprete ni al chófer. Hice de espejo y allí se acabó la amistad. ¿Queréis saber si vuestro reflejo ha sido exacto? La prueba inapelable es el final de las relaciones. Si la próxima Navidad ninguna de las cinco me llama para felicitar me, eso querrá decir que esta noche he sido un espejo de primera.

Criados vestidos de blanco y marfil, copas de champán, una profusión de señoras vestidas de seda, muchachas de *chiffon*, hombres de todas las edades, de negro, gris y azul. Ebullición de sudores y lociones de afeitar. Exotismos perfumados en las nuca de las más ancianas. Las salas inmensas de Villa Valenti en Sant'Elmo. Paredes blancas con sofás blancos, sillones blancos, marcos blancos de cuadros casi blancos. Un lienzo enorme de Schifano, un medio cardenal de Manzù, una *Anunciación* del primer renacimiento toscano, dos bailes en la arena de Vettrano, cinco Piranesi.

En el jardín de la quinta, todos los últimos fragores de los últimos motores de las últimas empresas fabricantes de automóviles. Llegadas aterciopeladas de descapotables a través del paseo, aparcamientos suaves, las llaves de tales joyas entregadas a Gerardo, un cojo reencarnado desde la época feudal en casa de los Valenti para hacer de hombre de confianza.

Se abrían las portezuelas y de ellas bajaban los empresarios, los directores de dos periódicos, los banqueros, los periodistas, los abogados, los profesores universitarios, los presidentes de tres equipos de fútbol. Todos del Sur. Un arzobispo, dos directores cinematográficos, cuatro concejales, tres consejeros regionales, cinco diputados, dos senadores, dos directores teatrales y un ministro agitaban los primeros apretones de mano, las bofetaditas en las mejillas de quien, como diría Mimisa, en su inconsciente se

abofetearía a sí mismo si tuviera valor.

Las palabras resonaban: ¡El Hyundai este año se ha superado a sí mismo! Estuve a punto de comprármelo yo también, y después en el último momento... Un Mercedes es siempre un Mercedes... Ah, pero si yo creía que estabas en Capri... Precisamente estaba pensando en llamarte uno de estos días... Señora, es usted una lección de clase... Y ¿hace mucho que no vas por Túnez?

Gerardo lo glosaba todo con un murmullo en sordina que se quedaba en el auditorium de su paladar, y el comentario fonocerebral era un único pensamiento: *Ma va fa'mmocca!*<sup>1</sup>

Supervivencia plebeya henchida como la última corona de flores en el funeral de una moral extinguida.

*Ma va fa'mmocca*, sin alterar la sonrisa con el gracias, caballero, al que seguía el buenas noches, señor duque, para saludar a Vincenzo di Sangrano y el bienvenida, señora duquesa, para obsequiar a Maria Amerigo. Y era en esa palabra, duquesa, malgastada en la hija del antiguo albañil de provincias, en la que el sentido de la caricatura deflagraba en todo su paroxismo. Pero era en esos momentos cuando la gente de Nápoles declaraba toda su pasión por el vacío. Los muy señor mío, los caballeros y los condes se usaban por el mero gusto de acariciar la palabra misma, sin premura alguna por la correspondencia entre tratamiento y persona.

A todos se dirigía como se le habla a un niño de ocho años cuando se le trata como a un hombrecito, llevando las cosas siempre más allá de lo que son. Además, la sonrisa de Maria, su simpatía carnal, que los aparcacoches y los criados reconocían como instrumentos de su propio repertorio, los incitaban a repetir señora duquesa más de lo necesario, porque al menos estaban enaltecendo a una de las suyas, mera pose desde luego, pedorreta e indiferencia como las demás, pero siempre disfrazada y dispuesta a revelar la cara dura del callejón con sorprendente immediatez.

Las terrazas y las torretas de la quinta refulgían de antorchas, el tintineo de los vasos ponía el acento a la cháchara de la multitud hormiguera, de la que descollaban agudos femeninos al cuarto vino blanco.

Luce apareció a las once. Y cuando, una vez abierta la portezuela, hundió el tacón negro en la gravilla, Gerardo acompañó con un ojo fingidamente apagado el perfil entero de la pierna. Rebuscó en su interior el espasmo del varón con una exclamación mental que, a la napolitana, debía comulgar con *'a faccia*. *'A faccia* quería decir y escuchar en su cabeza *'a faccia d' 'o cazzo, d' 'o bicarbonato...*<sup>2</sup>, la cara de algo, en definitiva. Pero ninguna cara de esto o de lo otro se prestó a dar rostro al requerimiento erótico. La muchacha le entregó las llaves y el cojo se sintió como el monaguillo a quien el párroco encarga el cuidado de las vinajeras del agua y el vino.

A Luce le había hablado de la recepción su padre y por su padre había acudido a ver los perfiles masculinos y femeninos de esa nimia buena vida, las sonrisas de quienes habían ayudado a Vincenzo di Sangrano a lo largo del viacrucis de su quiebra económica.

Atravesó las salas como la nadadora plusmarquista a la que el público acompaña hasta el nuevo récord. Un leve sonrojo le ruborizó las mejillas. Ahí estaba el mundo de su

padre y de su madre. Todo un asofamiento sin mangas, una pastoral de gafitas multicolores, un zapateado flamenco lento, lentísimo, de tacones sobre pavimentos de pizarra, de madera, de mármol. Los ojos saciados de esa antigua ley que en Nápoles ordena gozar o recitar el goce, porque en Nápoles siempre se ha gozado o se ha recitado el goce.

En esos últimos días, había estallado la moda pasional por una pieza musical de cuatro minutos y cuarenta y seis segundos de duración, construida en una secuencia de siete notas con un cierre de seis.

Y era ejecutada con un sincopado obsesivo por cada instrumento sucesivamente, deformados todos por los milagros de la electrónica. Bajo eléctrico, flauta, corno inglés, órgano, percusiones, saxo, violín, percusiones, ruidos industriales, apertura y cierre de una cremallera, sollozo humano.

En la sala central, jóvenes y no tan jóvenes movían los pies con miradas que evocaban la fascinación de la indiferencia. Y fue en el crescendo ensordecedor de los tambores desérticos inclinados hacia Occidente cuando apareció Diego Ventre. Vestido de oscuro, camisa blanca, corbata azul con diagonales de color rojo oscuro. Elegante, contenido, esencial. La andadura lenta, el paso ajeno de quien se detendrá apenas un momento.

Luce estaba lejos, en la terraza, con los balcones abiertos de par en par como las puertas abiertas de una jaula de la que nadie quiere escapar. Diego se vio rodeado inmediatamente por un enjambre sonoro de abogado, un contrapunto de qué alegría y qué tal está. Y por último, Valenti, el anfitrión, que tomándolo del brazo y saliendo al aire libre, le dijo a Diego:

–Abogado, tengo entre manos un *play* limpio del que le debo hablar. Y si usted...

Todo se evaporó así, con la frase «Y si usted...». Valenti siguió hablando. Pero Diego había visto a Luce. Diego había dejado caer sobre sus ojos la atención escurridiza que el león adopta cuando debe tranquilizar a su presa. «Y si usted.» Decía Valenti. El traje de chaqueta blanco de Luce. «Y si usted...»

Sus dos hermosos hombros. «Y si usted...» La postura de una mujer que no pertenecía a aquella gente. Aparecida solo por un instante en un lugar equivocado.

–Y si usted me dedica cinco minutos, podemos...

Desde uno de los balcones abiertos, Valenti había invitado a Diego a entrar en su despacho. Las celosías se habían cerrado. Desde dentro se filtraba ahora la penumbra compacta de los negocios.

«Un *play* limpio...» Luce sintió la garganta oprimida por una especie de náusea. «Un *play* limpio.»

El cuerpo buscó una distracción, empezó a pasear por las terrazas, ahora cruzaba las salas, dos chicos se pasaban una pastilla, una mujer de anchas caderas cruzaba las piernas al sentarse y acortaba su ya muy corta falda. Maria Amerigo, de espaldas, hacía girar un brazalete alrededor de la muñeca y se lo enseñaba a dos de los cinco diputados. A Luce se le vino a la cabeza una frase que había oído en Palermo: *Tuttu 'nu buffuniari!*<sup>3</sup> Era exactamente eso, lo que allí había era *tuttu 'nu buffuniari!* Consuelo entre moribundos.

Su padre estaba de pie, con una copa de vino blanco en la mano, completamente enfrascado en una conversación con un tipo de unos sesenta años que arqueaba las cejas, entreabriendo levemente los labios con esa máscara que significa: «Tienes toda la razón, pero ¿qué quieres que le haga yo?». Sin duda Vincenzo estaba insuflando en los oídos de los amigos presentes sus últimas palabras para confiar en la salvación de sus problemas.

Y los presuntos amigos le aplicaban la extremaunción, planteando preguntas útiles para saber si de aquel derrumbe patrimonial cabía esperar oportunidades de negocio...

La extremaunción se encarnaba en un Ya verás como después... No creo... Al final todo se arregla... Veré a ver si puedo hablar con... Ya te llamaré uno de estos días... Estamos en contacto.

Luce enfiló un largo corredor bordeado por espejos astillados artísticamente. Era instintivo contemplar los reflejos quebrados de los cuerpos que iban y venían por allí. Brazos interrumpidos, caras deformadas, un pecho por un lado, un ojo por otro. La decoración era de un arquitecto español: tal vez le hubiera tomado el pelo al cliente ocultando tras ese arranque de inspiración la verdad de la desarmonía que se había apoderado de la ciudad y de sus próceres. El pasillo daba a un amplio cuarto de baño semicircular. Dos lavabos de acero coronados por sendos espejos cruzados por quebraduras diagonales y tres puertas de aluminio reluciente para entrar en el váter. Ella se acercó a un grifo, dejó correr el agua y empezó a lavarse mecánicamente las manos y las muñecas. La puerta central se abrió inundando la sala con un chorro de música.

En el espejo de Luce apareció Diego. La muchacha buscó una toalla. Él abrió una puerta metálica y le ofreció una servilleta de tela. Ella la cogió sin decir nada.

—Soy un amigo de su padre, Diego Ventre.

Luce consumió unos cuantos segundos más. Él le apretó la mano derecha sonriendo, con una amabilidad que equilibraba el garbo y la fuerza de la presa.

—Se le ha quedado una mancha. Aquí, mire.

Casi a la altura de la muñeca, Luce tenía una pequeña señal roja.

—Aunque tal vez sea a propósito... —dijo Diego.

Era solo una mancha de pintura al óleo, una mancha roja que se le había pegado al apoyarse en la mesa del pintor en el curso de la mañana. La muchacha volvió a abrir el grifo y empezó a friccionarse la mancha con agua.

—Su padre me ha dicho que ha vivido usted alejada de Nápoles a causa de sus estudios. La literatura es la mejor medicina para la vida. Nos recuerda hasta qué punto la vida no es más que mala literatura, en la que nunca se consigue gobernar los finales. ¿Se acuerda de la almadraba de Cetara?

Luce aminoró el restregamiento sobre el círculo rojo. Él prosiguió:

—Su abuela tenía allí libros preciosos. Después de que su padre vendiera la propiedad, por lo menos doscientos textos de los siglos dieciocho y diecinueve se quedaron allí. Y dado que fui yo quien compró la quinta, en definitiva, me gustaría devolvérselos.

Luce sintió una sacudida en la sangre. El hombre del *play* limpio quería devolverle sus propios libros. No contuvo sus sentimientos y le dijo mirándolo:

—¿Los ha leído?

–Una buena parte. Hay una hermosa edición del *Castillo de Otranto* y un ejemplar viejísimo del *Confesional de los penitentes negros*, precioso, faltan solo las páginas 34 y 61. Y están todas las obras de Tommaso Landolfi, que me gustan mucho y que he descubierto gracias a ese olvido de su padre.

Luce ensombreció en la boca una sonrisa distante. Extendió la mano derecha y se despidió:

–Adelante, el baño está libre.

Diego permaneció allí, y la vio desaparecer en la multiplicación luminosa de su belleza, gracias a la insolencia de los espejos españoles.

**Posillipo. 13 de mayo. Noche.**  
**Villa Sangrano**

El portal de la enorme casa se abrió al silencio del vestíbulo de entrada. Un mandoble de claridad entraba por el jardín. Luce cerró la puerta a sus espaldas. Todo volvió a la oscuridad, una oscuridad levemente marfileña por la luminiscencia exterior.

No tardaría en llegar la medianoche, la fiesta en Villa Valenti empezaba justo ahora y espumajeaba su delirio.

La muchacha había huido conduciendo muy rápido por las cien curvas del Vomero, hasta Mergellina, con la sensación de que alguien la seguía. Dos motos la habían adelantado y se habían dejado adelantar una y otra vez. Pero las viseras cerradas de los cascos no le habían permitido ver cara alguna.

El olor de su casa la calmó, aguijoneándola de nostalgia. Los hermosos muebles, los cálidos sofás, los cuadros de colores vivísimos: todo aquello seguía allí, pero no estaba ya. «Todo embargado», se repetía Luce, «todo embargado». Tenía la cabeza inundada por imágenes rapidísimas y violentas, a las que el toque mecánico del reloj de péndulo confería un tiempo acuciante. Lo que había visto en Villa Valenti se le pasaba por la cabeza como una película en un proyector defectuoso: un tirón, un bloqueo, un fotograma. Las ruedas de los coches sobre la gravilla del jardín, las manos anilladas de diamantes que asían canapés, los tacones afilados de las señoras, los ojos húmedos de los hombres, el sudor de los criados, surtidores entrecruzados con suspiros, salpicaduras de carcajadas.

Luce entraba en su habitación. En la penumbra, delante de la ventana, se detuvo a contemplar el mar que tenía debajo. Se quitó la chaqueta, la falda, la blusa. Se dejó caer con lentitud sobre la cama, con la mano derecha detrás de la nuca. Había querido mirar a la cara al gran mundo de su padre y de su madre, aquel mundo con el que siempre se había cruzado a ráfagas, que siempre había percibido distraídamente como el único mundo en el mundo y que desde hacía años, debido a sus largos viajes de estudios, no había vuelto a aparecersele. Aquella noche, los estiramientos acuosos del mar parecían los movimientos desganados de un gigante pagado para desempeñar su oficio.

Las corbatas de los varones con nudos vulgares, la multitud de perfumes de las hembras descocadas que se ofrecían sobre el vasto escote del hastío. Y una ebullición hablada de cifras, cifras y cifras. Dinero perdido, dinero atrapado, dinero y palabras. Palabras y comer. «Se diría», pensaba Luce, «que los napolitanos solo están callados

cuando comen. Tal vez hablen continuamente porque la incontinenencia del decir es un exorcismo contra el hambre histórica. Tal vez estén siempre comiendo porque el sabor mudo es la verdadera palabra que les falta». Y todas esas sonrisas metálicas, todos esos mohínes desesperados, las expresiones de los Valenti, las jetas de los que iban y venían cruzando salones y terrazas, las cataratas cerebrales de los que bailaban le producían ahora una profunda sensación de muerte.

Luce amaba Sicilia y amaba sus marionetas. En los últimos cinco años había conseguido comprar trece, todas hermosísimas. Marionetas que habían trabajado hasta los años cincuenta, trabajado de verdad en las plazas de Alcamo, de Castelvetro, de Modica. Las había colgado de gruesos clavos a lo largo de la pared que discurría a la izquierda de la cama. Angelica, un Moro, Bradamante, Rinaldo. Por la noche, antes de quedarse dormida, empuñaba una linterna siempre al alcance de su mano en la mesilla, la dirigía al azar contra la pared teatralizada y la encendía de repente durante un solo segundo. Después la apagaba, cambiaba de dirección y volvía a encenderla. Así muchas veces. En su inmovilidad, estaban vivas. En la acción estruendosa de las representaciones vistas en vivo o en viejos documentales en blanco y negro, le parecían muertas. Una marioneta colgada de un clavo, sorprendida en la inmovilidad, proclamaba todo el fermento de su propia vida. Agitada en la multiplicación de hilos sobre el escenario, parecía en cambio un muerto condenado a representar su papel. Siempre la había atraído esa singular oposición: la estasis de la marioneta era pulsación secreta de un sueño listo para explotar; el movimiento, en cambio, era un relato del final y, por si fuera poco, de un final ya finalizado.

—Todos muertos —se dijo repasando las caras de Villa Valenti—. Todos marionetas muertas.

Y es que, en efecto, pensándolo bien, la única vez en la que su madre se le había aparecido como real había sido una tarde de invierno de algunos años atrás, cuando sorprendió a Maria Amerigo dormida, abandonada en una vieja mecedora en uno de los salones frente al mar. Las últimas luces del día habían pulverizado cierto blancor sobre las mejillas de la duquesa y ella dormía al fin con su boca tal como era, con sus manos tal como eran, con sus ojos, por más que cerrados, finalmente vivos.

En aquel momento, el fragor sombrío de dos grandes motos desgarró el silencio y sus pensamientos. Luce volvió a pensar de repente en el rostro de Diego Ventre: a pesar de todo, le había parecido el único viviente, el único ser realmente viviente en el cementerio del imperio. Sus ojos oscuros de un profundo castaño, su voz baja, tranquila, intensa, la lentitud felina de sus movimientos producían a ratos una especie de rugido perceptible en baja frecuencia en el que latía secretamente el discurrir despiadado de la vida.

Una vez más, un destello mecánico en el aire. Diego Ventre, a escondidas de Luce, aceleraba a lo largo de la tapia de Villa Sangrano. Seguido a corta distancia por quien se encargaba de protegerlo.

La muchacha miraba las marionetas que le sonreían gestos inmortales bajo el chasquido luminoso de la linterna. Mientras encendía y apagaba, se preguntaba cómo habían acumulado los Valenti todo el dinero que poseían. Solamente Diego Ventre

hubiera podido explicárselo. Pero ella no podía sospecharlo. Ni se hubiera imaginado jamás lo cerca que él estaba aquella noche.

Nápoles. 14 de mayo.  
Primeras horas de la madrugada.  
Lido Virgilio

–Buenas noches a todos y disculpen la hora –Diego Ventre irrumpe en la gran sala del pavimento de metal reluciente. Cuarenta y nueve mesas vacías y tres personas que le esperan sentadas en la quincuagésima–. No se levanten, por favor. Y disculpen por haberles hecho esperar.

El apretón de manos a De Dominicis, banquero pluripotentado, el apretón de manos a Pasquale Pepe, agente inmobiliario, y el habitual cachetito sonoro en la mejilla de Alfredo Gemma, más conocido como el contable.

–Señor De Dominicis, ya lo sé, las dos de la madrugada, son las dos de la madrugada. Gracias.

–Estoy seguro de que merecerá la pena –contesta De Dominicis.

–Pepe, tiene usted cara de sueño.

–Qué va, de sueño nada, *avvocà*, es que tengo a una en el coche y, con el debido respeto, estaba *dead in the bed*, pero ¡muriéndome de una muerte estupenda!

–Pasquà –corta Gemma–, tú si no es pagando no follas, porque no es que tengas exactamente una cara de Hollywood, de modo que cuando el abogado te llama, es conveniente que acudas, porque, si no, el dinero para mojar ¿de dónde vas a sacarlo?

–Por otro lado, ¿para qué me he comprado entonces este

Lido... ?

–El abogado tiene razón –calma las aguas De Dominicis.

–Hay que ver lo precioso que está el mar a estas horas. Miren allí, las luces de Nisida, las luces de Capri... Este es el mejor momento: el mar es como las mujeres, nunca hay que desnudarlo completamente si no se quiere sufrir una desilusión. Y además, a estas horas se razona mejor. Este es champán del bueno, háganme el honor. Y a propósito, contable, ¿qué tal va este establecimiento? Hace más de cuatro meses que no me enseña los libros.

–Si no se los he enseñado, es porque quedamos en que quería usted controlar la situación cada semestre. Pero el *business* va estupendamente si tenemos en cuenta que, a partir de aquí, es todo como si fuera un bidé gargajeado de nafta y de alquitrán.

–Contable, no es por hablar siempre como un abogado, pero las playas ya no sirven para bañarse. Sirven para contemplar el cortocircuito al que se ha reducido esta ciudad.

Usted viene aquí, cena atendido como un pachá y disfruta en una sola toma de lo que Nápoles fue y de lo que Nápoles es. Si mira uno a lo lejos, al horizonte, comparece el pasado remoto, si se marcha uno del salón y mira el agua de aquí debajo, se ve el presente.

—¿Me permite, abogado...?

—No faltaba más, señor De Dominicis...

—Pero ¿por qué ha querido llamarlo Lido Virgilio? Se llamaba Aurora y todos lo conocían así. Ahora, más de una persona, cuando lo nombro, me pregunta: ¿y dónde queda eso?

—«Ya empezaban a empurpurar el mar rayos del luz y ya la gualda aurora / relumbraba en la altura del cielo en su rosado carro de dos tiros, / cuando amainan los vientos y cesa de repente hasta el más leve soplo de la brisa. / Los remos traban lucha con la marmórea languidez del agua.» Séptimo libro de la *Eneida*. Querido amigo, nadie es perfecto y mi debilidad se llama Virgilio. A su salud. Champán digno del Padre Eterno. Las bodegas de toba de aquí debajo siguen teniendo su utilidad.

Ventre deja una cartera de cuero marrón sobre la mesa. Silencio. El abogado alinea dos resmas de hojas numeradas repletas de planos, mapas catastrales y descripciones de parcelas.

—Lo que estamos a punto de hablar aquí, no saldrá de aquí bajo ningún concepto. Dentro de algunos meses, cuando se acuerden de esta noche y de esta hora, me darán las gracias. Verán, en esta ciudad está a punto de ocurrir algo muy importante. Algo enorme. Sé que son ustedes personas inteligentes, de modo que ni se les ocurra preguntarme nada más de lo que puedo decirles. En los papeles de la izquierda está todo aquello que ha de venderse. En los papeles de la derecha está todo aquello que ha de comprarse. Ninguna de las propiedades que se venderán está a nombre del aquí presente y ninguna de las propiedades que compraremos se pondrá a mi nombre. Señor contable, conoce usted perfectamente el procedimiento.

Diego Ventre extiende sobre la mesa un mapa de Nápoles.

—Aquí lo tienen, marcadas en rojo las cosas que hay que vender; en azul, las que hay que comprar. Donde el rojo aparece remarcado con un trazo negro, quiere decirse que hay que vender con urgencia. Donde el azul va acompañado por un trazo amarillo, quiere decirse que hay que comprar con urgencia.

El plano era un campo de batalla repleto de indicaciones, llamadas con notas y documentos sobre la mesa. Las manchas de color hacían que Nápoles se pareciera a una nación subdividida en regiones rojas y regiones azules. Tierras convenientes y tierras inconvenientes.

—¿Y esas otras blancas? —preguntó Pepe.

—Esas otras blancas son blancas. No hace falta vender ni hace falta comprar. Aquí les pongo unos círculos a lápiz. Son las propiedades de los Sangrano. Pero ese es un *play* que debe quedar en suspenso. Dentro de tres o cuatro días ya les haré saber...

—Si es *play out* o *play off* —concluyó Alfredo Gemma con gesto de astucia.

—Exacto —sonrió Ventre. Después apoyó el brazo izquierdo sobre la mesa, como hacía

todas las veces que estaba a punto de decir algo de la máxima importancia—. Ahora bien, y presten mucha atención, las propiedades que deben vender pueden venderlas hasta por un veinte por ciento menos de su valor actual. Las propiedades que debemos adquirir podemos pagarlas hasta un treinta por ciento más de lo que cuestan ahora. ¿Les gustaría saber por qué he decidido hacer perder a mis inversores todo ese dinero para vender lo que tienen y por qué he decidido hacerles perder más dinero aún para comprar lo que aún no tienen? Porque dentro de unos meses lo que están a punto de vender no valdrá nada. Y lo que están a punto de comprar valdrá siete, ocho veces más.

De Dominicis encendió un cigarrillo y miró a Pepe, que se aflojaba el nudo de la corbata. Alfredo Gemma no se había sentido tan confundido en toda su vida y se puso a limpiarse las gafas con un faldón de la chaqueta.

—Discúlpeme, abogado, pero ¿qué es lo que va a ocurrir? ¿La Tercera Guerra Mundial?

De Dominicis había lanzado la pregunta forzando los labios en una sonrisa que en realidad no existía. Ventre lo miró fijamente un largo rato, después susurró despacio: — Algo parecido.

Pepe era un animal práctico, avezado a los áticos, a las aceras y a las cloacas. Y como un animal gargajeó su pregunta en medio de una carcajada:

—Pues qué puede ser, ¿el Vesubio?

Ventre se relajó contra el respaldo de la silla, cruzando las manos detrás de la nuca:

—Están ustedes lejos, lo siento. Agua... agua... Sea como fuere, ya está bien de adivinanzas, entre otras cosas porque hay un problema —añadió, sirviendo de nuevo champán—. Y nuestro problema se llama tiempo. Tenemos treinta días.

Siguió un silencio grávido de sorbos, esmerilados de mecheros y chasquidos de lenguas. Al final, tras un suspiro corto, De Dominicis dijo:

—Abogado, yo le aprecio mucho, pero treinta días... Eso es imposible.

Ventre encendió el habano y sonrió con pesadez cortante: —Amigo mío, yo he llevado a sus bancos doscientas cuarenta y siete industrias. Industrias medianas y grandes. De toda Italia. Y mis bufetes, en los últimos siete años, le han proporcionado casi veinticinco mil clientes privados. Veinticinco mil. Y no se trata de meros funcionarios. Usted lo sabe bien, todos son gente con rentas que provocan escalofríos. En cuanto a usted, estimado Pepe, siete mil quinientos negocios en tres años no son exactamente una cifra cualquiera. Y eso que prefiero echar un tupido velo acerca de la información, ¿cómo podríamos llamarla?, ¿tempestiva?, que ambos han recibido para resolver determinadas situaciones que, de no ser por mí, habrían tenido que resolverlas en el baño.

»Si yo pudiera decirles lo que sucederá en Nápoles, créanme que ya se habrían levantado para correr a sus oficinas y hacer lo que les he dicho. Eso es lo que hay, amigos míos: *To be or not to be*. Existe una palabra caída en desgracia en estos tiempos: confianza. Y si les parece una respuesta excesivamente romántica, entonces hagan sus cuentas de lo que les quedaría si todos esos miles de clientes y todos esos millones de millones de euros a partir de mañana se embarcan en un bonito *flight* sin posibilidad de regreso. Y el resto, disculpen la franqueza, es asunto suyo, exclusivamente suyo.

Alfredo Gemma extendió las manos sobre los papeles tras un gesto de asentimiento del

abogado. Los hojeó. Los miró. Después, dirigiéndose a De Dominicis y Pepe, dijo:

–Bueno, tenemos empleados, ¿no?, pues pongámoslos a trabajar.

De Dominicis se levantó. Pepe lo siguió. Uno a uno fueron estrechándole la mano a Ventre con una leve inclinación de cabeza. Alfredo, metiéndose la camisa en los pantalones, dijo:

–Mañana a las ocho le llevo los papeles y montamos la feria de la fotocopia.

–Buenas noches, Alfredo –dijo Ventre, y permaneció en pie delante de las cristaleras, escrutando el horizonte oscuro.

Se bebió otro vaso. Miró las sillas aún calientes por los cuerpos de los tres. Miró el cenicero rebosante de colillas retorcidas por la tensión del encuentro. Él estaba tranquilo. La sangre le fluía en las venas con la velocidad de una divina arrogancia. Subió lentamente por las elegantes escaleras de madera finlandesa hasta lo alto de via Posillipo. Lo esperaba un coche de cristales tintados. Delante del coche, una moto. Detrás, otra. Ventre abrió la portezuela posterior y entró. Se quedó mirando a través del espejo retrovisor los ojos del chófer y, señalándole al motociclista de delante, dijo:

–¿Quién es ese? –no hubo respuesta–. Que se quite el casco –sibiló Ventre.

El conductor le hizo un gesto al centauro, quien reveló de inmediato su rostro por entero.

–Es el de la semana pasada –dijo el abogado–. No quiero a las mismas personas. Y los avisos de los turnos mediante llamadas telefónicas media hora antes. Las comunicaciones, siempre en el último momento.

Hubo una llamada, pocas palabras, pocos minutos y apareció otro hombre para liquidar al indeseado. Diego Ventre exigía una escolta cambiante, estaba convencido de que un guardaespaldas te salva la vida solo si le importa mucho la suya. El hombre fijo podía traicionar. El ocasional, no.

El motociclista destinado al control posterior se puso al lado del coche.

–¿Todo en orden?

Ventre sonrió para sí mismo. La carretera se desplegaba casi desierta, asaetada por los faros. Edificios, tiendas, palabras. Arquitecturas de antigüedades estupefactas, agredidas por superfetaciones modernistas: un aquelarre de lo viejo y lo nuevo.

«Nápoles en el fondo de su alma siempre ha sido una ciudad barroca.» Después, pensando en las rimas vertiginosas entre vender y comprar que acababa de urdir en un establecimiento costero abusivo dedicado a un gran poeta, el abogado se dijo: «Y en sus vicios lo será para siempre».

Ahora allá abajo, en el fondo, se erguía la imponente amarillenta de Castel dell'Ovo.

«¿Un huevo de qué?», pensaba Diego. «¿Un huevo de roca? ¿De cristal? ¿O no será incluso un huevo hecho de huevo? Lo indudable es que el huevo se ha roto y solo yo sé cómo recomponer sus pedazos.» Sintió que aquella idea le había salido tan redonda como para sonreír complacido en su interior. Quiso corregirse. «No, el huevo no se ha roto, se trata solo de fecundar la densidad de la yema.»

A través de las lunas tintadas del coche veía parejas de turistas salir del brazo de los hoteles. En el embarcadero del castillo, dos jóvenes novios sonreían estampándose

ráfagas de besos en las mejillas. Los camareros de los *nights* volvían a subirse los pantalones negros que habían acabado bajo las barrigas satisfechas de nada. Diego, mirándolos, pensaba que todos seguían viviendo como antes, mientras, allí, en aquel momento, solo él sabía que al cabo de algunos meses nadie más podría colocar las mesitas en la orilla, ni pasear por via Caracciolo, ni entrar o salir de los hoteles iluminados. Toda aquella gente le pareció el final de los últimos pasos de una danza ya marcada en el tiempo. Se sintió solo, solo y poseído por un secreto siniestro.

Cerró un momento los ojos y vio el cabello de Luce suelto sobre su chaqueta blanca.

**Posillipo. 14 de mayo. Mañana.  
Villa Sangrano**

La casa quedó trastornada al alba por un estallido de locura. Maria Amerigo pasaba dando bandazos de una habitación a otra, llameando chillidos por teléfono, con gritos que arañaban la paz de la villa como un papel de lija capaz de desollar incluso el aire.

Luce se llevó las manos a los ojos: tumbada aún en la cama, deseó que la sábana de batista fuese un sudario. Los pasos descalzos de su madre tamboreaban los mármoles y los parquets con apoyos feroces, holladuras siniestras. Vociferaba contra su marido, porque aquello no podía traérsela floja como se la habían traído floja siempre todo y todos, que escupiera sangre para volver a Posillipo, que esconderse en esa letrina de exilio que era el palacete de San Sebastiano no servía de nada, que era un egoísta de mierda, que sería capaz de jugarse hasta el puto ataúd después de muerto, que se viniera de inmediato, ahora mismo, corriendo a casa a tomar las riendas de la situación, de las situaciones, que telefoneara a algún amigo, a todos sus amigos para tapar los agujeros de esa cloaca de barca que era su familia, los agujeros por donde salía el oro y entraba el agua de mar, repleta de ratas y meados para arrastrarlos a todos hasta el fondo. Después se oyó un ruido de algo roto. El teléfono había sido arrojado al suelo.

Luce se levantó, cruzó las habitaciones de la planta de arriba, pasó por delante del gran espejo de la sala central y con un giro de hombros adormecido se ocultó a sí misma de su propia vista. Se sentía como un fantasma que hubiera recibido el horrible privilegio de asustarse él solo. Bajó por la escalinata hasta el salón de la planta principal. Ahora, desde alguna de las habitaciones del fondo en el ala izquierda le llegaba la respiración entrecortada de su madre. La muchacha echó a correr entre las penumbras de primera hora de la mañana. Hela ahí: Maria Amerigo estaba allí. Se agitaba entre sillones y sofás cubierta por una túnica color marfil escotadísima que dejaba entrever toda la turgencia de sus muslos, la insolencia de sus pechos voluminosos, esos pechos que como ella misma, como los Sangrano, como toda Nápoles, habían cedido a una belleza demasiado gravosa.

La mujer estaba de espaldas: sintió la presencia de su hija y le lanzó una mirada retorcida y venenosa por debajo de los cabellos desvanecidos de rabia. Golpeó dos veces con el puño sobre el piano y encolerizó un susurro:

—Te han embargado esto también, so gilipollas. De modo que ya solo te queda ir a tocarle el instrumento con la boca a algún desgraciado que te haga la misericordia de darte de comer.

Los golpes sobre la caja armónica habían sacudido las cuerdas como dos bofetones contra un haz de nervios, capaces de reaccionar solo con el gemido que ahora exhalaba entre las paredes.

Una lámpara de cerámica de Capodimonte arrojada al suelo: Maria Amerigo pisotea los pedazos con los pies descalzos y se los ensangrienta. Luce se ha quedado petrificada. Al suelo los marcos de plata, al suelo los candelabros, todos los sillones volcados, de una habitación a otra, devastadas las mesitas de cristal, la platería, las porcelanas del dieciocho. Luce sigue a su madre umbral tras umbral y se desploma en la impotencia de sus ocho años, cuando su madre había dado ya algún triste espectáculo sin llegar con todo a tales extremos. Al suelo con los cuadros, ahora, y con un bastón se arroja contra las cristalerías y las hiere con gorjeos agudos de vidrio; todo a su alrededor es un granizo de añicos. Empuña un afilado abrecartas de plata, se lo coloca en la muñeca y se lo hunde en la carne, en busca del manantial de la sangre.

—¡No, mamá!

En la voz desesperada de Luce está el llanto, la firmeza, el terror, el incrédulo reproche final. La mano de la hija atenaza la muñeca de la madre. La madre se vuelve, se dobla, se escabulle, se retuerce en un estertor que sigue buscando la sangre. Y otra vez el grito de Luce:

—¡No, mamá!

Dos veces mamá, al cabo de tantos años, en el dolor, en esta alba azulada de melancolía. Maria Amerigo y su hija caen al suelo. Ruedan en una lucha de abrazos. Todo es un relucir de ojos y de dientes, de pelos pegados a la saliva furiosa como algas espumadas. Se restriegan en los añicos deformes de los mil colores de cristales destrozados y, por fin, en el jadeo de la desesperación la madre solloza un bloqueo del aliento. Luce la ha sometido por amor y ahora ella muere en el azul cianótico que le irriga las sienas. No respira. Está en apnea. No respira. La mano de Luce se alza, busca el gesto antiguo en el aire: la golpea. El bofetón. Abofetear a su madre. Dos bofetones en la cara, tres. La loca de su madre. La loca de su madre jadea. Fuerte, jadea fuerte, fortísimo, como de regreso de una inmersión en la angustia profunda. Están en el suelo, la madre y la hija. Abrazadas. Los ojos frente a los ojos. Las manos de una en el pelo de la otra. El síncope del aliento azota con sacudidas violentas el pecho desnudo de Maria. Las piernas, el vientre entre los rasgones de seda, se sueltan en estremecimientos repentinos, como si una repulsión eléctrica buscara la última arcada. Los pezones anchos y oscuros, matronales desde siempre, tienen ahora una palidez de enferma. Las lágrimas extenuadas de ambas, a pocos centímetros. La madre posa sus uñas en la nuca de la hija y le dice con un susurro sinusal:

—Dame un beso.

Le busca la boca. Luce cierra los ojos entre las mamas temblorosas de su madre. El beso acaba entre el pelo.



**Nápoles. 14 de mayo. Mañana.**  
**La casa de Diego Ventre**

«Emergencia sísmica: ocho expertos en Nápoles durante un mes.» El titular del periódico corona una gran foto del Vesubio a todo color. Los labios del abogado se abren despacio, como dos cartas que desvelan en el centro otra decisiva, el ápice del as.

El teléfono suena con un timbrazo a la antigua:

–*Avvocà*, Carmine al aparato. Está aquí la Moscú.

Fin de la comunicación. Pocas decenas de segundos. El gemido quejumbroso del telefonillo. Pasos en las escaleras. En el encuadre capialzado de la mirilla está la Moscú. Diego abre la puerta, entra una morena esbelta, de pelo encrespado, ojos azules. Carmine, del bar Jamaica, controla el acceso al callejón Calascione y en cuanto alguno o alguna lo cruza parte el aviso telefónico. El abogado vive al fondo de una callejuela que es una veta de paraíso abierta bajo un arco fresco en via Monte di Dio. Jardines efervescentes de rosas y naranjas acompañan el empedrado a derecha y a izquierda en medio de hermosas casas de otros tiempos. El paseo acaba en una placita minúscula: se llama largo Calascione, precisamente, y se halla en el Pizzo del Falcone. Por debajo, en un precipicio de toba, toda via Carac–ciolo, Posillipo y el mar. Ventre vive en un edificio color crema pálido, en un primer piso de olas cegadoras de luz mientras la Moscú abre de par en par todas las ventanas.

La Moscú es una rusa de unos cuarenta años y desde el primer día del primer aviso, Carmine, el del bar Jamaica, cambió el nombre de la rusa por el de Moscú, sin más, para hacerse el gracioso, por ese rencor de su reservado oficio que le hace cambiar los nombres de todas las cosas y de todas las personas. La primera mañana que el abogado escuchó por teléfono «la Moscú» rio de buena gana y, dado que no se reía nunca, en el bar pensaron que el apodo era bueno y así quedó fijado. El local es de cuatro metros cuadrados. En él está Carmine, el dueño del bar, con tres pistolas detrás de la barra. Está el Argel, un mulato estacionado entre la zona de delante de la barra y el umbral, con una calibre nueve de cargador bifilar escondida en una bolsa de plástico llena de pulpos, colgada de un clavo en el muro exterior del bar. Está el señor Andrea, de unos sesenta, un tipo elegante, aires de funcionario municipal jubilado: de puntería infalible, experto en cacheos, Beretta en sobaquera con permiso de armas en regla. El señor Andrea tiene como cometido la vigilancia doméstica, que no abarca el exterior y afina trabajillos casi limpios. Informador de la policía: así, si un coche patrulla aparece por el bar Jamaica, es

solo para charlar un rato con el señor Andrea. Movimiento no falta: cuatrocientos cafés al día, bollería renombrada. La cobertura es perfecta.

Diego Ventre observa a la rusa que caracolea por las habitaciones y vuelve a pensar en Carmine, quien de la Unión Soviética solo conocía la ciudad de Moscú y ese fue el nombre que le propinó a esa hembra de caderas pronunciadas, piernas largas, seno amazónico. El abogado reflexiona: no es una mujer de Tolstói, ni de Dostoievski, ni mucho menos de Chéjov. Tal vez en ciertos momentos, cuando se arrodilla para quitar el polvo de las zonas bajas de un mueble, si al igual que ahora levanta la cabeza agazapada detrás de un sillón, ese festón negro de rizos que le baja por la nariz recuerda a una señora en la cocina de Pushkin. Pero en cuanto se pone de pie y remueve el aire vuelve a ser una yegua de nieve. Suena el teléfono, es De Dominicis:

—Ah, buenos días, señor abogado, respecto a esa hipoteca, quisiera decirle que puede hacerse. Deles recuerdos a sus clientes. Nos vemos en persona cuando quiera... Cuando quiera...

La Moscú hace bien incluso el café y Diego lo saborea en el balcón. La placita Calascione está desierta, la calle que da acceso es estrechísima, los coches casi no pasan y, si acaso, entran solo los de los pocos que viven allí. Es un callejón sin salida.

Bueno, lo que se dice sin salida, piensa el abogado, con este panorama de aire abierto al horizonte del mar. Es un día napolitano, donde las chispas de los encrespamientos acuosos orquestadas por los reflejos del sol parecen querer decir que toda esta belleza inmutada es inmutable.

Diego Ventre llama por teléfono al de la inmobiliaria:

—¿Quién es, Pepe? Buenos días, soy yo. Quería decirle que para el asunto ese, todo está en regla. Ya me pasaré después... Que tenga un buen día.

La Moscú le llena otra taza de café. El abogado lo saborea en el sillón. Otra vez el teléfono:

—*Avvocà*, Carmine al aparato, aquí tenemos al contable... La asistente ha terminado sus dos horas de la mañana. La ronquera del telefonillo volvió a quebrar el silencio. Ventre le hace un gesto para que abra el portal y la puerta. La Moscú y el contable se cruzan en el rellano: una se va, el otro entra:

—Buenos días, *avvocà*, anda que esta tocadura de pelotas de los cacheos ya no hay quien lo aguante. Primero tengo que entrar en el bar Jamaica, después tengo que tomarme un café para no llamar la atención, después tengo que entrar en la trastienda con ese chimpancé del Argel. ¿Ha estado usted alguna vez en la trastienda, *avvocà*? Es más pequeña que una cabina telefónica. Que si desabróchate la chaqueta, que si ábrete la camisa, que si bájate los pantalones, que si déjame ver lo que llevas en los zapatos. Encerrados allí dentro como dos sarasas. Y eso que hace veinte años que usted me conoce.

Ventre se limitó a sonreír con la mirada:

—Exactamente, hace veinte años. Alfredo, yo sé quién has sido tú en los últimos veinte años. Y sé quién eres ahora. Pero dentro de una hora ¿serás el mismo? No pongas esa cara. Ten, un poco de café. No te mortifiques. Los golpes más bajos provienen de los

amigos, ¿no? ¿Y qué? Solo hace falta un poquito de paciencia. No es más que un método.

Alfredo Gemma vació la tacita de café:

–*Avvocà*, discúlpeme por meterme en el asunto, usted es una persona de una inteligencia... Pero disculpe, ¿y si los que se la juegan son justo los del bar?

Ventre cierra la última ventana que quedaba abierta, se sienta en el sillón frente al contable, apoya las manos en los brazos de la butaca, cruza las piernas:

–Al día siguiente estarían muertos. Si quieres estar tranquilo, tienes que tener siempre una carta marcada, una carta secreta. Y para gente como nosotros, eso solo nos lo garantiza alguien que no sea como nosotros. No los matará uno del gremio, uno de nuestro ambiente. No. Iría a buscarlos una buena persona y los mataría. Siempre hay que tener a alguien que te quiera de verdad, y a mí no me falta quien me quiera de verdad. Vayamos a lo nuestro.

El contable abre un maletín negro antirrobo. Alinea unos expedientes sobre la mesa:

–Aquí están, esta mañana me he pasado antes que nada a ver a De Dominicis, estaba que se le derretía el cuerpo ante la idea de que pudiera estar resentido usted por la de largas y vacilaciones que exhibió anoche. Me lo he encontrado con el despacho tan repleto de empleados que parecía una base americana diez segundos antes de un lanzamiento espacial. Después me he acercado a ver a Pepe, me lo he encontrado al teléfono trabajando para nosotros a doscientos por hora, del auricular goteaba sudor de ebullición. Por la tarde el catastro me prepara todo lo que usted ha pedido. Aquí tenemos además los primeros *play* que podemos cerrar antes de mañana. Y para conseguir hacer todas estas cosas para mañana, hablando con el debido respeto, la lefa que tenía en los cojones se me ha convertido en petróleo. Aquí lo tiene, en estos papeles están los cruces de las *first situations* inmediatamente compatibles.

Gemma se sobresalta, sorprendido por el ruido del teléfono.

–Alfrè, estás demasiado nervioso esta mañana, aprovecha cuando bajes para pasar por el bar Jamaica y tomarte una manzanilla doble. Total, al volver, del cacheo te libras. Sí, dígame.

Al otro lado de la línea, la voz de Sandro:

–Buenos días, señor abogado, la muchacha está en via Toledo.

**Nápoles. 14 de mayo. Mañana.**  
**Las calles**

«Nápoles es Tokio sin Tokio.»

Diego Ventre exhala su estela de pensamientos en la corriente humana de via Toledo. Los remolinos de la multitud estrangulan el espacio para liberarlo después de repente como el efecto de una resaca repentina.

«Aquí tenemos toda la agitación del Japón, sin la productividad del Japón.»

Delante de la chocolatería antigua de Gay Odin vuelve a ver la escena de un sueño que en los últimos años ha venido a menudo a iluminar sus noches. Tiene once años y está acurrucado dentro de su camita, en la trastienda oscura de una tienda que vende chocolate artesano. Dos escaparates rematados en palisandro que dan a la calle, abarrotados con envoltorios de papel de aluminio de colores, redondos, triangulares, cuadrados, que visten joyas de sabor rellenas de ron, crema, brandy, cerezas. En el interior, las estanterías de caoba que se parecen a una inmensa librería de otros tiempos llegan hasta el techo, y allí también, en los fondos de espejo, se multiplican las cajas de besos de vainilla, *marrons glacés* grandes como trufas, pralinés envueltos en transparencias relucientes, cual cebos para el placer de dientes que quiebran delicias bajo el paladar. Es de noche y este Diego niño, en el rocío cálido y brumoso de luces de su sueño, sabe que, si extendiera la mano en la oscuridad, encontraría el interruptor de la pequeña lámpara de guardia sobre la mesilla de al lado de la cama. Sabe también que la luz revelaría pilas de golosinas empaquetadas, ordenadas en columnas de distintas alturas intercaladas por hermosos libros. Ahora enciendo, ahora enciendo, piensa el niño y en el aplazamiento de la búsqueda que llevaría sus dedos al interruptor permanece en las tripas de las tinieblas que lo protegen. La puerta de arco de la trastienda está cerrada y desde la gran sala destinada a las ventas llega el muy dulce tintineo que acompaña todas las aperturas del umbral. Le llegan, amortiguadas, las voces de los clientes, que se entretiene en reconocer: el caballero Selce, la señorita Montefusco, que tiene más de setenta años, el marqués Cardone, la farmacéutica con la cola de caballo, las tres hermosas estudiantes de Medicina del edificio de enfrente, el niño Michele, el herrero del callejón de detrás, una pareja de franceses de paso, la hermana del fotógrafo, el señor Gaetanino, el jubilado que vive solo. Un concierto de pasos y risas delicadas, cien timbrazos de buenas noches que hacen que las sonrisas se introduzcan hasta por debajo de la puerta de la trastienda como regalos de viento ligero. Y además, por encima de todo, sus tías. Los tacones de

sus tías sobre la tarima de detrás del largo mostrador. Sus tías que saludan con la longitud aflautada de sus saludos. Sus tías, propietarias de la tienda. Sus tías, las suyas, las de ese niño que es él y que permanece en la sombra segura, disfrutando de esa beatitud almendradora de sueño, de ensueño, de vela consciente. Sus tías que empaquetan, sus tías que pesan, sus tías que dejan rodar el rollo de cinta roja para los envoltorios, sus tías que enroscan con las tijeras festones de lenguas de oro para decorar los paquetes de regalo. Sus tías ancianas que se demoran en chácharas con los clientes, sus tías jóvenes, a las que oye cuando pasan a pocos centímetros de la portezuela de la trastienda, oye el crujido indescriptible de sus vestidos de seda o el roce silenciado por el *chiffon* contra las estanterías, o el elástico de una liga recolocada por un raudo pulgar. Después alguien llama a la puerta del niño y, tras esos tres toques en la madera, el sueño termina.

Ahora Diego tiene cuarenta y cinco años, hace dos que no cata carne de hembra y de vez en cuando, por las noches, ese almacén de vírgenes aromatizadas de chocolate viene a formar a su alrededor un perímetro de sonidos y aromas dichosos. Ahora está en via Toledo, a la altura del arco de la Galería; Sandro, uno de los suyos, le da el cambio al Argel con una mirada al tiempo que con una ojeada que remite la atención de Diego hacia delante, alude a la razón por la que le ha telefonado: «Oiga, señor abogado. La muchacha está en via Toledo». Seguida hasta aquí desde que salió de la villa de Posillipo, como quería Diego.

Luce di Sangrano se muestra solo un instante en la rejilla colorida de la gente bajo el sol. Ventre toma por un callejón a la izquierda, acelera, gira a la derecha, se detiene a la altura de una segunda callecita que baja como un diente oculto en el rastrillo de los Barrios Españoles. Sandro está acostumbrado a toda clase de extrañezas. El abogado se detiene. Quiere disfrutar de la vista de la muchacha cuando pase de perfil por la calle principal. Ahí está, el encuadre tapado en lo alto por banderas de sábanas mezcladas con los salidizos redondeados de antenas parabólicas, el esviaje oscuro de muros a derecha e izquierda. Ahí está, con su paso de gacela tozuda en el conato de multitud que ahora deja a su alrededor un poco de aire. Es un momento: vestida de rosa antiguo, chaqueta y falda por debajo de las rodillas. Medias veladas del color de la carne. Zapatos esbeltos de tela y suela. Sin bolso. Las manos en los bolsillos. La efusión finísima del pelo que forma ondas naturales sobre los hombros. El pelo como la noche anterior, de un trigüeño antiguo, apenas maduro, poseído por un ansia de barrena que lo remueve, lo hace serpentear y lo aplaca a lo largo de la espalda. El momento ha pasado. La muchacha ha cruzado la improvisada pantalla de derecha a izquierda. Las campanas de San Martino tañen el mediodía.

Diego está otra vez en via Toledo, las astillas multicolores de cabezas pequeñas, cabezas redondas, ahusadas, calvas, peinadas, desgrednadas se rehúyen y se reúnen como granos incandescentes de unos fuegos artificiales disparados caprichosamente. Y, algo más adelante, el eje de la mirada de él captura a Luce en diagonal en el ensanchamiento momentáneo del paseo. Esa era la ocasión en la que ella era realmente ella, desconocedora de que alguien la estuviera mirando, despreocupada en verdad de todas las pupilas que se alzan hacia su cuello, o hacia su boca para apaciguarse después

atónitas, incapaces de explicarse que, cuando no es más que armonía, la belleza provoca vergüenza.

Sandro tranquiliza al hombre del traje gris que camina diez metros por delante, a la izquierda del abogado, y al del chaquetón de piel que camina cinco metros a su derecha. Sandro tranquiliza y los sigue siete metros por detrás. Tres hombres como protección, en el dibujo de un triángulo irregular. Posición perfecta para defender y, llegado el caso, disparar por todas partes con visual libre de los blancos. El primero, Sandro, siempre en vaqueros y zapatillas de deporte, conocido en los ambientes criminales por ser alguien que en toda su vida solo había hablado con la pistola. Eso servía para decirle a quien debía saberlo: echad bien vuestras cuentas. El segundo, el del chaquetón de piel, había trabajado como escolta de dos jueces napolitanos, desbaratando cuatro atentados y dejando un muerto en el suelo. Para adjudicárselo, Diego tuvo que mover sus hilos en la Fiscalía general. Servía para indicar que la protección era limpia, institucional. El tercero, carabinero en excedencia, cincuenta y un años, medalla de plata al valor militar, con colegas en todas las ciudades, puentes de información utilísima sobre los desplazamientos de los prófugos de la justicia. Pero el golpe de genio era el último, el cuarto. Arrancaba de frente respecto a los dos que precedían al abogado, bajaba contracorriente mirando lo que ocurría a espaldas de Sandro, giraba en torno a él y volvía a empezar su recorrido. Y a este no lo conocía nadie. Venía de Ragusa. Un día se vestía como un empleado de banca, al día siguiente como un vendedor ambulante. Un día llevaba barba y al día siguiente ya no. El lunes salía con una carpeta debajo del brazo, el martes con un maletín. Gafas de sol distintas cada día. Falsas gafas de ver a docenas. Ventre, bromeando, decía que no solo no había nadie en Nápoles que supiera quién era, sino que ni él mismo siquiera sabía quién era.

Una cuchillada de sol atraviesa Port'Alba. En el lado de la sombra, Luce señala con el dedo índice el escaparate de una librería: el dependiente con barba y camisa a cuadros estira la cabeza y dice el precio. La muchacha le da las gracias, permanece dubitativa observando los tres volúmenes de los años sesenta recogidos en un estuche. Se aleja. Diego se acerca para leer el título de la obra: *Autobiografía de Giuliano di Sansevero*, de Andrea Giovane. Está detrás de ella. Encuentra el susurro por sorpresa.

—Bonitos libros. Antigüedades editoriales.

—Ah, es usted.

—¿Le interesa porque sabe lo que es o porque no lo sabe?

—Giovane es un gran escritor, he leído algunas páginas sueltas. Pero la obra completa es difícil de encontrar. Se publicó en los años sesenta y no ha vuelto a reimprimirse.

—¿Se lo lleva?

—No.

No, dice ella, y por fin nota Diego cómo relaja el arco de su voz profunda y limpia, que parece salirle de las sombras de los ojos.

—La aflicción debería ser el instructor del sabio; la sabiduría es tristeza: aquellos que más saben deben lamentarse más hondamente sobre la fatal verdad.

La muchacha se pregunta si esa cita de Byron que el abogado ha dejado escapar en un

instante puede hacerle olvidar el asunto del *play* limpio propuesto por Valenti en el bracete untuoso de la noche anterior, durante la fiesta.

Diego insiste con una sonrisa:

—¿Le gustan las cosas que no se encuentran?

—Me gusta encontrar las cosas ocultas.

—¿Por eso ha ido a visitar todas las bibliotecas de Europa?

—No solo por eso.

—Aquí detrás, a dos pasos, hay una cosa oculta que tal vez le guste.

—¿Aquí detrás?

—Sí, aquí detrás, pero no es una iglesia ni tampoco un museo. Usted no puede haberla visto. Si quiere, vamos. Está aquí mismo.

Luce mira el reloj, mira los ojos tranquilos de él. Se los siente clavados como una sinceridad esencial. Sonríe débilmente. Se encaminan calle abajo por la cuesta de San Sebastiano. En via Croce, ella lanza una mirada al edificio donde no tardará en entrar para la continuación de su retrato. El abogado lo nota y se graba el portal. Coge el móvil:

—Señor Di Lieto, soy Diego Ventre. Le llamé por ese asunto que vi el mes pasado. Querría volver a pasarme ahora. Las llaves las tiene el portero, como la otra vez... Gracias. Ya le llamaré.

Ahora una mirada a Sandro, para decir que todo va bien.

El cruce acalorado por piazza del Gesù, las garras de los ruidos dejan el aire tullido, lo arañan entero con raspaduras de motores que lo reducen a ribetes lastimosos, ondeantes, desgarrados, entre los que los rosetones de las iglesias parecen bocas afónicas abiertas en una petición de misericordia. Un callejón más. Y otro. Ya han llegado: Palazzo Maddaloni, uno de los lugares más hermosos de Nápoles. Un portal vertiginoso. Entran. El portero impetra simpatía con su buenos días, abogado, y le entrega las llaves. Diego precede a Luce subiendo por las escaleras grises, todas aberturas y bóvedas. Se detiene, la tranquiliza con una sonrisa. Están en la primera planta, delante de una puerta inmensa. Él introduce la llave en la cerradura y la gira con vueltas infinitas. Entran en la oscuridad. Vuelve a cerrarse el umbral. Reluce la llama de un encendedor. Ventre busca algo. Por fin, una vieja lámpara apoyada en el suelo aclara un vestíbulo enorme. Acaba Nápoles tras esa puerta. Acaba la cháchara incesante que hilvana los días. Acaba el tráfico. Acaba todo en pocos metros. Un portal, unas escaleras, una entrada polvorienta abierta y cerrada.

Luce levanta la vista, un fresco en lo alto de azules y de polvo de nubes con joviales revoloteos de faisanes. Los tacones de ella provocan el eco en las salas vacías, ahora es lo único que habla. Y Diego sigue callado, no mira, procura sentir ese palacio a través de la piel de ella. En un rincón, un reclinatorio donde el rojo del terciopelo se ha vuelto orujo apagado. A su alrededor, todo son pinturas parietales con inesperadas aberturas a horizontes marítimos. Otra sala, y otra, y otra más. Una perspectiva de puertas estampilladas con oros disueltos. Restos de polvos caídos de los techos inestables. Otro salón de frescos en lo alto con nueve musas danzantes, mientras Apolo citarista toca con la espalda traspasada por una hendidura en la humedad de la argamasa, un corte irregular

como un cabello de rayo huido de una tormenta. A su alrededor, un chapoteo de columnas pintadas, trucas por la blasfemia de la incuria que ha desprendido salivazos de revoque. Silencio sobre todo. Realmente nada. Las puertas atrancadas. Algunos saquitos de cemento tirados en un rincón para emprender obras jamás empezadas o acabadas demasiado pronto. Ahora, en cambio, como amortiguado, el sonido hondo y tenso de un violonchelo. Pero lejos, muy lejos, procedente tal vez de otra planta del edificio, tan remoto que parece una ilusión. Una chimenea de mármol negro venado de gris, coronada por un espejo manchado por mil efélides resecaas por el tiempo. Un paquete de cigarrillos vacío en el suelo sobre los azulejos, todos recuerdo de un verde extinguido, vistos como debajo del agua. Luce apoya la palma abierta de la mano derecha sobre la cara de una ninfa juguetona. El encarnado de la mejilla izquierda sigue aún intacto y es allí donde permanecen los dedos. Diego se da la vuelta. Cierra los ojos. Siente el placer sepultado de algo que se parece a un trastorno de lo más simple, como el aviso de una pequeña conmoción. Gira sobre sí mismo con garbo. La ve contra la ninfa, gracias a esa escasa penumbra que le regala una bombilla colgada de mala manera.

Luce se mueve, camina por delante de él, y su paso es como el de via Toledo, incluso ahora que ella sabe que él la está mirando. No está posando Luce, no le hace falta y lo sabe. Se detiene en el centro de la última sala, la mayor. A la derecha, un piano de gran cola, sin tapa. Diego la supera lentamente. Ahora es ella quien le mira los hombros, amplios, bien dibujados, seguros.

Él abre espacio los postigos de un marco tambaleante, por detrás de los cristales se ofrece el espectáculo de una amplia terraza que gira en forma de herradura alrededor de un jardín y vuelve al otro balcón en el lado opuesto de la sala. Una balaustrada de traquita, engalanada por intervalos de estatuas, bustos de mármoles femeninos, con las narices y los mechones granulados por el sol, por el viento, por la sal.

Diego quisiera abrir el balcón, pero ella le toca la mano. Permanecen así, detrás de los cristales espolvoreados de humo. Él la mira:

—Sabes, dicen que Giacomo Casanova venía aquí todas la tardes de hace algunos siglos. A jugar a las cartas. ¿Te gusta?

Ella no lo mira. Regala todos sus ojos a las estatuas y sonrío. Sonrío con una sonrisa de esas en las que se descubre que algunas veces la realidad es solo la perspectiva adecuada desde la que contemplar el sueño. Diego se mete la mano en el bolsillo de su chaqueta clara. Coge el teléfono:

—Oiga, señor Di Lieto. Sí. Sí. Estoy aquí, en la casa. Quería decirle que me la quedo.

Nápoles. 14 de mayo. Tarde.  
Un ático en San Giovanni

—Hace diez años, quienes gobernábamos Nápoles éramos trece casas. Los periódicos, la policía y todo el mundo decían: la ciudad está dividida en trece zonas controladas por trece clanes. Y nos dábamos una bonita *life light*. Cada uno sabía cuál era su parte para los negocios y, mientras alrededor hubo otros doce, amanecían días que eran *'nu caffè cu tutt'o zucchero dint'a la tazza*<sup>4</sup>. Nadie levantaba la voz, nadie te daba un *squeak*. Más tarde, dos años después, se enredó todo. Primero nos convertimos en seis *team*, después tú disparas a mi gente yo disparo a tu gente, los que quedaban con vida se daban tales aires que se sentían *head boss*. Nos convertimos en quince. Quince casas madre. En el *meeting* general yo lo dije: somos demasiados, el gallinero es pequeño. Y además, ¿dónde está escrito que mi equipo con treinta años de experiencia tenga que soportar a uno que se ha despertado antes de ayer con picores en el culo? Los *head boss* se marcharon todos al camposanto y nunca llegó a entenderse cómo ocurrió. Aparentemente, había un acuerdo, pero ellos tenían demasiado *feeling* con los chinos, y los chinos, estimado Satriano, aunque los pagues, nunca se sabe del todo si son camareros o comandantes. Los chinos son gente precisa y lo de hablar con quince entidades diferentes los llevaba derechos al manicomio. En definitiva, que en parte por eso, en parte por lo otro, ahora somos dos, Carmine Denza y yo. Hay además una selva de subclanes, pero que no cuentan mucho. Habría que lograr la paz, dos bonitas zonas para dos bonitas agencias. Hay contratas suficientes para los dos, hay basura suficiente para los dos, la droga, los casinos, los ingresos del turismo, los planes urbanísticos bastan para los dos. Pues mira, no, porque ahora está de moda la criminalidad inteligente, toda esa fanfarria de razonamientos sobre que no hay que disparar, no hay que matar, no hay que volverse demasiado exhibicionista. Todas esas pajas mentales de que, si no te queda más remedio que eliminar a un mamón, tienes que hacerlo al final, cuando ya no aguantes más. Denza se ha puesto en plan traje cruzado. Después de haber matado más gente él que hormigas una rueda de camión, ahora se las da de pensador. Pero yo, estimado Cutrano, si hubiera querido ir por ahí sin pistola, habría sido funcionario. Si seguimos así, acabaré de candidato al congreso, así nos las damos allí todos de teóricos. Y todo este entrante de pelos de los cojones ¿sabe por qué se lo traen a la mesa? Porque han confundido el culo con la raja. Esta gente no tiene estómago para salir por la noche sin saber si volverán a pie o en un ataúd. No tienen huevos y se las dan de científicos de

la delincuencia. Yo nací con el viejo sistema y moriré con el viejo sistema: a quien te molesta hay que aplastarlo como a un mosca contra la pared, y hay que hacerlo antes de que se convierta en moscardón, porque los moscardones zumban una barbaridad y a mí el zumbido insistente hace que se me ponga *'o male 'e capa*<sup>5</sup>.

Pasquale Lerro hablaba masticando los mejillones a la pimienta de la fuente que presidía el centro de la mesa. Cutrano se había aflojado la corbata y el cinturón. Acquasanta fumaba y bebía zumo de piña. El ático ilegal descollaba de cristaleras y aluminio en lo alto de un edificio ruinoso de San Giovanni a Teduccio.

Lerro lanzó una sonrisa untuosa al vaso de zumo de fruta:

–Acquasà, ¿es que usted vive del aire?

–Don Pasquà, si ese comiera como usted y como yo, no tendría ese físico.

De piel oscura, músculos henchidos bajo la camiseta negra de manga corta, Acquasanta vivía desde hacía cuarenta y un años repartiéndose entre crímenes y gimnasios. Consideraba su cuerpo una máquina para el homicidio y se preparaba para la ocasión con los escrúpulos de un atleta de fama empeñado en defender su récord del mundo.

Cutrano sirve vino para Lerro y para él:

–Lo que nunca he entendido es por qué le llaman Acquasanta. Sí, ya lo sé, he oído decir que es a causa del ácido, que se ha especializado en desfigurar con ácido, pero ¿cómo es que le dio por ahí?

–La verdad, por qué me dio por ahí ni yo mismo lo sé.

Lerro había hablado con el tono de quien invita a una aclaración.

–¿No habrán sido por casualidad nuestros amigos los árabes?

Cutrano probó la solución apresurada. Acquasanta encerró en la boca un eructo, después sonrió con el aire de quien se prepara a cantar un viejo éxito ante un público que no ve el momento de aplaudirlo.

–Fue en la Escuela de Agrónomos.

–¿En la Escuela de Agrónomos?

Cutrano se había quedado con los dientes pegados al mejillón.

–En la Escuela de Agrónomos había una zorra a la que me tiraba. Estaba casada, pero la noche antes de que acabara el turno me la follaba. Trabajaba en la zooprofilaxis. Y se dejaba follar por detrás. Era más virgen por delante que por detrás.

La ocurrencia se la habían puesto en bandeja y Cutrano no se la dejó escapar:

–Esa era otra que había confundido *'o culo p' 'a fessa*<sup>6</sup>.

–Así que una vez, mientras me estaba haciendo un favorcillo con la lengua, yo me quedé mirando una botella amarilla. Pero eso qué coño es, le dije. ¿Qué?, dijo ella con el sifón en la boca. Eso, eso de ahí, insistí. Entonces ella con toda la heladería en la lengua dijo: eso es ácido. Y así fue, justo como se lo estoy contando. Una semana antes, un tío que andaba con Carmine Denza había dejado cojo a uno de los nuestros. *'Stu piezzo 'e merda*<sup>7</sup> se llamaba Ersilio. Iba por ahí con dos treinta y ocho encima. Yo le pedí permiso a don Pasquale para hacer una *solution*. Don Pasquale está presente y puede confirmárselo. Me dio permiso. Así que una noche de julio, mientras conducía con la

ventanilla abierta, me puse a su lado con la motocicleta y le arrojé media lata de ácido a los ojos. Una lata de Coca-Cola completamente abierta a la que le pones encima una tapa de plástico que, llegado el momento, se quita. Yo, por si acaso, me había puesto unos guantes especiales que me había dado aquella zorra. Porque ahí, si una salpicadura va adonde no debe, no es exactamente como el meado, se jode uno para toda la vida. Para abreviar: se lo eché encima. Acabó estrellándose contra el escaparate del bar Tunisi. Ahora solo ve por un ojo y su cara da asco, da tanto asco como un váter de piazza Garibaldi en el que hubiera cagado un marroquí con diarrea. Lo llamaban Ersilio *'o bello*. Iba por ahí con camisas chic. Hoy no se lo follaría ni siquiera una santa.

La inevitable carcajada de los tres estalló como el punto necesario que cierra la frase, porque en Nápoles los períodos siempre acaban sellados por un chasquido de la lengua, un puñetazo en la mesa, un giro de la muñeca en el aire, un gesto mudo de la cabeza, como diciendo: harían falta otras palabras, muchas más, las palabras nunca son suficientes.

—Cutrà, qué antiguos somos usted y yo, que seguimos yendo por ahí con pistolas. Desde luego Acquasanta tiene razón, porque si te paran en un puesto de control con un arma se pierde tiempo. En cambio, si te paran con una lata de Coca-Cola, ¿qué pueden hacerte?

—A mí me pararon, una vez. Vieron que estaba limpio. Tenía la lata en la mano. El oficial se la quedó mirando. Yo le dije: «Oficial, está caliente, si no, se la daba».

Cutrano suspira:

—Pero ¿cuándo acabará esta clandestinidad?

—A mí la clandestinidad me gusta —Lerro sigue riéndose salpicándose los dedos con limón—. Lleva uno una vida muy movida.

Ahora quien preside la mesa despide a la camarera levantando la barbilla. Aguarda el chasquido de la cerradura que acompaña el cierre de la puerta. Están solos. Lerro se enciende un cigarrillo:

—En todo caso, este Carmine Denza nos está tocando las pelotas. Su *team* está haciendo un trabajito en las tiendas que no me gusta. Están entrando en nuestra zona. Pero están entrando con un silenciador, con anestesia. ¿Conque me miran? Pues escúchenme bien. Esa sociedad financiera que hace préstamos blandos a los comerciantes, ¿saben cómo funciona? La vida no es solo ácido y pistolas. Nosotros le pedimos la mordida a uno. Al cabo de dos años queremos un aumento, razonable ¿verdad? El otro no tiene dinero. Insistimos. Montamos un *show* de preaviso. Quemamos un cierre. Rompemos un escaparate. Unos días después, la sociedad financiera manda al almacén a uno con un maletín. Este entra y le propone un préstamo. El préstamo sin garantías tiene los intereses que tiene. El comerciante los paga para obtener el préstamo, porque está claro que aquí hoy salimos del paso y mañana ya se verá. En definitiva, nosotros pedimos el dinero y ellos se lo ofrecen. ¿Quién creéis que sale ganando? Ellos. Y por si fuera poco hasta hacen un trabajo limpio.

—¿Y qué tiene que ver Carmine Denza en esto?

—Cutrà, detrás de la sociedad financiera está él.

Silencio. Acquasanta juega a la baja:

—¿Y a Denza va a ocurrírsele un *play* así?

Lerro lanza hacia lo alto tres bocanadas de humo.

—A Denza no. Pero tiene un buen abogado.

—¿Ventre? ¿El abogado Ventre? Pero si ese defiende a medio Nápoles. Don Pasquà, ese solo se preocupa por su propio trasero. Vamos, como que uno como ese que tiene *entrance* con la gente bien, uno que se pone esas chaquetas inglesas y se fuma esos puros de *dejadmenpaz* va a perder su tiempo inventándose sociedades financieras para dar dinero a quienes nosotros se lo hemos pedido el día anterior.

También Acquasanta quiere intervenir. Apenas consigue decir:

—Yo...

Lerro lo achicharra con una mirada fulminante. Mientras se habla de agrónomos tiene derecho a la palabra como bufón. En esto, no. Estas son cuestiones *very heavy*.

—Demasiadas coincidencias. Demasiadas finuras. Denza con el abogado habla, no me cabe la menor duda. ¿O es que no está en la clandestinidad él también? Y uno cuando está en la clandestinidad, si no habla con su abogado, ¿con quién mierda va a hablar? ¿Y qué sé yo de los consejos que puede darle? Sea como sea, abogado o no abogado, yo me juego las pelotas con todos sus pelos a que detrás de las sociedades financieras de nuestra zona está Denza. Voy a darle unas cuantas vueltas más. Después les diré cómo. Pero ha llegado el momento de que le hagamos algo definitivo. Un bonito *report*.

**Nápoles. 14 de mayo. Tarde.  
Una jornada de Diego Ventre**

—Nada de particular. Viene aquí todos los días. Entra en el edificio y sube al último piso. Allí está el estudio de un tal De Mattia, un pintor. Viene porque le está haciendo un retrato. Un retrato, abogado, como se hacía en otros tiempos.

Recorriendo via Benedetto Croce, quebrada a primera hora de la tarde entre el sol y la sombra, Sandro ha susurrado al oído de Ventre la información que le había solicitado por la mañana. Pocas horas antes, pasando por allí para ir al Palazzo Maddaloni, Luce dirigió un movimiento de los ojos hacia el portal de entrada al antiguo edificio Mazziotti. Diego captó toda la rapidez de aquella mirada y toda la profundidad con la que ella misma la había devuelto a su interior, a algún lugar secreto.

—¿Te has encargado de los libros?

—Todo en orden, abogado. No tardarán en entregarlos en Posillipo.

Ventre le había hecho a Sandro el encargo de comprar en Port'Alba esa *Autobiografía de Giuliano di Sansevero* que había estado mirando largo rato la muchacha. Ahora el hombre de confianza sonreía de admiración preguntándose cómo había conseguido saber el abogado, leyendo una mirada de aquella hermosísima hembra, que pocas horas después iría precisamente allí, precisamente a ese edificio.

Se habían parado en el número 21. Diego iba a visitar a su hermano. Telefonillo: chasquido de la cerradura. Uno de los hombres de Ventre lleva quién sabe cuánto tiempo en el portal: más de una hora, tal vez, para comprobar que todo está en orden.

El abogado los libera a todos, hace un gesto que significa esperadme aquí.

Emboca las escaleras de traquita. Es una subida veteada de aromas tardíos, esas vaharadas de salsas y fritura en el aire casi despojado de ruidos que relatan las tres de una tarde napolitana.

Viene a ver a su hermano una o dos veces al mes y, al subir esos escalones, siempre le asaltan los mismos pensamientos, los mismos recuerdos. Siente tanta repugnancia como si le obligaran a comerse una lagartija viva. Pero se siente atraído por la idea de que cada vez que sube esas escaleras, cada nueva inmersión en el pasado podría revelarle a su indagación sobre sí mismo un detalle antes invisible, desconocido y, en última instancia, definitivo.

Con el arranque de los primeros escalones vuelve a ver antes que nada a su padre, sus ojos buenos, sus manos sabias que se afanan doce horas al día entre punzones y colas

para fabricar pastores. Vuelve a ver el sótano de via San Gregorio Armeno, a la izquierda, en el interior de un patio, casi enfrente de Santa Patrizia. Allí vivían los cuatro: Diego, que el día del recuerdo tenía catorce años, su hermano, que tenía uno, su madre, que tenía treinta y cuatro, y su padre, cuarenta y uno. La madre va a servir a casa del ingeniero Gargano, propietario de todo el inmueble, alojado en el ático, alguien que se las sabe todas, se dice en los alrededores, respetado en todo el barrio, coches de lujo, amistades ambiguas.

Ahora Diego ha llegado al primer piso: entre dos puertas marrones, tres macetas de geranio. Sus pensamientos zumban en torno a las inutilidades, pero son precisamente las inutilidades lo que buscan sus pensamientos. No, en el edificio del ingeniero, en el primer piso había, en efecto, dos puertas marrones, pero solo una maceta y eran margaritas blancas.

Una mañana, Diego vuelve a casa antes de lo habitual. Una huelga en el colegio. En su sótano no hay nadie. Su padre estará en el taller, encima de San Lorenzo. El pequeño Manlio confiado a la paciencia de Pupetta, la vecina de rellano. Deja los libros sobre la mesa de la cocina. Cada día, al salir de clase, va a recoger la fruta para el ingeniero. Esa mañana, el señor Antonio le hace un cucurucho con un kilo de cerezas. Los escalones a la carrera con cuidado para que no se le caiga ni una. Llama al timbre: no hay corriente. Sigue subiendo, llega a las azoteas que coronan todo el edificio. Allí hay una escalera de caracol de hierro oxidado que baja directamente a la balconada del ingeniero. El primer balcón está cerrado, cerrados también el segundo, el tercero, el cuarto. Y el cuarto es el de la cocina. Y allí es donde se muestra la escena. El ingeniero está de pie en un extremo de la mesa. Diego cierra el puño para llamar al cristal. Pero no llama. Sobre los hombros del hombre hay dos zapatos granates de tacón. Diego no entiende bien. El hombre asesta golpes firmes con las caderas. Ahora está claro, resulta claro en un instante. Las manos de él empujan los muslos de ella para dilatarlos y ella está tumbada con la espalda apoyada sobre la mesa. Ella, su madre. Diego la mira con el aturdimiento de quien se despierta debido al cachete de un amigo en la somnolencia meridiana de la playa veraniega. Ahora el ingeniero aferra a su madre por las caderas y le da la vuelta, le levanta el vestido blanco hasta la espalda, le anuda los largos cabellos negros en su puño izquierdo. Con la derecha aferra lo que para el Diego niño se llama ultraje. Y con el ultraje vuelve a desgarrar una vez más las carnes de ella, a quien tal vez haga falta ayuda, que tal vez esté siendo agredida, pero la ilusión es breve. Los brazos de su madre aprietan las nalgas del varón para atraerlo en el ofrecimiento ilimitado de sí misma. Diego huye. Recorre las escaleras de cuatro en cuatro, bajando. Entra en el sótano.

Ahora el abogado está en el segundo piso, hoy la reconstrucción le está saliendo bastante ordenada. Sin saltos hacia delante ni saltos hacia atrás. La sucesión de los hechos parece la adecuada.

Tras haber dejado las cerezas encima de la mesa le convoca una voz insensata: «Voy a ver a mi padre». Como el niño agredido en la calle por uno más mayor, como el niño herido por la injusticia, se encamina hacia el taller de los pastores. Pero va despacio, casi como si supiera que esa confesión será el final de todo. «Fui despacio. Sí, de eso no cabe

duda. Fui despacio como ahora que estoy subiendo muy despacio estas escaleras.»

Delante del mostrador de los pastores desnudos, delante de las cestitas de brazos y de cabezas que montar, mira a su padre con medio cigarrillo en la boca. Dice, sudado, torciendo los ojos, dice. ¿Pero qué dice? Mamá, la mesa, el ingeniero. Los he visto. Las manos de ella. Las manos de ella.

El padre sale del taller seguido por el chico. Entra en el vestíbulo del edificio, abre de par en par la puerta del sótano. La madre ha vuelto y su sonrisa de indiferencia acaba arrojada a la cama, retorcida bajo un bofetón que le parte los labios. El padre le desgarró el vestido, el sujetador, las bragas, le aferra la naturaleza como buscando las huellas aún vivas y líquidas del placer. Después vuelve a la cocina, coge un cuchillo, se acerca a la cama donde la mujer llora entre los restos de su ropa. Diego susurra un no. El padre asesta un golpe contra la fotografía que lo retrata de novio junto a la puta. El cristal se quiebra. La vida queda separada.

«Estuve dando vueltas fuera todo el día y toda la noche. Dando vueltas por Nápoles. Pero ¿por dónde? No, de eso no me acuerdo y no lo sabré nunca.»

Al amanecer el chico vuelve al sótano de San Gregorio. Su madre no está. Su padre está haciendo la maleta.

—¿Te marchas a América? —su padre no contesta—. ¿Te marchas con el tío Emilio a América?

Su padre no contesta. Un beso en la cabeza de su hijo. Después, se marcha. Sobre la mesa, las cerezas huelen a bueno y a podrido.

El abogado está en el tercer piso, el habitual olor a colada fresca.

Ahora tiene cuarenta y cinco años. Hace treinta y un años, en el rellano del tercer piso del edificio del ingeniero había el mismo aroma. Exactamente igual.

El chico se ha quedado solo. Atraviesa los callejones de Nápoles con la cabeza gacha. Poco antes de medianoche, se sienta sobre el escalón negro de una carnicería cerrada. Tiene la sensación de que las sienes van a ceder ante la erupción de la sangre que le late en las venas alrededor de la cabeza. Lorenzo aparece por un cruce de allí cerca. Le saluda. Juegan juntos a la pelota. Pero Lorenzo es mayor: tiene diecisiete años y sabe hacer las preguntas adecuadas. Hombro con hombro, haciéndote sentir toda su alianza más cruda y más auténtica. Diego se confiesa e intenta hacerlo como un hombre, como alguien que no está interesado en el dolor sino en su solución. De Lorenzo le llega un solo consejo. Y tras el consejo, le llega el cuchillo. Diego acaba metiéndoselo en el bolsillo sin haber visto tan siquiera cómo está hecho. Solo siente su peso.

—Yo tengo a mi novia en Palermo. Mañana, después de que lo arregles todo, te vas a la estación. Hay un tren a las tres y veinte. *'A nnammurata mia*<sup>8</sup> tiene dos hermanos. Buena gente. Te mando con ellos —Lorenzo dio dos palmadas con la mano en el bolsillo donde Diego ha metido la hoja—. *Pe 'sti ccose nun se chiagne. 'Sti ccose se sistemano*<sup>9</sup>. Y nada más.

Al día siguiente Diego va al colegio. Se presenta voluntario en italiano y saca un siete. Vuelve a casa, deja los libros sobre la mesa. Después coge el cucurucho con las cerezas y sube las escaleras, y en ese trayecto se convertirá en el hombre que no quería ser y que

debe ser. La puerta del ingeniero es alta y oscura, igual que esta del cuarto piso detrás de la cual vive su hermano; ahora el chico llamará, el ingeniero estará solo en casa, le dejará entrar, lo precederá en dirección a la cocina, le preguntará si quiere un café, le quitará de las manos el cucurucho con las cerezas, lo abrirá, las olerá, dirá pero si están podridas, Diego extraerá el cuchillo del bolsillo de la cazadora y se lo clavará en el pecho, en el corazón, en la garganta, en un ojo. El ingeniero retrocede, tira una silla y cae sobre ella boca abajo, tocando el suelo con una mano y las dos piernas. Diego no se había imaginado que fuera así. Y, sin embargo, el color de la sangre es menos rojo de lo que uno podría creer. Ahora llega la emoción de la lucidez. Enjuaga el cuchillo. Se mira los zapatos, los pantalones, la camiseta, la cazadora. Vuelve a cruzar la casa mientras, desde la balconada, los pajarillos se juegan el cielo de junio. Cierra la puerta a sus espaldas. Borra las huellas de su dedo índice del timbre.

«Un timbre como este», piensa el abogado. «No muy distinto a este.»

El tren, Palermo, el trabajo como camarero de bar, de restaurante, de vendedor de pan *c"à meusa*<sup>10</sup>, las amistades ambiguas oficiadas por los hermanos de la novia de Lorenzo, ese Lorenzo que va y viene de Nápoles y que morirá a los veinte años en una calle de Messina, no se sabe bien por qué.

Palermo. Diego llega de noche. Abandonando el paso entre los silencios seculares de piazza Bologni, se sintió en seguida acogido con benevolencia.

Él, que había matado a un hombre el día anterior.

Él, sin un céntimo en el bolsillo, poseedor de dos camisas, un par de pantalones, una navaja de afeitar y un reloj por toda riqueza, sentía en la piel una especie de frescura de paz. Tenía la certeza de haber llegado a donde estaba escrito que debía llegar. Tenía la sensación de que muchos siglos antes había sido decidida esa cita suya de amor con Sicilia, a la que se presentaba ahora con una puntualidad desesperada y jubilosa.

Durante dos semanas durmió en la cabina de un barco pesquero, después en una barraca de los astilleros, hasta el espejismo cumplido de su primera casa. Era una única habitación, con un techo bajo sostenido por vigas inestables. Pero ¡qué emoción! Vivía en via Bara all'Olivella y su única diminuta ventana miraba al bies a un viejo patio donde las funciones de los muñecos de madera se alternaban con las contiendas entre pequeños muñecos de carne y hueso, mientras desde abajo los ojos oscurísimos de seis años magnificaban desafíos de escupitinajos y destripamientos de niños.

No había luz eléctrica en el cuartucho de via Bara, y mientras Diego estuvo allí, no la hubo nunca. En el último año del instituto, mientras repartía sus días entre D'Annunzio y la limpieza en unos billares, en corso Calatafimi, se mudó a via Alloro. La casa seguía estando formada por una única habitación, pero esta vez era mayor, con dos ventanas a la calle por las que, desde el alba, desenvainaba el sol su cuchillo de luz. Había una bombilla colgada de un cable, pero a Diego le gustaba tenerla apagada casi siempre: la oscuridad creaba extrañamente a su alrededor una sensación de dulzura sobre el pasado y sobre el ahora. Desde un piso cercano, cada día, le llegaban las notas de un genio. Algunos años más tarde, descubrió que se llamaba Roberto De Simone. Era suyo aquel Réquiem que oía cada día, y era entonces todo lo que le quedaba de Nápoles.

Sus días estaban dominados por un atentísimo control del tiempo. Tenía colegio hasta la una y media, tenía un plato de espaguetis con anchoas, tenía la tarde de estudio junto a Gianfulvio, que en griego centelleaba de aoristos y palabras desusadas en su hermosa casa de piazza Marina, en la que no faltaba la criada ceremoniosa ni tazas de té, galletas y almendrados. Más tarde, por las noches, tenía el trabajo en los billares, que oscilaba entre el abrillantamiento de los suelos y la limpieza de los váteres; entre servir los cafés, las grapas y los whiskys y la lubricación de los cierres metálicos. Y por último, para coronar la noche, tres veces a la semana le tocaba descargar las mercancías de contrabando.

Atraques diversos: Villagrazia, Mondello e incluso Messina.

En medio de los sufridos y ambiciosos días de aquellos años, Diego se preguntaba más de una vez cuándo terminaría aquella vida placentera que Palermo le daba.

¿Acabaría aburriéndole aquella medicina de tan buen sabor que se exhalaba por los poros secretos de la ciudad? La ambición le mordía las manos con los dientes melindrosos de un cachorro amigo. Diego se matriculó en la facultad de Derecho, entró como limpiador en el bufete del padre de Gianfulvio y, al cabo de un par de años, pasó de las escobas a los expedientes, convirtiéndose en el joven mercurio más fiable de la ciudad. No había conseguido aún el título y ya deambulaba entre los pasillos de los catastros, entre los meandros de las secciones civil y penal con la elegancia y la rapidez de un joven leopardo.

Tenía claro que las sombras de los billares y de los puertos tenían muchas cosas que decirse con los príncipes del foro, empezó a divertirse conociendo los secretos de los unos y de los otros.

A partir de su tercer curso universitario, empezó a vivir en el último piso de un antiguo edificio en via Butera. Esta vez, las habitaciones eran dos. Desde una pequeña terraza se erguía la espiral herrumbrosa de una escalera redonda. En las noches de primavera, Diego recorría sus volutas para llegar hasta los tejados. Se tumbaba sobre las tejas de terracota tibias por el sol de mayo y se rendía al abrazo de toda la Conca d'Oro. Ahora lo sabía, Palermo no le cansaría nunca. Una noche, observando el empaque lento y desenvuelto de un barco que apuntaba hacia el continente, se le vino a la cabeza un relato de su padre. Los fragmentos decían que uno de sus bisabuelos había nacido en Palermo, que vivía en los puentes de las naves, que fue a Nápoles y que en Nápoles se casó. Por lo tanto, si esas historias eran verdaderas, Diego tenía con la tierra de Sicilia lazos de sangre y de elección. De esa gente de Trinacria le gustaban la dignidad del drama, la capacidad de hacerte preguntas en silencio. La belleza de responder en silencio a cientos de preguntas.

«¿Palermo es muda o habla?» En eso pensaba Diego en las noches estrelladas de via Butera, mientras el siroco le cubría el torso desnudo como un velo de virgen africana. Él pensaba una y otra vez: «¿Con qué lengua, con qué aliento, con qué llanto, con qué carcajada habla? ¿Está delgada o gorda, Paler-mo? Y esta piazza della Marina, ¿qué es? ¿Ombligo, tobillo, húmero? Y los que se marchan, los que te abandonan, ¿en qué rodilla, en qué codo te tienen oculta? Fiebre eres, desasosiego vírico, Palermo. Estamos todos

llamados a sudar por ti, a toser por ti, a delirar y a morir por ti. ¿Es madre o padre Palermo? Y nosotros, ¿de quién estamos huérfanos? ¿Está viva o muerta, Palermo? ¿Nació para fecundar o para ser fecundada? ¿Desde hace cuántos milenios está encinta? Dime, Palermo, ¿qué debes parir? ¿Somos nosotros los que seguimos tu cuerpo en el funeral de la historia o eres tú, Palermo, la que sigue nuestro cuerpo en la pequeña historia de nuestro funeral?». Diego disfrutaba así de su soledad, acariciando en su interior la conciencia de ser un Ulises perfectamente oculto, que partió de una Ítaca napolitana para encontrar allí las ceremonias aún antiguas de su hermana mayor.

Después, un día, apareció un anciano, con bigotes grises y le dijo: «¿Eres tú Diego Ventre? Tú padre está en Norteamérica. Me manda que te diga que está bien y te envía esto». Un sobre. Dólares. Dólares que llegaban todos los meses. El muchacho prosiguió sus estudios. Creció. Contempló la vida de Sicilia desde el rincón de los libros y los libros desde las aceras de Sicilia. Entró en los corredores de la mafia y aplicó el catecismo del silencio con una perfección sin par. Se licenció, se convirtió en el abogado. Ofreció consejos y determinó golpes de timón. Se convirtió en un equilibrista en la frontera entre el bien y el mal.

Ahora el abogado llama a la puerta de este cuarto piso, un cuarto piso de hoy en el que le abre su hermano. Con el pelo castaño claro algo ondulado, sus ojos verdes, tan buenos y tan grandes, una sonrisa apenas esbozada y el labio inferior siempre algo entreabierto, lleva atónito los treinta y un años que ha durado su vida.

—¿Qué tal estás, Manlio?

—Eh.

Manlio siempre contesta así, con silencios o monosílabos. Cuando completa una frase, es porque aduce una pregunta.

La casa es un estudio grande, en el que hay de todo. Cama y cómoda antiguas, un ejército de santos en forma de estatuillas y figuritas. Entre una santa Eufemia y un san Rocco, tres cajas de psicofármacos.

—¿Qué? ¿Nos decidimos a cambiar esta choza? Hay un piso precioso en la costa, tres habitaciones que dan al mar. Basta con que me digas que sí.

Manlio sonríe y se encoge de hombros, se pone a preparar café y dice:

—Yo me encuentro bien aquí.

—Te encuentras bien porque está lleno de iglesias —susurra Diego.

Manlio llena la cafetera sin dejar de sonreír. El abogado deambula por la casa. Se detiene ante los santos de la cómoda y lee las instrucciones de los antidepresivos.

—¿Has ido a ver a mamá? ¿Qué tal está? —Manlio murmura otro eh—. ¿Vas a hacerte cura? Manlio, ¿no estarás pensando en hacerte cura?

—No.

—Y las mujeres ¿qué dicen?

—¿Las mujeres? Bah...

Ahora recuerda el abogado un día de hace muchos años. Manlio tenía once años y él veinticinco. Había vuelto de Palermo, una Navidad, por sorpresa. Su madre seguía en casa de unos parientes. Manlio vivía solo en el sótano de San Gregorio. La casa estaba

cerrada. El abogado había dejado la maleta donde la señora Pupetta y se había ido a dar una vuelta por via dei Tribunali. Desde lejos, ve llegar a su hermano arropado en un abrigo gris y con un gorro de lana en la cabeza. Delante del bar Cafiero, tres tipos de unos treinta años, con los antebrazos tatuados, siguen los pasos del muchacho con el ojo de quien avista una presa enferma y, cuando Manlio llega a la altura de la mesa en la que están sentados los tres con las piernas abiertas, uno le dice:

—*Uhé ricchiò*<sup>11</sup>.

El segundo repite y el tercero insiste:

—*O vuò 'nu bellu fierro 'nculo?*<sup>12</sup>

Manlio se sonroja y al cabo de unos cuantos pasos se echa a llorar. Diego va a su encuentro con pasos lentos. Lo abraza. Lo besa. Por encima de los hombros del muchacho observa a los tres que siguen riendo. Después, el abogado se quita el abrigo, la chaqueta y la corbata, se los da a su hermano pequeño susurrando:

—Vete a casa.

Diego se acerca a los tres, mirando a la cara solo al tercero, con la mirada de un animal que en la vida lo ha tenido todo en cuenta.

—Disculpad, solo para aclarar las cosas.

Un cabezazo en la boca a uno y dos ganchos para los otros dos. Buenas maneras aprendidas en un gimnasio de Palermo, donde más que el arte del pugilato le enseñaron a hacer daño científicamente. Siguieron mesitas partidas en las espaldas y patadas en el estómago contra los tres que se arrastraban por el suelo o desde el suelo movían un dedo o un pie en un intento de arrastrarse. Se formó un corrillo de gente, pero nadie se acercó. El abogado se movía con tal lúcida violencia que hacía parecer la cosa un tratado demostrativo de buenas maneras.

Al día siguiente con un traje azul, fue a pagar los daños al bar Cafiero. Recibió las felicitaciones del titular, que estaba hasta los cojones de aquellos tres, y no contestó a la pregunta:

—¿Y dónde está usted ahora?

Desde aquel momento, el pequeño Manlio se convirtió en objeto de veneración. El dueño del bar le invitaba a Coca-Colas que el chico nunca aceptaba. Y los tres insistían cada domingo por la mañana en invitarle a un helado.

El café estaba listo.

—Muy rico el café. Bravo. Ven, vente al despacho conmigo.

—Perdona, Diego, pero ¿qué son las emociones?

La frase completa había llegado. El abogado estuvo largo rato dando vueltas a la cucharilla en la tacita ya vacía y después dijo, muy despacio:

—Qué son las emociones... Digamos que es cuando te das cuenta de que las cosas que te dan miedo son las cosas que amas.

—Coño. Follón. Café. He hecho un estudio. De verdad. Es una cosa seria. Son las tres palabras más usadas en Nápoles. Qué coño dices, adónde coño vas, estoy hasta el mismísimo coño, pero qué coño, pero quién coño se cree que es. Menudo follón se ha organizado, hemos montado un follón, pero qué follón es este, ¿en qué clase de follón se ha convertido esto?, vamos a organizar un poco de follón, que se monte un follón. Tómese un café, tomemos un café, quiere un café, le apetece un café, estupideces de cafés, son cosas de cafés. A cierta distancia en su frecuencia de uso siguen los cojones, que no hay que tocarlos demasiado, que si se te hinchan, que uno los tiene y el otro no. Al lado de los cojones encontramos el culo, a tomar por el cual mandas a alguien, el culo que te han partido y el que te van a partir, la flor en el culo, es decir, la suerte, que hay quien la tuvo, quien la tiene y quien no la tendrá nunca. No muy lejos está la boca, con el que te la hinquen en la boca, voy a sacártela por la boca, te la meto en la boca, no permito eso de tu boca, es de buena boca. Además, reflexionemos sobre la palabra *sfaccimma*, lefa: para decir que uno es un hombre que no vale nada se dice que es un hombre de *sfaccimma*. Para decir que un hombre está dotado de una extraordinaria inteligencia se dice que es un *sfaccimma*. La misma palabra para dos conceptos opuestos. El reino de la ambigüedad. Explíqueme usted cómo va a funcionar una ciudad en la que las palabras así son nuestro santo y seña desde hace siglos y siglos.

Carmine Denza habla con toda seriedad sentado en el taxi, detrás, en diagonal respecto al conductor. Cincuenta y seis años, prófugo, vaqueros, zapatos de tela blanca sin calcetines, chaqueta clara y una cámara de vídeo en bandolera. El taxi va precedido por dos motos y seguido por otras dos hasta un total de ocho motociclistas. Una escolta que lo ha salvado ya dos veces. La primera, hace tres años, en un restaurante de Mergellina, y después, al año siguiente, delante de una farmacia de piazza Dante. Con un leve sobrepeso, increíblemente listo, de esos que se agachan para atarse los zapatos justo en el momento en el que se lanza el cuchillo que debía matarlo. De esos que se levantan después, miran el cuchillo clavado en una puerta y dicen: «Con bromas así, alguien acabará haciéndose daño». Su arte era el de la mimetización. Ironiza sobre todo y sobre todos. Tiene ya una tumba en el cementerio de Poggioreale con su nombre clavado en la lápida, su fotografía, su fecha de nacimiento y las tres primeras cifras del siglo en curso.

Antes de conocer al abogado Ventre, Carmine Denza peregrinaba de casa en casa. La clandestinidad lo obligaba a pedir hospitalidad a amigos y parientes. Después, cierto día,

dijo: «Estos me cuestan más que un *grand hotel*». Decidió ir a un hotel, a un hotel de verdad. Gaetano Merra, uno de los suyos, entraba y tomaba una habitación, exhibía su documentación con toda tranquilidad, porque no tenía antecedentes. Elegía siempre una habitación en el entresuelo del Royal Residence. Abría la ventana y, mientras sujetaba a Denza de las muñecas, otros dos lo impulsaban hacia arriba sosteniéndolo por el culo. Denza entraba en la habitación y Marra saltaba a la calle. Al cabo de un mes se dieron cuenta de que la maniobra era muy incómoda y podía llamar la atención. De manera que se hicieron con una escalerilla de aluminio, de tres peldaños, de esas que se usan en las tiendas de zapatos. Así subía Denza mientras Marra bajaba. Por la mañana, a las seis, antes de que la calle del hotel se llenara de gente, se repetía la operación: don Carmine bajaba y Marra entraba en la habitación, pedía que le subieran el café, después de haberse despeinado un poco, daba una propina a la camarera, bajaba al vestíbulo, pagaba la cuenta, recogía su documentación, se despedía, daba las gracias y salía por la puerta principal.

Cuando el abogado Ventre se enteró, se pasó tres días partiéndose de risa. Le indicó a don Carmine un hotel de amigos.

—Lo importante es que vaya pasadas las diez de la noche. A esas horas los propietarios no están nunca. De los turnos se ocupan dos hermanos egipcios. Ya me encargo yo. Otra cosa, ese Marra no tendrá antecedentes, pero es también un desempleado, y ¿qué hace cada noche en el Royal Residence alguien que no es representante de nada, que no viaja por negocios, en definitiva, un don nadie? Búsquese otros tres o cuatro testaferros limpios y estará más tranquilo.

También los desplazamientos, antes de que Denza conociera al abogado, suponían un apocalipsis. Coches blindados, cristales ahumados, peligro en los puestos de control.

—Don Carmine, lo mejor es que viaje en taxi. A un taxi no lo para nadie. Le preparo yo un par. Un Mercedes y un BMW. Como si fueran de verdad, pero conducidos por gente de la suya. Vístase de americano tonto. Ponga que le paran nuestros amigos de la justicia, usted baja con una cámara fotográfica al cuello y con cinco o seis frases de inglés les dice que va camino del aeropuerto y que si le retienen cinco minutos más perderá el vuelo. Meta en medio al consulado y hágame una llamada. De lo demás nos ocupamos nosotros desde el bufete. Sí, ya lo sé, no digo que sea muy digno vestirse de americano, pero siempre será mejor que encaramarse a las ventanas de los hoteles.

De esta forma, Carmine Denza cambió de vida. El hotel era excelente. El taxi, muy confortable y sin prohibición de fumar. El chófer llevaba una pistola en el salpicadero con todos los permisos y no constaba con antecedentes penales. Los ocho de las cuatro motocicletas estaban allí y no estaban. En caso de emboscada, disparaban. En caso de puesto de bloqueo, ¿quién los conocía?

La ciudad, por detrás de los cristales del coche, era todo un delirio de rumba. Una danza apresurada, como el último chillido en el sálvese quien pueda. El taxi había cruzado incluso las zonas de Lerro y en dos cruces Denza había reconocido tres o cuatro caras rivales. Sonreía feliz y pensaba que el abogado era un genio.

—Al fin y al cabo, nos ahorramos sangre, la de los nuestros y la de ellos.



14 de mayo.

Una jornada de Maria Amerigo

—Yo a mí gustaría a ti violar.

La sangre de Maria Amerigo pareció retirarse primero para irrumpir un instante después con el ímpetu de una efervescencia impaciente. Malcolm se lo había dicho al teléfono con la voz tenebrosa en la que ella había vuelto a ver todos sus hermosos dientes de jugador de waterpolo con la piel oscura.

—Yo a mí gustaría a ti violar.

El negro de los Estados Unidos se lo había dicho dos días antes, con la pronunciación fría de quien persigue las palabras de una lengua que no es la suya. Y esa lentitud en el hablar había comprimido la frase con un cinismo detonante en la cabeza de la señora napolitana. Ese tal Malcolm había aparecido en una fiesta del barrio del Vómero, para la presentación del equipo local de waterpolo. Industriales, patrocinadores y atletas. Mujeres de los industriales, mujeres de los patrocinadores, novias y mujeres de los atletas. Pero el negro no tenía ni mujer, ni novia, ni acompañante. La señora Amerigo le había servido champán y él, con la voz de un *jazzman* americano de los años cuarenta, le había inundado las mejillas con su aliento:

—*A little, thank you, very little.*

El bronce humano se movía a su lado con una elegancia totalmente asilvestrada. Y a ella le hubiera gustado saber cuántas horas al día se nadaba para tener unos hombros así. Él la había invitado a ver sus partidos, ella le había dado el número de teléfono y un horario. A las diecisiete y treinta o a las dieciocho y treinta. El lunes, el miércoles y el viernes, un poco antes o un poco después de la hora de gimnasia.

Ahora, mientras conducía siguiendo las espectaculares curvas de via Orazio, Maria estaba segura de que la llamaría. Porque ese era un día de gimnasia y era la hora adecuada para entenderse. Malcolm era todo él un estallido de juventud en la arrogancia de sus veintiséis años. Maria rememoraba ahora todos los recuerdos pasados y recientes de sus amantes. Esos amantes de las tardes cotidianas, que con el entumecimiento de la aventura sin riesgo, habían redoblado la habitualidad a la que ella se sometía con histeria silenciada.

La pareja de tenis de su marido, el amante y el marido de una amiga suya, y decenas de simulacros de hombres que ensombrecían incertidumbres y vacíos conyugales para llevarla a casas de vacaciones cerradas desde hacía meses, preñadas de una humedad

que roía el alma y el cuerpo. Había subido las escaleras de edificios perdidos en calles incógnitas, para entrar en casas de los últimos pisos que algún conocido había puesto a su disposición. Y en el espasmo de su vientre realzado, en la exultación como ofensa a la vida y a sí misma, su mirada había caído en una pared vacía o en una adocenada estampa del golfo eterno para no ver las fotos de mujeres e hijos reunidos en un abrazo veraniego en torno al hombre que la estaba deleitando.

Y he aquí que el teléfono sonaba.

—Yo a mí gustaría a ti violar.

El jugo involuntario del placer la inundó hasta los nervios. Sintió el absurdo. Sintió la atracción del error. Sintió la fascinación de caer tan bajo. Así, al cabo de un rato de silencio en el contrapunto de la respiración pesada de él, Maria Amerigo contestó:

—A las ocho. En la estación de la Circumvesuviana de Leo-pardi.

Cortó la comunicación y entró en el gimnasio. Sudó a base de extensiones y flexiones, corrió en la cinta, que acentuó la percepción de su existencia detenida. «Una vida que discurre siempre en el mismo sitio», se dijo. Miró las caderas y las nalgas de las señoras que no gozarían de Malcolm. Entró en los vestuarios, se dio una ducha con la esperanza de que el agua fría le quebrara la idea, le anulara el proyecto de olvido. Sacó de la bolsa de deporte los encajes negros que servían más para seducirla a ella misma que al varón. Se puso la falda gris humo para reflejarse, la blusa blanca con chorreras para reflejarse, la chaqueta ceñida en las caderas para reflejarse. Y por último las medias de liga gris humo, que llevaba en la bolsa desde que él le confesara su deseo obsceno. Las demás la miraban envueltas en sus albornoces húmedos, con los ojos de las hembras que advierten el rumor del pecado cuando el pecado se viste. Dejó deslizarse la silicona de las medias sobre los muslos nerviosos, sonriendo para sus adentros. Condujo hasta piazza Garibaldi disfrutando del roce entre piel desnuda, falda y medias. Aparcó en un garaje y subió por la rampa subterránea acompañada por las blasfemias excitadas de dos mozos.

Subió al tren que la llevaría hasta Leopardi, la pequeña estación de Torre del Greco de la que se acordaba por haber ido años y años antes para visitar a unos parientes lejanos.

Era un lugar perdido, donde apenas bajaban dos o tres pasajeros. Con escaleras de salida que daban a un callejón oscuro, estrecho, bordeado por tapias de piedra volcánica.

Ahí estaba, había llegado. Baja. Delante de ella, un estudiante. Detrás, un señor de mediana edad. Maria aminora el paso sobre el puente que lleva a los escalones de bajada. Finge estar mirando el teléfono. Piensa que ese negro estadounidense tal vez no encuentre la estación de Leopardi, piensa que ese negro estadounidense tal vez ni siquiera sepa qué es eso de la Circumvesuviana. Piensa que tal vez no esté. Está sola. Enfila las escalerillas. Los tacones hacen el ruido de la hembra que española un embrujo descarado. El callejón está oscuro. Un rincón desbordante de inmundicias, gatos hambrientos, un muñeco de peluche azul sin un ojo. El viento es leve y acompaña el silbido del tren que desaparece. Camina por el callejón, a buen paso. Como si tuviera una meta. Respira todo el placer que arde en las sienes cuando se acude a gozar de un placer del que no se debe gozar.

Una mano enorme sobre la boca. Una tenaza de carne que le comprime los labios

contra los dientes. La otra mano le levanta la falda por detrás. Maria Amerigo está como desenvainada. El pecho contra las piedras puntiagudas de un muro gris oscuro. Intenta rechazarlo. Su gozo está entero en la lucha desesperada contra el animal que se le ha echado encima. Cuenta con que él la desea y con que ella debe esquivarlo, cuenta con tener que luchar realmente con las uñas para no darle lo que tendrá que esforzarse por obtener. El ruido de la cremallera de los pantalones de Malcolm baja y araña los oídos de ella, que se retuerce e intenta gritar. Él le aprieta la boca con más fuerza y la frente de ella se eleva hacia un árbol de gruesos limones. La nuca está arqueada, las vértebras, a punto de quebrarse. En medio del estremecimiento llega la incandescencia de la carne dura. Malcolm la arrolla por detrás, la arrolla bajo la frontera de las nalgas, apuntándola con decisión animal en el instante que precede a la estocada. Llega la embestida, la alcanza en la boca de su locura, en el umbral ovoide encerrado en sus tripas. La respiración de ella es solo una salida, como el gruñido desesperado de la hembra del cerdo cuando siente la hoja descoserle la garganta. El clavo de la sofocación la crucifica con la fuerza de una condena contra la que no es posible rebelión alguna. Así. Así. Es así como la imposibilidad de sublevarse la ahoga a estertores en el placer de la derrota.

El aliento de ella se duplica, se triplica en la angustia mitigada, mientras él la extravía en un mar de noches sin luces en el horizonte, sin faros, sin atraques. Maria Amerigo está desmemoriada de sí, bajo la masacre de embates está desmemoriada de sí. Ahora es solo agua bogada con furia. Ahora es solo espuma azotada que se adensa para no saber ya qué es la vida, qué es vivir, qué es amar.

Nápoles. 14 de mayo. Tarde.  
El bufete Ventre

—¿Oiga? ¿El duque de Sangrano? Soy el abogado Ventre, ¿qué tal está? ¿Le molesto? Ah, bueno, se lo agradezco. Efectivamente, le llamo para darle una alegría. He encontrado una *Manon Lescaut* del año cuarenta y uno, una grabación con la orquesta de la Scala. Sí, completa. Discos desconocidos. No, no los he comprado, eran de una tía abuela mía que vivía en Toscana. ¿Sigue teniendo usted aún el gramófono? Estupendo. No diga eso, es una tontería: un pequeño regalo. Desde luego, si me invita a cenar se los llevo esta misma noche. En su mansión, naturalmente. Sí, pongamos a las diez. Hasta luego, entonces. Estupendo. Hasta luego.

Diego colgaba el auricular del viejo aparato negro que encontró en un anticuario.

Un teléfono adquirido con el gusto de un niño, que le complacía utilizar cuando la llamada que debía hacer contenía alguna sutileza singular.

El despacho estaba completamente decorado al estilo de los años cuarenta: caoba y rojo. Manlio estaba en el sofá, con la espalda curvada hacia delante, las rodillas juntas, los ojos en las páginas de una antigua vida de Francisco de Asís.

Uno de los guardias jurados encargados de la seguridad del bufete llamó tres veces a la puerta.

—Disculpe, señor abogado, está aquí el señor Demetrio que solicita verle.

—¿Demetrio? ¿Sin cita previa?

—Dice que es un asunto necesario.

—Claro, claro, déjalo entrar. Manlio, ¿te importa esperarme en la biblioteca?

El hermano del abogado sale con su libro en la mano.

Desde el fondo del pasillo Demetrio se acerca a paso veloz precedido por el traje de chaqueta azul de una secretaria. Entra, y se sienta dando los buenos días solo con la cabeza.

—Buenas noches, Demetrio. Está usted resentido porque le han cacheado. Es una acción obligada en estos tiempos. Y es también una acción que le protege a usted. Imagínese que, mientras viene hacia aquí, alguien le pega un aparatejo al cuerpo, y no se da usted cuenta. Así, mientras hablamos juntos de los secretos del universo, desde una bonita estación de radio se enteran de todas nuestras cosas. ¿Oiga? Señorita, tráiganos dos cafés, haga el favor. Gracias. Ahora, vayamos a lo nuestro.

—*Avvocà*, hoy por la tarde, hacia las cuatro y media, uno de los míos ha hecho una

gilipollez.

—¿Y eso?

—Es un chico algo especial, yo me lo traje por hacer una buena obra, pero hoy se ha meado fuera del tiesto: le ha disparado a un fulano del *équipe* de los Lerro.

—¿Ha muerto?

—Hasta ahora las noticias que tenemos es que está en el hospital Cardarelli con tres balazos en el cuerpo. Pero aquí la cosa no ha ocurrido ni por *business*, ni por discusiones de zona. Los dos se han disparado por sus putos asuntos, a causa de unas hembras.

—¿Cómo se llama esa persona de usted?

—Del Gaudio. Antonio Del Gaudio, pero todos lo llaman Manosuelta.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué quiere usted saber?

—*Avvocà*, ¿qué debo hacer?

—¿Que qué debe hacer? Agarre a Del Gaudio y que se entregue. ¿Diga? ¿Diga? Ah, sí, gracias. Demetrio, ¿quiere fumar? Se lo ruego. Malas noticias: el hombre de los Lerro ha muerto hace unos minutos. Esta noche irá usted a ver al abogado de ellos, el abogado Sinno, ¿lo conoce? Tiene el bufete en via Toledo. Haremos que vaya allí uno de la familia y celebran una bonita ceremonia de reconciliación. Pida disculpas...

—¿Que le pida disculpas a los Lerro?

—Exacto, pida usted disculpas...

—*Avvocà*, pero qué coño de...

—Demetrio, no me gusta que me interrumpas. Usted hasta hace algunos meses gestionaba cien trabajadores. Ahora, uno arriba uno abajo, le quedarán treinta. Tiene dos hermanos en la nevera: uno en el Ucciardone y uno en Poggioreale. Yo soy abogado, pero si no fuera abogado, haría un pacto con Lerro. A estas horas, delante de la verja del hospital habrá cuatro o cinco patrullas de la policía. Después están los huérfanos del muerto: sus amigos, conocidos, su mujer, hasta quienes lo consideraban un enemigo. Y están todos allí mirando, llorando y levantando los brazos. Entre esta noche y mañana, esa especie de sentimiento patriótico que justifica la venganza napolitana hará que se le eche encima toda la gente de Lerro. Alguno de los suyos morirá. Perderá los treinta sujetos que le dan de comer y tal vez le disparen a usted mismo. En cambio, esto es lo que hará: mande a Del Gaudio a la cárcel, pues si no recuerdo mal está casado y tiene hijos. Hágale saber que, si se le ocurren ideas extrañas del estilo de colaboración o arrepentimiento, mientras está dentro, fuera hay quien pagará por él. Después invite a la familia Lerro a entrar en los negocios de su *team*, que se sitúan sobre todo en la provincia. Le hace una propuesta del cincuenta por ciento y todo se arregla.

—Vamos, *avvocà*, que me está dando usted vaselina para que me la metan por el culo. ¿Y qué les digo a mis hermanos?

—Demetrio, dígales la verdad.

—¿La verdad?

—Sí. Dígales que hace todo esto para tenderle una trampa a Lerro. Dígales que quiere estrecharle la mano para arrastrarlo a la fosa. Demetrio, hace años que quiere usted matarlo. Lo único que quiere es matar a Lerro. Déjese de tonterías conmigo. No le

conviene. Viene usted aquí y me pregunta: ¿qué debo hacer? Pues yo le ayudo a hacer lo que ya ha decidido, pero le explico cómo hacerlo para que las cosas vayan como es debido. Cuando salgan sus hermanos, usted traicionará a Lerro: lo eliminará desde un emplazamiento privilegiado, muy cerca de él. Esa es la vaselina, pero se la estoy dando para que les haga ese favor a ellos sin levantar demasiada polvareda. ¿Diga? Sinno, ¿qué tal estás? Sí, soy Diego Ventre. ¿Estás en el bufete? Te he llamado por ese asunto de hoy por la tarde. Ah, ¿que ha muerto? Cuánto lo siento. De todas formas, tenemos que arreglarlo todo. Dentro de una hora Demetrio se pasa por ahí. Sí. Haz que se reúna con algún representante de tus clientes. No. A Demetrio no lo defiende yo, es que de vez en cuando la gente viene a verme pensando que soy el Innominado. Confío en ti para que se aplaque todo. En estos casos, ya sabes cómo son las cosas, ¿verdad? Gracias, ya nos veremos en el círculo. ¿Cómo? ¿El que le ha disparado? Ese irá a la cárcel, como exige la justicia. Adiós, Sinno, adiós. Todo arreglado, Demetrio, tómese el café. En el fondo, esto es lo que usted tenía en la cabeza. ¿Quería oírsele decir a un abogado? Pues el abogado ya se lo ha dicho.

Demetrio le daba las gracias retrocediendo con una sonrisa que decía, disculpe, discúlpeme mil veces por las molestias y por la falta de moderación. Diego se quedó solo, sentado detrás del escritorio, mirando su café, aún en la tacita. Pensó que el café está realmente bueno cuando el ánimo se siente ligero. Pensó que el café debería beberse solo en días en los que el corazón transforma sus latidos en un sonido.

—¿Oiga? Soy el abogado Ventre, deseo hablar con el Presidente. Dígale que llamo desde Nápoles por el concierto que nos ocupa. Gracias. ¿Oiga? Sí, Presidente, soy yo. Sí, hay grandes novedades. Deberíamos vernos mañana en Roma. No, por ahora no puedo decirle nada. A las cinco me parece estupendo. Sí, allí me va bien. Hasta pronto, entonces.

Ahora Diego se bebía su café, mientras el sol de las siete de la tarde extendía sus veladuras de canela sobre los tejados del barrio Sirignano. Allá abajo, a la derecha, hacia la punta de Posillipo, estaba la casa de Luce. Tal vez dentro de unas horas la viera. Ahora sí, ahora podía beberse el café que acababa de enfriarse. Y estaba muy rico, como un veneno ocasional, cuyo sabor puede probarse un día sin morir.

Posillipo. 14 de mayo. Tarde.  
Villa Sangrano

«Al objeto de que mis pensamientos se confundan con los tuyos.» La frase estaba firmada por Diego Ventre en una delicada cartulina turquesa. Luce la releía despacio: «Al objeto de que mis pensamientos se confundan con los tuyos». Había abierto el sobre solo con la mano derecha, manteniendo la otra sobre las teclas del piano. Enhebraba secuencias lentas de acordes inusuales, inauguraba gráciles temas que acaban interrumpidos por disonancias repentinas.

La muchacha había regresado a la villa hacía menos de una hora. Había cruzado las habitaciones del ala derecha de la planta baja y había ido a sentarse ante el piano, titubeando largo rato antes de abrirlo. Por los postigos entreabiertos, el último sol ensartaba el suelo con hilos luminosos que partían en dos el antiguo parqué.

Aquella tarde, los pensamientos de Luce estaban mortificando el poder de la razón con una multitud de imágenes desenfocadas. Y cuando las palabras ya no bastaban, desde niña le pedía a la música el agrandamiento de las dudas, el agrandamiento de los misterios. Estipulaba con la melancolía un pacto de amorosa acogida, experimentaba todo su indomable asilvestramiento, aceptaba sus seducciones y se desnudaba buscando con los dedos las teclas blancas y las teclas negras.

Los motivos inventados al instante acababan siendo engullidos por el remolino de la *Incompleta* de Schubert, cien veces interrumpida y cien veces retomada, imposible de apagar. La criada había dejado sobre el piano un envoltorio de papel color perla. Un regalo. Mientras seguía tocando, Luce se había preguntado: ¿de quién? De Diego Ventre: «Al objeto de que mis pensamientos se confundan con los tuyos».

Ahora ella liberaba el paquete de la cinta de plata: libros. Tres volúmenes. *La Autobiografía de Giuliano di Sansevero*. Era la obra de Andrea Giovane que ella había cortejado ante los escaparates de la librería de Port'Alba esa misma mañana.

Los latidos del corazón se le desacordaron, erigiéndole en el pecho una pequeña marea azucarada que le llegó a la garganta. En los últimos días se había sentido sofocar, oprimida por la tenaza de las horas vulgares. Ahora, en medio de todo lo que se le estaba quitando, alguien le daba. El fantasma incomprensible de un hombre le había enviado tres libros y una frase. «Al objeto de que mis pensamientos se confundan con los tuyos.» Diego Ventre, que ella no sabía quién era realmente. Diego Ventre, que había comprado la almadraba de su familia, que era el gran abogado de los *play* limpios, pero que leía

olvidadas páginas decimonónicas. Diego Ventre, que poseía la ciudad y sus caras con el ojo afilado del felino sobre el pueblo de la sabana. Él, que la había invitado a la oscuridad de las perspectivas de Palazzo Maddaloni, que había acariciado con la respiración de un niño los estucos resquebrajados de los tambanillos principescos, que había comprado aquellos salones rezumantes de belleza en un puñado de instantes. Diego Ventre, que había adquirido la vivienda hechizada donde habían permanecido los pasos de Casanova, descubriendo en los ojos de ella el vértigo del placer de embocar el pasado con cucharadas de gusto y de alegría. Diego Ventre, que esa casa de silencios la había adquirido solo para ella, regalándosela en un instante sin decir: te la regalo; atronando en el fondo de la sangre de Luce: todo esto es para ti.

Mientras Maria Amerigo aprieta la boca contra el muro de piedra de lava en Leopardi, mientras Vincenzo di Sangrano inhala por los oídos el *Mesías* de Haendel, mientras en la Biblioteca Nacional cinco señoras abrillantan los cristales que protegen los manuscritos de Foscolo listos para la exposición del día siguiente, mientras en Pietrarsa uno de veinticuatro años mata a uno de cuarenta y ocho por una partida de cocaína, mientras un él y una ella americanos de unos setenta años sonríen al músico ambulante que ejecuta con la mandolina *Fenesta vascia*, mientras los gases de los Campos Flégreos bullen a ras del mar oscuro de Pozzuoli, mientras en el Teatro de San Carlo se abre el telón para el *Barbero de Sevilla*, mientras un recién nacido muere a causa de una crisis respiratoria en una clínica del Vomero, mientras una estudiante calabresa camina llorando en piazza Plebiscito porque no tiene dinero para pagar el alquiler, mientras un gran escritor neoyorquino escribe un artículo sobre Salvator Rosa que será publicado en un diario ciudadano, mientras seis simulacros de consejeros regionales se reúnen en un restaurante de via dei Mille para formar un nuevo grupo mayoritario, mientras parece que va a llover, mientras Carmine Denza y Diego Ventre están yendo a Portici, por caminos distintos, a la cita establecida, mientras una alcantarilla ha estallado en via Manzoni, mientras un arquitecto japonés presenta en el Hotel Excelsior el proyecto de una calle submarina en via Caracciolo, mientras Pasquale Lerro visita a un transexual de Montesanto porque no hay nadie que sepa decir con la lengua lo que ella sabe decir, mientras dos jóvenes amigos se toman un café en Gambrinus y uno le dice al otro lo grande que era Pergolesi, mientras las playas de Nápoles, de la Costa Amalfitana y del Cilento han perdido otro metro de arena, mientras un catedrático de Historia dice al teléfono a un periodista que Giambattista Vico lo había previsto todo, mientras un cortejo de falsos parados bloquea la carretera de circunvalación, mientras un diputado declara al telediario que, respecto al problema de Nápoles, el Estado tiene que reaccionar, mientras el agente inmobiliario Pepe está comprando un edificio en via Toledo siguiendo instrucciones del abogado, mientras la languidez del cielo viene a decir, constelándose por entero de estrellas, que desde luego, lo que es esta noche, no lloverá, mientras un chico de quince años muere detrás del muro de un aparcamiento en Secondigliano asfixiado por una mezcla de drogas sintéticas, mientras un Antonio besa a una Carmela en la parada del tranvía, mientras el Palacio de Capodimonte abre sus puertas a Picasso y las antiguas palmeras del parque se secan a causa de una enfermedad incomprensible, mientras Federico II en forma de

estatua permanece resguardado bajo una cúpula del Palacio Real, mientras un trabajador del puerto mea en la cara a un ancla herrumbrosa, mientras Luce lee la autobiografía de Sansevero, mientras quién sabe si mañana hará un buen día, mientras todo es un mientras en el Nápoles del mientras, en la ciudad donde mientras sucede una cosa sucede también otra, en la ciudad que quién se habría imaginado que mientras a esas horas ese hacía esto, el otro hacía lo otro.

«En este lugar no hay nada que pueda analizarse con precisión. Aquí, mientras examinas los elementos de un problema, el problema ya ha cambiado y acabas por estudiar algo que ya ha envejecido respecto a aquello en lo que se ha convertido entre tanto.» Así iba reflexionando el abogado Ventre, mientras su coche festoneado de motociclistas de escolta trituraba la gravilla bajo las ruedas a la entrada del paseo de Villa d'Elboeuf. Diego baja delante de la doble escalinata. Un magnífico edificio dieciochesco, que se adjudicó dos años atrás, este también en apariencia no suyo y suyo de hecho. Obras de restauración en marcha. Vistas al puerto del Granatello de Portici. De lejos le llegan melodías de principios del veinte, repasadas por la electrónica, cantadas con detonaciones de «pes» que azotan el micrófono. «Esta música napolitana es una jeringuilla que ha acabado supurando. Nos ha infectado para siempre. Y el fármaco se nos ha marchitado en las carnes. Ahora estamos todos asediados por el pus.» El abogado guarda su reloj, Denza se retrasa y los retrasos de Denza hacen pensar siempre en imprevistos poco agradables. Se conocieron muchos años antes, por casualidad. Por mientras. Porque mientras Carmine Denza cenaba en un local de Amalfi, Diego estaba en la mesa de enfrente con los *Cantos barrocos* de Lucio Piccolo en las manos.

Denza fanfarroneaba con dos bribones sentados a su lado, y el abogado, de treinta y dos años, con la exégesis mafiosa de Sicilia incorporada, había enmarcado la escena rápidamente. Esas frases sobre las que caía el plomo de los párpados de Denza, esas frases como que esa gente no es de los nuestros, es una cuestión con la que ya me apaño yo a mi manera, si quieres entrar en el ambiente; esas expresiones a medias como: me he explicado bien, está claro, tendrán que tener cuidadito, eran inequívocamente notas desprendidas de la inmensa sinfonía criminal y enferma que envuelve Nápoles y el Sur.

El abogado se levanta, paga en la caja, sale. Se enciende un puro. Hay uno con un casco en la cabeza, agachado cerca de una motocicleta, fingiendo que revisa una rueda. Otro, con gafas oscuras de noche, que finge hablar por teléfono. Un tercero, sentado en un escúter, con el motor encendido, hinchazón sospechosa entre el cinturón del pantalón y la cazadora abrochada.

Diego Ventre se lleva una mano al bolsillo interior de la chaqueta, se palpa después el bolsillo trasero del pantalón, pone cara de quien no encuentra la cartera, vuelve a entrar en el restaurante y va derecho a la mesa de Denza. Se sienta ante el silencio acerado de los tres.

—¿Me permiten? Soy el abogado Diego Ventre. Disculpen la intrusión, pero ahí fuera hay tres sujetos que no parecen apreciarles mucho.

Denza introduce la mano entre la chaqueta y la pistolera donde descansa la calibre nueve. Los otros dos se meten las manos en los bolsillos. Ventre sonríe:

—Me parece que no nos hemos entendido. ¿Les apetece un café? Camarero, cuatro cafés, gracias. Si salen de aquí, esos dispararán; sí, ya sé que dispararán ustedes también, pero mientras dispara uno, dispara el otro también; y mientras falla uno, el otro acierta. ¿Quién será el que falle? ¿Quién será el que acierte? Lógicamente, está claro que ahora estarán pensando: pero ¿quién coño es este y qué coño quiere? Y se estarán preguntando también si no será oportuno empezar por dispararme a mí. Sin embargo, son ustedes gente del sur, gente de fe. Así que dejen salir la buena educación de creer que san Gennaro les ha mandado un amigo. Yo soy abogado penalista y ciertas cosas las sé. Ustedes tienen una zona y esos tres que les esperan armados tienen otra. Aunque los dejen muertos por los suelos, no habremos llegado a solución alguna. Y ustedes lo saben mejor que yo. Esta tarde sus problemas son cincuenta, mañana se convertirán en cien, multiplicados con molestias por parte de la policía y de los carabineros, con la caza despiadada por parte de los huérfanos de la familia rival. ¿Morir? ¿Por qué razón? ¿Pasarlo mal? ¿Por qué razón? Los espaguetis con almejas no los preparan en el otro mundo. Y a juzgar por cómo se los han comido, les deben de gustar bastante. ¿Azúcar? De nada. Al fin y al cabo, en el otro mundo no preparan ni un café, ¿estamos de broma o qué? En cambio, escuchen lo que vamos a hacer: yo ahora salgo, hablo con esos jóvenes, se los traigo aquí dentro, les invitamos a sentarse con nosotros, pedimos champán y negociamos. Negociamos hasta hacerles la propuesta de pasarse a su bando. Sí, les dicen que quieren que trabajen para ustedes, pero que el paso de una familia a otra ha de ser lento, bien pilotado, en definitiva, una traición con anestesia. Les prometen el veinte por ciento más de lo que ganan y todo arreglado. Esta misma tarde les hacen un regalo anticipado, y si no se han traído con ustedes la chequera, sin ánimo de ofender, ya me encargo yo.

Todo empezó así. Una semana más tarde, Ventre se había convertido en el abogado de Carmine Denza. Cuatro años más tarde, Denza le dijo a Ventre:

—Eres mejor que yo. Y no una, sino diez veces. De hoy en adelante seré tu cobertura. Solo tu cobertura. Pero el jefe eres tú.

Fue la ocurrencia genial de Denza, antes de abdicar. Hasta aquel día, él había sido el jefe de la familia y Ventre, su defensor. Desde ese momento, el defensor sería el jefe de la familia y el jefe de la familia, el defensor. Un intercambio desorientador de papeles en el que quien debía dar los pases marcaba y quien debía marcar daba pases.

El abogado quiso pensárselo. ¿Sería sincero Denza? Sí, lo era, a causa de esa irremediable enfermedad que seguía apestando el cerebro de buena parte de la criminalidad organizada napolitana: el sentimentalismo. O mejor dicho, la representación del sentimentalismo. A lo largo de su carrera, Ventre había comprendido que buena parte de los jefes operativos de los pequeños, medianos y grandes clanes habían muerto o terminado en la cárcel a causa del mordisco venenoso del romanticismo. Una madre enferma a la que había que volver a ver a pesar de la clandestinidad, un hijo pequeño con la fiebre alta, una mujer adúltera, un hermano ofendido. Ciertas palabras, como madre, hijo, hermano, traición, zorra poseían una tasa alcohólica mortal, embriagaban hasta sustituir los sentimientos reales, hasta volverse más potentes que los hechos con un

poder persecutorio que retumba en el alma como la potencia alucinatoria de un disco rayado.

Así, el abogado había aceptado, sabiendo bien que había sido él mismo quien había conducido a Denza a esa solución final, a través de un laberinto de razonamientos que acabaron desembocando en aquella decisión.

—Total, si ya mandas tú. Las sugerencias, los soplos, lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer lo estableces tú. Así, por lo menos, llamamos a las cosas por su nombre.

Diego había puesto una condición: secreto absoluto. Todos los colaboradores de la agencia, como él llamaba a la familia, debían seguir creyendo que el jefe era Denza. Se dieron la mano.

Denza había demostrado que era sincero. Ya desde hacía años hacía el papel de doble de Ventre, como un telonero astutísimo honrado por franquear la escena al actor principal.

Aquella noche, con sus cincuenta y siete años, mientras besaba a Diego delante de la Villa d'Elboeuf, parecía un hermano mayor que había reconocido el talento del pequeño.

—*Avvocà*, no entiendo por qué me haces ir siempre a lugares tan extraños. Solo nos faltaba el Granatello de Portici.

Diego sonreía.

—¿Sabes lo que creo?, que a ti te apasionan los decorados de fondo, que crees que ciertas cosas hay que decirlas con un bonito decorado a la espalda. Pero uno de estos días, por hacernos los poetas de los cojones, nos van a dar los sacramentos con una treintena de balas en el cuerpo, y así acabaremos como esos que tanto te gustan, esos que van soltando sangre sobre el escenario del San Carlo, fusilados, acuchillados, envenenados. Solo que, *avvocà*, esa gente, en cuanto acaba la música, se pone de pie y el público le regala un bonito aplauso, mientras que a nosotros nos matarán y nada más.

Diego reía, Carmine sonreía. La fachada del palacete era cándida, de un color ocre sanguíneo.

—Ven, Carmine, vamos a dar una vuelta. ¿Te has enterado del asunto de Demetrio? Ha venido a verme al bufete. Si todo va bien, se pasa al bando de los Lerro. Y si todo va bien, cuando sus dos hermanos salgan por cumplimiento de las penas, Lerro se ganará la extremaunción. La sociedad de financiación y préstamos para los comerciantes víctimas de la mordida está yendo estupendamente. ¿Te acuerdas de lo escéptico que eras? Ahora, escúchame, en el barrio que ya sabes la situación se nos ha salido de madre. Tus chicos piden a los comerciantes más de lo que les has dicho que pidan. Redondean. A ti te dicen una cosa, pero en la práctica hacen otra. Sí, pero no te me alteres. Calma. Allí, en ese barrio, ¿sabes lo que vamos a hacer? Un bonito experimento. Fundamos una cooperativa de guardias jurados. Impondremos a los centros comerciales y a las tiendas un servicio de seguridad para todo el barrio. Los chavales se embolsan un sueldo, los legalizamos y ahí termina la historia. Al fin y al cabo, entre la legalidad y la ilegalidad siempre hay puentes. Hay quien va de una orilla a la otra y quien se queda donde está. Nosotros, en cambio, nosotros tenemos que estar en el centro del puente. En una posición que, cuando uno te pregunta de qué lado estás, basta con dar un solo paso, a la

izquierda o a la derecha, y te pones donde quieres; con la ventaja de que a todos los que pasan de un lado a otro puedes mirarlos a la cara y controlarlos.

»Ahora tengo que decirte una cosa importante. Te vas a ir a Raito. Allí voy a prepararte una clandestinidad protegida. No me mires así. Tenemos que desplazarlo todo hacia esa zona, hacia Salerno. ¿Has probado alguna vez a fumarte un puro? Pues prueba. Esta noche, Pruébalo. Las emociones fuertes han de acompañarse con gustos fuertes. Carmine, escúchame y acuérdate bien de que lo que te digo te lo estoy diciendo de muerto a muerto: como mucho, dentro de cinco meses Nápoles dejará de existir.

**Posillipo. 14 de mayo. Noche.**  
**Villa Sangrano**

La obertura de *Manon Lescaut* untaba el aire de dulzura. En el enorme comedor de Villa Sangrano, cuatro espejos de doraduras ovales coronaban cuatro consolas decimonónicas con patas de leones. Y allí, en los espejos rociados de marrones seculares, pasaban las volutas de humo del duque y las volutas de humo del puro de Diego Ventre. Estaban sentados uno frente al otro, en las butacas junto a la chimenea apagada. La criada aparecía silenciosa, girando alrededor de la gran mesa central para preparar lo necesario para tres comensales.

Vincenzo di Sangrano, de vez en cuando, alzaba los ojos y levantaba la barbilla imperceptiblemente, orientando su rostro demacrado hacia las notas de Puccini, como si hubieran de deslizársele por la frente, por los párpados, por las mejillas, hasta por debajo del cuello de la camisa, hasta la nuca.

Luce no estaba. Diego armaba en su interior aquella intuición animal suya para saber si la muchacha se hallaba en alguna de las habitaciones del palacete o lejos de casa. No, no la sentía allí. Pero no estaba lejos.

El portal de la casa, más allá de la sucesión de las salas, se abrió y se cerró desagradablemente. Unos pasos de hembra bien calculados se acercaron siguiendo la hilera de los salones. A la luz de las pantallas de las lámparas apareció Maria Amerigo. La obertura terminaba en ese momento y la aguja del gramófono arañaba el vacío del disco produciendo un rasguño exasperante. Ella saludó a su marido con un gesto y Diego le leyó en los ojos toda su sorpresa al hallarlo allí, inesperadamente en su casa. La señora demoró el movimiento del brazo al dejar la bolsa de deporte sobre la chimenea, estrechó la mano del abogado con una sonrisa mal azucarada y se acercó a una consola abriendo la pitillera de plata.

Diego notó que la señora Amerigo tenía la muñeca izquierda enrojecida, notó una línea en relieve bajo la falda, una línea imperceptible que hablaba de medias de liga, y cuando se sentó a la mesa, al cruzar las piernas, el abogado captó una carrera profunda a la altura de la rodilla derecha. Las mejillas estaban levemente irrigadas de calor, el pelo, recién peinado. En ambos tacones de punta había una leve capa de mantillo. Diego sonrió para sus adentros: quién sabe de dónde vendría.

La primera vez que la vio fue al acudir a una inspección a Cetara para la adquisición de la almadraba Sangrano. Fue precisamente la duquesa quien le recibió, quien lo acompañó

en su visita a la torre aragonesa, precediéndolo siempre por escaleras tortuosas y osadas para regalarle el espectáculo de sus tobillos, de sus caderas, de la exhibida arrogancia de sus posaderas, perdida en esas piruetas mentales de la hembra, deseosa de que el varón la mire a escondidas, pero firme, firmísima en no querer que este aluda a sus gracias.

Así, en aquella ocasión, mientras ella se había recogido el pelo acariciándose la nuca, mientras con los dedos había desgranado un rosario profano con las perlas de su collar, mientras al sentarse había estirado la falda sobre las rodillas, el abogado se había sumergido en un silencio emparedado, que había explotado en lo más hondo del útero de la hembra. Él leyó en el corazón de la hermosa señora de Posillipo todas sus imágenes secretas, desde el abrazo por la cintura subiendo una escalera hasta la flexión violenta y no anunciada sobre una vieja cocina de obra. Pero Diego compró la almadraba y no tocó a la duquesa.

—¿Va alguna vez a Cetara?

Maria Amerigo era la que hablaba. Hablaba del lugar en el que Ventre estaba pensando, porque ella también pertenecía a esa raza ferina que siente la respiración mental de la gente.

—Algunas veces, señora. Un lugar maravilloso. Pero el trabajo me estrangula.

—Me lo imagino. Usted es un penalista y en esta ciudad ya solo quedan delincuentes. Pero, en el fondo, digo yo, esa gente ¿le cuenta sus cosas realmente? Qué se yo: abogado, he matado; abogado, he robado.

Sangrano miró a su mujer con un ojo desganado pese a querer decirle que no exagerara. Pero Diego, moviendo tenedor y cuchillo en el plato, rio tranquilo:

—Señora mía, las cosas de uno nadie se las cuenta a nadie. Incluso cuando se ha cometido un homicidio múltiple y agravado, uno recurre al abogado para declararse inocente. El abogado debe luchar para que te absuelvan y, si la batalla por la absolución puede hacerse, eso quiere decir que eres inocente de partida. El homicida no se reconoce en su conciencia ni tampoco en el tribunal que deberá juzgarlo. El homicida se reconoce en su derecho a matar. El abogado solo debe convalidarlo, como el cura que libera del pecado.

—¿Lo has entendido? —dijo Maria Amerigo a su marido—. Siéntete absuelto tú también.

Ventre no entró al trapo y lanzó una ocurrencia que debía servir para abrir la conversación que le interesaba:

—Pero si el duque no ha matado a nadie.

—¿Eso cree usted? —contestó ella.

—Mi mujer se refiere a mis dificultades patrimoniales.

Ventre levantó una mano a media altura como diciendo que no tenía derecho a entrar en el asunto.

—No, no, abogado. Total, lo sabe todo Nápoles. Aunque mi mujer se olvide de la decena de años en los que ha vivido bien, todos esos años en los que ha sido la duquesa de Sangrano.

—Estupendo. Dado que hemos corrido unos cuantos metros, ahora nos adaptaremos todos a ser unos paralíticos durante el resto de nuestras vidas.

Entró la criada para servir el postre. Silencio.

Ante el tintineo nervioso de los cubiertos de marido y mujer, el abogado se apoyó cómodamente en el respaldo de la silla:

—Tal vez yo pueda hacer algo.

Vincenzo di Sangrano lo miró con un rápido arrepentimiento en los ojos. Maria Amerigo se sirvió una copa de vino blanco y cruzó las piernas.

—Tienen que vender —susurró Ventre.

—Está todo hipotecado —dijo ella.

—Yo me ofrezco a resolver el problema. Las hipotecas las pago yo.

El abogado hundía el tenedorcito en el bizcocho. Maria Amerigo lo miraba con recelo y alivio. Cualquier cosa que se pareciera a una solución le removía con beneficio la sangre.

El duque hubiera querido decir algo, pero solo le salió un «veremos».

—Ya lo sé, ya lo sé. Este palacete es toda su historia. Lo sé. Sé que no hay piedra entre sus propiedades desde Nápoles hasta San Sebastiano que no sea, como podríamos decir, recuerdo de algún otro recuerdo. Pero escúchenme bien: yo no les haría venderlo todo para hacerles perderlo todo. Y comprendo que un Sangrano no puede marcharse a un piso anónimo en Vomero o en Fuorigrotta. Yo les hago venderlo todo para volver a comprarlo todo. Hay importantes novedades políticas que atañen a Nápoles. Propiedades como esta, en el curso de unos cuantos meses tendrán un destino muy particular. No me pregunten de qué se trata. Solo puedo asegurarles que hablo con conocimiento de causa, como suele decirse. Yo rescato las hipotecas de todas las propiedades de los Sangrano y ustedes se las venderán limpias a una de las sociedades de las que soy consejero. El resto de los acreedores que en estos días se están agrupando en su perjuicio se encontrarán con que no hay nada con lo que arramblar. Acabaremos pactando la resolución de las deudas con poco dinero. Aceptarán todos, porque en ese momento ya no serán ustedes propietarios de nada. Tragar o ahogarse, o se quedan con los cuatro cuartos que les ofreceremos o se quedarán sin nada. Porque a esas alturas ya no habrá ni palacetes ni castillos, ni cuadros firmados ni colecciones que secuestrar. Algo tendrán que darle a esas sanguijuelas. Una buena parte se la meterán en el bolsillo y se irán a vivir decorosamente de alquiler hasta que yo se lo indique. En cinco o seis meses, como mucho, considerando lo que sucederá, esas propiedades tuyas que hoy valen mucho, no valdrán casi nada. La sociedad que las ha adquirido se las volverá a vender a ustedes. Pero atención. Al cabo de otros pocos meses, sus propiedades valdrán otra vezbmucho, mejor dicho, el doble, el triple de mucho. Así volverán a vivir como unos Sangrano, habiendo satisfecho todas sus deudas y con un patrimonio multiplicado.

El duque se sentía confuso. Vender por mucho. Sanear todas las deudas. Vivir de alquiler. Volver a comprar por poco. Verse, tras haber pagado poquísimo, con unas propiedades enormemente revalorizadas.

Maria Amerigo respiraba sin decir nada. Su marido dijo:

—Pero si las hipotecas ascienden...

—Lo sé, duque, lo sé. Ya me lo devolverán después todo con calma, una vez acabada la operación.

Ahora el abogado deseaba dar a entender a Sangrano y a su mujer por qué razón se estaba prodigando por ellos más allá de todo límite razonable. Se puso de pie y sonrió largo rato:

—Se estarán preguntando por qué hago todo esto. Por qué pago sus deudas. Tienen que fiarse. Lo hago por una buena causa. ¿Dónde está Luce?

El nombre de la muchacha y el tono dulce y firme con el que Diego supo pronunciarlo lo aclararon definitivamente todo. El pecho de la duquesa se relajó en un suspiro aterciopelado que solo fue advertido por el abogado, después dijo:

—Luce, a estas horas estará en el templete derruido, al final del jardín, siempre va a leer allí.

Un besamanos a la señora Amerigo, un apretón de manos al duque:

—Mañana les llamarán del bufete para poner en marcha la operación. Pero no me den las gracias.

Ventre cruzó los salones hasta el vestíbulo de entrada. La criada le ofreció el gabán y le abrió el portal. En el aire del jardín, mayo irrumpía. Mixturas de rosas francesas perseguían vaharadas de flores de naranjo. A lo largo del paseo de tierra batida que cortaba en dos el parque del palacete, se enarcaban ramas de olivo. Diego entrevió en el extremo del promontorio un templete de cuatro columnas neoclásicas coronado por una cúpula en forma de vela. Al acercarse al mirador, un anticipo de maestral espolvoreaba levisimas ráfagas de sal marina. A la sombra del pequeño templete, Diego absorbió por las fosas nasales la acidez punzante del adarce. A la derecha y a la izquierda, dos escalinatas bajaban en forma de tenaza hacia la pequeña playa. Sobre uno de los escalones de piedra lávica estaba sentada Luce. Él la observó largo rato. La muchacha leía iluminada por una débil luz. El paisajismo de postal de Nápoles, pensó el abogado, nació a lo largo de los siglos por exceso de belleza. Porque era indudable que bastaba con que una mujer como Luce se sentara en el gris azulado poroso de unas gradas para fecundar canciones, letras y poemas. Aquí, pensó, recita sobre todo el paisaje. Aquí recita lo inmaterial. Aquí recita lo que no debería hablar. Aquí recita el mar y recitan los árboles. Nosotros nos hemos adecuado a esa tiranía de lo sublime y hemos acabado sobre el escenario de la ciudad junto a la ciudad. Pero la ciudad muda siempre ha recitado mejor que todos los hablantes. Y así, mientras ella seducía, nosotros hemos acabado por limitarnos a decir cumplidos.

—Buenas noches, Luce.

—Buenas noches.

—¿La molesto?

—Gracias por los libros.

—El autor vivía cerca de mi casa. Sí, Andrea Giovane habitaba en via Monte di Dio. Yo vivo en viale Calascione, que está justo ahí. ¿Le está gustando?

—Mucho. Amo los escritores que no se sienten escritores.

—¿Y por qué?

—Son sinceros.

—¿Le gusta la sinceridad?

—Me gusta la sinceridad del error. Esta *Autobiografía de Giuliano di Sansevero* me parece el relato de un error que se realiza por amar la vida.

—Estimada Luce, hacen falta muchos errores para vivir bien. No sonría, es cierto. Usted tiene razón. El error testimonia el instinto.

—¿Por qué me ha regalado estos libros?

—Por error.

—¿Por error?

—Porque a usted le gustan los errores. ¿Qué ocurre, está usted melancólica?

—No. Estaba pensando que la Nápoles relatada en estas palabras, esa Nápoles de hace cien años apenas, ni siquiera es pariente lejana de la ciudad en la que yo vivo.

—Luce, sabe usted, yo creo que Nápoles no existe. Nápoles, como la llama usted, ya no existe.

—¿Qué quiere decir?

—Cada cosa, un objeto, una planta, una persona existe mientras sobreviven sus esencias fundamentales. Tomemos, por ejemplo, una silla. Pues bien, una silla sin respaldo es una silla rota. Una silla sin respaldo y a la que le faltan dos patas es una silla muy rota. Una silla que ni siquiera tiene asiento ya no es una silla. En ese momento, la silla ya no existe. Existen trozos de silla esparcidos, separados. Pero el objeto se ha acabado. Se ha acabado su función. Esta era la ciudad del tiempo a contratiempo. Corría cuando todo el mundo iba despacio e iba despacio cuando todo el mundo corría. Era también la ciudad del sopor, de la siesta, somos hijos de un gran sueño postmeridiano, un inmenso sueño histórico mientras a nuestro alrededor todo el universo se movía y permanecía en vela. Era la ciudad de las sonrisas, abusivas, fingidas, ilógicas. Era la ciudad en la que incluso el dolor estaba hecho para ser recitado. Y el dolor se recitaba o porque el exceso de sufrimiento nos vuelve insensibles, o porque se desea este con locura. Era la ciudad en la que tomémosnos un café duraba medio día. Era la ciudad en la que la idea de cálculo no existía. Aquí se amaba gratis y un día era un siglo. Era la ciudad del presente eterno: un napolitano no decía «mañana iré a la playa», sino que decía «mañana voy a la playa». «El año que viene voy a Francia.» «Dentro de dos años me retiro a la vida privada.» Al final, era la ciudad en la que había muchas otras cosas que ya no existen. Y Nápoles, como la silla rota y muy rota y desmembrada después, ya no existe. El nombre está vacío, como el de una persona querida que ha muerto, tendida en la cama, lista para ser metida en un ataúd y enterrada.

—¿Eso es lo que cree? —Sí.

—Pero ¿lo cree verdaderamente?

—Lo creo verdaderamente. De la señora han quedado los restos de algunas joyas. Dos pendientes, un par de brazaletes, un anillo sin rubíes. Pero la señora ya no existe. Ya no hay cuello para sus perlas, ni muñecas para sus brazaletes, para su anillo ya no hay anular. Han quedado las palabras, las palabras que invocan cosas muertas, cosas que no responden. Si usted le cambiara hoy el nombre a esta ciudad, y después de haberlo hecho trajera a alguien que nunca hubiera estado aquí, si lo llevara vendado a través de un viaje de centenares de kilómetros, si se preocupara de que no viera el Vesubio ni

Capri, lo cierto es que esa persona no sabría dónde se halla. No pensaría que estaba en Nápoles. Y tendría razón, porque caminaría sobre un cadáver en avanzado estado de descomposición.

—Estimado abogado, había una vez un dios egipcio que se llamaba Osiris, era hijo de Geb y de Nut. Se enamoró de Isis. La quiso como esposa. Un día, Osiris fue asesinado por su hermano Seth. Seth, tras haberlo matado, esparció los pedazos del cadáver por toda la tierra de Egipto. Pero Isis, ella, la esposa, Isis se aventuró en una búsqueda desesperada. Recuperó todos los pedazos de su amado. Recompuso el cuerpo de Osiris y lo resucitó. Él se convirtió en el señor del mundo de los muertos. Pues bien, yo creo que el cuerpo de Nápoles ha sido asesinado, despedazado, disperso en mil pedazos. Pero creo también que este cuerpo puede reanimarse en una única carne. Lo creo. Debo creerlo. Quiero creerlo.

—Luce, quisiera que fuera verdad. Quisiera que fuera posible. Pero, verá, la cola amputada de una lagartija, la cola cortada que se mueve, no debe engañarnos. Reflejos nerviosos, reflejos autónomos son lo que la hacen vibrar. Tiene su grado de fascinación, es cierto, porque nos habla de la lagartija a la que pertenecía. Pero la lagartija no está, ya no existe. Mañana me gustaría invitarla a ver un prodigio así. No lejos de aquí hay una cola de Nápoles que aún se retuerce, es un lugar maravilloso. ¿Vendrá usted?

Luce sonrió. Diego le tomó la mano derecha y se la besó. Le tomó la mano izquierda y se la besó.

—Sabe, nunca ha habido en el mundo placer mayor que cometer dos veces el mismo error.

Carmine Denza abre los ojos en la habitación del hotel asfaltada de oscuridad. Un mal sueño acaba de estrangularle la respiración. Estaba en un depósito de mármol extorsionado por el sol. Por el suelo, una inmensa extensión de polvo blanco. En la ceguedad de la luz pasa un trabajador con un delantal negro, arrastrando los pasos y llevando en las manos una cifra de latón, un número, un simple número, y es el del año en curso. Lo deposita sobre un banco de madera, lo empaqueta en un envoltorio de papel de seda rosa. Un chico en bicicleta enfila a la carrera la entrada y raya con las ruedas la arena virgen lechosa. Frena. El trabajador le entrega el número de latón recién empaquetado: «Para la tumba Denza». El chico se lo coloca entre los dientes. Empuña el manillar y se aleja pedaleando. Ahora Denza ya está despierto, ha abierto completamente los párpados sin mover el cuerpo, con la frialdad de un lagarto, yace pegado a la enorme cama. Una rendija de azul oscuro ensarta el centro de los cortinajes. Medio vaso de whisky sobre la mesilla. Un periódico arrugado sobre el parqué. El paquete de cigarrillos y el encendedor bajo las sábanas. Basta alargar la mano, la llama regala un momento de consuelo. Qué mal sueño.

La cifra que falta en su lápida está lista. Él, que se ha hecho preparar la tumba en el cementerio de Poggioreale, con el nombre ya escrito, su fotografía encerrada en el óvalo bronceo, las primeras tres cifras del año de su muerte pegadas al mármol, él que desde hace años escupe ironía. Un borbotón de humo le arranca de la boca y sube hacia los brazos de cristal de una lámpara de falso Murano. Piensa en Pasquale Lerro. ¿Cuándo lo vio por última vez? Hace más de diez años. En un bar de piazza dei Martiri. Alguien choca de espaldas con Denza mientras está de pie en la barra echando azúcar en el café. Se vuelve y se topa con una mirada en la cara de Lerro. Lerro está a punto de pedir disculpas, pero cuando se le presenta en el rostro la jeta de Denza le pone el bozal a las palabras. Se miran como diciéndose no te conozco. No existes. Uno de los dos matará al otro. Para eso vivimos. Cada uno de nosotros dos sueña con ser asesinado o con asesinar. Pero no aquí. No hoy. Desde aquel día, de Lerro, ni el menor rastro. Fotos en los periódicos. Minuciosos artículos sobre los lugares de su presunta clandestinidad. La fuga de Lerro es cómoda: se está despertando en San Giovanni a Teduccio, en una cama en forma de media luna con un cabecero de abanico todo de piel y enmarcado en plata. No se mueve como un fugitivo. Se mueve como alguien que no quiere molestias. No ha soñado nada esta noche, Lerro. Mira hacia el sofá en tonos dorados situado enfrente de

la cama. Dos chicas de unos veinte años siguen aún dormidas. Desnudas. Abrazadas. Ambas tienen la nariz enrojecida. La mano de una descansa sobre el brazo de la otra enharinándole el codo con un puñado de cocaína. Lerro coge el móvil de la mesilla y marca un número:

–Buenos días. Sí, todo en orden. Venid a llevaros a estas dos putas.

Al alba, Lerro siempre piensa en Carmine Denza. ¿Dónde se habrá escondido? ¿Qué estará haciendo? ¿Quién de los dos morirá el primero? Cada mañana piensa en esa bravuconada de la tumba perfectamente lista en el camposanto de Poggioreale, piensa en la cifra que falta en la fecha de muerte. Piensa: «No te preocupes, maricón de mierda, ya me encargaré yo de ponerte el último número en la lápida. Me encargaré yo mismo personalmente».

Los despertares de los hombres de Denza y Lerro son carraspeantes, café, pastillas para la presión que sube y baja del cerebro como viento de tramontana. Llamadas telefónicas. Citas. Suministro de gasolina. Carcajadas. Palmadas en los hombros. Lubricación de pistolas, olor a hierro, olor a grasa. Se despierta con esto la ciudad. Viéndola desde lejos, desde lo alto de los tejados del Gesù Nuovo, viéndola desde allí como la está viendo el pintor De Mattia, en ese amanecer color azul pavo real, parece como si Nápoles estuviera espirando su inmenso aliento en chispas de fuego hasta el mar. Toda esa luminiscencia leve parece una sábana de bodas en la que se hace el amor y en la que se sueña. Parece, piensa Francesco, y en cambio no es más que un enorme sudario listo para embragarnos a todos, todos dentro, ya muertos mientras nos creemos vivos aún. El retrato de Luce descuelga en el centro de la enorme sala aromatizada por la acritud de los óleos. El pintor lo observa desde varios lados, desnudo, con una taza de té en la mano, mientras el azul de esa primera hora y el azul de sus venas entonan una armonía momentánea e ilusoria.

Se despierta Luce también en el palacete de Posillipo, y más que despertarse deja de dormir. Su mente está aún en los confines de la oscuridad, debe de haberse revuelto en la cama como una gata adolorada y jocosa. La colcha de algodón blanco le cubre el pecho y la pelvis, mientras sus piernas, sus hermosas piernas, sus largas piernas están desenvainadas fuera y se colorean de bronce claro al albear sobre el golfo. Su retrato se le aparece en la memoria entorpecida como la imagen de una belleza no merecida, mientras Francesco cuida con un pincel imperceptible la inserción de los pelos de sus cejas en la dermis.

Se despierta también Maria Amerigo, tres habitaciones más allá. Se despierta, boca abajo, se olfatea las muñecas para recuperar o creer que vuelve a sentir el aroma de Malcolm, arquea la espalda, ofrece su parte posterior a la potencia del recuerdo nacido la noche anterior, después busca de nuevo el sueño.

Vincenzo di Sangrano está ya delante del espejo, se afeita en el baño del palacete de San Sebastiano, piensa de nuevo en el abogado Ventre, en su propuesta de salvar las propiedades, en la manera con la que pocas horas antes dijo: «¿Dónde está Luce?».

Manlio no ha dormido. Tiene los ojos de un niño que lleva años esperando ver cumplida una promesa, una promesa que ni siquiera él sabe cuál es. Ha rezado toda la

noche. Y ahora llora ante las primeras luces de Nápoles, llora por no tener nada que desear, llora porque nada le da miedo ni nada lo atrae. Siente su cuerpo como náusea de su propio cuerpo. No sabe adónde ir. No sabe por qué sonreír. Reza, reza no sabe por qué. Reza no sabe por quién. Su insomnio y sus iglesias, sus palabras y sus oraciones asumen el tono doliente de quien se da la extremaunción a sí mismo.

Diego Ventre abría los ojos con la naturalidad de quien jamás ha cedido al sueño. Dormir no era para él una suspensión de la vida; dormir era para él una iluminación nuevamente virgen sobre las cosas de la existencia cotidiana. La noche era la lucidez, la despiadada lucidez necesaria para desnudar a los hombres, los hechos, las palabras del día anterior. Se despertaba una y otra vez, continuamente, como para probar un estado de conciencia refinadísimo, desde lo alto del cual se aseguraba que sí, que estaba durmiendo, que podía controlar su sopor y sus sueños. Dormir era para él la mirada de la pantera, que lo ve todo cuando los demás, en la oscuridad, ya son incapaces de ver nada. Pero en esa noche y en ese amanecer, una única imagen se le había quedado fija en la cámara oscura de la cabeza: las manos de Luce. Las manos claras de marfil y miel, las manos inmóviles, la palma de la izquierda sobre la muñeca de la derecha, ambas apoyadas en la rodilla mientras estaba sentada sobre un escalón roto, allí en Posillipo, en el templete frente al mar. Las manos quietas mientras la voz de ella modula armónicos profundos, armónicos repentinamente solares, armónicos aventados, rociados apenas por una sonrisa. Las manos quietas y lentas, como en el aplanamiento estudiado de un retrato español. Las manos expertas que hojeaban las páginas de sus libros, los dedos oblongos, fuertes, que acariciaban los números de las páginas de la *Autobiografía de Giuliano di Sansevero*. Las manos de Luce le habían raptado una vena de la cabeza, toda la noche, y con un juego sapiente de índices y pulgares se la habían hilado, esa vena, alargándola, tejiéndola con el telar de la seducción involuntaria, mientras su cerebro se estaba convirtiendo en un huso generoso del que la vena se desenrollaba abundante para dejarse trenzar por ella.

Las manos de Luce le habían ensanchado la noche, con la palma experta de la hembra que trabaja el panecillo con levadura y harina para extenderlo a lo largo y a lo ancho, delgadísimo.

Y sin embargo, en momentos como esos, Diego dominaba el abandono, se observaba a sí mismo, escuchaba los movimientos de su alma, permaneciendo fuera.

Como un director de orquesta escuchaba los sonidos de los instrumentos y los sopesaba, listo para endurecer una lascivia lacrimosa, para corregir los fraseos sentimentales, para vigilar las concesiones al patetismo. Sus alientos interiores se habían puesto a tocar la partitura de Luce y parecía como si Diego dijera tocad para mí, las notas son vuestras, pero el color lo pongo yo, el tempo, el volumen, los arrebatadores

crescendo y los movimientos en abandono yo los acojo, los libero, los conservo.

Ahora alarga la mano hacia el teléfono:

—¿Oiga? Pepe, buenos días. Sí, sí. Todo en orden. Alfredo Gemma pasará a verle a primera hora de la tarde y le dará los datos del asunto Sangrano. Unas propiedades estupendas. Ya lo sabe, prioridad absoluta. Hasta pronto.

El timbre. El abogado, vestido con una bata de casa, llega hasta el vestíbulo frunciendo la mirada para defenderse de los latigazos de luz que traspasan los cristales.

—¿Bianca?

—Sí, soy yo, abogado.

Bianca es hermosa como sus ojos azules, como sus rizos negros, como su boca levemente carnosa, como sus caderas curvas perfectamente en tensión sobre sus piernas fuertes.

Entra con un paquete de pasteles, va derecha a la cocina, lo deja sobre la mesa, desata el envoltorio.

—¡*Raffioli*<sup>13</sup>, abogado!

—¡*Raffioli*! Hace un montón de tiempo...

Diego no puede no mirarle las manos, porque también esas manos, cuando las vio por primera vez, seis años antes, fueron una aparición. Le parecieron sufrientes, enrojecidas, resquebrajadas, con las uñas mal cortadas y quebradas. Bianca tenía veintiséis años y barría las escaleras del edificio donde estaba y donde está la casa de Ventre.

Aquella mañana ella barría y lloraba. El abogado la sorprendió, de forma que Bianca se dio la vuelta pasándose una mano por las lágrimas. Él pasó a su lado, se detuvo tres o cuatro escalones más abajo. La miró y después le dijo: «Todo se arreglará».

¿Que todo se arreglará? Ella apenas lo conocía. Y sin embargo, él había vuelto a subir, se le había acercado, le había contenido las lágrimas en las mejillas con su pañuelo y se la había llevado al Gambrinus a tomar un zumo de naranja.

Un mes más tarde Bianca tenía un trabajo de oficinista, su padre la pensión de invalidez civil que siempre le habían negado y Carlo, su novio, entró como obrero en una gran empresa tipográfica. Ella estaba embarazada. Se les encontró una vivienda de ocasión a bajo coste y se celebró la boda. Bianca tenía ahora dos hijos: un chico de cinco años y una niña de tres. Todo gracias al abogado Ventre.

Ahora las manos de ella sirven el café, mientras Diego se afeita. La tacita humeante sobre la estantería del espejo lo distrae lo suficiente, la hoja de la cuchilla hace un corte por debajo de la barbilla. Ella toma un trozo de algodón y se lo aprieta en la sangre. Mantiene los dedos apretados con dulzura, sonriendo largo rato. Después levanta la nube de algodón del corte, y posa allí sus labios tibios en un beso repentino. Diego toma la tacita, bebe el café, se vuelve a mirarla. Ella acerca su boca a la boca de él. El abogado mueve la cabeza imperceptiblemente para sentir el segundo beso detenerse en su mejilla. Una sombra de melancolía se demuda en las pupilas de ella. Él le quita con el dedo índice un puntito de sangre rosada del labio inferior. Le posa un tercer beso en la frente, para devolver al tempo los latidos del corazón de Bianca.

—¿Por qué?

–Porque tienes un marido. Porque tienes dos hijos. Y porque yo te quiero así.  
 –Cuando me casé con él creía amarlo.  
 –Cuando te casaste con él lo amabas. Tal vez hoy ya no sea como entonces, tal vez hoy creas haber dejado de amarlo. Pero es el padre de tus hijos y un día podrías amarlo de nuevo.  
 –¿Por qué me has protegido?  
 –No para hacer de ti mi puta particular.  
 –¿Por qué me has protegido?  
 –Porque me gusta proteger a quien no lo necesita.  
 –Yo siento amor por ti.  
 –Reconocimiento, Bianca. El reconocimiento verdadero y el amor son como hermano y hermana. En una vida suceden pocos acontecimientos realmente puros. Todo debe permanecer como está. Yo te he pedido una sola cosa y solo esa será para siempre: si un día alguien me mata, tú lo matarás.  
 –Prometido.  
 –La pistola está donde está y tú lo sabes. Recuérdalo...  
 –Lo sé.  
 –Cada mes te envío un mensaje de texto a tu móvil.  
 –Números.  
 –A cada número corresponde una letra. De ahí sale el nombre de mi asesino.  
 –El último que me ha llegado es...  
 –No, nunca. No se pronuncian nunca los nombres.  
 –Pero si estamos solos.  
 –Quizá estemos solos. Quizá.  
 –Pero ¿quién podría matarte? Si eres un penalista...  
 –Pues eso precisamente. Defiendo a delincuentes. ¿Y si un día a alguno de ellos no lo defiendes como él quiere... eh? ¿Lo entiendes?  
 Suena el teléfono, el abogado contesta. Desde el bar Jamaica anuncian la llegada de Alfredo Gemma.  
 –¿Por qué te llaman del bar cada vez que viene alguien a verte?  
 –No hagas preguntas.  
 –¿Es verdad que haces que los cacheen a todos en la trastienda?  
 –A todos excepto a ti. Eres la única que puede venir a matarme con toda comodidad. Imagínate que un día mando un mensaje a tu móvil para comunicarte el nombre de quien va a matarme y ese día, descifrando los números, apareciera tu nombre. ¿Qué harías?  
 –Me mataría.  
 –Si ocurriera, ven a matarme a mí. Querría decir que me he equivocado. Y un error así merecería la muerte.  
 –Diego...  
 –Ahora vete. Vete. Te lo ruego.  
 –Esta rusa no es tan buena como crees. En los muebles hay polvo que tú no ves. Voy a venir a vigilarla, un día de estos.

Bianca abrió la puerta, sus pasos se cruzaron en el rellano con el jadeo de Alfredo Gemma, los dos se intercambiaron un gesto de saludo con recíproca turbación.

—Entra, Alfré. Ponte cómodo. ¿Estás trabajando?

—Como un perrillo violentado.

—Estupendo, hay que encargarse de otro *play*.

—¿Otro?

—El palacete de los Sangrano se vende. Al igual que las demás propiedades que poseen. Llama al duque, ya nos hemos puesto de acuerdo. Haz que te dé todos los papeles y llévaselos a Pepe esta tarde. Sobre la mesa están los cheques, es el dinero que adelantamos para cancelar las hipotecas. Una vez efectuadas las ventas, pagad a Sangrano.

—¿Pero por qué adelantarle el dinero para cancelar los registros hipotecarios?

—En primer lugar: los bienes hay que venderlos libres de cargas. En caso contrario, pierden valor. En segundo lugar: estás haciendo demasiadas observaciones. En tercer lugar: te doy dos días.

—¿Dos días?

—Dos días, sí señor. Hoy estamos a quince. Para el diecisiete por la noche, como mucho el dieciocho por la mañana, todo tiene que estar arreglado.

—¿Y qué quiere? ¿Que haga un milagro?

—Alfré, tú tienes fama de hacer milagros. Así que hazlos y déjate de monsergas. Solo el palacete vale siete millones de euros por lo menos. Pepe y tú lo vendéis a cinco. Un millón trescientos son para las hipotecas. A los Sangrano, una vez que hayamos recuperado la cifra anticipada, irán tres millones setecientos mil euros. Y nada de recargas personales de los importes. Ahí tienes a ese armador de Castellammare con manías de grandeza... ese seguro que se lo compra sin rechistar. Las otras propiedades son notables todas: para los nueve pisos de la costa me bastan incluso nueve compromisos y ya haremos las escrituras dentro de un mes. De los pisos del Vomero nos desprenderemos fácilmente. El chalecito de San Sebastiano se lo dais a ese animal del restaurante de al lado, pero asegúrate antes de que cuente con el vínculo de protección de Bellas Artes, y si no lo tiene, que se lo pongan. Allí dentro quien compre no debe tocar ni un solo clavo. ¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿quiere que antes del día dieciocho me dé también un paseíto sobre las aguas? ¿No le hará falta también una multiplicación de los peces? ¿De los panes? Dígamelo, basta con saberlo.

—No, esas cosas por hoy no me hacen falta. Es posible que te lo pida mañana. El resto de las propiedades las vendéis al treinta por ciento menos de lo que valen. Y se las podéis vender a quien os salga de las pelotas. Ahora vete. Tengo que irme a Roma.

—Bajemos juntos...

—Juntos nunca, Alfré, juntos nunca.



**Nápoles. 15 de mayo. Tarde.**  
**Consulta De Giuseppe**

A las diecisiete horas, Maria Amerigo entró en la consulta de su psicoanalista. El doctor De Giuseppe la miró sonriendo, dando vueltas entre las manos a una vieja pipa que no fumaba nunca.

La señora vestía aquel día chaqueta y pantalón negros, un jersey ligero de cuello alto bajo la barbilla, zapatillas de gimnasia claras, un fular blanquísimo bordado por finos hilos de plata. Dejó el bolso sobre una de las dos sillas de delante del escritorio y se tumbó por primera vez sobre ese diván-*dormeuse* que siempre había mirado con horror y atracción. Hasta aquel momento, sus coloquios con el doctor se habían desarrollado cara a cara. Pero en esta ocasión quería probar todo el abandono victorioso que se cela en la rendición ante uno mismo.

Se había vestido como no había osado hasta entonces y ahora dejaba deslizar la mano por la larga cola de pelo negro ondulado hasta extenderlo a un lado del pecho. El peinado tenso descubría la frente altanera sobre la que reinaba ahora una sombra de inquieta mortificación.

Había entrado en silencio. Permanecía en silencio. El doctor sacó de un cajón una libreta de hojas de color pajizo y un lápiz. El tiempo discurría mudo.

Pasaron quince, dieciséis, diecisiete interminables minutos, y después, Maria Amerigo estrechó las manos sobre el vientre, cerró los ojos y dijo:

—He sido violada. He sido violada. Me han... ayer por la tarde, yo... Mientras iba a ver a unos parientes de Leopardi, ayer por la tarde, bajé del tren de la Circumvesuviana, y allí la estación está muy oscura y hay unas escaleras en las que no se ve nada, y cuando salí al callejón todo estaba a oscuras y caminaba pensando en mis cosas, pero él me ha... Llegó por detrás... Me arrojó contra el muro y me cerró la boca con una mano que era una mano grande y que me hacía daño y me levantó la falda y sentí por detrás que, mientras intentaba zafarme, él se apretaba contra mí y se desabrochó los pantalones, y odio a mi marido que siempre me deja ir sola a todas partes y no me acompaña nunca a ningún sitio, y odio a mi hija que solo piensa en sus asuntos porque si ella hubiera estado conmigo tal vez no hubiera sucedido, pero él apretaba y me arañaba, que esta ciudad de mierda sea toda ella maldita, me la metió y me hizo daño y yo gritaba como si todo el aliento se quedara en su mano, porque eso somos en Nápoles, gente que grita con la boca cerrada por unas tenazas negras, porque él era negro, era negro y grande, grande

por arriba y por abajo, mientras digo para qué narices tuve que casarme, para qué narices tuve que ponerme el vestido blanco aquel día si quizá no estaba enamorada ni de él ni de mí, porque me aputáné y ya está, me vendí por dentro y por fuera, culo y corazón, hechizada por una nimiedad que era apenas un poco más elegante y más nimiedad que esa nimiedad que yo era. Me he guardado todas estas cosas, estas manos y este pelo, estos dientes que me había guardado para alguien que debía llegar y no llegaba nunca, y dado que no llegaba, un día que vi a mi marido y estaba enjuagándome una pierna bajo el chorro de una fuente me dije que por fin lo creía, que por fin podía creer en alguien rico y elegante que leía a John Keats sentado delante de un bar. Y me equivoqué, me equivoqué en todo, porque meses antes había un pescador de Capri que era joven y hermoso como una estatua que no dejaba de mirarme las caderas mientras el deseo le humeaba como la humedad de las fosas nasales. Cómo me miraba, sabía mirarme, me miraba, me respiraba todo el deseo que yo le había reventado en el cuerpo, porque los hombres nos preñan de carne, pero las hembras empreñamos una idea. Y él apretaba, ayer por la tarde, me oprimía, y yo estaba contra los picos del muro igual que lo estoy siempre, desde siempre que pienso: ya no me deseo, ya no me quiero, me reflejo para no verme, me reflejo para no mirarme. Soy una yegua que no se sabe quién es, yegua de fiesta, yegua de recepciones de vasos y buenas noches, toda una ceremonia fuera de lugar, sin que nada que digas me emocione, sin querer ser madre, sin querer ser esposa, porque también ellos, mi marido y mi hija, me han tapado la boca y me han aplastado contra un muro, y a ella, a mi hija, la ha creado él, tal como la quería él, y ambos hacen el amor con las cosas, pero yo odio las cosas, las cosas no son nada. Qué coño me importa un cuadro, el mar o un libro si yo no estoy en ellos, si yo no soy cuadro de mí, mar de mí, relato de mí. Así que ahora no sé si debo denunciarlo, si debo decírselo a mi marido, que se merecería saber que su mujer es un marco vacío y que un negro violento se la ha levantado en un callejón, tirándosela como él nunca ha sabido tirársela, marcándome hasta el útero de desgarró y de placer. Yo no sé qué debo hacer. Y tampoco sabía si era adecuado decírselo a usted, doctor.

Maria Amerigo guardó silencio. Se enjugó una lágrima que le goteaba sobre los labios y se puso la mano derecha sobre el pecho para dominar el jadeo. Una loca excitación demente la corrumpía con el ímpetu del fango que no se derrubia y jamás había gozado en toda su vida como en aquella hora en la que le había contado a su terapeuta la gigantesca mentira. El doctor le gustaba como todo lo que se halla bajo el óleo sagrado de lo inalcanzable produce un gusto sublime especiado de náusea. Mentía para seducirse y para seducir, deseosa de exponer una herida que le gustaba relatar profunda. De Giuseppe consideraba la forma en la que se había vestido, nueva, inédita, ostentosamente intachable después de semanas y semanas de escotes feminizantes. Aquel pelo anudado, aquel jersey hasta el cuello, aquellos zapatos sin tacón le hacían pensar en una violencia deseada, no sufrida, en una violencia que Maria Amerigo había querido provocarse, en una violencia que Maria Amerigo tal vez se hubiera provocado en la desesperación delirante de no haber podido soportar una verdadera. Cerró la libreta y la guardó en el cajón del escritorio.

La señora se levantó, cogió el bolso, lo abrió, dejó caer el dinero sobre el escritorio. Después miró a través de los cristales de la ventana y dijo:

–En todo caso, el sol no ha dejado de salir una vez más esta mañana. Esta ciudad dice solo cabronadas. Como si no pasara nada.

Nápoles. 15 de mayo. Tarde.  
En la Milla de Oro

Luce bajaba por via Mezzocannone. Tenía en la cabeza los cien días insípidos en los que se había abandonado a la olvidanza del sol, anulando la mente en una amnesia toda serena, con los ojos en los escaparates de libros.

Pero hoy había en ella toda una nostalgia de vida, una nostalgia de ser, una cuita por ver el pasado de las piedras y de las caras como en un cuadro de bellezas que compartir con el corazón de alguien más. Y ese alguien más era Diego Ventre. Ese hombre seguro como un padre, joven como un cómplice, ese hombre decimonónico con los ojos oscuros, las manos preciosas, la sonrisa vigilada y complaciente. Aquel caballero sin afectación que regalaba paquetes imposibles de hallar, que se dedicaba al derecho penal en el ceno de la ciudad, que hablaba de un *play* limpio pero había leído a Landolfi. Ese zorro impenitente que le había besado las manos en el templete de toba delante del mar. Que le había hablado de una misteriosa cola amputada que quería enseñarle, cola de lagartija oculta y aún viva, contándoselo con la «r» siciliana y una mirada de misterio virgen.

Luce tenía ganas de no saber qué hacer. Le gustaba imaginarse que iba a donde nunca habría imaginado ir. Desembocó en el Rettifilo, cruzó la calle. Se perdió en la corriente de los transeúntes. Se halló en la parada del autobús. Subió al primero que le abrió las puertas. Se sentó detrás de una ventanilla sucia. Entrecerró los ojos oyendo el carraspeo del motor. Después jugó al juego al que jugaba de niña. En medio de las tormentosas discusiones entre su padre y su madre, sabía producir con la boca cerrada un ruido que solo era capaz de notar ella. Un sonido de su voz que le ascendía desde el pecho hasta la garganta y después subía por las sienes. Un sonido continuo, liso, largo, que la aislaba del resto.

Así, en el autobús, ya no oía nada. Ni frenadas, ni aluviones de blasfemias, ni el estruendo de las puertas automáticas de guarniciones desgastadas. Observaba los rostros de los viajeros, sopesaba la ausencia de sonrisas, las expresiones acurrucadas en un zumbido de pensamientos dolientes. Miraba con atención las manos que sacaban móviles de los bolsillos y las manos que devolvían móviles a los bolsillos. Consideraba el sudor, la hediondez de oficina y de tienda, el olor a tragedia anestesiada que envolvía definitivamente toda Nápoles. Veía las camas tristes de la gente que tenía enfrente, imaginaba sus cocinas de neón, el aterimiento nocticolor de las pantallas de plasma, como

enormes lámparas votivas encendidas en la vigilia perpetua del sueño resignado. Es la plebe, se dijo, sigue siendo la plebe, ayer machacada por el aumento de la molienda, hoy deportada por la necesidad de tener necesidades, chantajeada por la angustia del dinero que debería servir para sedar la angustia que resurge. Deportados todos, todos nosotros, con el número de matrícula escrito en la tarjeta de crédito. Deportados y obligados a asistir a este espectacular funeral de las ilusiones.

La miraban de reojo árabes con cazadoras de polipiel, senegaleses con bolsas abultadas, un jovenzuelo con una corbata de nudo enorme, uno que tres años antes sin duda peloteaba en alguna placita de los alrededores. La miraban señores de mediana edad que cargaban con la distensión vespertina de las fragancias de loción de afeitado, la miraban los estudiantes, la miraban las mujeres, las que guapas no eran ya y las que guapas nunca lo habían sido.

El autobús avanzaba como la caricatura de un bajel fantasma, destinado al transporte de almas.

Corso San Giovanni a Teduccio. Las aberturas de patios coagulados en un sol neblinoso, de allí salía un vómito de escúteres cabalgados por las caras picadas de viruela de una juventud despojada. En lo alto, viejos balcones forrados de cañizo para las señoras que no querían que les vieran las piernas, en la supervivencia de un pudor que convivía con los culos exhibidos en los televisores nocturnos. Los geranios mustios, las raras jaulas de papagallitos colgados de un clavo junto a la ventana, los cactus silentes. La calle era todo un adelantamiento de motocicletas que herían el aire. Pensar que por detrás de esos patios debía estar el mar. Debía y lo estaba con sus mil derivaciones de alcantarillado, con deltas de plásticos y plásticos triturados por la rodadura, por las lluvias, por la sal. Ante sus ojos, Portici, la ciudad de la que se dijo que era el jardín de Nápoles, exhibía ahora ventanas cegadas que vociferaban aún la gracia de un neoclasicismo de sonrisas apagadas. Y entre los siglos, como una blasfemia, los falansterios de los años cincuenta, sesenta, setenta; tristezas de persianas, albergues de la infelicidad inmobiliaria. A la derecha, el edificio del Lido Dorato, un patio con columnas y el jardín violado por un parque de adosados para buenas familias. Más adelante, el palacio del príncipe de Bagnara con el rojizo de la fachada que parecía implorar el beso de otros atardeceres. La piazza de San Ciro. La via dell'Università, el Palacio Real, con la capilla donde un día se exhibió Mozart de niño. Villa Maltese en el color café con leche de su amable fachada. La entrada a las excavaciones de Herculano, Villa Aprile, Villa Campolieto, la pequeña iglesia de Santa Maria del Pilar, Villa Materazzi. Todo esto, pensaba Luce, en otros tiempos se llamaba Milla de Oro. Nos lo hemos jugado todo. Entre lo que se derrumbaba, lo que sucumbía y lo que aún seguía en pie, le pareció estar atravesando el largo paseo de un cementerio donde, por más que estuvieran cuidadas o maltratadas, las piedras eran lápidas, tumbas. Es una novela sin historia. Una novela sin capítulos. Las palabras parecían reunidas al azar, sin un verdadero antes y sin la esperanza de un después.

El autobús se había parado ahora en el final del trayecto: Torre del Greco. Luce bajó, caminó hacia el puerto y halló delante del horizonte del golfo las chimeneas de

instalaciones industriales clausuradas. La pequeña estación ferroviaria estaba justo al lado. Compró un billete. Paseó por los andenes esperando el tren para Nápoles. Echó un vistazo a la sala de espera donde estaban sentados tres ferroviarios ancianos: el epicentro del aniquilamiento. Caras limadas por los mismos días que se habían convertido en un único día. La misma vida no vida. El mismo andén para siempre. El tren frenaba con su rechinamiento de fricción lacerante.

La muchacha subió, se sentó en el lado del mar. Ahí estaba, por fin. Las aguas gris plateado de la tarde, la obstinación circunvoladora de las gaviotas, los paseos marítimos en construcción sobre las arenas volcánicas, negras de lapilli, negras de alquitrán y de nafta. Edificios jamás encalados, aluminios, canales de uralita, construcciones insolentes de la posguerra que desfloraban la paz de los recuerdos de los chalés. Memorias de naranjales, coronadas por círculos y círculos de antenas parabólicas, collar infinito de perlas atónitas. Nos lo hemos jugado todo. La naturaleza y la historia. Nos lo hemos jugado todo científicamente. La rabia le hizo un nudo alrededor del estómago.

En la estación del Granatello subió una anciana señora encorvada, se sentó enfrente de ella, la saludó con una sonrisa breve. Debía de tener alrededor de noventa años. Se quedó observando las barcas ancladas en el muelle de Portici con ojos azules todavía luminosos, miró hacia el otro lado el letrero de la estación y susurró limpiamente con un sonido de otro mundo: «Portici, Nápoles. La primera línea ferroviaria de Europa». Miró de nuevo a Luce y esta vez sonrió un rato más largo. La hermosa anciana apoyó la nuca en el respaldo rancio y cerró los ojos. Luce vio muerta la naturaleza. Luce vio muerta la historia. Pero, oh Vesuvio, *adveniat regnum tuum*.

**Roma. 15 de mayo. Tarde.**  
**Casina Valadier**

—Sírvase, abogado. Aquí hacen el mejor café de la ciudad. Venga, sentémonos en la terraza.

—Gracias, Presidente.

—Su Nápoles es hermosa, pero Roma no es manca. Véala, toda para usted, hasta donde alcanza la vista.

—Magnífica, Presidente, realmente magnífica.

—Se lo ruego, siéntese.

—De todo este panorama deberíamos extraer una lección que no hemos llegado a aprender, Presidente.

—¿Una lección?

—Una lección, efectivamente. La costumbre de la belleza pare la indiferencia. La indiferencia italiana es el auténtico cáncer que nos atañe. Y en las ciudades de Italia con mayor densidad de belleza, se registra ante la belleza un alto índice de indiferencia.

—Como esos maridos que, teniendo una mujer irresistible, se van de putas, y nadie entiende por qué.

—Exacto, Presidente. A los napolitanos, a los calabreses, a los pulleses, a los sicilianos, todo les ha sido dado. Del trabajo que hubieran debido realizar en gran parte se ha encargado directamente el Padre Eterno. Cuando durante siglos se tiene el mar, Capri, la Costa Amalfitana, los limones, las fresas, las magnolias que brotan como un capricho espontáneo, cuando se está rodeado de las ciudades de los griegos y de los romanos, cuando los aragoneses, los suevos, los Borbones, te construyen castillos y carreteras, cuando te han regalado la historia como una película, no te queda otra que contemplarlo en silencio. Y dentro de esa película, que tiene una duración de aproximadamente veinticinco siglos, no eres actor, no eres músico, no eres escenario. De esa película no eres el director. Tu papel es inequívoco: eres espectador. La única opción que te queda es sentarte en la oscuridad y vértela. Y al final, tienes hasta el privilegio de decir que no te ha gustado.

—No pensaba que tuviera usted inclinaciones filosóficas tan pronunciadas, abogado.

—Todo lo contrario, Presidente. Todo lo contrario. La filosofía como oficio no me gusta. Tenemos la culpa de haber estado viendo esta película secular sin mover un dedo. Dijimos que no era una buena película, que no nos había gustado. Hubo a quien le

pareció fascinante una escena aislada, quien prefirió otra. Hemos asistido a la proyección cada vez que nos lo han pedido. Y a la salida de la sala hemos eructado todo el veneno que nos había fermentado en el cuerpo. Nos hemos convertido en críticos profesionales. Pero otra película, con nuestras propias manos, eso no lo hemos hecho. ¿Sabe cuál es uno de los talentos más pronunciados en la historia de los napolitanos, Presidente?

—¿El aligeramiento irónico de los problemas?

—No. Es el lamento. En el arco de centenares de años Nápoles ha elaborado una refinadísima estrategia de la lamentación. Si quisiéramos utilizar un helenismo, podría decirse que allí abajo vive un pueblo *logolamentacional*. Según los napolitanos, la culpa de todas las catástrofes y de todos los males unas veces es de san Gennaro, otras veces del Vesubio, unas veces de los Angioini, otras veces de los alemanes, unas veces del terremoto y otras veces de los americanos, unas veces de la Primera Guerra Mundial y otras veces de la Segunda, unas veces de la Caja para el Sur, otras de la clase política, una vez del Norte y la vez siguiente del cólera. En definitiva, la culpa es siempre de una tercera persona o de otra cosa. Los napolitanos se creen inocentes. Elevan sus cantos quejosos contra el destino, se canturrean una nana ellos solos y se quedan dormidos.

—Pero saben reírse también, abogado.

—¿Eso cree usted, Presidente? En los días de las festividades de Navidad, y especialmente entonces, cierta Nápoles, cierta numerosa Nápoles, va al teatro a escuchar los clásicos de su historia de las risas. Uno por encima de todos: *Miseria e nobiltà*<sup>14</sup>. Cada año que pasa las compañías la llevan a escena peor. Los napolitanos tienen grabada en sus cabezas la película con Toto, y de ese texto se saben de memoria cada frase. Y sin embargo, acuden. Entran en el teatro, se sientan y acaban por reírse un segundo antes de que el actor pronuncie su chascarrillo. Los napolitanos, cuando quieren, se ríen un instante antes de que haya motivo para la risa. La carcajada no la viven, la carcajada la deciden. ¿Y sabe por qué lo hacen? Porque los tranquiliza. Saben que van a reírse. Los napolitanos son unos grandes actores de doblaje de la vida, pero dan voz a la vida siempre de forma anticipada. Eso los protege de sí mismos.

—¿Y hoy sigue siendo así?

—Sí, Presidente. Así sigue. Acaso con otras miserias y otras noblezas. Al napolitano, en general, le gusta recitar los sentimientos, no sentirlos, porque sentirlos de verdad expone al dolor.

—¿Excepciones, abogado?

—Si alguna excepción hay, no suele ser entendida, es como si no existiera. Si alguna excepción hay, y es entendida, salta la apropiación de la excepción. Y entonces la excepción no resulta ya tan excepcional, Presidente.

—¿No hay salvación, por lo que usted dice?

—La salvación no seduce, no interesa. A las temperaturas del infierno uno acaba acostumbrándose. Si uno adopta la identidad del réprobo, en cuanto el aire se limpia, resulta que deja de saber quién es, le entra el vértigo y vuelve a su condición de réprobo.

—¿Otro café, abogado?

—Sí, gracias.

Los tejados de Roma vibraban bajo un tendal de neblina sutil. El sol presionaba en el cielo sin éxito. Alrededor de la Casina Valadier se movían los pasos de los hombres de la escolta del Presidente y los de la escolta de Diego Ventre.

—Sin embargo, Presidente, no he venido a soltarle una homilía.

—No me cabía la menor duda.

—He venido para hablarle del asunto más importante del que hayamos hablado nunca usted y yo.

En la gran sala vacía de la última planta del edificio, las cortinas de los balcones exhalaban abandonos imperceptibles. La terraza estaba desierta.

—¿Cuándo ha preparado este lugar, Presidente?

—Esta mañana.

—Eso quiere decir que estamos solos, sin insectos debajo de la mesa, ¿verdad?

—Solo las moscas, abogado.

—Estupendo. Hay una noticia importante que tengo que contarle. Reservada, como todas las cosas que yo le cuento a usted y usted a mí. Cuando se entere, tendrá que poner en marcha todo su genio. Debe usted mostrarse conforme, antes de que se lo confiese; si no es así, le pido disculpas y me vuelvo a la capital de la queja.

El Presidente notaba en las palabras de Ventre una especie de pulso. Si el abogado afilaba la lengua hasta tal extremo, lo que se estaban jugando debía de ser de una altura inconcebible.

—De acuerdo.

—Presidente, dentro de cinco meses como mucho, Nápoles dejará de existir.

Silencio. El Presidente se encendió un cigarrillo. Desde el fondo de la sala, un joven camarero se asomó tímidamente a una puerta, como diciendo les dejó tranquilos, pero luego no digan que no estoy. Un gesto del abogado ordenaba otro café. Algunos minutos sin palabras. Otra bandeja depositada sobre la mesita de la terraza. La desaparición del camarero.

—Abogado, si yo no supiera quién es usted le diría: ¿está de broma? ¿De qué se trata?

—De la erupción de los Campos Flégreos.

—¿La erupción de los Campos Flégreos?

—Dentro de cinco meses, Presidente.

—Cinco meses...

—He bloqueado la transmisión de la noticia a las instituciones. Por ahora, nadie sabrá nada. Los vulcanólogos de todo el mundo que han acudido a Nápoles para oficializar la noticia están empaquetados en el Excelsior. Beben limonadas y comen mozzarellas, acompañados de sus señoras esposas. Estarán calladitos durante un mes. Y usted también, Presidente, la más absoluta de las reservas, durante un mes. Es como si se hubiera tropezado usted hoy con una hermosísima mujer casada dispuesta a ofrecerle su cuerpo. Si dice una sola palabra, la pierde.

—Puede usted quedarse tranquilo, abogado.

—Si me quedo tranquilo yo, se quedará tranquilo usted también. Este es un croquis de la ciudad. Toda esta parte quedará destruida. Fuego, fango, agua. Agua marina. Esta otra

parte se salvará parcialmente. Esta, en cambio, se verá afectada por fenómenos marginales. Mis sociedades han empezado a vender todo lo que ya no servirá de nada tras la erupción y a comprar todo lo que será precioso tras la erupción.

—¿Precioso para qué, abogado?

—La reconstrucción, Presidente, la reconstrucción. La más gigantesca reconstrucción de la historia. Porque no se tratará de rehacer la ciudad para los que vivían en ella. Se tratará de rehacerla para quienes nunca han vivido allí. No cambiarán solo los muros de los edificios. Cambiará el objetivo de su uso.

—Empiezo a entender.

—Estaba seguro, Presidente. Usted se encargará de la reconstrucción. Cuando dentro de un mes haya acabado de comprar lo que tengo que comprar y de vender lo que tengo que vender, usted hablará al gobierno. Debemos contar con todas las garantías necesarias para la asignación de fondos imponentes que nos ayuden a reconstruir Nápoles, la joya del mundo. Pilotaremos el dinero y las contratas, Presidente, las contratas. Traducido, significa ganar las próximas elecciones políticas y también las sucesivas. Usted no está en ningún partido, usted está por encima de todos, de sus manos parte energía en estado puro y todos le escuchan. Por si fuera poco, no le pediremos fondos del Estado para la totalidad de la reconstrucción. El Estado participa, del resto me encargo yo con los amigos de Nueva York. Los inversores deberán ser de primer orden, me hace falta gente con clase, gente que haya entendido que la mafia y el poder no sirven ni para matar ni para extorsionar: sirven para negociar, sirven para decidir. La verdadera mafia es la perversión de la inteligencia. Y la inteligencia perversa se convierte en arte. ¿Sabe qué significaba hasta 1880 la palabra «mafia» en Palermo? Significaba intrepidez, orgullo, perfección, excelencia. A una muchacha hermosa que tenía esas cualidades se la definía con una sonrisa en los labios como *mafiusedda*. Gracia, Presidente. Gracia, perfección, excelencia, eso es lo que significaba.

—Pero, abogado, ¿cómo se le comunicará la noticia a la población?

—No se le comunicará, Presidente. No se le comunicará. Las instituciones anunciarán un simulacro de prácticas ante la emergencia Vesubio. Nápoles, Pozzuoli y los dieciocho ayuntamientos afectados de los alrededores del volcán serán evacuados. Pero todo ello con anestesia. Se estudiará un plan escalonado que durará dos meses. Nápoles y Pozzuoli, los primeros, barrio a barrio, después todo el resto del territorio en peligro. Se comunicará que, con el fin de establecer en todos sus detalles un plan de emergencia eficaz y completo, la simulación preverá para los ciudadanos el desplazamiento a otras ciudades italianas y a los centros de acogida destinados a albergarlos. Se les dirá que deberán permanecer alejados de Nápoles una semana con el fin de que las autoridades puedan activar una iniciativa de monitorización en la ciudad vacía. Eso se les dirá, Presidente, pero de las ciudades que los acojan los napolitanos no regresarán jamás.

—Y el Estado ayudará a los amigos de Nueva York a construir otra cosa...

—Exacto. El peligro se volverá permanente. Se tratará de consolidar los bienes arquitectónicos de valor con operaciones de alta tecnología. El centro histórico se convertirá en un complejo de elevadísimo nivel turístico. Haremos que nazcan los más

extraordinarios hoteles del mundo, inventaremos casinos como nunca antes se hayan visto. Revalorizaremos la riqueza paisajística de la ciudad, sus mil estandartes culturales. Nápoles será un museo al aire libre.

—Abogado, para eso, en ese asunto, habrá que trabajar día y noche.

—Es indudable, Presidente, nosotros dos nos conocimos de noche y sé que también a usted le gusta mucho.

—Líbreme de una curiosidad. ¿Cómo lo ha hecho? Cómo ha podido llegar a entender... a saber...

—Presidente. La historia puede hacerse la ilusión de cambiar la naturaleza. Pero es siempre la naturaleza la que cambia la historia. ¿Sabe por qué fue derrotado Napoleón en Waterloo? No fue una cuestión militar o estratégica. El emperador, el mayor estratega del arte de la guerra, ¿fue vencido por el valor anglo-prusiano o había otro adversario en contra de él? Lo había, Presidente, vaya si lo había. Invisible, pero allí estaba. Las tropas francesas tenían su propio as en la manga con el uso de la caballería ligera. Era un destacamento que galopaba veloz en cualquier campo de batalla, rodeando al enemigo, sorprendiéndolo con acciones relámpago que avivaban el desconcierto y el desbarajuste. Pero en Waterloo la caballería ligera se movió con terrorífico retraso y los franceses lo perdieron todo. ¿Y sabe por qué? El barro, Presidente. El barro. El terreno del enfrentamiento se había convertido en un auténtico pantano. A los caballos les costaba un esfuerzo cinco veces mayor de lo normal el moverse. El galope era imposible. Llevaba días lloviendo. Y era extraño, porque, por más que Bélgica sea una tierra notoriamente lluviosa, esto no suele ocurrir en junio ni en julio, que son los meses más secos. Increíble. Pero ¿por qué llovió tanto en aquellos meses de 1815? Había ocurrido algo que Napoleón no podía prever. Y había ocurrido muy lejos, en el otro extremo del planeta. El volcán Tambora en la isla de Sumbawa, entre Timor y Java, el volcán Tambora había estallado de forma tremenda desmigajándose en miles de chispas de fuego. Las cenizas esparcidas en la atmósfera dieron la vuelta al mundo. La vuelta al mundo, rápidamente. Aquellas cenizas determinaron un cambio climático que borró el verano y volcó toneladas de agua sobre toda Europa. De esta manera, estimado Presidente, el Vesubio, el bradisismo de Pozzuoli, el humo de los Campos Flégreos, yo nunca los he perdido de vista. Los observaba como mi propio barro. Acudía con asiduidad al Observatorio vesubiano, hablaba con los expertos. Me planteaba preguntas. Ya lo ve usted, Presidente, hay que ganar la batalla un día antes del barro de Waterloo.

Diego Ventre subía las escaleras de un viejo edificio en el vicolo Sant'Anna dei Lombardi. Sandro, el más fiel de sus hombres, le había precedido hasta el primer piso y se había detenido en el rellano, delante de la puerta a la que el abogado habría de llamar. Bajo el portal de batientes desquiciados, había otro hombre con la mano en el bolsillo derecho del chaquetón negro. Los dedos en la culata de la pistola automática sin seguro, el índice acariciando justo el gatillo.

Diego pulsó el interruptor del timbre. Nada. Volvió a pulsarlo. Nada. Miró el reloj. Lo intentó por tercera vez. Por fin, la puerta se abrió. El abogado entró, dejando a Sandro en el rellano. La señora que le daba la espalda, enfilando la sucesión de puertas amarillentas todas abiertas de par en par, llegó hasta la última habitación: la cocina. Parecía baja, con los hombros ligeramente curvados. Un cuerpo sin gracia, tendente a una obesidad innatural. Ahora se afanaba en torno a la cocinilla de tres fuegos, preparando el café. Tenía el rostro tirante por una hinchazón enferma. Los ojos cristalizados en una mirada capaz de una única intención: la nada. El pelo lo llevaba cortísimo, rapado, casi rapado al cero. Aquella figura que el abogado observaba era su madre. Iba a visitarla una vez al mes y la contemplaba mientras deambulaba por las habitaciones abarrotadas de cajas de cartón, ropa tirada sobre los respaldos de las sillas, filas de zapatos alineados contra las paredes. Al contemplar a aquel ser, sacaba la impresión de una muñeca mecánica que había llegado a la repulsión por la vida a causa de la carencia de sentimientos.

Mientras llenaba la cafetera, ella susurraba palabras incomprensibles. Ahora encendía el hornillo y arrojaba la cucharilla al lavabo con una negligencia nerviosa que, nacida de una rabia crónica, ascendía hasta la ira a través de los ruidos producidos.

—¿Qué tal estás?

Diego no obtuvo respuesta.

—¿Te acuerdas de tomarte las medicinas?

Silencio.

El café espumeaba. Ella lo echó en un vaso grande. Lo dejó sobre la mesa cubierta por un mantel plastificado grasiento. Abrió un viejo bargueño, sacó un azucarero blanco con florecitas azules, lo puso junto al vaso humeante y se sentó. Se sentó sin mirar a su hijo. Mantenía la mirada clavada en sus pantuflas. El abogado empezó a azucarar, a remover y a beberse el café lentamente.

—¿Por qué te has cortado el pelo tan corto?

—¿Y a ti qué cojones te importa? Aquí viene todo el mundo a hablar. Que se vayan a hablar a su casa. La gente habla siempre de mis cosas. Es un pueblo de mierda este. Y tú no te creas que porque lleves una chaqueta azul y una corbata de seda, tú no te figures que eres mejor que los demás.

—¿Manlio viene a verte?

—A mí me la sopla todo el mundo. Fui maldita y sigo estando maldita. Yo quiero marcharme de aquí.

—En tres años te has cambiado cinco veces de casa.

—¿Y qué? Yo estaba bien donde estaba. Cuando era joven. Cuando tenía pelo. Cuando los hombres me miraban a la boca. A la boca me miraban. Cuando limpiaba las escaleras de San Gregorio y los tíos buscaban cualquier excusa ante sus mujeres para bajar justo a esas horas, porque querían verme las bragas desde los escalones de debajo. Entonces sí que estaba bien. Cuando servía en casa del ingeniero. Y el ingeniero era un hombre y se requemaba por mí y me deseaba y me saciaba de amor y me atropellaba a besos y me daba su saliva y sus achuchones y yo entonces sí que estaba bien y después un hijo de zorra me lo mató y yo sé quién es ese hijo de puta porque es un mierda que viene a verme una vez al mes y me deja una ristra de dinero y se va y es una mierda de cloaca que piensa solo en la pasta y él me lo mató porque yo le ponía los cuernos a su padre y se los puse a los dos los cuernos, al padre y al hijo, y él es un hijo de zorra.

El corazón de Diego aminoró hasta que pareció detenerse. Le daba la impresión de que había dejado de latir. Tuvo la sensación de que su respiración se había terminado. La rabia provocaba en él un efecto contrario al del resto de los mortales. Su sangre dejaba de circular, los párpados permanecían inmóviles. En Sicilia le habían enseñado perfectamente que la furia, la locura, el odio han de ser regulados por una matemática del control. La mujer lo miró. Aquella mañana, por primera vez en años, lo estaba mirando. Parecía ver en el fondo de los ojos de su hijo aquella época en la que fue joven, aquellas horas en las que fue hermosa y feliz. Parecía como si, penetrando en las pupilas de Diego, pudiera encontrar la imagen del placer y de la sangre, del fin y de la muerte.

—Tú eres un hijo de puta. Eso eres tú. Sí, yo seré una zorra. Y tú eres un auténtico hijo de zorra. A tu padre no le has hecho justicia. A tu padre lo has matado. Porque ese al que mataste era tu padre.

Diego dejó sobre la mesa el vaso ambarino de café. Miró a su madre con ojos de león sosegado. ¿Estaría diciendo la verdad? Se levantó impasible. Sacó la cartera y dejó caer un fajo de billetes entre el azucarero y la cucharilla. Después, sin decir media palabra, cruzó las habitaciones húmedas y oscuras hasta llegar a la puerta. La abrió, salió y cerró. Llamó al timbre del piso de enfrente. Le abrió una mujer de unos cuarenta con una niña en brazos a la que estiraba con desgana sus largos cabellos negros, tirando de ellos, retorciéndoselos.

—¡Ah! Buenos días, abogado.

—Cerciórese de que se tome los fármacos, por favor. Y la casa... Está completamente en desorden.

–Tiene usted razón, yo le arreglo siempre la casa, pero una hora más tarde ella lo pone todo patas arriba otra vez y yo...

–De acuerdo... De acuerdo...

Diego sacó de nuevo la cartera.

–No, no, abogado, es demasiado...

–Se lo ruego... En sus manos lo dejo...

Mientras bajaba las escaleras, el abogado se preguntaba si podría ser verdad lo que su madre acababa de decirle. ¿Sería, pues, así? ¿Habría nacido de la pasión de ella por el hombre al que él mismo había matado? ¿Podía creerse a una mujer atiborrada de psicofármacos? En el cerebro se le desbordó la mueca de la ciencia: el ADN. Pero fue solo un instante. No le interesaba saber de quién era realmente hijo. Los padres, los padres de verdad, son un diseño de la fantasía afectiva. Los padres no son los que tenemos, se dijo, sino aquellos que deseamos y nada más.

Cuando llegó a la calle, oyó el tintineo de los cristales de un balcón tambaleante que se abría. Instintivamente levantó la cabeza. Su madre se había asomado con el dinero en la mano. Rasgaba los billetes en diez, cien, mil pedacitos colorados y los lanzaba desde lo alto. Diego se detuvo a observar la lluvia de confetis que caía del primer piso, y sobre todo se miró a sí mismo mientras miraba aquella escena con la sonrisa en los labios. Al final, ella, mirándolo fijamente con desdén, con los ojos fruncidos y atigrados, se inclinó sobre la barandilla y escupió.

**Posillipo. 16 de mayo. Medianoche.  
Villa Pollione**

Resplandecía en esa noche la luna llena inyectada de naranja. Sombras enrojadas menstruaban el riñón de la villa romana.

Diego había llegado a la cita con más de una hora de adelanto. Paseaba entre las antiguas murallas de *reticulatum* saboreando la dulzura del puro y la dulzura de la espera. El tiempo aflige cada día de nuestra vida, pensaba. El tiempo destiñe la existencia en un nudo corredizo encordado de deberes. Pero el tiempo, si se le acaricia, sabe serte amigo, basta alargar todo el suplicio que anuncia el placer.

Luce aparecía ahora al fondo del largo paseo de tierra batida. Vestida con un algodón ligerísimo, blanco, los pantalones y la chaqueta se le encrespaban despacio, dócilmente, bajo la ola del viento.

Diego sintió el anuncio en la respiración de un latido de sangre en la garganta. Lo domó y fue a su encuentro con paso lento.

La muchacha, al verlo, tuvo un redoble de aliento que volvió de resaca al pecho, más abajo, hasta el estómago, para regresar en un esbozo de enrojecimiento de las mejillas.

Él sintió que se derramaba en derredor un aroma hermoso y misterioso de mujer. Le apoyó la palma de la mano sobre la espalda con una presión imperceptible. La invitaba con ese gesto a seguir avanzando, seis o siete pasos. Detrás de un matorral de laurel se abría la explanada de la antigua villa de Vedio Pollione. Un ensanchamiento arenoso graneado aquí y allá de un verde de hierba que no daba a entender si quería desaparecer o emerger de la tierra. El promontorio de roca se despeñaba en el mar.

Un collar de antorchas aclaraba los restos del antiguo odeón, y más al fondo, los del teatro en gradas cariadas por la sal.

—Es esto, es esto, Luce. La cola de lagartija amputada. La cola amputada que sigue moviéndose.

Más abajo, la silueta oscura de la isla de Nisida; el meandro serpenteante de Posillipo; al otro lado, la estocada rocosa de la pata de dragón del Cabo Miseno. Las estrellas parecían pulgas inquietas que brillaban con saltos inverosímiles.

—Piensa, Luce: allí al fondo, las termas de Neptuno; un poco más adelante, la cueva de la Sibila, el templo de Apolo, el sepulcro de Agripina, la Capilla de los Augustales, el Lago del Averno, la Piscina admirable, el templo de Venus. Todo en un puñado de tierra y todo en un puñado de mar. Pero no es más que la cola de la lagartija. No es más que

una cola amputada. Todo está profanado y sofocado por las chimeneas herrumbrosas de Bagnoli, por un laberinto de calles asfaltadas donde cuesta salir adelante y se delinque, por circunvalaciones y viaductos, por epilepsias inmobiliarias que han vomitado cemento. Los pedazos de lo que fue divino han sido martirizados y esparcidos. Ninguna Isis podría... Ven.

Se sentaron sobre un pequeño muro amarillo desde el que la vista abrazaba el odeón flameante en el esparcimiento de los cuencos de cera. Diego miró a Luce con aquella sonrisa que en sus ojos adquiría siempre una densidad seria. Ella parecía interrogarlo con la mirada. Él le susurró que contara hasta diez. Se lo dijo en voz baja, casi al oído, como un secreto. Cuando la muchacha acabó de seguirle el juego contando hasta diez, de las profundidades de las paredes de piedra del antiguo auditorio surgieron sombras de músicos vestidos de negro, con camisas cremosas de luz, pajaritas. Arcos, viento, percusión e incluso un arpa. Todo sucedía como en un ritual incomprensible. Estaban listos. El director de orquesta entró con aspecto de cura, se detuvo, aguardó y empezó a plumar con la batuta en el aire.

Diego Ventre había localizado al violonchelista de Palazzo Maddaloni, el que había acompañado su visita junto a Luce por las habitaciones del enorme piso embozado de polvo. Era un joven músico, y practicaba para una sinfonía que iba a debutar en el Teatro de San Carlo. La música era de un singular compositor palermitano. Un concierto para arpa y orquesta de rarísima seducción. Diego fue a hablarle al Hotel Vesuvio y lo convenció para que interpretara la pieza tres días antes de la ejecución oficial en el teatro más hermoso del mundo.

Le había parecido una coincidencia fascinante que aquellas notas provinieran de la tierra de Sicilia, del mundo que de joven le había enseñado las reglas mudas de aquella inmensa partida de ajedrez que es la vida.

El corazón de Luce retumbaba de alegría y de turbación y de loco goce y de ternura. Comprendió que todo había sido preparado para ella y se hundía como hacia arriba, entre acordes de Rajmáninov y sol insular, mientras los metales de una banda popular de funeral palermitano crecían, desde debajo de la alfombra de los violines, como el reclamo de una tierra antigua que entona el derecho a la supervivencia.

¿Qué mujer había recibido tanto? ¿Qué mujer había conocido a un hombre que en un puñado de horas le había regalado el libro del pasado que ella amaba, que había comprado la casa de la decadencia que ella cortejaba, que la había llevado, quién sabe cómo, entre los muros de la Roma imperial seducida por Nápoles? Diego parecía la encarnación de los sueños de Luce y Luce empezaba a sentir miedo ante tanta belleza.

La música la agredía de pasión, le arañaba los huesos, le quitaba las medias y las venas, la arrebatava, hasta un escondrijo donde ella volvía a encontrar el secreto de sí misma cuidadosamente celado.

Diego estaba a su lado. Los dedos de las manos entrelazados alrededor de la rodilla derecha, los ojos fijos en la orquesta sin el menor parpadeo.

De vez en cuando, el mar ensartaba un bofetón de espuma al compás de los *calando* de la sinfonía. La brisa alentaba en medio de las hojas de la partitura instigando a la

música al duelo imprevisto con la belleza del viento.

Todo acababa. Todo acababa, ahora. Diego se acercaba al director cruzando la planicie arenosa. Le estrechaba la mano. Daba las gracias a los músicos rociando sonrisas.

En el reflujo hierático de los profesores de la orquesta, el abogado se daba la vuelta. La chaqueta clara, los pantalones azules, buscaba a la diosa del silencio. Se acercó a ella con otra sonrisa en el bolsillo y la sacó cuando le ofreció la mano para que se levantara. Luce empleó un rato largo en hacerlo. Había permanecido sentada, con ambas palmas bajo la barbilla: coagulada de incrédula dulzura en el hechizo. Ahora le tendía la mano a Diego: estaban de pie, el uno frente a la otra.

—Ha sido por ti, Luce.

Ella inclinó apenas la frente hacia un lado y la masa oncosa de sus cabellos claros le reveló la oreja y el cuello. Apretó con más fuerza la mano a Diego y la soltó.

Caminaron en silencio hacia las columnas del odeón. Por fin, ella dijo un «pero».

—Pero... Pero... Pero... Luce, pero yo sabía que para ti esta música tenía sangre familiar. Aquel día en Palazzo Maddaloni... Estuve investigando un poco.

Ella escrutaba todo aquel lugar de toba y de restos. Diego adivinó la pregunta inminente.

—Aquí había una propiedad privada junto a una propiedad estatal. La privada la compré, es una casita detrás de esos pinos. Por la estatal, camino como si fuera mía. Buenos amigos en Bellas Artes y mi máximo respeto por las antigüedades.

Ella se recobró del arrebató de los sentidos, rio con decisión porque se le había vuelto a la cabeza Estacio: «Solo aceptan los hombres la ley de las costumbres y la equidad sin fascas. ¿Qué decir de las vistas magníficas, del ornato de aquellos lugares, de sus templos y de sus espacios que pueblan columnas innúmeras y la doble mole de los dos teatros, uno a la intemperie y cubierto el otro, y de los concursos quinquenales, que no envidian a los lustros capitolinos? ¿Para qué ensalzar su costa y la libertad, propia de Menandro, que engendran, unidas, la grandeza romana y la licencia griega? Y no faltan en torno alicientes para librar la vida de monotonía: si te complace visitar las costas deleitosas de Bayas, con sus manantiales vaporíferos o las moradas sagradas de la Sibila profética, o la cumbre que recuerda los remos de Ilíon o los viñedos que rezuman el gauro, dilecto de Baco, las moradas de los teléboas, donde el faro levanta sus luces, dulces a los trépidos nautas, émulas de la noche noctiva—ga, y las cimas de Sorrento amadas de un Licio no benévolo... Parajes que baña un mar manso con sus olas en calma. Reina una paz serena en estas tierras y el descanso de una vida relajada, un reposo jamás perturbado».

—¿Estacio?

—Estacio, Diego. Estacio.

—Pero todo esto ya no existe, Luce. Esta noche estás viendo un estremecimiento de belleza arrancado del cuerpo muerto. Es una cola amputada de lagartija perdida. Todo esto ya no existe.

—¿Por qué?

—Porque nos lo hemos comido. Somos un pueblo de caníbales. Y tal vez nadie sospechara que, además de devorar los cuerpos de nosotros con nosotros, llegaríamos al

extremo de comernos incluso las almas.

—Esta ciudad sigue siendo hermosa, Diego.

—Esta ciudad ya no existe. Es el eco de un sonido. Quien acariciaba el violín con su arco lleva mucho tiempo muerto. El eco corre desesperado y se repite mientras puede, pero está huérfano, morirá, se apagará y nadie más podrá parirlo de nuevo.

—¿Y quién era el violinista? ¿Qué es lo que ha muerto?

—El violinista era el pueblo. Nápoles ha perdido a su pueblo. Los que en otros tiempos eran fruteros y carpinteros y zapateros y vendedores ambulantes de pizzas ya no se dedican hoy a esos oficios. Venden polvillos químicos, ácidos, cocaínas. Si se dedican aún a esos oficios, es como tapadera, como actividad de cobertura. Hay aún una minoría que se afana honradamente, pero es una minoría histórica. No les basta ya con nada, necesitan demasiadas cosas para poder comprarlas con un trabajo de cristianos. Lo sagrado ha muerto. La Iglesia ya no causa impresión. La fiesta es una pretensión cotidiana. ¿Te has dado cuenta? Ya no sonríe nadie. En el metro, en los autobuses, por las aceras, ya no sonríe nadie.

—¿Todos delincuentes?

—No, Luce, no todos. Pero aquí ya no puede hacerse nada sin tener que ir a ver a alguien de parte de otro que te envía. Los camorristas serán delincuentes pero no son tontos. Cuando se dieron cuenta de que la política se había construido sus territorios, cuando se dieron cuenta de que los políticos se habían construido sus feudos en sus palacios gubernamentales, entonces se construyeron los suyos en sus propios barrios. La política ha empezado a dialogar con ellos: les ha pedido votos, les ha ofrecido contratas, se han entendido bien. Por otra parte, a menudo el Estado confía a la delincuencia los trabajos sucios que el Estado no puede llevar a cabo.

—Eso no puede ser así.

—Luce, escúchame. ¿Quién se atreve a decirle a un chico de quince años que gana setecientos euros a la semana traficando con droga que es mejor buscarse un trabajo honrado, es decir, un trabajo de mozo o de camarero? ¿Quién va a ir a explicarle que quinientos euros honestos al mes son mejor que tres mil deshonestos? ¿Quién? ¿Un político? ¿Un político que gana diez mil? ¿Que ha colocado a su mujer y a sus hijos? No. No puede. Hablaría con un idioma incomprensible. A lo que antes era el pueblo le dijeron que un buen coche es mejor que san Gennaro, que para salir adelante hace falta ropa de la buena, una buena motocicleta, un buen ordenador, un buen fajo de billetes en el bolsillo. Ellos se lo creyeron. Y ahora eso es lo que quieren.

—¿Es que estás del lado de los criminales?

—Los criminales son un producto. Los políticos hacen recomendaciones. Los criminales exigen la mordida. Los políticos imponen la ley del clan. Los clanes imponen la ley de su política personal. Los unos y los otros piensan en sus propios asuntos. Y a menudo colaboran. Además, los criminales arriesgan sus vidas. Los políticos arriesgan las de sus policías, las de sus carabineros y la de algún juez que sigue creyendo en su profesión. Esta ciudad no le interesa ya a nadie. Es como un difunto al que se invoca para reivindicar los propios intereses. Es como un muerto que se saca a colación solo para

hacerse con los cuartos que ha dejado en herencia.

«A Nápoles hay que contemplarla desde lejos. Vete a mirarla desde Capri y te parecerá hermosa todavía. Piénsala desde Milán y te provocará nostalgia. O escrútala desde los tejados de las casas y dirige la mirada hacia lo alto, si te tapas los oídos te parecerá igual que hace dos mil años. El cielo, la luna, las estrellas, el mar, desde lejos, siguen pareciendo los mismos. Pero lo parecen, nada más. Ni siquiera el mérito de lo que parecen es nuestro.

Luce caminaba en silencio. Diego la seguía a su lado, medio paso por detrás. ¿Quién era ese hombre que amaba las antigüedades, defendía a la camorra en los tribunales y conocía a Esta-cio? ¿Quién era? ¿De dónde salían su amabilidad y su lucidez?

Ella se detuvo ante un matorral de retama. Callaba.

—¿En qué piensas, Luce?

—En nada. Pensaba que mientras nos aman deberíamos recordar siempre que no somos exactamente nosotros a quienes están amando. Y pensaba que el día en el que nuestros amantes dejan de amarnos, los que ya no son amados somos precisamente nosotros. Somos solo nosotros.

**Posillipo. 17 de mayo. Medianoche.  
Villa Pollione**

El siroco untaba de un calor viscoso el promontorio de Po-llione. La explanada de tierra clara era barrida por ráfagas repentinas de viento.

En la mesa rectangular de antiguo mármol e hierro forjado, Diego y Luce se sonreían. Dos camareros con delantales blancos enlazados sobre trajes azules les habían servido ligeros platos de pescado. De vez en cuando, la muchacha escrutaba la enorme extensión de tul color perla montada al fondo de la planicie. La penumbra no le permitía adivinar lo que ocultaba. Buscaba los ojos de Diego y él con los ojos le contestaba que sí, que había una sorpresa, pero que no era ese el momento.

—Y tu trabajo, ¿en qué consiste? ¿Qué significa ser un abogado penalista en Nápoles?

—De mi trabajo no hablo nunca.

—¿Ah, no?

—Imagínate a Picasso explicando el sentido de uno de sus lienzos. Imagínatelo. Eso no se puede hacer. Estamos en el reino de lo indecible.

—He pensado mucho en lo que me dijiste ayer.

—¿El qué?

—Esos chicos que venden droga. Hablabas de ellos como de condenados irrecuperables.

—Luce, un chico napolitano de quince, dieciséis años vive a esas edades su fase de ambición impulsiva.

—¿Ambición impulsiva?

—Sí, Luce. A esas edades uno lo quiere todo, y si una rabia histórica y, ¿cómo decirlo?, imponderable, te remuerde los intestinos desde dentro, como una víbora, entonces la ambición se convierte en lluvia machacona. El agua llovida se va por donde encuentra hueco: está hecha para estancarse o descender. ¿En quién se inspira un chico de esa edad? ¿Para quién trabaja? Hace muchos años habríamos dicho que crecía en un tejido popular, acaso era analfabeto o casi; tal vez fuera un poco ladronzuelo o casi. Pero nada más. Con excepciones, pero nada más. Ese mismo chico, nacido hoy, ya no vive en un contexto popular, vive en un contexto degradado. Su religión es el consumo. Quiere consumir las cosas, los hechos, quiere consumirse a sí mismo, quiere consumir su tiempo. Vive una extraña actividad vampírica: desea succionar sangre para ofrecer más sangre a quien se la succione de su cuerpo. Quiere una moto potente, un móvil último grito, en definitiva, quiere un pasaporte en euros que le permita transmigrar de una

discoteca a otra, de un bar a otro, de un restaurante a otro, con los espasmos del alcohol y de los juegos de azar. Así se mete a rompesquinas para extrañas operaciones de comercio. O vende directamente droga. ¿Y sabes una cosa, Luce? Si tú y yo fuéramos a preguntarle por qué lo hace, nos contestaría que su cocaína y sus píldoras se las vende a reputados profesionales de la ciudad, a napolitanos que tienen una familia intachable, un buen coche, un buen trabajo: gente que paga puntualmente sus impuestos. Después podría añadir que sus mejores clientes son jóvenes como Dios manda: por la mañana van a la universidad y por la tarde se buscan su dosis. Por último, concluiría que la suya es una clientela selecta, de excelentes referencias. Personas con dos carreras: ¿o es que creen que gente así no sabe si esos polvillos blancos les sientan bien o mal? ¿Estamos completamente seguros, Luce, de que la camorra está en un solo lado? ¿Qué produce la camorra? ¿Y para quién lo produce? En el fondo, si lo piensas bien, la ciudad criminal trabaja para la ciudad respetable. La ciudad negra le vende droga a la ciudad blanca. La ciudad negra, desde hace décadas, trafica en favores, placeres, contrataciones y votos con la ciudad blanca. También la ciudad blanca vive desde hace décadas en una gramática de la ilegalidad legalizada. La ciudad respetable enreda en las oficinas públicas pidiendo favores en nombre de un amigo. Busca trabajo para los hijos y, si lo encuentra, es a menudo gracias a un amigo. Hasta cuando alguien roba un coche, la ciudad blanca, para encontrarlo, siete de cada diez veces recurre a la ciudad negra, no a las fuerzas del orden. Es la historia de todo el Sur. Desde hace décadas, las secretarías de un buen número de diputados se han convertido en agencias de colocación de la esperanza. La camorra negra dialoga con la camorra blanca y a menudo las dos camorras se entienden a la perfección. Como dicen los periódicos, las fuerzas de policía intervienen cuando se rompen los equilibrios entre los clanes. Qué gracia: si los equilibrios entre las familias camorristas no se quiebran, ¿es que el Estado no interviene?

»Verás, Luce, en Inglaterra no existe la camorra porque existe el sentido de Estado. La camorra, socialmente, es un efecto. Un efecto, Luce, no una causa.

—¿Y el trabajo con los colaboradores de la justicia?

—En el noventa y nueve por ciento de los casos es gente que ha llegado al límite de sus posibilidades. Colaboran cuando llegan al fondo de un pasillo muy oscuro. Hay dos puertas: una da directamente al camposanto, la otra, a la colaboración. Desde luego, muchas veces resultan útiles, pero...

—¿Pero qué?

—Al colaborador de la justicia, cuando lo detienes, es porque alguien permite que lo detengas. A los jefes de los jefes, cuando los pillas, es porque alguien permite que los pilles. Siempre queda algún jefe de los jefes más jefe que ellos que sigue fuera, libre. Es una carrera de relevos infinita. Cuando un arrepentido habla, te cuenta cosas interesantes, pero esas cosas, mientras te las explica, ya han cambiado. De manera que la justicia termina demasiado a menudo por trabajar con el pasado, mientras el presente se modifica con una velocidad impresionante.

—¿Y la mafia?

Diego saboreó su copa de vino blanco. Se encendió un puro contemplando cómo se

despeinaban las hojas de olivo bajo una rastrillada de viento.

—La mafia es otra cosa. La camorra es anárquica. Y sobre todo, la camorra sufre de exhibicionismo. Mañana por la mañana, tres o cuatro desequilibrados se despiertan, se hacen con una pistola y forman un clan. Pretender dedicarse a actividades mafiosas es peor que abrir una farmacia, hacen falta autorizaciones, timbres mentales, informes positivos de este y del más allá. Siempre hay alguien ante quien debes responder. En su trabajo, al mafioso le pone más dificultades la cúpula que el Estado.

»Piénsalo bien, Luce, entre el siglo diecinueve y la primera mitad del siglo veinte, Nápoles no tuvo ningún gran novelista de fama internacional. ¿Te parece una cosa normal? Mientras en Sicilia florecían los Verga, los De Roberto, los Brancati, los Lampedusa, en Nápoles, por el contrario, nada de nada.

—Tuvimos el teatro.

—Efectivamente. En Sicilia escribían en silencio para gente que leería en silencio. En Nápoles escribían cantando y bailando. Escribían palabras para decirlas, para gritarlas, nunca para pensar en silencio, nunca para crear silencio. El silencio nos da miedo. Nuestro amor por el espectáculo es una forma de arrullo autónoma, hermosísima en ocasiones, pero que sirve para colmar el horror al vacío. De esta forma, tuvimos que esperar hasta mediados del siglo veinte para tener la grandeza de La Capria, la bella insolencia de Patroni Griffi, la melancolía afilada de una Ortese.

—¿Los has leído?

—Los he leído. Los he leído. Y precisamente por eso te digo que hasta ese momento, mientras Sicilia construía una estrategia anti-Estado de altísimo nivel, mientras Sicilia trabajaba en silencio para construir en silencio, nosotros, en Nápoles montábamos espectáculo hasta con la delincuencia. Montábamos espectáculo y seguimos montándolo. En Nápoles nos gusta el ruido, nos gusta el canto y los disparos. En los siglos nobles les gustaba el sonido, pero Pergolesi y Cimarosa llevan muertos ya mucho tiempo.

»El escritor siciliano sabe desaparecer, como el mafioso. A ambos les encanta la sombra. En Nápoles, lo que cuenta es el cuerpo: cuanto más estés, más te vean, mejor será. La camorra es una representación del mal.

—La mafia es el mal, con toda su carga de horror y de fascinación.

—La mafia es un sistema. Un sistema cerebral. La he visto en los hospitales, en las universidades, en los ayuntamientos, en las Provincias y en las Regiones. Un sistema que camina en paralelo al sistema Estado, algunas veces diverge para converger después de nuevo. Hábil, cada vez más hábil en ocultarse, en crear pasajes infinitos que nunca te consentirán llegar hasta la fuente.

—Si en Sicilia siempre hubiera existido el Estado, la mafia no habría nacido.

—¿Un poco más de vino? La cuestión es que en Nápoles hablan siempre más de lo que tienen que decir. En Palermo dicen siempre mucho más de lo poco que han hablado. Los napolitanos detallan hasta el infinito y, detallando, pierden el hilo principal de sus razonamientos. Los sicilianos aluden secretamente y el hilo principal de sus razonamientos queda siempre invisible. En Nápoles hablar es una explosión musical. La afición por entonar las palabras hincha los significados hasta hacerlos estallar de sonidos.

En Palermo, por el contrario, nadie revela jamás con las palabras lo que realmente esconden las palabras.

Diego Ventre había sonreído en casi todas las frases que acababa de pronunciar. Su voz había sido un susurro con los ojos bajo el humo del habano. Cuando los había dejado caer tres o cuatro veces en la frente de Luce, su mirada había emanado una potencia sosegadísima.

Ahora les estaba haciendo una señal a las dos camareras que, por detrás de los matorrales de rosas, permanecían de guardia ante el carrito con los postres. Una de las dos le hizo un gesto a alguien que debía de estar lejos, oculto entre los árboles en la espalda de la colina. Luce lo notó y comprendió que había llegado el momento de la sorpresa.

Desde el mar una cuchilla de luz trazó una recta estría en el negro del cielo. A continuación, una ráfaga infinita de semillas brillantes de rojo hizo brotar una espiral enloquecida entre las estrellas. Eran fuegos artificiales. Luce se levantó. Luce sonrió. El crepitar de las explosiones azotaba el siroco con temblores violentos. El telón de perla se abría con lentitud. Finalmente, apareció un carrusel de bronce. Redondo como los antiguos, entrevistados en las plazas de otros tiempos. Redondo y repleto con siete caballos de patas plantadas sobre la hermosa plataforma. Desde el centro partía una lanza larguísima, como un estandarte de nave aquea, en cuya cima estaba clavada una pequeña cabeza, cráneo de muerto o niño naciente, feto que promete la vida. En los lomos de los caballos estaban hincadas velas triangulares, todas ellas de plata.

Los disparos irrigaban de fuego el horizonte del mar, hacían brillar el antiguo carrusel exaltando el misterio del bronce.

Luce admiraba el goteo de las efélides de llamas en su caída desde el cielo.

El carrusel empezó a moverse, rotaba con lentitud severa, los caballos desfilaban, todos iguales, ante los ojos de Luce, y el rodar del vasto círculo producía una extraña música. Parecían caricias de sonido emanadas de címbalos arcaicos.

En el fragor de los estallidos, Diego abrazó a Luce y le dijo al oído:

—Es una obra de Mimmo Paladino, el mayor artista de nuestra época. El carrusel está diseñado para moverse con el viento. En función del viento, el sonido cambia. Y esta noche el viento es todo nuestro.

**Posillipo. 18 de mayo. Medianoche.**  
**Villa Pollione**

Cuando Luce apareció por detrás de la lozanía de los arrayanes, Diego pensó que era infinitamente más hermosa de cuanto había creído hasta aquel día. Vestida de negro con un traje vaporoso de seda, el pecho delicado y radiante en el escote bien perfilado, la muchacha derramaba toda su personalísima gracia que languidecía de simplicidad en los brazos, ceñidos en gorgorán.

Ella bajaba por el sendero de guijarros que descendía hacia la explanada de las ruinas romanas. Él la miraba desde lejos, fumando, sentado sobre un resto de capitel.

Luce se ensombrecía e iluminaba en los intervalos de tiniebla y de llama dibujados por las antorchas en el arcén del camino.

Sí, era hermosísima. Más hermosa que la noche en Villa Valenti; más hermosa que aquella mañana en Palazzo Maddaloni; más hermosa que la hora trascurrida en la casilla de Villa Sangrano; más hermosa que las dos primeras noches en las que vino a las rocas de Pollione.

Diego fue embestido por una especie de exhalación de náusea insípida. Un efluvio de vértigo de aire le subió por las fosas nasales hasta la frente. Sintió emanar de aquel cuerpo toda la seducción de la armonía, se sintió impregnado como por un antiguo hechizo y eso le molestó.

Él, tan acostumbrado al dominio de sí mismo y de todo lo demás, era ahora el rehén dorado de aquello que había deseado.

Pero cuando Luce alargó la mano hasta la de Diego, el depredador advirtió la oferta de un animal selvático dispuesto a descubrir la vena más vulnerable del cuello.

Le besó los dedos, le sonrió, la siguió mientras se acercaba al carrusel del Paladino. Esa noche el viento era sostenido: la escultura circular rodaba con lentitud siniestra, se detenía, volvía a girar desde el principio, liberando singultos de hierro cuidadosamente entonados sobre diversas octavas de re, de fa, de la diesis. Una escultura sonora, con sus siete caballos ensartados por velas, goteando una lluvia venida de quién sabe dónde. Los sonidos se entonaban como reclamos remotos. Parecían viejas verjas que se abren al cabo de cincuenta años al jardín de una vivienda abandonada.

—Una música purísima.

Eso dijo Luce. La muchacha miró a Diego y continuó:

—Parece la promesa de los ruidos del mundo. La promesa que un niño escucha cuando

aún está perfectamente encerrado en el vientre de su madre. Aunque tal vez me equivoque. Quizá sean las notas que quisiéramos volver a oír como cuando estábamos protegidos por el vientre, son las notas que oímos con la plenitud de la inconsciencia. Eso es, tal vez esos lamentos del hierro sean la nostalgia. Podrían ser la fascinación del reclamo, para volver a comprender toda la felicidad que nos pasó por encima como una ráfaga de aire.

—La música y los ruidos lo son todo, querida Luce. Nuestro primer contacto con el universo es un ritmo, en el fondo, un tempo. Estábamos allí, encerrados en el vientre de nuestra madre, como dices tú. Y cuando aún no éramos nada oíamos el latido de su corazón. El corazón de la madre es el primer tambor de nuestra vida: redobra por las grandes ceremonias, exhala la carga de la caballería, o bien nos anuncia el patíbulo.

—Sí, creo que es cierto. Podría escribirse una historia de Nápoles reconstruyendo la historia de sus ruidos, la historia de sus voces. Sería magnífico poseer una colección de discos de modo que uno pueda decir: venga, escuchemos las voces y los ruidos de via Toledo en 1715. Escuchemos una noche del 1850 en calata Sansevero. Escuchemos los gritos de piazza Mercato que rodeaban las condenas a muerte del año noventa y nueve. Escuchemos el interior del Gambrinus en 1930. Escuchemos los patios, las fogatas de los pescadores, las llamadas del mar, escuchemos los carros, las carrozas, los vendedores ambulantes de otros tiempos. Escuchemos cómo eran.

»Fíjate, cuando era una niña, mi bisabuela venía a veces a visitarnos a la villa. Yo tenía nueve años y ella noventa y uno. Estaba delgadísima, parecía como si anduviera de puntillas. Pero lo que se me quedó grabado con más claridad fue su voz, sutil, aguda, tan limpia. Venía a casa con una vieja amiga suya, la señora Mainenti. Y ella también tenía una voz así, como si fuera de cristal. Me formé la idea que a los napolitanos de otros tiempos les gustaba entonar las notas altas.

—Es cierto, los viejos hablaban así.

—Le hablaban al aire, Diego. Sí, fuera de los labios. Más allá de la boca. Le hablaban al horizonte, o, ¿cómo puedo decirlo?, al cielo. Hoy en cambio, la voz de los napolitanos se queda con demasiada frecuencia en la garganta. Tal vez exagere, pero me parece que es todo un raspado, como una obturación de rabia. Eso es, la de hoy es una voz que no encuentra salidas, que no encuentra espacios, ni perspectivas. El otro día, en una tienda del centro había un niño en plena rabieta. La madre intentaba calmarlo y él le daba patadas fuera de sí con un llanto completamente fingido, completamente arañado. Ni tan siquiera miraba a su madre. Su madre era solo la falda de la que tiraba, las piernas y los zapatos de tacón que él pateaba hecho una furia. Pues bien, yo creo que Nápoles, a lo largo de los siglos, ha sido la más materna de las ciudades del mundo. Para un niño, Nápoles era la gran madre que contenía a su pequeña madre. El niño pasaba de la dulzura del pecho a la dulzura de las playas. Jugaba en casa de su pequeña madre de carne y en los callejones de su gran madre de piedra. El niño pasaba de una armonía a la otra. De la armonía de la piel de mamá, a la armonía de la arena de madre. De los besos de la madre humana a las carantoñas sonrientes de la madre natural. Sí, las carantoñas sonrientes de los chapuzones del mar, y sobre todo las de la libertad. Una madre es la

acogida, la acogida por encima de todo. Ven con mamá, se le dice a un niño para consolarlo. Y la ciudad, con su clima, materno, con sus espejos de agua maternos, con sus caprichos maternos, con sus lunas, eso era exactamente lo que decía: ven con Nápoles, ven conmigo. Pero ahora la ciudad se niega. La ciudad rechaza. No acoge, no llama, no calma. Es como una novia que te da cada día una cita a la que no se presentará jamás. Ya no tiene limpidez. Ya no tiene tibieza. Es una madre distraída. Es una madre violada. Deprimida. Y a sus hijos, al final, hasta deja de verlos.

»¿Sabes lo que dijo ese niño del otro día mientras su madre lo arrastraba fuera de la tienda y él no dejaba de propinarle golpes? Le dijo: «Tú eres mala, porque no entiendes mis palabras». Eso es, toda la rabia de los napolitanos contra Nápoles consiste en eso: la emprenden a patadas porque la ciudad no puede entender las palabras que sus hijos ya no saben decir.

Diego caminaba despacio, entre los restos romanos, junto a Luce. Escuchaba su voz y se sentía doblemente invadido por un hechizo. Le gustaba lo que ella decía y le gustaba la manera en la que lo decía. Le gustaba aquella ternura firmísima que al sortilegio del cuerpo sumaba el del corazón.

–Tienes razón, Luce. Pero el mundo está lleno de consuelos inesperados.

–¿Consuelos?

–Sí, Luce, tu pequeña parte de maternidad antigua está a salvo.

–No. No te entiendo.

–Luce, las propiedades de los Sangrano están a salvo. Las deudas de tu padre han sido saneadas. Ahora solo hace falta hacer una serie de pasajes que parecen un poco complicados de explicar. Pero que te asegurarán tus cosas para el resto de tu vida.

–¿Te has encargado tú de todo?

–Para algo soy abogado, ¿no?

–Por eso había tanta tranquilidad en casa últimamente.

Luce se había parado: miraba a Diego y se miraba las manos, turbada, incierta.

La *Autobiografía de Giuliano di Sansevero*, el piso de Palazzo Maddaloni, el concierto y el carrusel en Villa Pollione, los fuegos artificiales, y ahora, ahora también la feliz resolución de la catástrofe familiar. En su instinto se topó con una riña entre alivio y preocupación. Dijo «pero». Diego le contestó «pero nada».

Él la cogió de la mano, le susurró «ven».

Ahora bajaban por un largo sendero que serpenteaba entre los olivos. El mar empezaba a arreciar más abajo, al pie de los acantilados.

Luce estuvo a punto de resbalar y Diego le apretó la mano con fuerza. Estaban delante de un pasadizo: una hendidura en la colina de toba que señalaba el acceso a una caverna. Entraron. En el largo corredor brillaban lámparas de petróleo clavadas en los muros a intervalos de algunos metros entre una y otra. El corazón de Luce latía como el de los niños cuando se dicen: sí, quiero pasar miedo. Los pasos resonaban bajo las bóvedas de la galería y la galería, a medida que se avanzaba, se volvía más alta y más amplia. Al fondo, se entreveía un ensanchamiento. Se acercaban cada vez más. Ya estaba, habían llegado. Un perímetro redondeado, como una gran sala que se cerraba casi en forma de

cono en lo más alto. En el centro del espacio, un cuadro cubierto por un paño de seda roja. Se detuvieron. Diego miró a Luce, se acercó al lienzo oculto y con la voz espesada por los ecos del lugar, le dijo:

—¿Cuál es el pintor que más te gusta?

Ella se llevó la mano derecha a la sien. Estaba realmente perdida. Después le miró con ojos de desafío:

—Caravaggio —dijo finalmente.

—Menos mal —contestó él.

Diego dejó caer la cortina roja y desveló la tela pintada.

Era la *Adoración de los pastores con los santos Francisco y Lorenzo*, de Michelangelo Merisi da Caravaggio. Luce la reconoció inmediatamente. Estaba realmente ahí y, sin embargo, no podía creerlo. No podía creerlo y, sin embargo, estaba realmente ahí. La muchacha dio dos pasos hacia delante para verla mejor. Después miró a Diego apretando apenas los labios.

—No. No es una copia, Luce. No es una copia. Es la de verdad, la tela original, la única.

—Pero si la *Adoración* fue robada en Palermo, en 1969...

—Lo sé. No la robé yo. Conozco a uno que conoce a otro que conoce a quien la quiso para sí. Es un préstamo. Un amable préstamo. Y al menos por esta noche he querido que este cuadro fuera tuyo.

Luce notó un singulto en el estómago, una contracción que nunca había sentido. Miraba la Virgen de rodillas pintada en la tela, miraba el Niño tumbado en el suelo sobre un trapo, en la posición no convencional de un pequeño Jesús que dirige el ápice de la cabeza hacia el observador, sin dejar entrever ni el rostro ni los ojos. Miraba a Diego. Y sentía que el peso de su mirada sobre ella y la belleza de la obra de Caravaggio se igualaban en una emoción vehemente: diabólica y misteriosa.

La muchacha retrocedía sin dejar de mirar fijamente la tela. Ahora recordaba las palabras de Longhi: «El ángel que se desploma desde lo alto, como una azucena quebrada por su propio peso; el Niño abandonado por el suelo cual cáscara de telina tirada». Cuánto había amado esa pintura de Caravaggio, aquel cuadro visto una y otra vez pero solo en pálidas reproducciones en los días de sus exámenes de Historia del Arte. Cuánto había amado la conjura de luces absorbida por el negro. Cuánto había fantaseado sobre aquel hurto ocurrido en Palermo en el Oratorio de San Lorenzo. Y ahora todo estaba ahí, delante de ella.

Diego se acercó a una de las tres antorchas hincadas en las paredes, y sofocó su llama en un pequeño cráter del muro. Después cogió la segunda y fue a ahogar el fuego en un viejo macetero de latón.

Solo una madera seguía ardiendo, y estaba pegada a la roca del fondo, detrás del cuadro. La pintura había acabado en una invisibilidad reluctante que expandía en derredor el brillo del recién nacido. Diego se encaminó hacia Luce lentamente. Su rostro llegó a un palmo del rostro de ella. Le miró la frente, las mejillas, el mentón. Le miró los ojos y sintió la belleza de la predicción más inquietante, la predicción que te oculta lo que

sucedirá dentro de un momento. Se dispuso a adivinar y a ser adivinado. Acercó su boca a la boca de ella. Luce hizo un movimiento muy leve, una inclinación de la cabeza que le bastó para desviar el beso hacia la mejilla. Y allí, en la mejilla, mientras ella seguía teniendo las manos cruzadas por detrás de la espalda, allí, en la mejilla, el beso de él no se abrió y supo no restallar, permaneciendo ante esa cara con una ternura nunca antes sentida. Le respiraba sobre la cara y de ella le llegaba la respiración en el cuello. Cabellos y paz. Incredulidad y perfume.

En la infusión almibarada de la oscuridad, Diego recogió la mano derecha de ella dentro de la suya y una vez más le hizo sentir sus labios en los dedos con una promesa de beso que no abría beso alguno. Permanecieron así, un tiempo muy largo, entre el gotear de aguas remotas que discurrían silenciosas por las venas de las piedras y las correcciones de vuelo de una enorme falena.

Al final, Diego estrechó la palma izquierda de Luce y enfilaron un subterráneo donde otras antorchas casi se habían apagado. Un paso, un abrazo. Dos pasos, un olisqueo de la nuca de ella. Tres pasos, la frente de él sobre la nuca de ella, en un abrazo de los hombros que parecía el más serio de los juegos de asechanza.

Luce se volvió de repente, buscando el desafío en los ojos de Diego. Él volvió a intentar la boca en la boca, pero una vez más ella retrajo los labios y el beso de él le cayó cerrado en una oreja.

Luce sentía todo el aguijonazo del aire de mayo, toda la salobridad de los aromas, sentía los dientes de la primavera sumergida en el cuerpo profundo de Nápoles.

Diego la obligó a apoyarse de nuevo contra el muro amarillento de aquel corredor secular excavado, le compuso en el rostro los larguísimos cabellos y le besó los mechones que protegían la boca con su boca cerrada. Notó las piernas de ella en el roce de las medias contra las medias; el tacón alto de Luce sufrió un tropezón contra la toba y produjo una leve pulverización en el suelo. Él la hizo girar sobre sí misma, le besó el arranque de la espalda. Se separó de ella con un latigazo de aliento, se abandonó contra el muro de enfrente en el metro y medio de distancia entre las paredes. Miró las líneas informes y de ensueño que le era posible ver en el empañamiento de la oscuridad e hizo de ellas en sus ojos un amor jamás experimentado. Volvió a tomarla de la mano, la llevó hacia delante unos cuantos metros más, abrió una vieja puerta de madera y le cedió el paso para entrar. Cuando el umbral se abrió, se vieron inundados por un fragor ventoso de mar. Ante los ojos de Luce se impuso la visión de una enorme sala toda de cristal y acero, cuajada de mesas rojas sobre las que brillaban pequeñas velas. Sala en penumbra. Sala desierta. Un restaurante irreal. El restaurante del Lido Virgilio. Fuera, todo alrededor, llovía, pero las salpicaduras del agua parecían proyectadas como de abajo hacia arriba, parecían la excandescencia de una fritura de alegría servida por el buen tiempo reinante. Él permaneció en el umbral, entre la galería y el salón. Ella se abrió paso entre las mesas hasta llegar a la cristalera que daba al mar. Contempló la masa parda de Capri en el horizonte. Él, ahora, se le acercaba despacio, disfrutando de toda aquella ostentación de inocencia con el respeto que acompaña la contemplación de la hoja de una espada cuando, inmóvil, es en parte joya y en parte arma, cuando promete centelleo y

herida. Ella sintió la respiración de Diego contra sus cabellos, como había ocurrido aquella mañana en el Palazzo Maddaloni.

Se volvió y lo miró. Él le buscó la boca con el pacto del beso cerrado. Ella lo desvió una vez más hacia la mejilla. Diego se separó sujetándole ambas manos. Le dijo:

–Eres mala. ¿Por qué no entiendes mis palabras?

Luce sintió una especie de rebote en el pecho. Sus labios se le abrieron un poco, para dejar pasar aquella prenda de aliento que la había conmovido. La cabeza sufrió un abandono imperceptible hacia atrás, los largos cabellos fluyeron en el vacío. Heme aquí, pensaba, sola con el misterio de mí misma, delante de él, a escasos golpes de remo de aquella Cuma que fue la primera colonia de los griegos en Occidente, a pocos pasos del Lago del Averno, puerta negra hacia el reino de los muertos; cerca de Miseno, donde vagaba la flota imperial; cerca de Puteoli, el segundo puerto del Mediterráneo después de Alejandría; cerca de esa bahía a la que Propercio llamaba *crimen amoris*, lugar de todas las perdiciones.

Diego le levantó el vestido, le descubrió las piernas ceñidas por medias de liga color carne, le apartó la seda negra a la altura del pubis y con un golpe complacido del puñal afilado que encuentra la protección cálida de su funda de cuero, se introdujo en ella para probar la otra seda, la más profunda. Ella perdió los ojos en una mirada de ciega, perdió el aliento en una pausa mortal, tocó los hombros de él y retiró las manos, los tocó de nuevo y volvió a retirar las manos, clavada, de pie, contra la fina condensación de los cristales.

Él envolvió con su mano izquierda la derecha de ella, se la levantó como para un vals y, recrudesciendo la penetración con firmeza, le dijo:

–Danza conmigo. Ahora danza conmigo.

La muchacha le cerró la boca con la mano y se dejó caer hacia atrás con la espalda sobre la mayor de las mesas rojas. El vals se inclinaba hacia el tango, y contra el rojo del mantel adamascado él era todo admiración por la más hermosa de las cenas a la que había sido invitado en toda su vida.

Luce se sentía empujada y remada, empujada y remada por dentro, empujada y remada como por un haz de sol que vibra en las profundidades marinas hasta desaparecer, y desaparecía en efecto irradiándole los brazos y el hígado, el útero y el corazón con la exandecencia de escalofríos multicolores, indescifrables y enloquecidos. ¿Dónde habían ido a parar los recuerdos de sus primeros novios, su peso sobre ella? ¿Peso sobre su cuerpo y nada más? Diego la poseía con una fuerza que liberaba levedad con la potencia de un velero cuyas toneladas se olvidan para admirar únicamente su deslizamiento por el agua, como si fuera lo más natural del mundo.

Luce sentía en este hombre la belleza del padre amante, del fecundador sapiente, de la sacudida entre los muslos que se vuelve protección.

Luce sentía libres y domadas las mareas de sus pensamientos, las mareas de sus placeres que se desbordaban en espumas allí abajo y en lágrimas en los ojos.

Era este el hombre predestinado. Rapaz y seguro, melancólico y silvestre. El hombre que le marcaba el tiempo en las tripas, que la acompañaba hacia la música que el cuerpo

sabe entonar sobre el espíritu.

De la mesa caía un vaso de cristal lleno de rosas, estrellándose en el suelo en mil pedazos. Él le apasionaba la sangre, donándole el mar abierto, donándole el Palazzo Maddaloni, un viejo libro, donándole un carrusel de caballos griegos, los fuegos sobre el agua, donándole la música de Palermo, un subterráneo de toba, una antigua villa romana, donándole su Villa Sangrano que parecía perdida, donándole la *Adoración* de Caravaggio y su propia adoración y, acaso, donándose a sí mismo, ese sí mismo que aún no había conseguido besarla.

Los Ángeles-Santa Mónica. 19 de mayo.  
Tarde

Diego entraba en las oficinas de House International a las diecisiete en punto. El edificio estaba a una manzana de la playa de Santa Mónica y se presentaba en el exterior como un enorme tablero de ajedrez de cristales multicolores. En el interior triunfaba un *surfing style* que propagaba la luz entre cristaleras aguamarina y paredes de un blanco cegador estilizadas con la forma de las velas de surf.

—La *beach culture* —pensó el abogado—, la *beach culture* de Norteamérica.

En el amplio bar diseñado con mesas y barras, Ventre tuvo clara la idea de que todos los elementos de decoración habían sido pensados como esquirlas de espuma eructadas por el cercano océano. Le invitaron a beber algo y le presentaron a Clive Wilkinson, el arquitecto que había proyectado aquellas maravillas.

Diego le estrechó la mano y le dijo:

—Enhorabuena. Me temo que pronto tendrá que venir a Nápoles.

Wilkinson le explicó que allí había arriesgado:

—Es un diseño audaz para unas oficinas. Buscaba una atmósfera extremadamente relajante y agradable. Aquí estamos en la California meridional, ¿lo ve? El mar está ahí mismo. Las terrazas dan a aquel bosque de palmeras. He creado formas sinuosas, redondeadas, acuminadas, para narrar la energía del agua, su movimiento. Los paneles divisorios de los escritorios y de los despachos se encabritan hacia lo alto como tablas de surf, o, si se quiere, como las espumas que dejan en la arena las grandes olas.

Diego sonrió de nuevo y repitió:

—Me temo que pronto tendrá usted que venir a Nápoles...

Roberta Belding se introdujo con garbo entre las palabras de ambos:

—Abogado, le están esperando en la sala de conferencias.

La larga mesa ovalada descollaba sobre un pavimento color nata rociado de partículas luminosas. Diego saludó a todos los presentes y se sentó. Abrió su maletín y alineó planimetrías y documentos.

—Señores, gracias por esta reunión. Estoy aquí para hablarles de dos cosas. De la mayor destrucción de la historia. Y de la mayor reconstrucción de la historia. Dentro de pocos meses, la ciudad de Nápoles se verá afectada por una de las más violentas erupciones volcánicas que este planeta recuerde. Los Campos Flégreos están a punto de explotar.

John Merris se acariciaba la raya de sus pantalones de franela.

Henry Blosi estaba limpiándose las gafas con un pañuelo de seda roja y se detuvo. Jerry Morese se encendió un habano. Sammy Taylor miraba los papeles de Ventre sobre el gran tablero blanco, fijamente, como diciendo: si no abrimos esas cosas, no vamos a entender nada. James O'Connor apoyó las palmas de sus grandes manos negras sobre la mesa. Gregory Trollope, que antes de acumular millones de dólares había sido físico nuclear, se tocó las orejas.

Delia Brown, presidente de una cadena de multinacionales americanas, entreabrió los labios y sonrió con sus dientes blanquísimos. El abogado hojeó los documentos con la levedad de un prestidigitador.

—Señores, aquí lo tenemos todo. Hay un plano para cada uno de ustedes. El Instituto de Vulcanología de Nápoles, con el apoyo de ocho expertos procedentes de todo el mundo, una vez examinados los síntomas naturales de los últimos meses e interpretados los análisis de los sensores técnicos, ha llegado a un diagnóstico unánime. Se producirá un desastre increíble.

—¿Dentro de cuánto tiempo?

—Cinco meses, señora Brown. Cinco meses y tal vez incluso menos. Las líneas azules marcadas en los planos señalan las zonas que quedarán destruidas. Las líneas rojas, las áreas que quedarán muy dañadas. Las negras en cambio, son las áreas que quedarán escasa o medianamente dañadas.

»Las fronteras amarillas rodean los territorios que no se verán afectados por la catástrofe. Donde las líneas han sido reforzadas por un signo marrón significa que además del fuego allí llegará también el agua.

—¿Agua?

—Sí, mister Trollope. Agua. El mar penetrará en Nápoles.

Henry Blosi, que seguía limpiándose las gafas, dijo:

—Explíquenos su idea.

—La ciudad será evacuada. Muchos perderán sus casas para siempre y no podrán volver jamás. Los que vuelvan podrán hacerlo solo si están dispuestos a ir a trabajar a una ciudad distinta. Y serán pocos los que puedan permitirse ese lujo. Mientras yo estoy aquí hablando con ustedes, las sociedades inmobiliarias con las que opero están adquiriendo gran parte de los edificios de la ciudad que serán objeto de reconstrucción. Y la reconstrucción afectará solo a palacios y casas de interés histórico. El Gobierno y la Comunidad europea asignarán una auténtica lluvia de fondos. Esos recursos servirán para hacer de Nápoles una capital del turismo mundial. Hoteles, casinos, vacaciones de fábula. La reconstrucción deberá realizarse siguiendo rigurosos parámetros antisísmicos, antierupciones y antialuviones.

»Los visitantes serán de nivel medio-alto, alto y altísimo. El elemento de atracción será la ciudad destruida, humeante, con recurrentes aluviones marinos para los que deberemos estar preparados. Señores, Nápoles se convertirá en el parque de atracciones de la historia.

Delia Brown se atusó sus cabellos pelirrojos y se ajustó las gafitas:

—Prosiga, abogado.

—Yo conseguiré las propiedades que nos hacen falta. Después ya llegará el peculio del Estado. La fase sucesiva será la de los proyectos y la de las contratas. Y ahí es donde entrarán en escena ustedes. Ustedes, porque son quienes conocen los ciclones y los tornados, los aluviones, los incendios y los volcanes. Ustedes, porque tienen los estudios de arquitectura más extraordinarios del mundo y porque realizan hermosos proyectos.

—Y porque tenemos amigos importantes, tal vez.

—Señor Morese, si nosotros estamos aquí, es porque yo tengo amigos importantes. De no haber sido así, ustedes seis no se hubieran molestado en presentarse para escuchar lo que un italiano tiene que decirles.

O'Connor se restregó la nariz:

—Pero esas contratas, ¿no las querrán la gente de Nápoles?

—Las querrán, O'Connor. Claro que las querrán. Pero no deben obtenerlas. Esta ha de ser una operación seria.

—Sí, pero ¿como reaccionarán?

—¿Me está preguntando usted si dispararán, señora Brown? No. No dispararán. Hoy tienen diez y ni siquiera saben lo que significa mil. Nosotros los llevaremos de diez a cincuenta. En la gran cena de la reconstrucción no podrán participar, pero se abrirán para ellos muchas vetas de oro de las que podrán beber. Beberán y nos darán las gracias. Es una maquinaria demasiado grande, esta. No sabrían manejarla. Son ambiciosos, pero no son idiotas. Y no tienen ningunas ganas de estrellarse contra un muro. Sin embargo, señores míos, en caso de que acepten, deseo un compromiso escrito en un plazo de tres días.

John Merris extendió los brazos sobre la mesa y miró a Ven—tre directamente a los ojos.

—Disculpe, abogado, pero ¿quién nos asegura que los fondos para la reconstrucción llegarán de verdad?

Ventre apoyó los hombros contra el mullido respaldo del sillón. Se encendió un habano:

—A mí me lo aseguran mis amigos importantes. Ustedes consigan que se lo aseguren los suyos. Señores, ha sido un placer.

En el aeropuerto, Diego Ventre estaba bajo la protección de Sandro y de tres amigos de California. Los tranquilizó y se sentó en una luminosa sala de espera con butacas rojas y cristales opacos. Abrió el *New York Times* y lo hojeó. Una mano le acarició un hombro. Diego se volvió. La hermosa cara imponente y cetrina de un enorme anciano de frente alta le sonreía con ojos de Sicilia. Era él. El hombre que veinticinco años antes había visto en Palermo, en un palacete de las colinas de San Lorenzo. Una tarde de verano, ciertos amigos lo acompañaron hasta allí, diciéndole con emoción en sus corazones que habían recibido permiso para ir a saludarle a él. Él era él. Su nombre lo conocían muy pocos y esos pocos lo llamaban él. Y él ahora lo estaba mirando fijamente. Mientras se sentaba en una butaca cuyo respaldo daba al respaldo de la butaca de Diego. Ambos se habían girado en escorzo para estar uno a favor del otro.

—Bravo, Ventre. Bravo. Te has labrado un camino. Te he seguido desde que eras un

jovenzuelo. Bravo. Hiciste muy bien en sacarte la licenciatura en Derecho. Conocer la ley sirve más de lo que uno pueda imaginar.

—Es un honor para mí... Un honor...

—Déjate de tantos honores. Tú eres el primer napolitano que ha hecho cosas serias en los últimos cincuenta años. Eres el primer napolitano que piensa como un siciliano. Hasta hoy no has cometido ningún error. Solo tuve que salvarte un par de veces, hace una decena de años.

—¿Salvarme? ¿Salvarme de qué?

—De tonterías Diego, de tonterías. No llegaste a saberlas y no debes saberlas. Asuntos antiguos. Cosas superadas. Gente que no te quería bien. Pero que ahora ya no existen. Tengo que decirte que tu padre está muy bien. Me manda a decirte que no te ha olvidado. Sin embargo, ya sabes, ciertos recuerdos no ayudan y prefiere guardarte cariño desde lejos. Vive en Paterson, cerca de la casa de su hermano, tu tío. Tu tío es un buen amigo mío. En ocasiones el pequeño pájaro puede salvar al león, y yo nunca olvido nada.

»Ten siempre atención y respeto por aquellos que te parece que no cuentan mucho. Llega el día en el que se necesita a todo el mundo. ¿Te acuerdas de la primera vez que te llegó a Palermo el dinero de Norteamérica? Todo fue a través de mí. De tu padre a tu tío y de tu tío a mí. Por lo que habías hecho, el Estado te hubiera metido en la cárcel. Nosotros te entendimos. El asunto de Nápoles es bonito. Realmente bonito. No te asombres. Si no me hubiera enterado, tendría que dimitir de mí mismo. Los amigos con los que te has reunido hoy aceptarán. Ya garantizo yo por ti. El compromiso escrito no lo recibirás dentro de tres días, lo tendrás mañana. Ahora, lo que voy a decirte que no salga nunca de tu boca. Las personas a las que has visto en esa mesa son de tercera fila. Ellos no lo saben. Están convencidos de decidir por su cuenta. Pero por encima de ellos hay otra cosa. Y por encima de esa cosa, otra más aún. Entre esos seis solo hay uno que cuenta algo más. Es uno de segunda fila que sirve de puente entre el tercer y el primer nivel. Muy bien. Así me gusta. No me preguntas quién es y no me lo debes preguntar. Es lo que hay que hacer. Tú eres como los leopardos. Les gusta moverse en la oscuridad y no les gusta mancharse las patas en los charcos. Así es como debes seguir. Y en Nápoles ¿qué se dice?

—En Nápoles... En Nápoles se viven momentos delicados...

—Estás haciéndolo muy bien, Diego. Estás haciéndolo muy bien. Continúa en la línea de la negociación. Más palabras y menos sangre. La inteligencia y las palabras son las armas más sofisticadas que existen. No lo olvides nunca. Estás rodeado por un montón de gente que no sabe para quién trabaja. Como esos con los que has hablado hoy. Les hacemos trabajar para nosotros pero ellos no lo saben. Saben lo poco que hacen. Pero jamás deben saber para quién lo están haciendo ni, sobre todo, por qué lo están haciendo. Creen hacerlo por el dinero, por la riqueza, por el poder, y eso es lo que deben seguir creyendo. Bueno, se me ha hecho tarde...

—¿Cómo puedo darle las gracias?

—¿Cómo puedes darme las gracias? Una de estas noches, cuando te metas en la cama con la luz apagada, acuérdate de tu padre, de las naranjas y de Palermo.

–Pero si tuviera necesidad de... ¿Cómo puedo localizarle?

El gran viejo recibió la ayuda de dos de los suyos para ponerse el sobretodo claro. Tomó la mano de Diego entre las suyas y, sonrió con una levísima inclinación de la frente, como diciendo: nos encontraremos en el silencio.

La noche del 14 septiembre, Nápoles fue espantosamente atacada por el fuego y el agua. Desde los Campos Flégreos se desencadenó una violenta explosión. La primera columna eruptiva arrojó trozos de magma a decenas de kilómetros de altura. Enormes fragmentos de roca alcanzaron Nápoles de lleno, desfondaron las calles, partieron en dos edificios enteros. Después, la columna eruptiva volvió a caer al suelo, se irradió en distintas direcciones hasta alcanzar entre los ciento treinta y los ciento cincuenta kilómetros de velocidad. Los flujos piroclásticos fueron reduciendo a escombros todo aquello que encontraban a su paso con el ímpetu de un tren incandescente. Las cámaras magmáticas se vaciaron y reclamaron la invasión del mar. El agua entró en contacto con la elevada temperatura del magma, se vaporizó, creó una ráfaga de explosiones difusas que proyectaron fuera del centro eruptivo nubes de baja densidad. El mar entró en la ciudad en menos de dos horas y en menos de dos horas se apoderó de ella. El profesor Corso no había mentido. Había hablado como un frío profeta de la ciencia. La naturaleza mantenía su promesa del final. Desde aquel momento habían pasado cinco días. Ahora las primeras luces de la mañana se distendían sobre Nápoles como el velo azul que recubre el cuerpo de una joven novia muerta. El calor del sol se veía reforzado por chorros de fuego que iluminaban la costa como en un alba airada. Las llamas lengüeteaban alimentadas por un rencor subterráneo por fin libre para hacer valer la ley de su propia venganza. Lascas ardientes eran escupidas del subsuelo con un incesante desasosiego centrífugo, semejantes a las oscuras geometrías de los tordos cuando sobrevuelan los cielos. Los gases gargajeaban el aire con ráfagas macizas e imprevisibles, deshidratando los jardines de naranjos, los residuos de viñedos de los Camaldoli. Todas las tierras, desde Cuma hasta Castellammare di Stabia, estaban poseídas por una epilepsia que retorció las vísceras del subsuelo haciendo emanar expurgos milenarios.

Escalofríos sísmicos se perseguían aún, embaucando ímpetus acuosos y desbordamientos increíbles. El mar había inundado todo el centro histórico de la ciudad. En piazza Municipio, el puerto ya no existía. Las torres del Maschio Angioino estaban sumergidas hasta por encima del primer almenaje. El patio del Palazzo San Giacomo se había convertido en una cisterna de aguas negras. Un pináculo en el que estaba escrito Teatro Mercadante afloraba de las encrespaduras del mar como un estigma irrisorio y escarnecido.

El primer día del desbordamiento marino, la platea del Teatro de San Carlo fue

invadida por toneladas de agua salada, trasformando el hemicycleo de estucos y terciopelos en una siniestra piscina de la que afloraban, inmóviles como tumbas, los respaldos rojos de las butacas. En el foso de la orquesta flotaban retazos de partituras mientras el lamento de las ventanas, quebradas por el viento, acompañaba los chirridos casi humanos de las puertas de los palcos.

Piazza del Plebiscito, via Toledo, piazza del Gesù, piazza Dante, todo aparecía cubierto por un líquido pútrido y cenagoso. Las cuestras de los Barrios Españoles se habían desplomado, abriendo a la mirada alta de los helicópteros una insólita perspectiva veneciana. Las espumas verduscas recubrían los edificios hasta dos metros de altura, y en función de las corrientes y de las sacudidas hidrotelúricas, el nivel del mar alcanzaba hasta los trescientos o cuatrocientos centímetros, marchitando los muros con una indolencia potente, invadiendo plantas bajas, sótanos y primeros pisos con la arrogancia de una tropa líquida que regresa victoriosa a reclamar el dominio de la naturaleza sobre la historia.

Los habitantes de Nápoles y su provincia empezaron a ser desalojados a partir del 28 de junio, con un escalonamiento que duró veintidós días y que concluyó el 19 de julio. Las cosas se desarrollaron tal como había sugerido el abogado Ventre. El 15 de junio, al día siguiente de la oficialización del estado de peligro inmediato por parte de expertos vulcanólogos ante las instituciones, se puso en marcha el plan de evacuación. La gente, que no llegó a saber nada de la catástrofe inminente, se sometió a los ejercicios simulados, marchándose a Trieste, Pordenone, Cuneo, Rimini, Arezzo, Génova, Pisa, Gubbio, Perusa, Asís, Frosinone, Civitavecchia y muchas otras ciudades del Centro-Norte. Algunos recelaron y abandonaron sus casas antes de las partidas previstas por el sistema de turnos, reuniéndose con parientes lejanos, o refugiándose en las casas, chalecitos y quintas destinadas al retiro veraniego.

Los concejos municipales fueron trasladados a Roma, así como las asambleas regionales y provinciales. Los telediaros transmitían imágenes aéreas del desastre mientras todos buscaban con los ojos alguna toma de su propio barrio, de su propio edificio. Los seres humanos contemplaban la ciudad a través de una pantalla, aplastados por la imposibilidad de pronunciar palabra. Desde primeros de agosto, televisores y periódicos fueron suministrando noticias acerca de la catástrofe con un crescendo premeditado. Después, a principios de septiembre, el apocalipsis fue prefigurado como algo cierto, como algo inminente. Se decía que era cuestión de pocas semanas, de pocos días, de pocas horas. Los napolitanos estaban todos lejos, todos distantes de la casa querida, desgarrándose en noches insomnes. Volver, aunque fuera solo un momento. Volver para salvar de la destrucción el retrato olvidado de un abuelo, la bandeja de plata regalo de boda, el libro con la dedicatoria de un amigo, las fotografías de toda una vida. Volver no era posible. Las fuerzas del orden tomaron estaciones, aeropuertos, autopistas. Los napolitanos estaban exiliados, exiliados con una diferencia: eran conscientes de que no les cabía esperanza. Ninguna gracia, ninguna indulgencia, ninguna condonación, ninguna fuga les consentiría volver a vivir donde habían vivido y donde, en el fondo, hubieran deseado morir algún día. Permanecían así, alojados en hoteles de media Italia,

con el vacío en los ojos, con aspecto de refugiados políticos, prófugos de la historia, gitanos de Occidente convertidos en una carga para quien los albergaba y en una carga para su propia existencia. Su amor crónico por las palabras se había elevado al principio con una obertura de esperanzas, de conjuros, de minimizaciones, después se había adentrado en un primer acto de dudas, una segunda parte de drama y un final de silencio. Habían dejado de hablar. No vivir en Nápoles significaba no vivir en sus propios cuerpos. Se sentían exiliados de sí mismos. Hasta los caracteres más fuertes y más indomables parecían haber sufrido una regresión hacia el caparazón de una infancia imperfecta. Advertían en sus cuerpos el sentimiento de haber vuelto a ser niños, pero niños sin madre, sin padre, sin hermanos ni amigos. Por encima de todo, se sentían niños a los que alguien había hecho añicos su juguete más caro, el juguete de los juguetes, niños a los que les había sido robada la propia idea del juego. Era un luto. Todo era un luto. La espera, la inapetencia, el sueño acabado. Cuando la agonía de la ciudad llegó a su último aliento, los emplazamientos aéreos de las televisiones de todo el mundo transmitieron en directo las imágenes de un ultraje insostenible. Todos esperaban que al menos su propia casa, su propio edificio, su propio barrio se salvara. Fue inútil. A los labios áfonos volvió la inocente súplica a los santos, a las almas de los difuntos, a la Virgen, a todo lo que podía nombrarse. No fueron más que palabras y fueron las últimas. Ahora solo quedaba el vacío. Ahora los napolitanos tenían la vista clavada en Nápoles y Nápoles, desde las órbitas desfondadas de sus balcones, tenía la vista clavada en los napolitanos para gritar todo su dolor.

Vincenzo di Sangrano y Maria Amerigo se habían refugiado en el viejo palacio de Castellabate y desde allí habían visto el resplandor del final enrojecer el cielo de Nápoles, la silueta de la costa.

Diego Ventre y Luce habían ido a la almadraba de Cetara. Y desde allí, mientras se probaba el vestido de novia, Luce observaba en el espejo que tenía ante sí las imágenes de Nápoles que le llegaban desde un televisor sin volumen. Posillipo estaba por entero como nevada de una materia flagrada color gris claro. Los edificios de la costa parecían velados por las tupidas cenizas de un tul que hacía asemejar la ciudad a un increíble blanco y negro. Un tul adherente, como encolado a los muros con el refuerzo de una albayalde trágica. Un tul que Luce, por un momento, vio muy, muy semejante al de su traje.

Sintió que desfallecía. Los ojos se le llenaron de niebla. Después, le asaltó un extraño pensamiento: «¿Cuál era mi rostro antes de que mi padre y mi madre se encontraran? Era Nápoles. Mi rostro era Nápoles. Y Nápoles era el rostro de todos los que han debido abandonarla. Era la faz primigenia de todas las personas que hoy deben soportar la muerte. Nápoles, antes de que nacióéramos, era nuestro molde de origen. Nápoles era el primer modelo de mar y de tierra del que extraer la forma de nuestra carne y de nuestra vida».



**Cetara. 20 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba**

Las terrazas de la quinta de Cetara bullían de invitados. Diego Ventre y Luce di Sangrano se habían casado a mediodía en la catedral de Amalfi. A pesar de la catástrofe sísmica que se había abatido sobre Nápoles, a pesar del desalojo de Portici y San Giorgio, San Sebastiano, Herculano, Torre del Greco, incluyendo todas las tierras en peligro, el abogado no quiso aplazar la ceremonia. En aquellos días pesaba sobre todo una atmósfera de extravío que caía sobre las personas como cal viva. El destino de millones de seres humanos se había vuelto invisible, cebado por un enemigo contra el que no se podía combatir. El fuego y la tierra, con la alianza del mar y de los gases agitados por el viento, estaban deflagrando en una guerra de la que era imposible prever el final ni sus consecuencias.

Sin embargo, cuando Luce apareció bajo el resplandor del sol delante del gran portal de la catedral, los centenares de participantes pudieron sumergir el tizón de la melancolía en la frescura de una hermosa esperanza.

La hembra delicada y fuerte, orgullosa como una princesa sueva, venía a prometer esa vida y esa armonía perdidas que solo una mujer vestida de novia puede suscitar.

Vincenzo di Sangrano había acompañado a su hija al altar reconfortado en su corazón. Su desplome patrimonial había sido contenido, y estaba en vías de saneamiento gracias al espíritu santo del abogado Ventre. Maria Amerigo había izado nuevamente en el palo mayor de su vida la bandera del lujo, desasosegándose en una histeria redoblada en su tentativo de llorar en la iglesia, sin conseguirlo.

El banquete en la almadraba fue servido al aire libre, entre rosales, los tres patios y los brazos pétreos de las balconadas que se asomaban a las aguas. El veinte de septiembre les regalaba una tibieza perfecta en aquellas cinco de la tarde, solo interrumpida por copos de ceniza transportados por la erupción napolitana hasta la costa en el cortejo de un viento fúnebre.

Luce estaba tan feliz como una niña. La almadraba de los Sangrano de algún modo volvía a los Sangrano. Le fue vendida a Ventre por Maria Amerigo, tras la enésima degollina al póquer sufrida por el duque. La abuela Giulia, madre de Vincenzo, madre del jugador empeñado en cantar el gloria al *cupio dissolvi* de riquezas seculares, desde el día en que la propiedad de Cetara fue vendida, rompió toda relación con su hijo y con la mujer de este.

La abuela, la abuela, cuánto echaba de menos a su abuela. Luce, sobre toda la felicidad de aquel día, había conservado la sombra de amor de su abuela. Incluso cuando ante el crucifijo había dado el sí, detrás de la nuca había sentido el aire ligero de esa ausencia.

Ahora en la tibieza del sol manso, los camareros acarreaban sorbetes de limón. Diego, apoyado en la balaustrada de piedra, hablaba con el duque:

—No todo es negativo, créame. Esta destrucción es un final y un principio. Todos los abusos costeros y vesubianos deberán ser replanteados y abatidos. Monstruosidades que ninguna condonación política ni ningún plan regulador hubieran podido anular. Se ha encargado de ello el fuego.

Criados con chaquetas de color crema se deslizaban entre las mesas con elegantes pasos de danza. Uno, el más anciano, el único vestido de oscuro, se encargaba, con la complicidad de una bandeja de plata, de hacer llegar al escritorio del abogado toda la correspondencia de felicitación. Los telegramas de congratulación para el matrimonio Ventre-Sangrano habían acribillado la quinta de Cetara desde el día anterior: una auténtica ráfaga de solidaridad papelera firmada por el mundo del comercio, de las aseguradoras, del *import-export*, de la construcción, de las finanzas. Un minuto antes llegaba la frase de circunstancias del carpintero de via Monte di Dio, un instante después irrumpía la fórmula diplomática de un diputado, de un senador, de un presidente del Tribunal de Apelación. En el día de hoy acababa de llegar uno que el criado llevaba directamente al abogado. Se abrió y leyó en silencio, antes de ser entregado a las manos complacidas de duque: se trataba de una sentida bendición del Sumo Pontífice para el futuro cristiano de los recién casados.

Diego había puesto la sordina a las invitaciones políticas: consideraba toda boda como una radiografía social de ambos cónyuges, y la suya debía permanecer cuidadosamente oculta. Pero también los Sangrano tenían amigos o parientes en las salas del Gobierno y no había sido posible excluir de los festejos a un grupo de nueve parlamentarios en activo: hacía media hora que escrutaban a Ventre con la atención que los maniáticos del tenis otorgan a los saques en la final de Wimbledon. Iban todos vestidos de gris, encorbatados y afeitados con finura. El más joven se levantó, desfiló entre las mesas, estrechó la mano del abogado, señaló a los amigos que sonreían con afectación desde lejos y consiguió un encuentro privado para la falange romana.

El despacho de Diego estaba protegido por una agradable sombra, el viejo criado entornó las celosías, sirvió un cotizadísimo vino blanco y desapareció. El decano, con barba y bigote, dio las gracias por la audiencia, alabó las maravillas de Amalfi, hizo un guiño a las hermosas mujeres que participaban en la fiesta y abrió el fuego sobre el objetivo de la visita:

—Por otra parte, abogado, ¿hay algo que no sepa hacer usted bien? Lo que más aprecio de su vida es la modestia. Una virtud rarísima. En Roma todos hablan maravillas de usted, de modo que... Hemos pensado que era adecuado decírselo hoy. Lo hemos hablado ya con los altos cargos del partido. Antes o después, habrá elecciones. Es conveniente trabajar con tiempo. En definitiva, abogado, escoja una candidatura, a la Región, al Parlamento, al Senado... Lo que prefiera... porque está claro que vaya donde

vaya, lo hará usted estupendamente. A fin de cuentas, habrá un par de ministerios libres. Y si lo cree oportuno... Todos nosotros estamos con usted.

Diego miró lo que había quedado del vino en los vasos de los hombres de gris:

—¿Está rico, verdad? Si tienen sitio en el maletero, llévense a Roma una caja cada uno. Lo único, no me pregunten de dónde viene. Los regalos son regalos. Sobre los regalos no se hacen preguntas. Yo no sé quién los envía. Denle las gracias de mi parte por su amabilidad. Aprecio la propuesta en lo que vale. Pero verán, yo soy abogado, sé a mis expensas la diferencia entre la ilusión y la realidad. Además, soy un romántico, no uso nunca testigos falsos en mis causas ni les digo nunca a mis clientes no te preocupes. No sé prometer soluciones que no existirán, ni excarcelaciones que no se producirán.

»Hablar por hablar... La verdad, si lo quisiera, sabría hacerlo pasablemente, pero nunca me ha hecho especial ilusión. La política, casi siempre, se encarga del mantenimiento de los problemas. A mí los problemas me gusta resolverlos. Siento el máximo respeto por ustedes, por más que no haya entendido bien de qué lado están. Y no estar de ningún lado quiere decir estar siempre en el lado justo en el momento justo. Qué le vamos a hacer... siento debilidad por los perdedores, padezco el síndrome de Montecristo. Ah, disculpen... Es un conde que, después de muchos años de sufrimiento, vuelve al lugar de dónde se marchó para recuperar todo lo que le quitaron. No... No... Se lo ruego... No digan nada. Tomémonoslo a risa. Ya tengo algo parecido a un coche oficial. Y también llevo ya escolta. En el teatro insisten para que no pague, pero sin éxito. Por si fuera poco, estoy convencido de que los sillones de Montecitorio y de Palazzo Madama<sup>15</sup> son muy incómodos. Me gusta tener la espalda siempre recta. Saben, el primer artículo del Código Penal reza: «Nadie podrá ser castigado por hechos que no estén expresamente previstos como delitos por las leyes, ni con penas que no hayan sido fijadas por estas». Exacto, eso es lo que dice, y es una verdadera lástima que no exista una ley para castigar a los políticos equivocados, a los políticos de mala fe, a los políticos ineptos. Si entrara en liza, me batiría por la introducción de una norma para perseguir a diputados, senadores, subsecretarios y ministros que voluntariamente hagan mal lo que en cambio deberían hacer bien. ¿Qué les parece? El delito podría tipificarse como perjuicio social. Y a continuación, yo sería el primero en ser arrestado. No sabría dedicarme a la política. He nacido soñador.

»En cuanto a las muestras de estima que han escuchado en Roma acerca de mí, qué puedo decir, se lo agradezco. Pero se trataba de mi ciudad. Lo que he hecho por Nápoles es como el vino que les regalo hoy. Y los regalos han de tener dos características: no tener otra finalidad y quedar en secreto. Ahora, si no les importa, tenemos que hacer un brindis.

En el mar, bajo la almadraba, cuarenta y cinco barcas blancas se habían colocado en el agua en forma de cruz. Treinta y tres para el eje vertical, doce para el eje horizontal.

La cuadragésima sexta chalupa llevaba a bordo a Diego y a Luce. Se miraban en silencio, y él pensó: «Dios mío, haz que sea esta la mujer que tenga que arrojar un puñado de tierra sobre mi cuerpo muerto». El hombre que los conducía bogó suavemente, hasta posicionarse en el centro entre los dos brazos de la cruz. Los

marineros y los invitados se pusieron en pie y levantaron sus copas. Ventre miró a los ojos de su esposa y habló de forma que todos pudieran escucharle:

–En el corazón te guardo, corazón de mi vida, brindando para que allí, eterno, tenga cabida.

Bebieron. Después Luce y Diego, sonriendo, dieron un golpe seco uno contra el vaso del otro, para que nadie más pudiera elevar aquellas copas. Arrojaron los restos al mar. Ella se había herido ligeramente en el dedo índice. Diego se lo besó y la gota de sangre desapareció como por embrujo.

En la colina de enfrente, entre la tupida fronda de un limonero, había una casucha blanca bien escondida. Un hombre de mediana edad con chaqueta de lino y corbata azul dirigía unos potentes prismáticos hacia toda la escena de la boda. Era un sicario de Pasquale Lerro.

Encuadraba las mesas, las botellas vacías, la esposa sonriente que tomaba del brazo a una amiga.

Sandro cruza los tres patios como una ráfaga de maestral. Llega hasta la terraza, serpentea entre la multitud, se deja ver por el abogado y se toca la nariz haciendo una pinza con el pulgar y el índice. Era esa la señal establecida entre ellos para decir: suma urgencia. Ventre se le acerca. Sandro habla:

–Han herido a Carmine Denza. Está muy grave.

Diego rechazó un rosolí que le ofrecía un camarero sin perder su amabilidad en un momento tan delicado. Después, la tensión se reflejó en sus mandíbulas.

–Que se lo lleven a esa clínica de Pontecagnano. En cuanto lleguen, que pregunten por el doctor Sangermano. De lo demás ya me encargo yo.

Sandro empuña el móvil, llama a los chicos que tienen a Denza tumbado en los asientos de un Mercedes negro, imparte las órdenes cifradas y corta.

El hombre de los prismáticos seguía espionando al abogado, lo veía acercarse a Luce. La sonrisa de ella moría en su hermosa boca. Él le daba un beso en la sien. Estrechaba apresuradamente unas cuantas manos, dispensaba una ráfaga de discúlpenme, discúlpenme solo unos instantes. El hormiguero de señoras vestidas de seda verde y seda marfil se estrechaba alrededor de la recién casada que nunca, entre tanto agobio, había estado tan sola.

Por la entrada principal de la quinta salía un BMW gris metalizado. Las ventanillas se estaban cerrando: uno al volante, Sandro a su lado, otro hombre y el abogado, en los asientos de atrás.

El observador de Lerro sonrió. Sin perder el encuadre con los prismáticos aferró el teléfono:

–¿Oiga? Llamo por lo de la tubería fecal. Sí, sí, ya habíamos hablado de ello. Si puede venir a Vietri. Es un asunto urgente... Hay que expurgarla... Cuanto antes, mejor... Yo tengo un BMW gris.

Acabada la conversación, el centinela de Lerro sonreía, pensando en lo divertido que puede llegar a ser el lenguaje cifrado. Uno podía inventar cosas continuamente y el que estaba en la otra punta del teléfono lo entendía todo.

En Vietri, a orillas del mar, por donde necesariamente había de pasar el coche de Ventre, dos de la familia Lerro estaban esperando en moto, con los rostros ocultos por los cascos. Estaban seguros de que el abogado correría a ver a Denza. Y en efecto, estaba corriendo. El BMW aminora en el cruce entre Vietri y Cava, y ahora enfila la cuesta que lleva a Salerno. La moto lo sigue con cautela. El coche tiene los cristales tintados, abrigos y chaquetas apiñados contra la luna posterior. El motociclista que no conduce hace una llamada:

–*Stammo facenno 'a strada interna*<sup>16</sup>.

Poco después, en el paseo marítimo de Salerno, las motos pasan a ser dos. Empieza a llover. El coche de Ventre avanza despacio, muy despacio, inexplicablemente despacio. Hay tráfico, pero incluso en los tramos en los que la carretera está despejada, el coche del abogado no acelera.

En la carretera litoral que costea la zona industrial no hay nadie. La lluvia arrecia cada vez más. Los cuatro motociclistas se intercambian gestos de entendimiento. Los dos hombres sentados detrás con las manos libres sacan de las cazadoras pistolas y ametralladoras. Las motos se sitúan al lado del coche: ráfagas de fuego bajo los latigazos de lluvia. El BMW frena. Los orificios brotan en toda la carrocería. Los cristales laterales se hacen añicos.

Por detrás de todos, un hombre en bicicleta se detiene: extrae del bolsillo de un impermeable una calibre nueve con cargador bifilar y dispara. Dispara, dispara. Los cuatro motociclistas caen todos heridos, solo uno de ellos lanza una ráfaga de proyectiles contra el ciclista, pero sin dar en el blanco. Otro se aleja a la carrera sujetándose un brazo.

El BMW arranca y sale lentamente del cerco. El ciclista se sitúa a su lado doscientos metros más adelante y hace un gesto a los hombres de a bordo para que lo sigan. Los conduce a una explanada. Se detienen en una concentración de eucaliptos que los pone al resguardo de ojos indiscretos. El ciclista desmonta. Los hombres que estaban en el coche bajan. El ciclista se quita el impermeable, se quita el gorro de lana calado sobre la frente. El ciclista es Diego Ventre. Sandro se le acerca sonriendo:

–*Avvocà*, la próxima vez que nos diga que no debemos disparar por ninguna razón, súbase al coche con nosotros.

Ventre se abrocha la chaqueta y dice:

–En primer lugar: no quería muertos. Para disparar tienes que asomarte, y si te asomas, te conviertes en un blanco fácil. Cuando te cubre alguien que dispara, es inútil que te asomes y es inútil que sirvas de blanco. ¿Estáis todos bien?

–Todo en orden, *avvocà*. Pero, disculpe, ¿hace cuánto tiempo que no disparaba usted?

–Sandro, métetelo bien en la cabeza: no se dispara con la mano, se dispara con el cerebro. La mirilla está dentro de la cabeza. Llamad un taxi.

Ventre había percibido el olor de la emboscada. En aquella única tarde en la que, en las colinas de san Lorenzo, se había reunido en Palermo con el hombre a quien llaman *él*, *él* le había dicho solo unas cuantas cosas, y entre ellas le había dado un consejo: jamás te dejes llevar por la idea que en ese momento te parece la principal, te parece urgente. Si

picas, detrás de lo que en esas circunstancias te parece lo único, hay siempre otra cosa más importante. Nuestra vida está hecha de dobles pensamientos. Generalmente, el primero no es más que una trampa, y el segundo te mata. De modo que había montado en coche en la almadraba, pero se había parado en un restaurante de Cetara, había pedido prestada una bicicleta, les había pedido a los suyos que apiñaran ropa contra la luna posterior, había cogido un impermeable y un gorro y había seguido su coche pedaleando como un pobre desgraciado.

El taxi frenó delante de la clínica. Ventre entraba a la carrera por el lado de urgencias. Dos enfermeros empujaban la camilla de Carmine Denza hacia el quirófano. Diego extendió la mano sobre su mano.

Denza farfulló un residuo de mucosidad rojizo. Tenía el rostro desfigurado por el ácido y tres balas entre el pecho y el intestino. Don Carmine carraspeó una frase.

—Ay, Diego, el Padre Eterno me reclama al otro lado...

El abogado le estrechó con más fuerza la mano y contestó:

—Pero hay otro Padre Eterno que te reclama a este lado. Se llama Sangermano. Es el cirujano que va a operarte ahora mismo. Ya veremos quién puede más...

Dos puertas se abrieron de par en par y la camilla desapareció en el resplandor que conducía al limbo de la cirugía de urgencia.

El abogado se quedó mirando a través del ojo de buey de cristal que había en las puertas. Se volvió hacia Sandro. Se acercó a un distribuidor automático de café. Le ofreció uno a su guardaespaldas de confianza y otro se lo tomó él también. Tiró el vasito de plástico a la papelera olvidada y dijo:

—Henos aquí, ha llegado el momento del melodrama. Y nosotros, ahora, nos lanzaremos al melodrama hasta el fondo.

Estaba a punto de llamar al abogado de Pasquale Lerro. La mano estaba ya en el teléfono.

—¿Sí? ¿Qué tal estás? Escucha, esta tarde se ha montado aquí un poco de follón de los cojones. Un follón inútil. Eso mismo. Verás, la cuestión es esta: organízame una reunión con la mujer de Lerro, tengo una propuesta para ella. Una propuesta que lo allana todo. Nos hace falta tranquilidad. Mi cliente acaba de entrar en el quirófano. Me han dicho que cuatro personas se han caído de sus motocicletas en la carretera costera de Salerno. Estas son cosas que no benefician a nadie. Sí, hoy. Me he casado hoy. Te había invitado. Eh, lo sé... lo sé... Gracias, pero las felicitaciones no sirven de nada si tenemos que vivir así. Aguardo tu respuesta. Habla con ella y dime algo. De no ser un prófugo me reuniría con él, pero ya te podrás imaginar... Con la mujer es lo mismo... Te espero... Pero hazme el favor... Que sea rápido.

Diego Ventre volvía a meter el teléfono en el bolsillo. Miraba sus rodillas y valoraba su situación actual. Vestido con traje de ceremonia, sentado en la sala de espera de una clínica, tras haber disparado a cuatro personas el día de su boda. Su bellísima mujer abandonada, los invitados abandonados. Miró en la pared un letrero en el que estaba escrito prohibido fumar. Llamó a Sandro, que se había alejado para vigilar desde una ventana los accesos a la clínica y, extendiendo la mano derecha, susurró:

–Dame un cigarrillo.

Lo encendió y pensó que había llegado el momento de poner al día su mensaje cifrado para Bianca.

**Cetara. 20 de septiembre. Tarde.**  
**La Almadraba**

Luce se había encerrado en su dormitorio. Con la espalda apoyada contra el espejo del gran armario Luis Felipe. Tenía la mirada baja, clavada en el pavimento y perdiéndose incrédula entre los laberintos geométricos de los azulejos vítreos de hacía un siglo.

Todos los invitados habían abandonado la quinta captando la desazón de la recién casada. Y la recién casada, aún vestida de novia, estaba reuniendo valor para darse la vuelta y mirarse en el espejo. Se volvió, al final, muy despacio, y descubrió que tenía una cara traicionada. El hombre que la había venerado a través de los matices sutiles de una entrega purísima había desaparecido justo en el momento en el que la felicidad se había prometido como un mar pacificado. La muchacha empezó a desnudarse de sus velos mirándose a los ojos en el óvalo enfermo del armario.

Desde las terrazas y desde las antiguas elevaciones de los muros que rodeaban la quinta, los hombres de Ventre vigilaban la casa con premura. Las manos en los bolsillos, calentando las pistolas. El más joven de entre el personal de escolta se vio atraído por los reflejos de una luz en la habitación de la recién casada a través de las celosías medio abiertas. Entrevió a la hermosa hembra mientras se desataba el corpiño y se volvió hacia el mar por pudor y por respeto hacia el jefe.

Luce se puso unos pantalones ligeros y un jersey de algodón azul. Se quitó los restos de maquillaje del rostro con pasadas nerviosas de algodón, caminando por la habitación como una pantera a la que hubieran cercenado las uñas. Miró por la ventana hacia abajo, al patio. Manlio permanecía sentado sobre un murete y movía imperceptiblemente los labios ante una vieja mayólica donde una santa Ana y una Virgen, sobrecogidas, acogían sus plegarias.

Ella cruzó las habitaciones de la casa perdida en una soledad de cálices llenos, vacíos y casi vacíos; las habitaciones parecían ahora correosas, con la escualidez de los platitos de tarta nupcial en los que los tenedores de postre relataban la última estocada en los restos de bizcocho, un instante antes del escándalo. ¿Qué cosa tan extraordinaria podía haber ocurrido como para inducir a Diego Ventre a dejar solos a su mujer y a centenares de invitados justo el día de su boda?

Al llegar a la salida, bajo el zaguán de toba del enorme portal, le salió al paso un señor con un traje azul. Un tipo calvo de unos cincuenta años, con bigotes grises y negros. Le dijo cortésmente que el abogado había dado órdenes precisas: no podían salir de la

quinta, ni ella ni Manlio.

Sí. Manlio. Se encaminó hacia el patio donde poco antes lo había visto rezar. Manlio, con su cara de niño despistado, su mansedumbre, su educación huraña. Allí estaba. La miraba con los ojos de un perro que tras haber recibido una paliza ya no puede fiarse de nadie. La miraba con sumisión y admiración, como la madre que hubiera podido tener, como la hermana deseada, como la ternura a la que no era capaz de dar nombre.

Luce le puso una caricia entre los cabellos, una presión de la mano tan leve que Manlio no la olvidaría nunca.

Ahora ella volvía a entrar en la casa. Por las ventanas abiertas de par en par la brisa soplaba sobre las velas ornamentales un asma calidísima. Un ímpetu repentino le inundó el cerebro de sangre. Llegó a la carrera hasta las antiguas cocinas. Cogió un mechero. Abrió la puerta de la vieja sala del horno. Bajó en la oscuridad por la escalera de caracol, la que llevaba a una cueva de roca excavada bajo el suelo. Empezó a caminar decidida, atenta para que no se le apagara la débil llama, poniendo sus pasos donde los ponía de niña, cuando en las tardes de verano se dedicaba a interminables juegos al escondite con sus primos, en el reino de las galerías terroríficas y seguras. Le parecía como si en los últimos meses su destino hubiera sido el de viajar en un continuo subterráneo: se le había anunciado como un paraíso y adquiriría en esas horas los rasgos del infierno.

Ahí estaba, la puerta de castaño corroído, el pestillo de seguridad entre las dos hojas. La apertura que daba a la playa de Cetara. La pantera tenía de nuevo sus uñas.

Eran las siete y media de la tarde. Caminó entre los raros bañistas de septiembre y llegó hasta el pequeño puerto. Alquiló una lancha motora. El marinero le preguntó:

—¿Adónde quiere ir, *signurì*?

—A Nápoles —dijo ella.

—A Nápoles es imposible, ¿está usted loca? Hay controles de paso. Yo como mucho puedo llevarla a Castellammare.

—Pues a Castellammare entonces, pero démonos prisa.

El motor gruñó entre la espuma. Partían. Partían y Luce telefoneaba a su tío, el marido de la hermana de su padre, subcomisario.

—Tío Andrea, hola, soy Luce.

—Luce, ¿qué tal estás? Perdóname pero me ha sido imposible... Se lo he explicado ya a Vincenzo que con la situación de emergencia que hay aquí no podía ir a tu boda...

—No importa tío. Tengo que ir a Nápoles.

—¿A Nápoles?

—Sí, a Nápoles, de inmediato.

—Pero si a Nápoles no puede entrar nadie, está completamente inundada. Es imposible.

—Tío, tengo que ir a casa de la abuela Giulia. Hace meses que no contesta al teléfono...

—¿Pero no se había ido a Venecia?

—Sí. Eso es lo que nos dio a entender. Pero estoy segura de que se ha quedado en Nápoles, en su casa.

—Pero si eso es imposible, Luce. Lo hemos controlado todo. La evacuación se efectuó escrupulosamente, yo no creo...

–Tío, tú no conoces a la abuela. Te lo ruego. Ayúdame.

–¿Dónde estás ahora?

–En una lancha. Acabamos de zarpar de Cetara. Me llevarán hasta Castellammare. Te lo ruego, ayúdame.

–Bueno, escúchame bien. Desembarca en el puerto y vete enseguida a la capitanía. Ya les aviso yo. Te harán firmar un módulo en el que declaras que tienes un familiar perdido que se ha quedado en Nápoles. Desde allí, con una patrullera te llevaré hasta Portici. Nos veremos en el embarcadero del Granatello. Iré a recogerte yo mismo.

Luce se metió el teléfono en el bolsillo de los pantalones. Se sujetó a una argolla de acero a popa y le dijo al marinero:

–Más rápido, por favor. Más rápido.

En el horizonte se entreveía Castellammare y a medida que la lancha se acercaba, de la multitud apelotonada en el muelle se elevaba un rugido de gritos y de protestas. La muchedumbre miraba el cielo de llamas enrojecido por la erupción de los Campos Flégreos. La gente empujaba, protestaba, blasfemaba. Luce desembarcó entre la curiosidad general mientras un viejo con un ojo solo gritaba:

–*A faccia d' 'o cazzo*<sup>17</sup>, si ha venido hasta Grace Kelly.

En la capitanía, un morenito de uniforme gritó a la entrada:

–¡Aquí está la sobrina del subcomisario!

Módulo. Declaración. Firma. Otro embarque con tres hombres de uniforme.

–*Signurì*, ¿de verdad está usted segura de querer ir?

Ella no contestó. Su única idea fija era la abuela. Ahora quería su rostro, sus ojos, sus palabras.

El puerto del Granatello estaba desierto, el muelle había desaparecido bajo la marejada colosal de cinco días antes. Solo la lancha motora de la policía estacionaba entre el remolino de las aguas, con el motor encendido con su chisporroteo regular. A bordo, dos agentes de policía y el tío Andrea.

–¡Luce!

–¡Tío!

–Ponte esto. Y esto también.

Luce se puso un chaleco salvavidas y se ajustó en la cara una pequeña máscara antigás. Los hombres de la policía estatal se despidieron del personal de la capitanía de Castellammare. El subcomisario hizo un gesto con la barbilla: zarpaban.

En el azul polvoroso de las ocho y media de la tarde, Nápoles aparecía como envuelta en un sudario de niebla. Las cenizas revoloteaban en el aire sucio.

A aquellas horas las inspecciones desde el cielo se reducían. Los helicópteros empezaban a retirarse para efectuar supervisiones aéreas cada hora.

Cuando la lancha dobló el Puente dei Granili, las efervescencias amarillentas de los fuegos azufrosos se hicieron más intensas. Detrás del cabo de Posillipo se elevaban columnas de llamas que resplandecían en una fiesta del final.

A la altura del muelle Beverello, Luce descubrió que el muelle Beverello ya no existía. Por toda vía Marina los edificios estaban cubiertos por el agua casi hasta la mitad de su

altura. El Castello Angioino parecía un edificio fabuloso surgido de un lago. El Teatro Mercadante volvía a aparecer de las profundidades, porque el nivel del mar había bajado treinta centímetros en los últimos días. En lo que había sido piazza Municipio, la lancha motora de la policía se cruzó con dos patrulleras de los carabinieri.

Luce estaba sin aliento, sentía una cuchillada desollarle la piel y a pesar de que fuera un septiembre muy cálido empezó a notar un frío inexplicable.

Nápoles, la gran madre, flotaba sobre el agua. La muchacha moría de una melancolía extenuante, porque en esa muerte de sí misma la ciudad celebraba en aquel silencio irreal toda su propia belleza.

A la izquierda, la piadosa majestad del San Carlo. Al fondo, la columnata de San Francesco di Paola, arrasada por el mar, hacía que piazza del Plebiscito se asemejara a una gran piscina romana. Así, pensaba Luce, debió de ser piazza Navona en tiempos de los juegos acuáticos imperiales.

La lancha motora enfiló via Toledo. La calle sumergida era como un insólito canal de Venecia, con las calles de los Barrios Españoles aguadas de putrescencias verduzcas.

El subcomisario recomendó prudencia. Si la hélice del motor se enganchaba en alguno de los innumerables trozos de chatarra o barandillas o cúmulos de losas del empedrado o quién sabe qué diablos más, se verían metidos en un serio problema.

El viejo letrero de una lavandería flotaba a la deriva acompañado por miles de detritos, trozos de madera, pinzas para tender la ropa, fragmentos de cables, botes, mesas de bar, flores de plástico.

Al doblar Palazzo Maddaloni, avanzaron con mucha cautela. En los últimos tres días se habían producido derrumbamientos. Algunos edificios se habían hundido cinco o seis metros, como si de un momento a otro hubieran decidido bajar de un pedestal incómodo sobre el que habían reposado durante siglos.

El obelisco de piazza del Gesù descollaba de un agua fangosa que adensaba líquidos pútridos de alcantarillas reventadas. En via Benedetto Croce un ratón nadaba desesperado.

Por fin habían llegado. Piazza San Domenico Maggiore. El portal de Palazzo Tufarelli estaba abierto de par en par. La embarcación entró despacio y el motor se apagó. El leve abofetea-miento del agua contra las paredes interiores del zaguán producía extraños ruidos, como de hechizos acústicos que en el fondo siempre habían pertenecido a aquel lugar y ahora volvían para recuperar su reino. La garita había desaparecido. El casco atracó en la primera rampa de escaleras, que había quedado sumergida casi del todo. El subcomisario hizo ademán de bajar, pero Luce le sujetó las manos, las dos, estrechándoselas con fuerza: le imploró que la dejara ir sola. La muchacha saltó sobre el borde de la barca y empezó a subir lentamente por los escalones.

La casa de la abuela estaba en el último piso. Ahora veía el ventanal de arco abierto que daba al jardín de abajo. Ahora veía la alta puerta marrón, y ahora veía la tela opaca de una Virgen de Pompeya encerrada en la urna de cristal. El umbral estaba entreabierto. Luce lo empujó muy despacio y, quitándose la máscara antigás, se decidió a entrar.

Vieja casa napolitana, pensó, vieja casa napolitana con su abrazo sonriente, con su

compostura de sofás alborozados, de guardamalletas maliciosas, de consolas coronadas con estatuillas de bronce y pillastres de terracota. Vieja casa napolitana con su alegre perfume de nada, incluso ahora que toda la ciudad expira a sus pies. Vieja casa napolitana con su gallardo aroma a polvo que forma una sola mixtura con el damasco de las butacas. Ahí está el salón amarillo de ingreso, y el salón verde de la sala sucesiva, y el azul en la tercera. Ahí está el despacho del abuelo con la péndola detenida a las tres y veinticinco. Ahí está la sala con el piano de cola. Ahí está el salón rojo con tres balcones abiertos al jardín.

El alto respaldo del sillón lacerado por hilos grises no permitía advertir si había alguien sentado allí. Una mano se extendió por su brazo. En el dedo anular brillaba una amatista. Era la mano de la abuela. Se movió muy despacio en el aire con un titubeo ligeramente tembloroso, para decir ven. Y la voz, en efecto, al cabo de un instante, dijo:

—Te estaba esperando.

Luce rodeó los ochenta y un años vivísimos de la abuela Giulia, se tropezó con su sonrisa, con su frente alta, con los cabellos blancos bien peinados, Luce se tropezó con sus propios ojos, que la abuela le había donado.

Cayó de rodillas, refugió la mejilla derecha en la pierna de la vieja señora y lloró las lágrimas más sinceras de sus últimos diez años. Ahora sentía que le tocaba la cabeza, como cuando de niña comprobaba si tenía fiebre. Sintió que le acariciaba el pelo y las mejillas. Sintió el dedo índice tibio bajo la barbilla como una invitación para que se miraran. Y se miraron, efectivamente. Y rieron juntas. Con su inevitable pañuelo blanco, la abuela secó las lágrimas a su nieta. Y con la mirada la invitó a sentarse en el sillón frente al suyo.

—Me he enterado de que ibas a casarte hoy. —Sí...

—¿Ha ido todo bien?

—Sí... pero... pero tú...

—Luce, el afecto y la presencia no son lo mismo.

—Pero ¿por qué te has quedado aquí, abuela?

—¿Por qué? Porque aunque me hubiera ido a otro sitio seguiría estando aquí. Hay lugares en los uno está desde siempre, desde antes de nacer. Y en esos lugares permanece uno, vaya donde vaya. Permanece allí incluso después de muerto, aunque nadie se dé cuenta. Luce mía, hubo un tiempo en el que Nápoles tenía familiaridad con la vida. Una gran familiaridad. Era una especie de suavidad, una ligereza hastiada de vivir y al mismo tiempo deseosa de vivir. Se notaba en un pañuelito colorado que resoplaba en el bolsillo de una chaqueta, se notaba en la apatía irónica y mecánica de un abanico, o bien se notaba en el temblor de un bastón de caña empuñado por los señores que paseaban entre los pasos perdidos de Toledo cual rabadomantes del desasosiego.

»Verás, era un mundo capaz de curarse de los pequeños rituales de la existencia, porque no tenía confianza en los grandes, en los históricos, en los definitivos en suma. Nápoles no ha creído nunca en los finales y, cuando lo ha hecho, ha sido por sabiduría, digamos que por una ficción superior. Este antojo griego de ir tirando dependía del hecho de que la ciudad gozaba de un trato privilegiado con la muerte, con la muerte y con todos

sus símbolos.

»Sabes, la única cosa que te consiente distinguir entre los conocidos y las amistades es la indiscreción. Y Nápoles con la muerte siempre ha sido indiscreta, porque Nápoles, con la muerte, había entablado una amistad antigua. La mayor parte de las indiscreciones llegaba de los fantasmas y estos fantasmas provenían de todas las categorías sociales. Había fantasmas de reyes, de reinas, de científicos, de pescadores, de amantes fogosos, de curas, de lugareños, de asesinos. Había incluso fantasmas de animales. Hasta hace pocos años, querida Luce, podías encontrar a gente capaz de pasarse una noche entera en el parque de Capodimonte para sorprender la imagen de la reina Maria Carolina detrás de alguna ventana del palacio.

»Aquí detrás, cerca de la plaza, había testigos de lo más serio que juraban oír las ruedas de la carroza del príncipe de San Severo, que juraban oír los lamentos de lascivia y los lamentos de agonía susurrados por Maria d'Avalos y Fabrizio Carafa, los dos amantes asesinados mientras hacían el amor. Había gente que juraba oír los pasos tristes de Gesualdo da Venosa, el marido de ella, el hombre que ordenó matarlos.

»En el frente del mar, los fantasmas contaban con escenarios fabulosos. Aparecían por el ventanaje de Palazzo Donn'Anna, por los acantilados de Trentaremi. Después existían fantasmas privados, como el *monacello*<sup>18</sup>, y fantasmas públicos, como Corradino de Suevia, avistado en el mar por los pescadores mientras navegaba acompañado cada noche hacia el patíbulo.

»Platón dice que cuando, tras una muerte violenta, el alma se ve obligada a separarse del cuerpo, vuelve al lugar de su fin, vuelve a cortejar el recuerdo de su propia carne con incredulidad, con una obstinación especial. Luce, ¿por qué no ve ya Nápoles a sus fantasmas? ¿Por qué han perdido los napolitanos el privilegio de hablar con ellos? Y sobre todo, ¿qué es más inquietante para nosotros? ¿Es más inquietante un fantasma que aparece o uno que desaparece? Yo me pregunto, para un ser humano o para un pueblo, ¿es más desconcertante la materialización de sus fantasmas o es más desconcertante su desaparición? Verás, el placer de asistir a la aparición va acompañado siempre por el miedo a asistir a la propia aparición. Y es ahí, en ese cortocircuito del deseo y del temor, donde nacen las formas más altas de la emoción. Algunas veces los fantasmas pueden estar muertos, pero otras veces pueden estar vivos. Fantasma puede ser una historia entera que regresa, en la que varias voces reclaman un derecho, una verdad. Fantasma puede ser nuestra adolescencia sepultada en el silencio. Fantasma es el arte con sus rostros inmóviles dentro de las telas, dentro del mármol. Claro, en cada aparición hay un encuentro, un encuentro entre un elemento inmaterial que se manifiesta y un cuerpo vivo que recibe la visita. Pero la más extraordinaria de las apariciones tiene lugar cuando nuestro cuerpo ve el fantasma de sí mismo de regreso de las sombras de algunas décadas atrás, de las sombras detrás de las cuales habíamos enterrado esa parte de nosotros.

»Es una especie de aparición en el espejo. Un gran incidente o un gran deseo liberan el espejo de la tela con la que lo habíamos tapado para no ver nuestra parte más antigua y más verdadera.

»Dicen que esta es una época materialista. En cierto sentido es verdad, pero los

encuentros entre los cuerpos se han vuelto raros y los encuentros con nosotros mismos, más aún.

»Nápoles ha dejado de reconocer a sus fantasmas, ha dejado de tener familiaridad con la muerte y por eso ha perdido la sabiduría de vivir en lo profundo. ¿Sabes cómo se llama el fantasma en esta ciudad? El espíritu, se llama espíritu. Las manifestaciones de los espíritus eran esas apariciones en las que uno se decía a sí mismo todo aquello que en la vida cotidiana aparente no podía decirse.

»Esta es una vieja casa, Luce, aquí he vivido siempre. Aquí he amado a tu abuelo. En las viejas casas hay siempre ruidos extraños, ruidos imprecisos, algunas veces alarmantes. Proviene a menudo de una habitación que no es aquella en la que estamos. Más a menudo, los ruidos provienen de un desván, o de un sótano. ¿Por qué los ruidos se irradian desde lugares de la casa a los que no vamos nunca? En los sótanos se apoyan los cimientos del edificio. De ahí es de donde provienen los ruidos, de los orígenes, de la zona de la construcción donde de una vez por todas se decide la solidez. Los ruidos llegan desde un recoveco de la casa que no controlamos directamente, recoveco donde la disposición de nuestras cosas nos es desconocida o es una disposición que recordamos con vaguedad. Nuestros contactos con los subterráneos siempre están dominados por la oscuridad, o como mucho, por la penumbra. Así pues, ¿qué ratones o qué fantasmas provocan el ruido? ¿Qué carcinoma, qué hundimiento espontáneo de la madera hace crujir una viga? La antigüedad de una casa es directamente proporcional a la riqueza de sus ruidos imponderables. Los ruidos imponderables son los que no están determinados por agente humano y son achacables a causas físicas desconocidas, en una palabra, a efectos sobrenaturales.

»La antigüedad de las cosas está en la madera, en las terracotas, en las argamasas friables. Y todo esto nutre la vida de los musgos, de las ortigas, de las hormigas, de las golondrinas, de los grillos, de las mariposas, de las lagartijas, de los murciélagos. Cuanto más indeterminables en su número y en su calidad sean los ruidos de una casa, más antigua será esa casa. Cuanto más antigua sea la casa, más ruidos no interpretables se producen. Una vieja casa debe poseer un elevado número de ruidos y una tranquilizadora inexplicable.

»Un pueblo con una gran historia lleva siempre a sus espaldas el recuerdo de muchos ruidos y muchos fantasmas. Traicionarlos no está bien. Y no está bien olvidarlos.

—Abuela... Abuela, te lo ruego, vente conmigo.

—No, Luce, no. En estos días he sentido amargura. Pero este silencio tan atroz es también dulcísimo. Este silencio ha restituido la ciudad a sí misma. No durará, ya lo sé. Pero estas son las horas en las que gobierna el mar, en las que las piedras recobran la palabra negada.

—No puedes quedarte aquí, abuela. No puedes.

—¿Eres feliz?

—No.

—¿No?

—No. Me he casado hoy y esta misma tarde mi marido me ha dejado sola por alguna

razón que aún desconozco.

—Luce, Diego Ventre es un gran abogado. Un hombre de inteligencia superior. Pero Diego Ventre es también un mafioso.

—Abuela... Pero...

—Un mafioso de extremo refinamiento. Le he visto dos veces en toda mi vida. Y he recibido pequeños trozos de indiscreciones. He reunido los indicios. Pudiera ser que me equivoque. Pero nadie se compra todo lo que ha comprado él, ni defiende a todos esos que él defiende, ni estrecha las manos de todos los poderosos que conoce, sin ser adecuadamente mafioso. Dicho esto, incluso un mafioso puede amar, y tal vez él te adore con una sinceridad muy elevada, porque sabe cuál es el precio de las cosas.

»Si se conoce el valor del mal, el valor del bien puede brillar aún más.

»Cuando el bien se le presentó con tu cara, debe de haberlo reconocido como el más precioso de los dones de este mundo. La vida es de lo más extravagante: tú has vuelto a nuestra almadraba de Cetara gracias a él, mejor dicho, gracias a lo que él apreciaba dentro de ti. Tu padre es un buen hombre, pero fragilísimo; tu madre era su mal necesario. Pero tú eres toda nuestra memoria. Te amo yo y te aman nuestros fantasmas. Debes ser fuerte, pequeña mía, muy fuerte. El mar ha entrado en la ciudad, el fuego la amenaza, el aire es ceniza, la tierra vomita llamas. Y tú no sabes cómo amar al hombre que no sabes bien quién es. Con todo, no lo olvides, detrás de cada muerte hay un alba. No hay sombra que pueda durar para siempre. Ahora márchate. Te lo ruego, márchate.

—Abuela, vente conmigo.

—Hay aceite suficiente en casa. Y galletas de trigo. Puedo sobrevivir largo tiempo. Siento mucha curiosidad. Quiero ver cómo acaba esto y si acaba como creo que acabará. Y quiero verlo desde esta casa. Porque es aquí donde estaba antes de nacer y es aquí donde permaneceré después de mi muerte.

—Abuela, te lo ruego.

—Ven aquí, de rodillas, como cuando eras una niña. Eso es, así. Escúchame bien. Tú te has mostrado extraordinaria al venir. Yo quiero estar a tu altura y mostrarme extraordinaria permaneciendo aquí. Mira, este es mi anillo, la amatista luminosa que siempre te gustó tanto. Ahora vamos a colocarlo en tu dedo, así. Cásate conmigo, hoy. Cásate con mis recuerdos. Únete a mi memoria y sé serena.

**Cetara. 20 de septiembre. Noche.**  
**La Almadraba**

En el cielo de Nápoles iridiscencias nunca vistas se expandían contra los horizontes azules de la tierra y del mar. Parecía la apertura en abanico de la cola de un pavo real. San Giovanni a Teduccio, Portici, Torre del Greco observadas desde el mar, sin luces, se parecían a inmensas cámaras mortuorias vacías. Sentado frente a ellas en la gran lancha motora que se deslizaba por aguas de lo más tranquilas, su tío le estaba contando a Luce que las antiguas ruinas romanas de Herculano se habían vuelto increíblemente parecidas a los edificios de la ciudad nueva. La ciudad vieja alcanzada por la erupción del 79 d. C. y esta otra de tobas más recientes, abandonada por todos, aparecían como el rey y la reina de un mismo reino, sentados uno junto al otro en sus tronos, coronados ambos por el vacío, unidos en la empuñadura de un único cetro: la catástrofe. Y sin embargo, de todo aquello emanaba una fascinación perversa. La naturaleza había eructado, abrasado, inundado, había levantado su voz milenaria en redobles de fuego bajo la tierra, había parido desgranamientos, silbidos gaseosos hacia las estrellas, aunque, eso parecía, lo había hecho únicamente para extender sobre todas las cosas el pendón de la victoria, en el que relucían, mudas, las cifras del silencio.

La histeria de la gente había sido atajada por una mirada de gigante mortal. La zarabanda de caprichos, vulgaridad y futilidad cotidianos había recibido un bofetón que la había dejado, alelada, en silencio.

Eso, la abuela Giulia lo había entendido a la perfección. Se había quedado en su vieja casa de piazza San Domenico, oyendo la respiración de una extraña melancolía, de esas que aletean sobre las tumbas herbosas de los cementerios campestres, donde la muerte adquiere esa gracia capaz de acompañar visiones incluso en ausencia de ruidos. La abuela se había quedado porque el silencio había sido la voz de su tiempo, el tiempo en el que las epilepsias acústicas de la modernidad seguían siendo casi ignotas y el alma era capaz de dibujar figuras de amorcillos sobre la pizarra azul de los días hermosos.

La quinta de Cetara, encajada entre las rocas por encima del pequeño puerto, resplandecía en la agonía de sus antorchas. Luce pensaba que hubieran debido brillar en su primer día de casada. Ahora percibía su vaguedad temblorosa y las sentía como lámparas votivas encendidas sin buenas intenciones.

La lancha motora se arrimó al embarcadero. Luce abrazó con fuerza a su tío. Saltó sobre el costado de la barca y se alejó con las manos en los bolsillos.

En la pequeña planicie donde se abría la entrada a la almadraba se tropezó con el mismo hombre de guardia que le había impedido salir. Lo miró con indiferencia. El patio estaba desierto: Manlio ya no estaba. Confió en que se hubiera ido a dormir.

En el gran salón central, Diego Ventre estaba en un sillón azul junto a la chimenea. Cuando Luce apareció bajo el arco de la puerta, él trazó con la cabeza un movimiento lentísimo. La miró con frialdad entre un celaje de humo. Ella se sentó en el sillón gemelo frente a él. Se le quedó mirando.

Los ojos de ambos se desafiaron durante un rato muy largo.

Luce se recogió el pelo en una cola que le caía por la espalda.

Él habló:

—Lo siento, Luce. Lo siento mucho pero no podía hacer otra cosa. Hay una persona agonizando en el hospital.

—Ventre, yo no sé nada de ti. En esta boda no estaba tu padre, no estaba tu madre. No había ningún pariente tuyo. Solo un hermano, a quien Dios proteja, tu hermano, tan triste, tan solo.

»Ahora vienes a decirme que hay alguien agonizando en el hospital. ¿Qué significa para ti? ¿Quién puede ser esa persona que no estaba aquí hoy y por quien has abandonado todo esto?

—Un cliente, Luce, solo un cliente.

—¿Un cliente? ¿Cliente de qué? Debe de ser muy importante ese cliente. Tú eres abogado penalista, ¿qué le ha podido ocurrir a ese señor? ¿Acuchillado? ¿Tiroteado?

—Es mi trabajo.

—Ventre, dime la verdad. ¿A qué te dedicas? ¿Qué es lo que haces realmente?

—Deja correr mi trabajo.

La mano derecha del abogado caía pesada sobre el brazo del sillón y parecía una garra en reposo.

Luce captó toda la ferocidad de las últimas palabras susurradas por él. Respiró, se apoyó en el respaldo. Los ojos se le humedecieron de rabia, de disgusto.

Después susurró su estocada de amor.

—Diego, ¿has matado alguna vez?

Él la miró durante un buen rato. Se levantó. Se sirvió whisky en un vaso rojo. Volvió a sentarse. Captó en los ojos de ella toda la aguda abnegación de quien está desesperado. Sintió que le debía sinceridad. Sintió que le debía la confesión más profunda de su vida.

—Sí, Luce. He matado. Una sola vez. Por amor hacia mi padre. He matado una sola vez. Por amor hacia mi madre.

—Pero, Diego, cuando...

—Basta, Luce. Basta.

—Una cosa más, espera. Dime la verdad. Tú eres un mafioso.

Él empezó, poco a poco, a sonreír. Dio unos sorbos. La miró. Le cogió la mano con fuerza. La puso de pie. La besó en la boca. La abrazó girando con ella, como en un baile lento. Y giro tras giro, de espaldas a la pared y de nuevo de espaldas a la pared, se vieron en el suelo, en la oscuridad, protegidos por la terraza de columnas. Ella lo besaba solo

con la boca. Ella lo tocaba solo con las manos. Él sintió en el pecho de Luce como un jadeo frío. En un instante le abrió el alma y las piernas. En un instante le atravesó la abertura celosa del espíritu, se lo llenó de él y ella lo acogió en su vacío y en su silencio. Él la cargaba de ardor y ella no estaba allí. Las embestidas recibidas la llevaron lejos. Ahora no era ya hembra, era la tierra, era los Campos Flégreos insuflados de fuego, era el mar indiferente que llena y se desborda en las calles del sol. Él la montaba con ímpetu y la amaba con rabia, pero ella no estaba allí. Luce veía una oscuridad cremosa ante ella. En el fondo de lo negro solo estaban los ojos de su abuela. La muchacha sentía dentro y encima de su cuerpo el peso de un niño fuerte que empujaba pasión para decirle: no entiendes mis palabras. En el instante en que se verificó el apagamiento del placer, Diego comprendió hasta qué extremo podía ser el cuerpo la más muerta de las cosas si el alma está lejos. Sintiendo todo el dolor, le pareció como si del rincón del mundo en el que ella se había refugiado le llegara una voz de niña que decía: «Diego, tú no entiendes mis palabras».

**Salerno. 21 de septiembre. Mañana.  
El bufete Ventre**

–Señorita, tengo una cita a las diez. En cuanto llegue mi cliente, hágala pasar.

–Sí, abogado.

–A los cinco minutos de su llegada, llame usted a la puerta de mi despacho y pídamle permiso para marcharse. Yo le diré que sí. Usted se irá. Que el despacho se quede vacío. Las secretarías, los asociados, todo el mundo fuera.

–¿Cuándo quiere que volvamos, abogado?

–Por la tarde, ya por la tarde, antes no.

Diego Ventre estaba detrás de su escritorio en estilo florentino y hojeaba un expediente. El nuevo bufete de Salerno había nacido en previsión de la catástrofe flégreá.

Al día siguiente de la erupción, Ventre fue el primer abogado napolitano en disponer de una sede legal lista para sus empleados y sus clientes. La ventana a sus espaldas, escudada por pesados cortinajes color nata con guardamalleta azul, daba al paseo marítimo Trieste. Se entreveía la Marina de Vietri: allí, al fondo, estaba Cetara, estaba la almadraba, estaba Luce.

–Oye, Sandro, soy yo. Cuando llegue la señora no quiero a nadie por aquí. Los hombres de protección fuera del piso, lejos del rellano. Tú también, tranquilo. Vigila únicamente la entrada al edificio. ¿De acuerdo? Gracias.

Sonó la línea interna:

–Abogado, está aquí la señora Lerro. ¿Quiere usted que pase?

–Sí, hágala pasar.

Diego se levantó, miró el gran espejo rectangular colgado detrás del escritorio y lo abrió como si fuera la puerta de un armario. Detrás había una cámara de vídeo con el objetivo dirigido hacia el escritorio, para encuadrar las dos sillas en las que normalmente se sentaban los clientes. Ventre accionó la grabación y volvió a cerrar el espejo. En la habitación había un micrófono mimetizado en un aplique, tan sensible como para captar el vuelo de una mosca hasta el pasillo de acceso.

Dos golpes en la puerta. La secretaria abre y esboza una sonrisa. La señora Lerro entra. Lerro, Annunziata Lerro. La que un día fuera la más guapa de tercero de secundaria mientras Diego estaba en segundo. A la que siempre miraban los alumnos, los profesores y bedeles. La que dibujaban con rotulador en los azulejos de los servicios. Annunziata, a la que un día Diego mandó a casa trece rosas rojas por su cumpleaños y

ella se limitó a decirle «gracias, no tenías por qué molestarte». A la que venían a recoger a la salida del colegio veinteañeros tatuados con motos de gran cilindrada. Annunziata, que a los trece años y medio era ya toda una mujer mientras que Diego a los doce seguía siendo un niño.

Con el tiempo, un día en que el abogado vino a Nápoles desde Palermo, un día en que el antiguo alumno de segundo se había convertido en un joven de mirada profunda, ella se lo encontró delante del Gambrinus. Él la reconoció, le invitó a un café en el bar, ella dijo que no hacía falta que se molestara. Sonrieron en sus sonrisas rememorando la frase ya pronunciada el día de las rosas. Aquella tarde en el bar, mientras Ventre azucaraba su café, miró al espejo de detrás de la barra, y allí, entre las botellas de limoncello, sorprendió a Annunziata mientras le miraba los hombros con ojos morbosos. Cuando media hora después se despidieron delante del San Carlo, ella le apretó la mano con fuerza y, sujetándosela, susurró: «¿Sabes que te has vuelto un chico muy guapo?». Él contestó: «Tú siempre lo has sido». Al separarse, ella le agarró de la chaqueta y le estampó un rápido beso entre el cuello y la oreja. Dos años después se había casado con Pasquale Lerro. Ventre, cuando lo supo, no pudo evitar una sonrisa. «Esa era su carrera y eso es lo que ha hecho. Ha llegado a lo más alto. Quiero decir, a lo más bajo. Ha llegado tan alto que ha tocado fondo.»

Ahora Annunziata estaba delante de él, en todo el fulgor ambarino de sus cuarenta y seis años, con la piel compacta, cetrina, los cabellos negros y muy largos, movidos y ensortijados de forma natural. Con pantalones blancos, chaqueta blanca, top azul, zapatos altos y olor a cosméticos y a mar. El labio inferior levemente caído, en un gesto que rayaba entre la desilusión y la vulgaridad.

—¿Qué tal estás? ¿Podemos seguir tuteándonos?

—Abogado, esa pregunta tendría que hacértela yo a ti.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

Los dos golpes en la puerta. Los dos golpes pactados.

—Adelante, señorita, entre.

—Abogado, discúlpeme, si no tiene inconveniente, me marchó.

—De acuerdo, nos vemos esta tarde. ¿Queda alguien en el bufete?

—Nadie, abogado.

—Bien, hasta luego.

La puerta se cerró de nuevo, los tacones de la secretaria testimoniaron su alejamiento y su salida.

—¿Para qué me has hecho venir aquí?

—¿Para qué? Annunziata, yo también me lo pregunto. La respuesta es que no hubiera debido hacerlo. Estoy yendo contra los principios de mi profesión.

—¿Ah, sí?, ¿conque tu profesión tiene principios?

—Sí, los tiene. Retorcidos, pero los tiene. La cuestión es muy sencilla: hemos sido amigos.

—¿Que hemos sido amigos? ¿Por un ramo de rosas y un café?

—No, por todo lo que no te dije nunca antes del ramo de rosas y por todo lo que no te dije después del café. Pero no es esa la cuestión. Para las lágrimas y los besos ya es tarde. Pero aún estoy a tiempo de echarte una mano.

—Pero ¿no eres tú el abogado de la familia que quiere devolverle el favor a mi marido?

—Precisamente por eso.

—¿Precisamente por eso?

—Por esa misma razón puedo ayudarte.

—*Avvocà, se po' fumà ccà dintò?*<sup>19</sup>

—Te lo ruego, el cenicero está ahí.

Annunziata se encendió un cigarrillo. Diego Ventre acercó una cerilla a la extremidad del puro. Dio cuatro, cinco caladas. Ella cruzó las piernas.

—Annunziata, tengo que hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Dónde está tu marido?

—No lo sé.

—Yo sí. Yo lo sé.

—¿Sí?, ¿lo sabes?

—Lo sé, Annunziata, lo sé.

—Pues si lo sabes, díselo a quien tengas que decírselo. Haz que lo detengan. Así, de una vez para siempre, nos lo quitamos de en medio, yo por mi lado y tus clientes por el suyo.

—Eso no es lo que tú quieres.

—¿Y qué sabrás tú de lo que ando buscando yo?

—Si miramos a Pasquale Lerro, como tu marido, bueno, no me extraña que no te importe prescindir de él: creo que te ha enredado la vida. Sin embargo, si miramos a Pasquale Lerro como padre de tus hijos, entonces la cosa cambia: que esté entre rejas no te conviene.

—Ya no hay nada que me convenga.

—Escúchame bien, yo no te he llamado para hacer encaje de bolillos. Yo te he llamado porque puedo ayudarle.

—¿Y tú quieres ayudar a ese animal?

—Si le ayudo a él, ayudo el porvenir de tus hijos, y naturalmente también el tuyo.

—*Avvocà*, pero ¿qué es lo quieres de mí?

—Solo quiero saber si estás lista para marcharte a Nueva York.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Nueva York?, pero ¿por qué?

—Dentro de unas horas, se pondrá en marcha una operación que la policía lleva tiempo preparando. Si sale bien, tu marido acaba entre rejas. Si acaba entre rejas, le meterán en un pabellón donde hay mano de obra a las órdenes de gente más importante que él. Eso significa que, en un noventa por ciento, Pasquale Lerro morirá en la cárcel. Tú te convertirás en viuda, tus hijos en huérfanos. Te verás obligada a dejar todo lo que has

acumulado.

—¿Y si la operación de policía fracasa? ¿Si no acaba entre rejas?

—Annunziata, en tu opinión, ¿cómo es que yo sé dónde se encuentra tu marido?

—Te lo han dicho los de la familia Denza.

—¿Ves lo lista que eres cuando razones? Si lo sé yo, lo saben ellos también. Si la captura falla, se monta el atentado. Y tú serás viuda en cualquier caso, y tus hijos huérfanos. La familia Denza absorbe todos los tráfico y una vez más lo pierdes todo. ¿Está claro?

—Está claro. Pero ¿a qué viene lo de Nueva York?

—Yo puedo hacer que le llegue un aviso a tu marido. Se encargaría un amigo serio. Pasquale Lerro cambia de piso, cambia de escondrijo, cambia de ciudad. El día anterior la policía no lo encuentra y al día siguiente no lo encuentran los Denza. Pero esa es gente muy suya. Y si no lo encuentran, irán a verte a ti. En definitiva, que si no lo encuentran, la tomarán con tus hijos. Con tus hijos. Si te marchas a Nueva York en cuanto yo te lo diga, no le encuentran a él, no te encuentran a ti y no encuentran a tus hijos. Te quedarás una temporada en Norteamérica. Ya te diré yo cuándo se calman las aguas y te haré saber cuándo puedes regresar.

Silencio. Annunziata aplastaba la colilla consumida hasta el filtro. Se llevó una mano a la nuca y miró hacia las cortinas, hacia el mar. Los ojos se le endulzaron y respiró con aliento largo.

—Diego...

—¿Sí?

—Diego, ¿me queda elección?

Él sonrió con melancolía y meneó la cabeza muy despacio. Estaba diciendo que no. Ella se levantó, abrió las cortinas y se puso a escrutar la carretera costera. Él le apoyó una mano en el hombro. Annunziata se volvió con los ojos húmedos, las fosas nasales se le dilataron, lloró en silencio. Después dijo:

—Diego, ¿por qué quieres hacer esto por mí?

Él la besó en la boca. Labio contra labio, sin darle la sensación de querer ahondar. El abrazo fue interminable. Dentro de aquel vértigo, Annunziata sintió el placer de la rabia y el placer de la inocencia. La cinta del tiempo se estaba rebobinando. Ahora respiraba con la boca de sus trece años. Diego le quitó la chaqueta, le quitó el top, le sacó un pecho de la copa del sujetador, lo asió con decisión delicada. Ella se abandonó como dejándose arrastrar a una venganza negra, fue empujada con garbo, apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio, sus anillos produjeron un ruido de hembra sobre el cristal. Diego le desabrochó el cinturón, le desabotonó los pantalones y se los bajó de un solo tirón, se abrió camino a través de la seda blanca que le protegía la hendidura del odio y la envainó sonriendo. La tomó y la mantuvo así, durante más de una hora, mirando de vez en cuando hacia el espejo, complacido en que el encuadre de la cámara de vídeo secreta fuera perfecto. Después la indujo a arrodillarse y le azucará la garganta. Ella se regodeaba en la insolencia líquida, al igual que Nápoles pocos días antes lo había hecho con su mar. Al final él se colocó delante del espejo, se quedó mirando al centro, donde

sabía que el ojo digital estaba filmando. Esbozó una sonrisa que ella no vio y se ajustó la corbata suelta.

**Salerno. 21 de septiembre.  
Primera hora de la tarde**

Sobre el escritorio de Diego Ventre hay una cinta de vídeo. Diego la está introduciendo en un sobre y se dispone a aplicar tres sellos de laca.

La cinta contiene la grabación de su encuentro con Annunziata: la parte sin palabras en la que se veía claramente a la mujer inclinada sobre el cristal de la mesa. Ahora el abogado está marcando el número de teléfono del defensor de Pasquale Lerro.

—¿Oye? ¿Qué tal estás? Sí, bien, gracias. Escucha, ya me he reunido con la señora. Todo en orden. Te llamo porque mis clientes quieren emprender negociaciones. Digamos que hay señales de dulcificación que nos convienen a todos. Dentro de una hora recibirás una cosa. Tú entrégasela a ese amigo tuyo. Insisto, directamente en sus manos. Si él quiere informarte del contenido, es asunto suyo. Pero la cosa ha de entregarse sin que nadie meta las narices en ella. Es un pasaje delicado.

»Si te entra cualquier tentación preventiva, que se te pase rápido. Sí, se la das directamente a quien tú ya sabes, pero que no pase de esta noche. Después ya hablaremos con calma. De acuerdo, te lo agradezco.

Ventre llamó al teléfono interno de la secretaria; le dijo que le mandara a Sandro. Dejó en manos de su hombre de confianza el paquete que había que entregar al abogado de Lerro, insistiendo en la discreción absoluta en cuanto a la elección del mensajero.

—Dentro de una hora tengo una cita en el Lloyd's Baia di Vietri. Que preparen un coche. Nada de escolta. Iremos tú y yo, solos.

El abogado permaneció en su despacho, el reloj de péndulo marcaba los latidos de su natural paciencia. El buró de piel verde seguía exhalando retazos del perfume de Annunziata. En el cristal que protegía el escritorio permanecía marcada la huella de la mano derecha de ella. Diego había verificado la filmación, la había duplicado, había guardado una copia de la grabación en el bolsillo de su chaqueta, mientras la otra viajaba hacia el estudio del abogado de su enemigo, del hombre que había ordenado el atentado contra Carmine Denza.

A las dieciséis treinta, Diego Ventre fue a sentarse a una mesa en la playa del Hotel Baia. Sandro vigilaba desde una terraza. Poco después llegó un hombre cincuentón, traje gris, físico macizo.

—Estimado comisario, discúlpeme por haberle molestado.

—Nada, abogado, no se preocupe, estaba aquí mismo. Nápoles entera se ha trasladado

a Salerno.

—Lo sé, lo sé. Jefatura central de policía, gobierno civil y las comisarías. ¿Y ha encontrado usted casa aquí?

—No, no, estoy en un hotel, en Cava. Aquí está todo atascado.

—¿Le apetece un café?

—Con mucho gusto.

—He querido reunirme con usted por una cuestión muy delicada.

—Usted dirá.

—Ya sabe que soy el letrado de Carmine Denza...

—Parece ser que le han disparado. Hay quien dice que podría haber muerto. En todo caso, usted no me dirá nada.

—Comisario, a los delincuentes usted los detiene y yo los saco libres. Algunas veces usted intenta detenerlos y yo intento que no vayan a la cárcel. Somos tres entidades muy unidas. Los criminales, los abogados y la policía. Si todo esto no existiera, usted y yo no habríamos llegado a conocernos, lo que hubiera sido una lástima.

—Abogado, si está usted hablando ahora conmigo, es porque Denza sigue vivo. Tal vez salga de esta, tal vez no, pero desde luego sigue aún vivo.

—Comisario, yo me guardo mis secretos profesionales y usted los suyos. Debe reconocerme, sin embargo, que con mucha elegancia y sin traicionar a nadie le he conseguido buenas operaciones.

—Las operaciones que me ha conseguido me convenían a mí, a usted y al Estado. Así que todos contentos.

—¿Azúcar?

—Amargo, gracias.

—Comisario, es usted un hombre de gustos fuertes, y hoy aquí eso es lo que hace falta. Verá, lo que quiero decirle es lo siguiente, existe la posibilidad de llevar a cabo un buen servicio.

»Bueno, muy bueno. El mejor que haya realizado usted hasta ahora.

—¿Abogado, no me diga que se va a entregar usted?

—Su humorismo me gusta. Desde luego, tiene usted razón. El más bobo de los abogados sabe cien cosas más que las que saben los criminales a los que defiende. Y yo, no siendo el más bobo, sé hasta mil cosas, tal vez diez mil, cosas que nos resultarían muy útiles y que nos harían empalidecer. Sin embargo, qué quiere que le diga, comisario mío, yo soy como el sacerdote, conozco bien los pecados, pero son pecados que no he cometido. En cualquier caso, me hace ilusión la idea de que piense usted que mi arresto sería el mejor golpe de toda su carrera de policía.

—Era una broma, abogado, por mucho que, digamos la verdad, con los tiempos que corren, todo sea posible.

—Yo he arriesgado mi vida más de una vez, comisario. Y usted, desde luego, arriesga todos los días la suya. Dos personas a las que no les faltan agallas para ir apañándose así, por encima de todo, se entienden.

—¿Quiere decirme de qué se trata, abogado?

–Sí. Se lo digo. Puedo conducirlo al arresto de Pasquale Lerro.

–¿Pasquale Lerro?

–Pasquale Lerro.

–Abogado, hace once años que no fumo y me han entrado ganas de pedirle un cigarrillo.

–Lo siento, comisario. Puros nada más.

–¿Dónde está?

–Eso no lo sé. Pero sé adónde irá entre esta noche y mañana.

Usted puede detener al jefe de una de las dos agencias criminales más poderosas de Nápoles y de Campania.

–Yo, estimado abogado, siempre he pensado que la agencia criminal más poderosa es la que encabeza su defendido, ¿y sabe por qué?

–¿Por qué?

–Porque su cliente le tiene a usted como abogado defensor.

–Comisario, me halaga usted. Me hubiera gustado defender a Galileo Galilei de las acusaciones de la Iglesia, o a Juana de Arco, si lo prefiere. Me ha tocado Carmine Denza, qué le vamos a hacer. Nuestra profesión es así. Cuanto mejor es uno en lo suyo, más le hace falta proteger el cieno.

–Abogado, ¿cómo funciona el asunto?

–Verá, la mujer de Lerro tras la evacuación de Nápoles ha alquilado casa en Salerno. Via dei Mercanti 21. En el último piso. Esta noche o mañana por la noche, él irá a hacerle una visita.

–¿Es que ha perdido la cabeza?

–La perderá dentro de unas horas, estimado comisario. La señora es muy hermosa. Lerro es muy celoso. Hay siempre alguna escena de melodrama en la vida de estos animales.

–Pero ¿qué ha ocurrido, abogado?

–No me obligue a entrar en detalles. Parece ser que la señora no ha seguido la recta vía.

–Y usted, abogado, ¿qué pide a cambio?

–¿Le he pedido alguna vez algo a cambio de la información que le facilito?

–No. No, porque el intercambio quedaba implícito. Mis detenciones beneficiaban a sus clientes.

–Sus detenciones, comisario, han beneficiado a la justicia italiana. Y además, ¿qué sé yo de cuántos clientes míos ha detenido usted gracias a la información facilitada por la familia Lerro? No se sienta usado, se lo ruego. El ganador siempre es usted.

–¿Por qué lo hace?

–Se ha creado demasiada tensión. No nos viene bien a nadie. Además, yo, a mis defendidos, les cojo cariño. Y admitiendo que Denza siga aún vivo, admitiéndolo digo, desde luego no debe de estar en muy buenas condiciones. Usted decapita un clan. El otro clan estará tranquilo durante una buena temporada. El territorio ha cambiado. Tras la erupción de los Campos Flégreos ha cambiado la ciudad, han cambiado todos los

ayuntamientos de alrededor. Cuando se altera el terreno de juego, se altera el juego también. Y quién sabe si esta vez no cambiará el juego para mejor. ¿Qué clase de comercio tendrá Nápoles en el futuro? ¿Qué industrias habrá? Y yo le pregunto, comisario, ¿habrá acaso industria? ¿Qué actividades se desarrollarán en este infierno que por ahora flota sobre el agua y se ahoga bajo los gases? Antes que nada, habrá que rehacer de arriba abajo esta ciudad. ¿Cuánto tiempo hará falta? ¿Cómo se reconstruirá y a cargo de quién? Interesantes preguntas. Interesantes preguntas, ¿verdad? Es como si los franceses se despertaran una buena mañana en Inglaterra con la obligación de aprender el idioma inglés. Después de lo que ha ocurrido, los Denza y los Lerro quedarán pasados de época. Quedarán pasados de moda. ¿A qué comerciantes chantajearán? ¿Qué contratas se adjudicarán? ¿A quién le venderán sus partidas de droga? Pero sobre todo, ¿quién manejará el nuevo mecanismo de la reconstrucción? Los interlocutores de los Denza y los Lerro, los interlocutores de todos los clanes medianos, pequeños y anarcoides del territorio, ya no serán los que eran hasta la semana anterior. Los viejos delincuentes de Nápoles serán todos parisienses que se despiertan en Londres. Podría salir a la luz gente más despierta de la que ha velado hasta hoy. Comisario, permítame que le diga que le espera un periodo difícil. Cuando cambian las metodologías criminales, deben cambiar también las metodologías anticrimen. Sea como sea, por ahora llevará usted a cabo una operación estupenda. Dentro de cuarenta y ocho horas se adjudicará usted un fugitivo de excepción. No, se lo ruego, invito yo. Gracias por haber venido. Compraré los periódicos.

—Una última cosa, abogado. ¿No sabrá usted nada de un conflicto armado que parece haber ocurrido en la carretera costera entre Salerno y Pontecagnano?

—Comisario mío, ayer me casé y, como podrá comprender, estuve concentrado en mi felicidad. Pero reflexione, usted me pregunta algo acerca de un tiroteo que tal vez se haya producido o tal vez no. ¿No lo ve? Todo ha cambiado ya. En otros tiempos se indagaba sobre lo que ocurría. Hoy debe indagar usted sobre lo que tal vez no haya ocurrido en realidad. Ha sido un placer, comisario.

Las curvas de la carretera costera relucían bajo el amable sol de septiembre. Sandro conducía tranquilo hacia Cetara. Diego iba sentado a su lado. Tenía la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta. Empuñaba la cinta de la que Lerro, al cabo de no mucho, vería una copia. Tras haberla visto, la sangre le estallaría en las venas. Se dirigiría junto a sus hombres hacia Salerno e iría a la vivienda de su mujer, para matarla, para desfigurarla, para despedazarla. Pero le esperarían el comisario y sus policías. La síntesis cruda de la lengua de Nápoles flameó entre los pensamientos del abogado Ventre. Como le había ocurrido a su mujer, Annunziata, Lerro estaba a punto de que le dieran por culo por partida doble.

**Cetara. 21 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba**

La almadraba estaba rodeada por terraplenes de toba a pico sobre el mar. En un extremo de la gran tapia había una torreta circular. La abuela Giulia, cuando la propiedad pertenecía aún a los Sangrano, la llamaba el mirador. Luce iba allí siempre, de niña. Era su lugar preferido para el escondite y los juegos. La muchacha recordaba un caballete coronado por un antiguo telescopio, colocado allí, en medio de la sala redondeada. Estaba allí muchos años atrás y seguía estando en el día de hoy, en esa tarde de septiembre en la que, justo como muchos años antes, Luce había ido a esconderse por motivos muy distintos. El catalejo de latón relucía más que nunca. El abogado insistía en la manutención de todas sus cosas. La torre tenía dos amplias troneras rectangulares: una hacia el mar, otra hacia el edificio. Ella había acercado el ojo derecho a la lente y llevaba más de una hora escrutando el mar. Había visto una enorme nave mercante casi en la línea del horizonte. Había visto tres lanchas motoras de la policía fiscal, una patrullera de los carabineros, un hidroala que cubría la navegación entre Salerno y Amalfi. Ahora se topaba con la sorpresa. Eso era: había llegado la emoción. Había un delfín. Estaba a unos doscientos metros de la costa y se dirigía hacia Maiori. Se encabritaba fuera del agua como un flujo de alegría, volvía a caer hacia abajo como arrebatado por una incontenible nostalgia. Búsqueda del sol, nostalgia. Búsqueda del sol, nostalgia. Por encima del agua, por debajo del agua. Por encima del agua, por debajo del agua. Luce sintió aquel animal casi como si fuera el mascarón de proa que se le había escapado al barco de la humanidad feliz. El delfín parecía un pedazo perdido del estado de gracia que muchos siglos antes había sonreído al mundo. Desaparecido. Ya había desaparecido. Apartó el ojo del extremo de la lente, se lo restregó, volvió a acercarlo. Decidió girar el catalejo hacia la gran terraza de la villa. Ahí estaba. Terracotas sobre los parapetos y la trinitaria color rojo encendido que extendía sus tentáculos colorados sobre la porosidad de la vieja pared a la que se abren siete balcones. Los postigos están todos abiertos. En la primera habitación, decorada con cuatro sofás decimonónicos verde oliva, aparece Diego Ventre. Con chaqueta color nata, pantalones marrones, la elegancia natural de sus pasos. Lo sigue Sandro. El abogado va hasta la séptima habitación, se sienta tras un escritorio Luis XVI, coge el teléfono y llama a alguien. Sandro se sienta al otro lado de la mesa. Ventre se enciende un puro. Al cabo de un momento llega uno de los hombres de la escolta que está de guardia en la almadraba. Sandro le entrega unos billetes de avión. Luce no puede

saberlo: son para Annunziata. Diego lo ha organizado todo para que se marche ese mismo día, antes de que su marido vaya a buscarla para matarla tras haber visto el contenido de la grabación. Los tres hablan, después Sandro y el otro se despiden y se marchan. El catalejo sigue fijo en el abogado, que está sacando algo del bolsillo de la chaqueta y lo deja sobre el escritorio, es una cinta de vídeo. A sus espaldas hay un secreter, Diego va a coger las llaves ocultas detrás de un cuadro, abre las dos hojas, desbloquea una tapa secreta, y oculta la cinta en las vísceras del mueble. Lo cierra, vuelve a colocar las llaves detrás del óleo sobre tela que representa la pequeña playa de Minori. Después se quita la chaqueta, empieza a aflojarse la corbata. Luce se aleja del objetivo, aparta el telescopio y mira el horizonte sobre el mar. Piensa en lo que se ha visto reducida, en una espiona. Pero si espía, es porque la han dejado sola. Espía quien ha sido excluido. Espía aquel a quien han dejado fuera de la puerta. Espía quien ha sido mortificado y ofendido por la mentira.

La muchacha cruza los terraplenes con paso resuelto. Llega a la almadraba y entra en casa. Oye el agua de la ducha que corre abajo, lejos, en el cuarto de baño. Ventre se está duchando. Ella se detiene, mira. Va derecha hasta el cuadro, coge las llaves, abre el secreter, encuentra la apertura secreta, aferra el pequeño estuche que él acaba de ocultar. Lo cierra todo y sube a la carrera hasta el segundo piso, a su habitación. Cierra la puerta con llave. Coge su cámara de vídeo y la carga con la cinta misteriosa. Ahí están las imágenes. Una mujer morena de unos cuarenta y cinco años es empujada boca abajo contra un escritorio. Un hombre a sus espaldas le baja los pantalones y la acomete. El pezón del pecho golpea contra el cristal de la superficie. El escritorio es el del despacho de Ventre. El hombre que está poseyendo a la mujer es Diego. Luce se siente envuelta en una parálisis cerebral. No piensa. No siente rabia. No entiende. No quiere entender y no puede. Sigue mirando: el hombre con el que acaba de casarse, el hombre al que ha amado y sigue amando, el hombre que se ha comportado como si la amara está haciendo gozar a otra, está gozando de otra. Luce observa el coito en su ir y venir repetitivo. Los movimientos de él en el interior de la mujer ascienden a una especie de abstracción. Una abstracción que tranquiliza a Luce. Saca la cinta de vídeo y vuelve lentamente al piso de abajo. Vuelve a coger las llaves, vuelve a abrir el secreter, mete en su sitio la prueba. Lo cierra todo otra vez y va a sentarse a la terraza. No piensa en nada. Lo único que se le viene a la cabeza es el delfín, por encima del agua, por debajo del agua. Dentro, fuera. Cielo, mar. Cielo, mar, hasta el infinito. Diego surge de la penumbra del salón rosa, sale a la terraza, tiene un albornoz azul y el pelo mojado, peinado hacia atrás. Parece un hombre de los años treinta y ella piensa: «Ah, si tú no fueras como eres, sin dejar de ser el que eres».

Él la sonríe, se sienta.

—¿Qué tal, Luce? ¿Va todo bien?

—Todo estupendamente.

—¿Te apetece un té?

—¿Un té?

—Sí, ¿te apetece un té?

—No, quiero que venga el pintor que me estaba haciendo un retrato en Nápoles. Se quedó sin terminar a causa de la erupción. Era muy hermoso y me gustaría verlo terminado, por fin.

—Pero, Luce, quién sabe dónde...

—Se llama Francesco De Mattia. Me han dicho que tras la evacuación se trasladó a Paestum. Encuéntralo. Tú que sabes encontrarlo siempre todo, encuéntralo y haz que venga aquí.

Ahora ella se levanta, apoya las palmas de las manos sobre la balaustrada de traquita, tibia de atardecer. Arquea los riñones fajados en los pantalones blancos, muestra el relieve dulce de la espina dorsal a través del suéter de algodón abierto en la espalda, se vuelve, sonríe a Diego. Diego es incapaz de sonreír porque la desea. Luce se encamina hacia los terraplenes. Ahora, ante los ojos de él, es una figura clara, lejana, la reencarnación de una hembra aragonesa, sangre que, por lo demás, poseen los Sangrano. Luce entra en el mirador, se deja caer en el sillón de mimbre y vuelve a contemplar el mar. «El delfín, sí, soy como el delfín. Voy por debajo del mar de la vida y por encima del mar de la vida. Afloro a ras de agua sobre el presente que me vuelve vulgar toda la existencia. Me hundo en los silencios acolchados de los claros fondos marinos. El delfín, sí, soy como el delfín. Un instante antes, toda la asquerosidad del mundo, un instante después el vientre protector del universo, con sus colores, su lentitud elegante, sus promesas de alegría, hechas de cien piedras coloradas que están en el fondo del mar, siempre en el fondo.»

Cetara. 21 de septiembre. Noche.  
La Almadraba

Luce estaba recostada sobre la cama en la habitación oscura. Con los dedos se retorció las puntas de sus cabellos, lentamente. Por el balcón que daba al mar llegaban voces lejanas de pescadores deformadas por el embudo rocoso que acogía el puerto. «He salvado a mi familia, las casas de mi familia, las cosas de mi familia. Pero ¿quién salvará a Luce? ¿Qué me salvará a mí? ¿Me merezco la salvación?» Eso pensaba, muy despacio, cerrando brevemente los ojos, abriéndolos de nuevo, cerrándolos después otra vez. Se sentía llamada por el abismo de su imaginación y se repetía que solo la vastedad de su imaginación podría salvarla. Eso era, ahora se le aparecía la silueta oblicua de su abuela, el jardín de una pequeña amiga suya de niña en via Tasso, una partitura original de Ravel vista en París, la caligrafía auténtica de Leopardi en el trozo de papel donde duerme el *Infinito*. Luce, la delfina, estaba descendiendo al fondo del mar, en busca de un nacimiento aún protegida por el vientre de la gran madre. Más tarde, en el interior de los ojos se le encajaba un fotograma de Nápoles inundada, la mano de Diego apoyada sobre la nuca de la mujer a la que había visto desnuda en la filmación de unas horas antes. La delfina volvía a emerger, cabriolaba sobre el agua. Pero el hombre con el que se había casado se había demostrado extraordinario también, había sido auténtico también en el cortejo larguísimo. La delfina ahondaba de nuevo en la gracia de los blancos y amarillentos silenciosos, debajo del agua, donde podía volver a ver el carrusel de Paladino, el cuadro robado de Caravaggio, los músicos que tocaban para ella en los abismos sin sonido.

Un reclamo violento: desde el piso de abajo llegan voces. Alfredo Gemma, De Dominicis y el señor Pepe acaban de llegar, con el ajetreo de esa falsa alegría a la napolitana que eleva la obertura de los negocios.

—Pónganse cómodos, por favor. Alfredo, ponte ahí, ese es tu sitio.

—Abogado, aquí Gemma ha insistido para que viniéramos a visitarle. Yo les decía «A ver si le molestamos...».

—Ninguna molestia en absoluto. ¿Y bien? ¿Qué me cuenta?

—Abogado, le repito lo que le he dicho a Alfredo todos estos últimos días: es usted un genio.

—¿Eso cree, doctor? Pues guárdese para usted.

—¡Ja, ja! *Avvocà*, ¿se acuerda de aquella noche en que fuimos al Lido Virgilio? «¡Hay

que venderlo todo!» Ahora De Dominicis se ríe, pero casi le entra un retortijón. Pepe, usted se puso tan blanco como una lápida en el camposanto. Ahora, en cambio, están más contentos que unas pascuas, vienen tan frescos y le dicen que es usted un genio. Mientras tanto mi espalda ha tomado la forma del catastro, he destrozado seis fotocopadoras y habré dormido unas dos horas por noche.

—¿Qué les apetece beber, señores?

—Whisky.

—Se lo ruego, sírvanse.

—Además, *avvocà*, acuérdesse de lo que le dije, ¿no será por casualidad que se nos viene encima la erupción del Vesubio? Y usted me contestó: No, no. Agua. Agua. Nos tomó usted el pelo a base de bien. Porque al final el agua llegó de verdad hasta dentro de las casas.

—Es verdad. Pero ya se imaginarán ustedes que no podía decirles nada.

—¿Y ahora, abogado? ¿Hay algún otro misterio ahora?

—No, señor De Dominicis, no. En estos días tendré una reunión importante. El Estado se prepara para promulgar un superdecreto de los fondos destinados a la reconstrucción. Una vez que el mar se haya retirado y el fuego se haya calmado empezarán los estudios sobre el terreno.

—Discúlpeme, pero yo soy agente inmobiliario y no entiendo de esto. ¿Se retirará alguna vez este mar?

—Estimado Pepe, yo soy abogado y lo que puedo decirle es que si el mar no se marcha tendremos que expulsarlo nosotros. Y eso hasta sería mejor. Más trabajo. Más contratas. Más negocios.

Luce, desde lo alto del dormitorio, les oía reír y beber. Diego servía, repartía puros, escuchaba, se divertía y se distraía. Durante todo el día se había visto, una y otra vez, en su bufete, mientras, ante la cámara de vídeo, se ajustaba el nudo de la corbata tras haber poseído a Annunziata. Aquella sonrisa se la había dedicado a Lerro, y de Lerro, ahora, se imaginaba la cara delante de la filmación.

Ya eran las veintidós y veinte. Lerro había visto las imágenes a las veinte y cero ocho en su refugio búnker de Angri. Había cometido el error de ver la cinta de vídeo con dos de sus hombres. De manera que, cuando su intocable esposa, cuando Annunziata siemprevirgen apareció con el culo hacia fuera y las tetas colgando, doblada sobre el escritorio del abogado Ventre, quien se la estaba tirando con todas las de la ley, Lerro había roto el televisor de una patada, había hecho pedazos la casa y se había precipitado a Salerno para hacer con la señora algo que el mundo no podría olvidar. De modo que Diego sonreía y volvía a pensar en su sonrisa de unas horas antes, sonreía e incluso ahora se imaginaba la cara de Lerro, mientras De Dominicis hacía sus cálculos de millones de euros, Gemma se rascaba los cojones y Pepe estaba ya achispado.

De repente, Sandro apareció bajo el arco de la puerta. Diego comprendió que había noticias y les pidió a sus amigos que le disculparan unos instantes. Se encerró en su despacho, se sentó detrás del escritorio y dijo:

—¿Y bien?

—La señora se ha marchado a Nueva York. Todo arreglado. Lerro se ha presentado a las puertas de la casa de su mujer, ha subido y ha entrado en el piso. Ha intervenido la policía. A él le acompañaban una decena de los suyos. Ha habido una auténtica refriega. Cuatro policías heridos. Ocho detenciones. Pero Lerro ha escapado por los tejados, ha entrado en un piso cercano, ha tomado a un niño como rehén y ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Desaparecido, *avvocá*, desaparecido.

—No irá muy lejos. Pero hasta que no lo atrapen nos hará falta la vigilancia del halcón. Este es el momento en el que estamos más a merced de una traición interna.

—Cambiemos todos los hombres.

—No. Y además debería empezar por cambiarte a ti. No te ofendas, Sandro. Es cuestión de método. Tripliquemos las retribuciones. De hoy en adelante solo nos desplazaremos por mar. Espera, otra cosa. Desde este momento mi mujer no debe salir de esta casa por ninguna razón. ¿Ha quedado claro?

**Salerno. 22 de septiembre. Mañana.  
Clínica de Pontecagnano**

Carmine Denza estaba abriendo los ojos. Diego había permanecido mirándolo en silencio más de media hora, sentado junto a la cama, observando a ratos las ondas constantes en el monitor verde y azul, a ratos la cara devastada de su amigo, vendada con una gasa embebida en desinfectante.

—Diego... Diego, los párpados me pesan como dos grúas oxidadas. Como las que están abandonadas detrás de ciertos muros del puerto de Nápoles, ya sabes. Pues así.

—No te canses, Carmine. No hables.

—No hablo nunca, déjame intercambiar dos palabras contigo.

—Hemos mandado a cuatro al hospital y a ocho a la cárcel.

—¿Y quién se ha encargado de esa operación?

—De la de los cuatro me he encargado yo personalmente. La de los ocho se la he encargado a la policía.

—¿Y Lerro?

—Lerro ha esquivado la captura por un pelo. Pero a su alrededor ahora solo hay un campo minado. Pise donde pise, saltará por los aires. A la mujer de Lerro la he mandado a Nueva York.

—¿A su mujer? ¿A su mujer, Diego?

—A su mujer.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Ya te lo contaré cuando estés mejor. Le he hecho un feo regalo y ahora está furioso. Si uno está furioso, ya lo sabes, lo único que hace son estupideces.

—¿Qué regalo le has hecho?

—También eso te lo contaré cuando estés mejor.

—Diego, yo ya no creo en la venganza. Hace mucho tiempo que ya no creo en ella.

—Carmine, tampoco yo creo en ella. Pero qué se le va a hacer. Algunas cuentas no pueden quedar pendientes toda la vida.

Y además, dentro de unos meses empezarán negocios de los buenos. Es mejor retirar las colillas del cenicero y dejar la mesa limpia. Al fin y al cabo, hay un pequeño detalle.

—¿Qué detalle?

—No deben tocarte, Carmine.

—Por eso no debes atormentarte. He llevado toda mi vida esta vida, y ni siquiera yo sé

por qué. Podría haber sido charcutero, como mi padre, o zapatero, como mi abuelo. Y en cambio, no. Una sucesión de encuentros, una sucesión de trapicheos, y heme aquí. ¿Sabes cómo me siento, Diego?

—¿Cómo?

—Como uno que ha entrado en un bar para echar una partida de videojuegos y de repente se lo tragara la pantalla, se lo tragara el juego. Me he convertido yo mismo en un videojuego. Desde que el juego intentó joderme a mí, yo me convertí en el propio juego y empecé a joder a los que entraban en el bar para echar una partida. Sí, me vi con dinero del bueno en la caja, pero me siento encerrado dentro del videojuego, día y noche. Al cliente, a ese que viene a jugar, me lo jodo, en eso estamos de acuerdo. Pero al final, al final, el que se marcha es él. Está libre.

Y yo nunca he estado libre. Dime la verdad, con todas estas vendas, ¿parezco una momia?

—En cuanto te repongas nos daremos una vuelta por Francia, hasta por Norteamérica si hace falta. Haré que te pongan los pómulos de Gary Cooper.

—Diego mío, no debe de resultar fácil sacar lustre a una carrocería en este estado. Al final, incluso si te la arreglan, la cara no es exactamente la tuya. En el mundo, por una razón o por otra, hay fisonomías impresentables. Y yo...

—Y tú no, Carmine. Tú no. ¿Qué tal te encuentras aquí?

—Estupendamente. Me tratan como si fuera alguien importante. Hay una enfermera que me cuida como al cura en el altar. Se llama Anna, es de Bellizzi. Si llego a saberlo, dejo que me tiroteen antes. Esta es una clínica donde no tienes que preocuparte de nada, te pones en sus manos. Si lo pillan, bien... y si se equivocan, paciencia. ¿Y en Nápoles?

—En Nápoles ¿qué?

—¿Qué sucede?

—Sigue inundada. Sigue el fuego en los Campos Flégreos. Los telediarios hablan, las fuerzas del orden inspeccionan, los bomberos estudian, la marina militar vigila. Hace falta tiempo aún, Carmine. Y a nosotros nos va bien así.

—Dime una cosa, Diego. Aquí abajo, debajo de la ventana, ¿hay un jardín?

—Sí, que rodea todo el edificio.

—¿Y hay glicinas?

—Sí, hay glicinas.

—Lo que quiero decir es... Cada mañana, Anna abre un poco los cristales. El aroma llega hasta aquí arriba. Pero yo no comprendía si era una fantasía mía o si realmente había una planta de verdad. Notaba un aroma, pero menudo aroma, como el que ascendía del jardín del barrio de Sanità donde yo vivía de niño. Solo que no estaba seguro, así que me ponía a pensar que si aquí no hay glicinas y yo noto su olor, eso quiere decir que el recuerdo de Nápoles está viniendo a buscarme a las puertas de la muerte.



**Cetara. 22 de septiembre. Mañana.  
La Almadraba**

—¿Oye, Luce? Soy tu madre. Ya ni me reconoces por teléfono. ¿Qué tal estás? Nosotros aquí, de maravilla. ¿Sabes que hasta los Pignatelli se han venido a Castellabate? Sí, y también los Sacco, los Zeolla, los Adinolfi. Aquí estamos todos. Por las noches montamos unas cenas de lo más entretenido. Un hotelero de Acciaroli me ha regalado unos prismáticos que no te puedes ni imaginar. Se ve toda Nápoles, una locura, el humo, las llamas, todito. Hay días en que los gases llegan hasta aquí, pero poca cosa, en el fondo. ¿Qué tal está el abogado? ¿Me lo pasas? Ah, pues entonces dale tú recuerdos. Y tenlo como el santísimo sacramento, porque si no fuera por él no tendríamos nada. Tú has caído de pie, hija mía. Ese es un hombre de los que ya no quedan. Guapo, atractivo, inteligente. Uno de esos que donde planta sus cojones aunque sea por un momento se paran los relojes. Ahora te dejo, que tengo gente.

Luce colgó, se puso el pulgar y el índice sobre los ojos cerrados, apretando la nariz con los dedos. En el patio central resonaba el motor de un coche. La muchacha salió a la terraza y se asomó. Un viejo Spider rojo. Era él, era Francesco De Mattia. Por primera vez, después de muchas horas, el corazón volvió a latirle. Se sorprendió de tener en el pecho aquel mecanismo que registra el dolor y la alegría. Enfiló la sucesión de habitaciones, corrió a la planta inferior, bajo la frescura salobre de la escalera abovedada, salió a su encuentro a la carrera y le echó los brazos al cuello. Francesco sintió una profunda turbación. Luce nunca se había comportado así con él. La suavidad de sus cabellos sueltos, su mejilla, tan cálida, contra la suya, su perfume tan denso de reclamos secretos, todo era como se lo había imaginado siempre.

—Ven, Francesco. Vamos arriba, te preparo un café.

—Esto es precioso.

—¿Te gusta?

—Me han llamado esta mañana a las ocho. Una señora, del bufete de tu marido. Felicitaciones, por cierto.

—Intenté buscarte, Francesco, quería invitarte a mi boda. Pero habías desaparecido.

—Ahora vivo en Paestum, unos amigos tenían una casa vacía...

—¿Y los cuadros?

—Me llevé unas cuantas cosas conmigo. El tuyo no tardará en llegar, es un dos treinta por uno veinte, lo está trayendo una furgoneta.

–¿Y el de la serpiente, Francesco?  
–Sonríes, ¿eh? Ese está acabado, pero no voy a enseñártelo. Además, se ha quedado en Nápoles...  
–Júrame que lo veré. Lo quiero.  
–Por mí..., ponte de acuerdo con el mar, en cuanto deje la ciudad...  
–Muy bien... ¿Uno o dos terrones?  
–Dos. Pero ¿cómo habéis conseguido encontrarme?  
–Mi marido tiene algunas amistades.  
–¿Eres feliz, Luce?  
–Bébetelo el café, Francesco.  
–¿Quién es el que está rezando?  
–Ah... Es Manlio, el hermano de mi marido. Se pasa casi todo el día encerrado en su habitación, lee la Biblia y a ciertas horas dice sus oraciones.  
–¿Vocación?  
–No, soledad.  
–Cómo le entiendo, Luce.  
–Estás bien, Francesco. Tú eres el delfín que sabe estar por debajo y por encima del agua.  
–¿Qué?  
–Ya te lo explicaré, tal vez.

**Templos de Paestum. 22 de septiembre.  
Mañana**

- Presidente, ¡buenos días!
- Abogado, ¿qué tal está?
- Muy bien, Presidente. Ha elegido usted un bar estupendo.
- Enfrente del templo de Neptuno, abogado. El dios de ese mar que ha abrazado toda su ciudad.
- Su llamada de ayer me causó una gran alegría. Iba a ir a Roma uno de estos días, pero visto que usted está aquí...
- Abogado, me estoy encargando del superdecreto para la reconstrucción de Nápoles. Ya sabe cómo son estas cosas, quería verlo con mis propios ojos. De modo que me he dado una vuelta en helicóptero.
- ¿Y qué impresión le ha causado, Presidente?
- He visto toda la ciudad desde lo alto. Es un espectáculo mortificante, pero en el que hay algo de sublime. Todo este mar en las calles, nadie se lo esperaba.
- Con todo, no deja de ser útil.
- ¿Útil, abogado?
- Habrá que reconstruir toda la zona portuaria y crear barreras de protección, malecones, muelles, para que no vuelva a suceder. Cosas que cuestan. Por lo tanto, en el superdecreto el Estado debe meter más dinero de lo que habíamos previsto. Y además, al reconstruir el puerto, Nápoles se convertirá en la ciudad de los grandes atraques. Turismo, Presidente. Turismo y comercio. Eso es lo que nos hace falta.
- Después de haber visto lo que he visto esta mañana, ¿sabe en qué estoy pensando, abogado?
- ¿En qué, Presidente?
- ¿Cree usted que el diablo se habrá casado alguna vez?
- Es posible.
- Porque, verá, si ha tenido descendencia directa, usted debe de ser su bisnieto.
- Después de usted, Presidente. Después de usted.
- ¿Un aperitivo, abogado?
- Con mucho gusto.
- Las cosas en Roma avanzan como es debido.
- Aquí también. Los contactos con los amigos americanos van sobre ruedas.

—Sé que ha hecho usted buenos negocios, entretanto. Sus sociedades se han adjudicado los más hermosos palacios del centro histórico.

—Todos hipotecados, Presidente, todos hipotecados. Un patrimonio que no se puede perder.

—Quién sabe si todo esto no nos acarreará beneficios. De aquí puede salir una ciudad artística sin par en el mundo. Una atracción universal que ayudaría al producto interior bruto.

—En cierto modo puede usted tener razón, Presidente. Nápoles siempre ha sabido industrializar la desventura. Nuestros mayores recursos son los desastres.

—He visto con satisfacción que las obras de arte del Museo Nacional se han salvado todas, que las colecciones de los museos y las telas de las iglesias están a salvo. No lo hubiera jurado.

—Presidente, me encargué yo personalmente. Los cuadros, las porcelanas, las estatuas, son nuestro yacimiento de oro. Y gracias a este apocalipsis, desde hoy es un yacimiento que vale cien veces más. Una obra de arte que siempre puede verse no se ve nunca. Pero una obra de arte que ha sobrevivido al infierno es como esa primera novia, que vuelve a aparecer más hermosa que nunca, aún más joven, aún más seductora, mientras nos creíamos irremediabilmente envejecidos. Vuelve para decirnos que podemos revivir aquello que creíamos no poder vivir nunca más.

—Será necesario estudiar también nuevas colocaciones para esos tesoros, ¿no cree, abogado?

—Desde luego. Gratis ya no se verá nada. Y además, estimado Presidente, habrá un regalo personal mío.

—¿Un regalo?

—Un gran regalo.

—Abogado, ¿qué clase de regalo?

—Yo sé que ama usted inmensamente un pintor. Lo recuerdo porque hablamos de él cuando nos conocimos. Sé que le ofendería si le dijera que quiero donárselo a usted. De manera que lo dono a Nápoles, lo dono a la ciudad, pero usted sabrá que es un secreto entre nosotros dos.

—Abogado, pero ¿de qué está hablando? Mi pintor preferido es Caravaggio.

—Exacto. Voy a regalar a Nápoles el cuadro de Caravaggio que fue robado en Palermo el año sesenta y nueve.

—¿El cuadro robado en Palermo?

—Sí. Lo ha oído usted bien. El cuadro robado en Palermo.

—¿La *Adoración de los pastores con los santos Francisco y Lorenzo*?

—Efectivamente. Y el regalo será triple. Uno, porque usted podrá volver a verlo. Dos, porque será el Núcleo de tutela del patrimonio artístico de los Carabineros el que lo recupere. Tres, porque cuando Nápoles esté reluciente, inauguraremos una exposición dedicada a Caravaggio.

—¿No ve cómo el demonio sí que se ha casado?

—Sería una boda secreta, Presidente.

–Pero si la tela la había robado la mafia...

–De qué mafia me habla, Presidente. Y además la mafia no hace cosas que no estén autorizadas al más alto nivel.

–¿Y usted cómo es que la tiene?

–No la tengo. Entre otras cosas porque es una tela de doscientos noventa y ocho por ciento noventa y siete centímetros. No la tengo porque no sabría dónde meterla. No la tengo pero sé dónde está.

–No le preguntaré cómo lo sabe, abogado.

–Hay clientes importantes que optan por liquidar la minuta de manera insólita, singular. Dificultades de liquidez, supongo.

–Si es así, podemos tomarnos un champán.

–Con mucho gusto.

Los hombres de la escolta del Presidente estaban apoyados contra la barandilla verde del área arqueológica de Poseidonia. Los hombres que protegían a Diego Ventre se habían dispersado por las mesas del bar en posiciones que les consentían la vigilancia de los cuatro puntos cardinales de la vida.

–Por Caravaggio, abogado.

–Por Caravaggio.

Cetara. 22 de septiembre. Noche.  
La Almadraba

La habitación circular de la torreta tenía un diámetro de cinco metros treinta. Francesco había montado el caballete. La tela llegó alrededor de las cuatro y media. La furgoneta que la transportaba fue detenida a la entrada por los hombres de Ventre. Luce tuvo que bajar al patio para asegurarles que se trataba de una entrega prevista. Un sillón muy parecido a aquel en el que se sentaba la muchacha en sus días de posado en Nápoles había sido colocado junto a la ventana que daba al mar. Ahora eran las siete pasadas: la ceremonia del retrato llevaba una hora y media celebrándose. Había habido un rato de silencio, después ella comenzó a hablar.

—He visto un Caravaggio.

—¿Un Caravaggio?

—Sí, la *Adoración de los pastores con los santos Francisco y Lorenzo*.

—¿La *Adoración*? Luce, si la *Adoración* ya no existe.

—Existe, Francesco.

—Fue robada en el sesenta y nueve.

—Lo sé.

—¿Pues entonces?

—Que lo he visto.

—¡Eso no es posible, Luce!

—Lo he visto de forma muy privada.

—¿Dónde?

—En Nápoles, en un lugar algo particular.

—Sería una copia.

—No, es el original.

—Pero ¿cómo es posible?

—Será un secreto entre tú y yo.

—De acuerdo, un secreto.

—El cuadro me lo ha enseñado mi marido.

—¿Lo dices en serio, Luce?

—Te lo juro.

—Pero si ese cuadro desapareció del Oratorio de San Lorenzo, en Palermo. La zona es la de Porta Nuova. Es un territorio donde no se mueve una hoja sin el consentimiento de

la mafia.

—Ya lo sé.

—Cómo ha conseguido tu marido...

—Diego es penalista. Y un penalista tiene relaciones con el paraíso y relaciones con el infierno.

—¿Era hermosa esa *Adoración*?

—No se puede expresar cuánto. Indescriptiblemente hermosa.

—¿De quién te has encandilado, Luce?

—No lo sé. Pero no es un encandilamiento. Estoy arrebatada de amor.

Francesco no contestaba. Daba pinceladas con los pelos claros en el rosa palidísimo del color de la tez. Los ojos se le contrajeron. Después, dijo por fin:

—Ya me había dado cuenta de que estabas arrebatada de amor. En los pocos días en los que fuiste a mi estudio a posar, en tus ojos había una especie de extravío, como una mezcla de horror y alegría. Esas cosas un pintor las siente. Los músculos de tus brazos estaban siempre tensos. La sonrisa se te desplegaba con un abandono de nueva vida que nunca te había visto. A menudo, mirabas hacia la ventana. Las mejillas se te sonrojaban por nada.

—Me he enamorado de la oscuridad. La oscuridad se hace desear porque no sabemos nada de lo que oculta, de lo que esconde. Me he enamorado de un hombre que no sé quién es. Es una oscuridad que ha hecho brillar relámpagos hermosísimos, después la noche ha vuelto a cerrarse sobre todo. Sobre él y sobre mí.

—Coloca la mano donde estaba, por favor.

—¿Y tú, Francesco?

—¿Yo qué?

—¿A quién has amado? ¿A quién amas?

—Las palabras para expresar cuánto nos importa una persona son pocas, Luce.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vivimos una gran inclinación por alguien, podemos decirle te quiero. O también podemos decirle te amo. ¿No te parece demasiado poco? Además, por estupidez perenne, decir te quiero vale un poco menos que decir te amo. ¿No te parece una tontería? Dos únicas expresiones para encerrar los confines de un sentimiento sin confines. Es como si quisiéramos reducir la pintura a dos colores únicamente. Para encontrar la tonalidad de tu carne debo hacer decenas de cruces, decenas de tránsitos. Para llegar a decir la luminosidad de tu piel debería seguir mezclando tintas con tintas, durante toda la vida.

—No me has contestando, Francesco.

—Te contesto, Luce. En los días de Nápoles sentí por ti todo lo que un hombre puede sentir fuera de las palabras te quiero y fuera de las palabras te amo. Era como una ola de fiebre que no tolera ribazo alguno. Y lo que provocabas en mí ni siquiera podía decirse.

—¿Por qué?

—Porque las palabras eran demasiado pequeñas para algo tan grande. O si lo prefieres, las palabras eran demasiado grandes para algo tan pequeño, tan precioso, tan invisible.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo dije de la única manera en que sé decirlo. Te pinté. Te pinté en esta tela y dentro de mi cabeza. Te pinté cuando estabas y cuando no estabas.

—Es muy bonito eso que dices.

—No es ni feo ni bonito. Es, simplemente es.

—Eso es amor, Francesco.

—Yo estoy acabando un cuadro para ti. Y cada vez que me ponía manos a la obra tenía la impresión de que esa muchacha que surgía de la nada era como una criatura nuestra, una extrañísima hija nuestra. Sí, algo que habíamos hecho tú y yo. Tú, yo y nadie más. Una hija.

—No te entendí.

—No podías, Luce. Y no debías. Yo apenas sé hacer otra cosa que rostros en las telas. Es demasiado poco para vivir felices. Es demasiado poco para vivir. No sonrías.

—Sonrío, Francesco. Sonrío porque pensaba que en realidad hemos hecho dos criaturas. Una con la mariposa y una con la serpiente.

—Es verdad. Pero la de la mariposa es tuya. A mí me corresponde la de la serpiente.

Luce se levantó del sillón. Se acercó lentamente al cuadro. Siguió sonriendo con los ojos para preguntar si podía verlo. Francesco estaba sentado, dijo dulcemente que no con una leve oscilación de la cabeza. Ella superó el caballete sin mirar la tela, puso su mano derecha detrás de la nuca de él, entre la piel y el pelo, lo atrajo hacia sí, con ternura, hasta hacerle aproximar la mejilla derecha a su vientre. Permanecieron así muchos segundos, tantos segundos como los que le hicieron falta a Diego para verlo todo. Desde la ventana de su despacho, en el encuadre rectangular de la tronera que daba al interior de la quinta, el abogado estaba viendo el cuerpo de su mujer hasta el pecho. El cuerpo de su mujer, excepto la cabeza, a causa de la forma aplastada de la ventana. Veía las rodillas de Luce, su regazo, su pecho bajo el vestido de algodón y la sien derecha del pintor contra el estómago de ella.

**Cetara. 23 de septiembre. Mediodía.  
La Almadraba**

El mar era todo él un movimiento acuminado de sol. Al mirar los ligerísimos encrespamientos de las olas, los ojos quedaban heridos, abrasados por un ámbar de lágrima. Ventre estaba en la terraza. Sentado en un viejo sillón de mimbre, se había puesto a la sombra de un olivo secular. Leía el periódico que fotografiaba el desastre napolitano, que relataba la persistencia de las llamas y de los temblores sísmicos en los Campos Flégreos, cuando la voz de Luce lo distrajo.

—Diego, te presento a Francesco De Mattia.

—Ah, buenos días, maestro.

—Buenos días, abogado. Le pido disculpas por no haber podido saludarle ayer por la noche. Pero estaba muy cansado y me fui temprano a la cama.

—Pintar durante horas debe de ser extenuante, maestro.

—Es un lugar magnífico este, abogado. Mis más sinceras felicitaciones.

—No es mérito mío. La propiedad pertenecía a la familia de mi mujer. Yo me limité a comprarla y, a causa de un juego muy comprensible del destino, ahora ha vuelto a ella.

—He dormido muy bien, como hacía tiempo que no me ocurría.

—Debe de ser una *cuestión de luz*, estimado maestro. Aquí hay puestas de sol que descienden al alma con una dosificación, ¿cómo podría decirlo?, pacificadora. ¿Va avanzando el retrato?

—Estupendamente. ¿Por qué no viene a verlo?

—No, no. No es costumbre mía violar los secretos de la creatividad. Los ojos de los extraños que se posan sobre la obra en curso deben resultar odiosos para el artista. Ya lo veré cuando esté terminado.

—Como quiera.

—Pruebe estas aceitunas. Son extraordinarias. ¿Le apetece un vaso de Furore<sup>20</sup>? Tal vez no sea un Furore auténtico, pero en cualquier caso está muy rico. No sé si sabe que esta tarde haremos la matanza de los atunes. Justo aquí, debajo de la villa.

—Solo lo he visto en documentales antiguos. Me gustaría mucho...

—Esta vez lo verá desde muy cerca. Sandro, ven aquí un momento. El maestro De Mattia montará en barca con Tore esta tarde. Avisale de que tendrá un invitado. Que lo trate con la debida consideración. Vístase para la guerra, maestro, que algo de sangre salpica siempre.

—Ya estoy acostumbrado, abogado. Aún no he aprendido a defenderme de las manchas de los colores que uso.

—Tampoco mi mujer ha aprendido. Mira, Luce, tienes una pequeña mancha de rosa a la altura de la rodilla.

Ventre pronunciaba la frase dirigiéndose a su mujer, pero sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Francesco. Luce miró la gota de color que se le había quedado en la rótula derecha. Intentó borrarla con el dobladillo de algodón de su vestido blanco. De Mattia rompió el silencio.

—Disculpeme. Voy a subir un momento a mi habitación. Nos veremos a la hora de comer.

Ventre sonrió y le dio permiso. Ahora estaba solo con ella. Se encendió un habano.

—Es obstinada, Luce. Es una mancha obstinada. No se te va.

—Son muchas las manchas obstinadas. Hay muchas que se me han pegado a la piel en estos días.

—¿Estás resentida conmigo?

—No, estoy resentida conmigo misma.

—¿Qué te ocurre? Ten cuidado, ven aquí.

Luce había sentido un conato de vómito. Ahora se llevaba la mano a la boca. Se ponía de pie. Apoyaba la mano derecha en el tronco del olivo. Profería dos golpes de tos.

—¿Qué te ocurre, Luce?

—Náuseas.

—Ponte un pañuelo. Voy a llamar a un médico.

—No, no, déjate de médicos... Ya se me ha pasado.

Él le apoyaba una mano en el hombro. Ella se zafaba con desenvoltura, volviéndose a sentar. Diego pensó que podría estar embarazada. En los meses precedentes a la boda, en las semanas y los días antes del altar, ellos habían sido una sola cosa. Las noches se iluminaban de furia y de felicidad, hasta el golpe final de la otra tarde, cuando ella había yacido debajo de él, dejándole su propio cuerpo como la hermosa presa que ha jugado con el león y que, ahora, muerta ya, se deja desgarrar por la hiena. Ella adivinó los pensamientos de él, vio relucir en sus ojos el orgullo viril de haberle marcado un hijo en el vientre. Así que sonrió y dijo:

—No te hagas ilusiones, Diego.

—¿Te parezco alguien que se las hace?

—No, por eso mismo.

—Luce, ¿qué tienes contra mí?

—No sé quién eres. Y lo poco que descubro de ti no me gusta. No sé si amo al hombre que nunca has sido. Y no sé si amo al hombre que has sido.

—Pero ¿qué dices?

—Es como un luto, Diego. Ya no estás aquí. Ya no te siento conmigo. Incluso ahora, verás, me parece que estoy hablando con un fantasma.

—Te abandoné aquí el día de nuestra boda. Me equivoqué. Tienes razón, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Quién es toda esa gente que deambula por nuestra casa, Diego? ¿Quién es toda esta gente armada? ¿Por qué ya no puedo salir de casa? Yo no soy uno de tus objetos. No soy uno de tus negocios.

—Luce, esta gente armada está aquí para protegernos. Yo he defendido a clientes de cadena perpetua, criminales que tienen enemigos. Es solo precaución. Nada más. Pronto acabará todo esto. Dime, ¿adónde quieres ir? ¿A España, a África? Vayámonos de viaje. Eres libre, Luce, es solo un momento, pasará.

—Quiero saber a qué te dedicas, Diego. Qué es lo que haces. Quiero saber si eres un mafioso. ¡Dímelo! ¡Eres un mafioso!

Diego se lanzó contra ella agarrándola del escote del vestido. Pero el recuerdo de la náusea que acaba de sufrir lo calmó como si le arrojaran un baldazo de agua gélida. Se le quedó en la mano un botón que le había arrancado. Lo dejó sobre la mesa. Volvió a sentarse.

—Luce, mírame a la cara. ¿Qué quieres hacer con ese pintor? ¿Para qué has querido que viniera?

—Y tú, mírame a la cara tú. ¿Qué haces en tu despacho con esa puta del pelo negro? ¿Qué haces en tu despacho con esa puta doblada sobre tu escritorio? Esconde mejor tus pruebas filmadas. Por lo menos, escóndelas mejor. Me he humillado hasta el extremo de rebuscar entre tus cosas. Me estaba volviendo loca. Pero quédate tranquilo, yo he metido mis manos en un cajón. Tú me has metido las manos en el alma.

Diego dejó el habano incandescente en el cenicero y dijo:

—No fue por placer. Sé que no lo entenderás nunca. Pero no fue por placer. Te lo juro, Luce.

—Atento, Diego. Los machos gruñen. Las hembras hieren. Y algunas veces, desangran.

Ventre entrecerró los ojos. Pensó que tal vez hubiera llegado el momento de poner al día su mensaje cifrado para Bianca.

**Cetara. 23 de septiembre. Tarde.  
La Almadraba**

Un diluvio de voces, decenas y decenas de barcas, correazos de remos, tamboreo de pasos en el muelle. Prismáticos lejanos. Diego en el embarcadero con Sandro a su lado. Luce caminaba lentamente por los taludes de la villa. Desde el murallón alto filmaba con su cámara de vídeo. Encuadraba el conjunto y los detalles. Encuadraba a Francesco, en la barca de Tore y Gerardo. A bordo iba también una cuarta persona: con el rostro oscuro, esculpido, con los párpados pesados, ahí estaba el Argel, alguien que únicamente se ponía en marcha para asuntos delicados. El paseo se endulzaba en una tibieza de hechizo, pero una persistente brisa se había levantado desde hacía dos horas. Las camisas de los remeros ondeaban. Los arponeros estaban con el torso desnudo, el pelo al viento, los ojos clavados en el agua como halcones hambrientos.

Por el laberinto de redes llegaban los primeros atunes, los machos, las hembras, cercanos o perdidos, en busca los unos de los otros. El torneo del final acababa de empezar. Los peces estaban entrando en lo que los pescadores llamaban la cámara de la muerte. Las barcas se hacinaban hacia el centro, se apartaban, se concentraban de nuevo hacia un único punto. Golpes de remo, voces roncadas, llamadas, blasfemias, escupitinajos, efluvios de agua, aletazos, salpicaduras, espumas, escabullimientos, la desesperación de los atunes que exponían sus protuberancias bajo el sol. Los primeros lanzamientos de arpón, como un juego, por ahora, y después más, y más, en el remolineo de las aguas cortadas por las cuchillas. La primera sangre en la superficie. El juego se revelaba con toda su crudeza. Luce encuadraba con un zoom la barca de Francesco, ensanchaba el plano, lo encogía de nuevo. En la cámara de la muerte continuaban amasándose las criaturas del mar, con roces de cuerpos violáceos, los gritos superaban el paroxismo, los golpes de remo descollaban a base de ecos en toda la almadraba. Luce miraba fijamente el rostro de Francesco a través del objetivo, tenía unos ojos preciosos, y se volvía tanto a la izquierda como a la derecha en medio del infierno. Ahora el pintor se ponía de pie en la barca. Manlio reza, detrás de los cristales de la ventana, en su habitación, reza, contempla la matanza y reza. *Padre nuestro, que estás en el cielo.*

Sobre el mar, gritos de bravuconería, estallidos de carcajadas, maldiciones de vírgenes y santos, el Argel que empuja a Francesco, Francesco que cae al agua. *Santificado sea tu Nombre.*

Luce no aparta los ojos del objetivo, como si solo a través de esas lentes pudiera ver

realmente. *Venga a nosotros tu reino.* Golpes de arpón, golpes de lanza, nadie se detiene. *Hágase tu voluntad.* Luce ruge en su corazón un grito jamás lanzado, una desesperación jamás aliviada. *En la tierra como en el cielo.* El coágulo rojo se extiende por el agua, se vuelve más oscuro, más intenso: no se detienen. *Danos hoy nuestro pan de cada día.* Francesco no emerge, no reaparece, no emerge, no reaparece.

*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* Alguien implora que se detengan, que se detengan, pero hacen falta más imprecaciones y más quejas estranguladas para que finalice aquel aquelarre. Una a una, las cuchillas dejan de ensartar el agua y dejan de ensartar los peces. La cámara de la muerte está completamente ensangrentada, el mar ya no existe. Por la garganta de Luce asciende un estertor atroz. El Argel se sumerge, desaparece en el crúor. Dos pescadores se inclinan desde una barca cercana. Sacan del agua a un hombre. Sacan el cuerpo muerto de Francesco De Mattia. Su cuerpo muerto. El cuerpo muerto. Manlio arrastra entre lágrimas las últimas palabras del *Padre Nuestro: no nos dejes caer en la tentación, y libranos del mal. Amén.*

Desde una barca se grita que llamen a una ambulancia. Desde el buche donde ha sido cargado el cadáver una cabeza se mueve para decir que es inútil. Diego sigue en el muelle: mira impertérrito. Lanza una mirada a los ojos de Sandro como diciendo que todo va bien. Luce logra reunir fuerzas para correr, sabe que ha sido él, ha sido su marido, las palabras a Sandro, las palabras secretas: un invitado de consideración, que se le trate bien. Las palabras de la mafia. Las palabras de la muerte. Ahora ella está en el patio. Dos hombres de la escolta la miran como queriendo decir: no le dejaremos salir. Luce vuelve sobre sus pasos, sube por las escaleras, los jadeos la azotan. La puerta de la cocina, esa por la que ya ha huido otra vez. La puerta, la puerta, la puerta. Dios mío, no; Dios mío no; Dios mío, no. Está atrancada. A la carrera, entonces, golpeándose contra los postigos, hasta el despacho de su marido. Detrás del cuadro, la llave, la llave de detrás del cuadro. El mueble, el cajón secreto, ahí está: la pistola. Es un revólver. Está cargado, está cargado, está cargado. A toda velocidad, escaleras abajo, hacia el patio. A toda velocidad, hacia la entrada principal. Apunta con la pistola contra los dos encargados de la vigilancia mientras le dicen ¡no, señora, no!

Sale, sale, sale. La dejan pasar. Corre cuesta arriba, tropieza, corre hacia el pueblo de Cetara. Con la cámara de vídeo en bandolera. La pistola aún en la mano. Un niño la mira. Ella se percata de que aún sigue empuñando el arma. La arroja a una cañada. Un sudor helado le ha ceñido la espalda y la frente. Piensa que debe pensar: la policía, no, la abuela, no, mi padre, no, mi madre, no, el tío Antonio, no, no, no.

Francesco, Francesco, Francesco. Me van a encontrar, me van a localizar, me van a parar. Un chico en motocicleta. El gesto desesperado de ella que le pide que la lleve. Ya no es Luce, se ve a sí misma actuar pero ya no se siente dentro su propio cuerpo. El desconocido se detiene. Ella monta. Lo abraza. Él pregunta ¿adónde va? Ella tiembla. Él intenta decirle que se dirige a Salerno. Ella susurra sí, sí, sí. Lo abraza con más fuerza, como si fuera su aliento, su fuga, como si fuera una sola cosa con su alma.



**Cetara. 23 de septiembre. Las 19.15 horas.**  
**La Almadraba**

Diego Ventre entraba en su despacho con el paso del tigre dispuesto a enseñar los dientes. Se quitó la chaqueta y la dejó caer en el sofá situado enfrente del escritorio. Sandro lo estaba siguiendo como una sombra.

—Mañana, esos gilipollas de los escoltas se largan de aquí. Despídelos a todos. Yo no pago a esta chusma para que les atemorice una hembra con una pistola en la mano.

—Abogado, la han dejado pasar para evitar problemas mayores, para evitar que su mujer se hiciese daño. Con esa arma en la mano...

—Sandro, no me obligues a repetírtelo. Búscame nuevo personal. Un recambio nos vendrá bien. Ahora encárgate de que esa gente intente por lo menos localizar a mi mujer, a ver si son capaces. Haz que rastreen toda Cetara. Haz que comprueben la carretera costera en dirección a Amalfi y a Salerno. No puede haber ido muy lejos. Iba a pie. Tú, en cambio, vete derecho a Paestum. Esta es la dirección donde estaba el pintor. Entra sin romper nada. Si hay cosas escritas, encárgate de que desaparezcan. Que no quede ni rastro de sus relaciones personales. No debe quedar una sola huella. Ya conoces esta clase de trabajos. Esta noche como muy tarde date una vuelta en lancha motora con tu amigo de la Capitanía de Nápoles y vete a hacer la misma limpieza al estudio de De Mattia, el de via Benedetto Croce. ¿Ha quedado todo claro?

—*Avvocà...*

—¿Sí?

—Visto que la que tenía usted se la ha llevado su mujer, verá, digo yo que le hará falta otra pistola.

—Ya tengo una.

—¿Y en lo que atañe al muerto?

—Dejadlo en la barca cerca del muelle. Cuando llegue la ambulancia, exhibid cara de desgracia. Ahora telefono yo para avisar a la policía. Vete, Sandro, no perdamos más tiempo.

La tarde de septiembre entraba por el balcón abierto del despacho con toda la delicadeza de la datura de campánulas. Ante tanta finura, cuanto había ocurrido parecía irreal. El abogado alargó la mano hacia el teléfono para llamar a su amigo de la policía.

—¿Oiga, comisario? Sí, soy el abogado Ventre. Lo sé, lo sé. Para empezar, ha hecho usted una excelente operación. El círculo se está estrechando. Lerro no durará mucho.

Pero le llamo por otra cosa. Aquí, en mi quinta de Cetara, ha habido un accidente. Hace pocos minutos. Sí. Un pintor invitado nuestro se ha caído al agua durante la matanza de los atunes. Parece que no sabía nadar y debe de haber sido alcanzado por un arpón. Sí, una cosa terrible. Ha muerto. Desgraciadamente ha muerto. Le espero aquí. Gracias, comisario. Gracias.

La sirena de la ambulancia se anunciaba desde lo alto de las curvas por encima del pueblo. Ventre subía las escaleras que llevaban a la segunda planta de la villa. Ahora entraba en la habitación que había ocupado De Mattia. Una maleta abierta, tres pantalones, cinco camisas, cuchillas de afeitar, agua de colonia, un libro de Sándor Márai, nada de especial interés. Nada que pudiera crear problemas en el curso de las investigaciones, nada por lo que pudiese sospecharse un diálogo íntimo entre De Mattia y Luce di Sangrano.

Diego cruza la mirada, en el espejo de un viejo armario, con la de Manlio a sus espaldas. Se da la vuelta. A su hermano le tiemblan los labios. La mano derecha, en el bolsillo de los pantalones. Los ojos grandes, colmados de miedo.

—Manlio, ¿qué te ocurre?, ven aquí.

—Pero, Diego, pero qué ha ocurrido, Diego, pero que es lo que...

—Tranquilo, Manlio, tranquilo. Estoy yo aquí contigo. Son cosas que pasan a veces. No ha ocurrido nada.

Salerno. 23 de septiembre. Las 20.40 horas  
En el puerto

Luce caminaba resuelta entre la multitud de gente que aguardaba el embarque para Sicilia, entre el olor a sudado de quienes llegaban de Civitavecchia, entre los agentes del fisco, los perros policías, los blancos, los negros, los japoneses. Su paso era el de quien posee una dirección precisa, por más que supiera que carecía de ella. Su andadura desenvuelta contrastaba horriblemente con el vacío de sus ojos, ojos que se posaban sobre las personas sin verlas, sobre los barcos sin verlos, sobre el mar sin verlo. Ojos que miraban siempre más allá. Dentro de su mirada solo estaba lo que había ocurrido y lo que debía ocurrir. El presente estaba muerto. Muerto para siempre. Hubiera querido ver qué cara tenía, agacharse ante el espejo lateral de un coche parado, pero no lo hizo. Después la dentellada de una idea le tarascó el estómago: *me voy a Nápoles*. Pero la ciudad era inaccesible, las fuerzas del orden impedían la navegación costera por razones de seguridad. Allí estaba, Nápoles, detrás de los promontorios de la península sorrentina. Allí estaba, y sin embargo, no estaba. *Me voy a Nápoles*. Pero ¿cómo? Deseaba el olvido, deseaba que no volvieran a encontrarla, que nadie volviera a verla, nunca más. Deseaba, sencillamente, desaparecer. *Me voy a Nápoles*. Pero ¿adónde? Era un fantasma, Luce. El vestido fino de algodón blanco con volantes leves que se levantaban con el viento, la cámara de vídeo en bandolera, los hermosos cabellos esparcidos por los hombros, tenía el aspecto de una extranjera evanescente a punto de partir. Delante del bar del puerto había uno con una cazadora negra que le estaba hablando a un viejo.

—Y voy y les digo a esos dos peazos de mierda. Si queréis que os lleve quiero mil euros. Y si no, que os den por culo. ¿Qué dices tú, Antó? O es que te crees que me los llevaba a Puortece por las buenas. Luego me para la guardia costera y toda la mierda pa' mí.

Luce se le acercó. El hombre, de unos sesenta años, el pelo escaso, entrecano y rizado, adoptó un aire más cristiano. La muchacha le habló:

—Yo... Yo tengo que ir a Nápoles.

A Nápoles, sí, pero ¿adónde? Ni ella misma lo sabía. Dijo:

—A la villa de Pollione.

—Cago en la puta, *signuri'*. Allí la cosa está muy requetomal. Policía, carabineros. Hasta los del ejército andan por ahí.

—Discúlpeme entonces, gracias.

Luce se dio la vuelta, el barquero le miró la espalda y la idea de embarcarse una hembra así hizo que le hirviera la sangre.

–Espere, *signuri*'. Estamos hablando, ¿no? ¿Qué?, ¿algún problema?

–Sí.

–Porque si allí en el mar nos paran los guardias...

–Ya les hablo yo.

–¿Tiene usted algún contacto?

–Mi tío es subcomisario.

–Eso está muy bien. Pero, ojo, tendremos que dar mucha vuelta. Como si fuéramos a pescar a alta mar. Y después nos iremos muy derechos hasta tropezar con las escolleras.

–Sí.

–Pero siendo así, le viene a costar tres mil euros.

–De acuerdo.

Tres mil euros y Luce dijo: «De acuerdo». No tenía un céntimo. No tenía nada. Pero ni siquiera era capaz de pensar que no podía pagar. Lo único que quería era ir a Nápoles. La lancha motora zarpó en el ennegrecimiento de la tarde. El Caronte conducía con mano segura, blasfemando contra las fuerzas del orden, contra los ayuntamientos, las provincias, las regiones, el Estado, la Iglesia. Le preguntó a la muchacha por su nombre. Luce contestó como un autómatas que se llamaba Luce.

–Bonito nombre –dijo él, que nunca lo había oído hasta entonces, que quería saber qué iba a hacer una hembra sola al Pollione, que era peligroso, que nunca se sabía. Ella no contestó a ninguna pregunta. Él se volvía de vez en cuando para mirarle las rodillas. Después escupía, se pasaba una mano por la ingle y viendo aparecer las llamas de los Campos Flégreos en el horizonte ensalzaba el desastre.

Por fin apareció Nápoles. Tal vez fueran las nubes gaseosas, tal vez una niebla insólita que se había apoyado sobre el golfo como papel de seda, pero estaba como hinchada. Casi toda oscura, aclarada a ratos por columnas incendiarias de vapor que le daban un color naranja.

–Ahora viene lo bueno. Si lo conseguimos, pura potra. Después, lo de volver atrás ya será mi puto problema.

La lancha motora, tras haber dado un amplio giro como si hubiera tomado la ruta de Capri, viró con decisión hacia el Pollione. Desaceleró a la vista de los acantilados y empezó a balancearse sobre las aguas tranquilas con el motor apagado.

Habían llegado a su destino. Llegaba el momento de pagar. Luce permanecía sentada a popa, con el vestido que no llegaba a taparle las rodillas. Él la miraba como diciendo: ¿y bien? Ella permanecía muda. Él seguía empuñando el volante de acero.

–*Signuri*, ¿qué pasa? ¿Ha cambiado de idea?

Ella dijo con la mayor calma:

–No tengo dinero.

–Vete a chupársela a tu madre. ¿Conque no tienes dinero? ¿Y ahora qué coño hacemos?

Luce extrajo la cinta de la cámara de vídeo y le ofreció el aparato al barquero.

- Eso te lo puedes meter por el culo.
- Le pido disculpas.
- Mira, que de una manera o de otra me vas a pagar.
- De acuerdo.

El hombre no hablaba. Se le acercó. Se sentó frente a ella. Se quitó la cazadora y dijo en voz baja:

–*Arape 'e ccosce. Ábrete de patas, so cabrona. Arape 'e ccosce.*

Luce depositó la cámara de vídeo y la cinta a su lado, sobre el largo asiento de popa. Después empezó a levantarse lentamente el vestido blanco. Él abrió una cajonera lateral de la barca, cogió una linterna, la encendió y la dirigió hacia las hermosas piernas de Luce.

–Déjame verte la raja. Déjame verte la raja, so zorra.

Ella se levantó la falda de algodón hasta el vientre, metió los pulgares en la goma elástica de las braguitas y empezó a deslizárselas hacia abajo. El hombre se bajó la cremallera, se metió la mano derecha en los pantalones y se la sacó en un estado de erección incierta. Las braguitas estaban en los tobillos. Ella se las quitó y, como nunca hubiera imaginado que haría, se abrió de piernas, exponiéndose por entero ante los ojos excitados del barquero. Él se la manejaba, evaporando un aliento sofocado. Ahora se acercaba a ella. El haz luminoso se dirigía exactamente hacia allí, para verla hasta el fondo. Empuñando su miembro, que le rozaba en las pantorrillas, medio flácido, pesado, pesado.

–Vente pa' acá, que te la meto en la boca, mamona.

Luce ya no dependía de su cuerpo y de su cuerpo ya nada le importaba. Estaba separada de sí misma. Lejana. Irreconocible para ella misma. Un motor potente anunciaba la llegada de una patrullera, un largo resplandor verde señalaba un reconocimiento en curso. El barquero se abrochó los pantalones, le escupió a la cara y le dijo:

–Eres una mierda hasta como mala puta. Largo, bájate. Ojalá te la metan por la boca todos los muertos del camposanto.

**Cetara. 24 de septiembre. Mañana.  
La Almadraba**

Diego Ventre se pasó toda la noche en vela. A las dos y veinte de la madrugada, tres de sus hombres volvieron a la quinta con los ojos enrojecidos y abriendo los brazos le dijeron que de Luce no había rastro. Tras despedirles, el abogado se fue a pasear a los terraplenes de la almadraba. Una luna nitidísima trazaba una vereda de plata sobre el mar. Contemplaba el punto del muelle donde el personal de la ambulancia había constatado la muerte de Francesco De Mattia. Una cuerda atada a un gancho herrumbroso en el embarcadero retenía aún la barca sobre la que había sido cargado el muerto. Las costillas interiores de la quilla estaban aún manchadas de sangre. Llegó el comisario. Se demoraron largo rato en la terraza y, tras la intervención del juez y del forense, el cadáver fue introducido en un ataúd y sacado de allí. La tesis del accidente quedó inmediatamente acreditada. El respeto y las referencias del comisario en relación con la persona del abogado Ventre orientarían al juez hacia la fórmula de la trágica fatalidad. De Mattia se había caído al agua y, no sabiendo nadar, en la furia desatada de la matanza, fue herido por un arpón.

Hacia el alba, Diego vio en el mar un trozo de carne a la deriva.

Un muñón forrado de violáceo con filamentos de pulpa roja y blancuzca. Por un instante creyó que podía tratarse de un resto del cuerpo de Francesco, pero un vistazo más atento le reveló que se trataba del corte de un atún.

Mientras las estrellas iban palideciendo bajo la temprana claridad, se encaminó hacia la torreta. La puerta estaba abierta. Quería entrar. Quería ver el cuadro. Pero no entró y no lo vio. ¿Dónde estaba Luce? ¿En qué estaría pensando? Probablemente, habría ido a ver a sus padres a Castellabate. Diego era consciente de haberla herido. Era consciente de que tal vez la hubiera herido para siempre. Pero ella lo había desafiado. En su inconcebible sosiego, Ventre consideraba perfectamente comprensible su decisión de hacer que mataran a De Mattia. Se había limitado a rendir honores a lo que consideraba un impulso elemental. Y los impulsos elementales lo eran todo para él. Un hombre se había introducido en su casa y su mujer le había dejado apoyar la mejilla sobre su regazo sujetándole la nuca con la mano. Si aquella imagen captada por Diego a través del ventanaje del mirador era un acto que preludiaba carnalidades más profundas o era un acto que sellaba carnalidades más profundas que ya habían tenido lugar, contaba poco. Contaba poco incluso que aquel gesto del rostro de él apoyándose contra la pelvis de ella

no preludiara y no sellara carnalidad alguna. Luce había hecho una concesión. Luce había hecho una concesión interior. Luce había abierto una entrada secreta a través de la que solo Diego podía pasar.

El hecho de haber optado por la muerte de De Mattia, y no por la de su mujer, se lo explicaba a sí mismo mediante una ecuación sencillísima: el mayor agravio de la víctima consistía en la imprudencia absoluta de haber hecho lo que había hecho con una mujer casada con alguien como Diego.

Ahora regresaba a casa a través de la sucesión de salas iluminadas y se decía que no se va uno de paseo por la sabana cuando se sabe que anda deambulando un tigre. Si De Mattia no sabía quién era el abogado y qué respeto le era debido, eso, a ojos de Ventre era una insolencia más grave aún.

Apareció el enésimo habano, mientras pensaba que, casi sin duda, a Luce la había perdido irremediablemente. La idea de no poder gozar ya de ella en las fibras más íntimas de su cuerpo no lo inquietaba. Confiaba solo en tener la posibilidad de amarla, en la forma que fuera, incluso en la más espiritual de todas. La frialdad con la que valoraba cuanto había ocurrido tenía un origen antiguo: nació el día en que descubrió a su madre bajo el cuerpo de otro. Esa frialdad se convirtió en un auténtico método desde el momento en que asesinó al amante de su madre. Eso fue todo. Se convenció de que no sería posible, en toda su existencia, cruzar infierno más atroz que ese del que había salido vivo. Se convenció de que los impulsos de la naturaleza había que satisfacerlos, pero con una frialdad matemática que esté en condiciones de azucarar hasta las emociones más desalmadas.

Miró el reloj, eran las seis y cincuenta. Pensaba en su padre en Norteamérica, en su madre, ingresada en una clínica cerca de Roma, en su hermano, en Manlio, que había quedado bloqueado en una infancia perpetua, que a pesar de sus treinta y un años se había quedado sentado en un rincón del olimpo de la niñez, pensaba en Manlio que no sabía y no podía crecer, o que tal vez creciera hacia atrás. Tenía la impresión de que el rechazo de su hermano a hacerse un hombre era un deseo de retroceso, una especie de empequeñecimiento hacia las cosas sencillas, cada vez más sencillas, hasta volverse un recién nacido, hasta soñar con un regreso al útero, para volver en paz a la protección de la que había nacido.

Enfrente del sillón en el que se había dejado caer había un antiguo mueble repleto de libros propiedad de los Sangrano, que los Sangrano, tras haberle vendido la almadraba, nunca se habían pasado a retirar. Era increíble. Eran esos los libros mencionados en la primera conversación entre Luce y él, cuando la siguió y la localizó en el baño de Villa Valenti durante la fiesta de mayo. Pensó que las cosas sobreviven a los seres humanos, que las cosas son impasibles testigos de los sentimientos que circulan a su alrededor, careciendo ellas mismas de sentimiento alguno. Miró una copa de cristal sobre la mesita de al lado. Tal vez una mujer pudiera llegar a perdonar a un hombre que en el fondo había matado por ella. Sí, tal vez Luce, con el tiempo, comprendería. Al fin y al cabo, aquella mañana ella había sufrido un claro conato de vómito. Náusea. Náusea. Sí. Podría estar embarazada. Podría estar embarazada. Él estaba dispuesto a amarla como ella

quisiera. Estaba decidido a tenerla como hija y estaba decidido a hacer de padre de su hijo. Dos toques convencionales en la puerta ya abierta. Era Sandro.

–*Avvocà*, está aquí Luca Trevi, que quiere hablar con usted.

–¿A estas horas y sin cita previa?

–Ya se lo he dicho...

–Que pase... Sandro, prepárame un café doble.

Luca Trevi era un hombre de Carmine Denza, poderoso coordinador del *team* de Diego Ventre. De paso plumizo, con el cuerpo de una morsa agilísima, sabía usar las manos, la pistola y la cabeza. A Diego le pareció de inmediato un elemento precioso y le encomendó la tarea de supervisar a los jefes de área de las actividades.

–*Avvocà*, buenos días. Disculpe, pero visto que hoy por la tarde tenemos nuestra reunión he preferido decirle dos palabras.

–Siéntate, Luca, ahora llega el café.

–Lerro se está organizando en zona Nápoles.

–¿Qué significa en zona Nápoles, Luca? Nápoles está inundado.

–Precisamente, va vía mar. Coberturas no le faltan. Por eso, aunque lo paren, nueve de cada diez veces pasa.

–¿Y qué?

–Pues que el asunto no es ese, *avvocà*. La cuestión es que, a través de un soplo confidencial, he sabido que ha vomitado un odio feroz en contra de usted. La persona que me ha informado me ha dicho que Lerro se ha convencido de que el que lo lleva todo con sus propias manos es usted, de que Denza es una tapadera y de que se las va usted a pagar.

–¿Tú vas a verte pronto con ese informador?

–No lo sé. Es posible.

–Bien. En cuanto lo veas, dile que cuando Lerro quiera escogemos un lugar y un horario. Nos presentamos él y yo. Cada uno con una hermanita de seis balas en el tambor. Seis balas y nada más. Y que si la solución no le gusta, nos presentamos a manos vacías. Si tiene cojones, la cuestión podría quedar resuelta de esa manera. Bébetelo el café.

–*Avvocà*, nos vemos luego.

–Nos vemos luego.

A Diego se le escapó una sonrisa. Sería de justicia encontrarse solos cara a cara. Pero actitudes tan caballerescas estaban superadas. Se levantó y salió a la terraza. Volvió a ver la ventana rectangular de la torre a través de la cual, pocas horas antes, había descubierto el abrazo entre su mujer y De Mattia. Cogió el portátil y compuso un mensaje para Bianca. Una comunicación cifrada que solo ella podía interpretar: mediante números acordados, Diego Ventre le estaba enviando el nombre de la persona que iba a matarlo.

**Salerno. 24 de septiembre. Tarde.**  
**El bufete Ventre**

—Manlio, tú ahora me esperas aquí, ¿de acuerdo? Te quedas tranquilo en esta habitación. ¿Lo ves? Aquí tienes todo lo que quieras. La Biblia, los Evangelios. ¿Te has acordado de tomarte las medicinas? —Sí.

—Estupendo.

—Diego, disculpa, pero... Verás, yo...

—Dime, ánimo, dime.

—No, lo que digo... Mamá ¿qué tal está?

—No hay por qué preocuparse. He hablado con los médicos. Está en una clínica maravillosa. Tal vez no haya estado nunca mejor. Mañana telefoneo y te la paso para que hables con ella, ¿te parece bien?

—Pero tú qué crees, Diego. No, digo yo, tú qué crees, ¿va a curarse?

—Haremos de todo para que se cure, Manlio. Te lo prometo.

Diego salió de la pequeña habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Manlio se levantó del sofá y empezó a observar los cuadros colgados de las paredes. Los escrutaba uno por uno. Un grabado decimonónico de un velero español. Una acuarela de Amalfi vista desde el hotel de los Cappuccini. Un óleo de la playita de Conca vista desde el mar. Después cerraba los ojos y rumiaba lo que había observado. Sabía infaliblemente cuántas velas tenía la nave, cuántas barcas había en la bahía de Amalfi, cuántos bañistas estaban tumbados al sol sobre la arena de Conca. Todo lo que no recordaba de su infancia hallaba una increíble compensación en los detalles insignificantes del presente que conservaba en la memoria. Podía decir el color de la corbata que su hermano Diego se había puesto diez días antes, los zapatos que calzaba Sandro el mes pasado, los relojes de De Dominicis, Pepe y Alfredo Gemma cuando vinieron de visita a la almadraba.

Detrás de la puerta de cristal de la librería había un marco de plata con un retrato de Luce. Es caso es que ella era la única de la que no conseguía grabarse en la cabeza detalle alguno. A menudo ni siquiera recordaba su rostro. Por la noche, mientras rezaba acostado, lo intentaba: «¿Cómo son los ojos de Luce? ¿Cómo es su pelo? ¿Llevaba puesto hoy un brazalete? Sí, creo que sí. No, me parece que no». De manera que cogió la fotografía de ella, la dejó sobre la mesita de al lado del sillón, se sentó y se la quedó mirando. Era una instantánea en blanco y negro de hacía unos años. Ella estaba asomada a una de las barandillas herrumbrosas del templete de Villa Sangrano. Alguien la había

fotografiado por sorpresa y Luce se había defendido con la mano izquierda, aunque sin conseguir ocultar nada más que la barbilla.

Del otro lado llegaba un vocerío creciente, pero Manlio no oía nada. Miraba la fotografía, nada más.

La sala de reuniones estaba abarrotada con más de sesenta personas. El abogado tomó asiento detrás de una larga mesa y empezó a hablar mientras todos ocupaban sus lugares.

—Les doy mis más sinceras gracias por haber respondido a mi invitación. En estos momentos tan difíciles para la ciudad, les estoy doblemente agradecido por la confianza que me han otorgado en el asunto de nuestras inversiones. Por datos bien fundados puedo decirles que el estado de emergencia en Nápoles durará algunos meses aún. Pero nosotros estamos ya trabajando para reconstruirla más hermosa que antes. Nuestras sociedades, gracias a cierta feliz intuición, han cerrado algunas extraordinarias operaciones inmobiliarias. El setenta y tres por ciento de los edificios de interés histórico pertenece a nuestros grupos y, por lo que parece que será el destino de la ciudad, este es el negocio del siglo, mejor dicho, el negocio de los siglos. El Gobierno acabará de preparar un decreto en los próximos días. Fondos para la reconstrucción. Fondos con los que se integrarán otros fondos: los europeos. Las más poderosas sociedades de inversión de los Estados Unidos se preparan para entrar en liza. Y todo con la bendición de la Iglesia. Ya me entienden ustedes, ¿qué puede hacerse sin las unciones extremas del Vaticano? La nueva Nápoles que nos disponemos a construir será distinta, será radicalmente otra Nápoles. Esta ciudad ha superado calamidades de todas clases. Erupciones, invasiones, guerras, guerras civiles, pestilencias, bombardeos, terremotos. Ahora se trata de transformar la catástrofe de los Campos Flégreos en una oportunidad. La oportunidad está ahí y es irrepetible. Los territorios que circundan la metrópoli son ricos de historia; en Portici, el primer tramo ferroviario de Europa y el Alcázar borbónico; en Herculano, las excavaciones arqueológicas; en San Giorgio y Torre del Greco, las villas rococó; en San Sebastiano, el observatorio privilegiado para el Vesubio... Pues bien, todos estos términos municipales se convertirán en complejos hoteleros y nuestras sociedades desempeñarán un papel decisivo. Se lanzarán bandos de concurso en los que participarán los mejores arquitectos del mundo. Nápoles hará de sí misma su mayor industria. Las llamas de los Campos Flégreos son una bendición para nosotros: la erupción ha realizado el plan urbanístico que se esperaba desde hace años. Y no será un plan urbanístico que reforme solo los espacios. Deberá ser un plan urbanístico que reforme las cabezas, los pensamientos, los procedimientos. No habrá ya comerciantes autónomos, solo grupos y cadenas comerciales reguladas por multinacionales. Por lo tanto, será el final de las pequeñas mordidas. No habrá tampoco luchas fratricidas por subcontratas insignificantes. Todo tendrá que ser reconstruido y asegurado mediante sistemas avanzadísimos, antisísmicos, de manera que la mayor parte de las obras acabarán adjudicándose a las empresas no napolitanas. Tendremos proyectos de alcance internacional. Por lo tanto, será el final de las insignificantes subcontratas trucadas. En fin, creo que todos lo han entendido, el saneamiento de los Campos Flégreos atañe sobre todo a la ilegalidad. La política es un crimen filosófico, señores. Un crimen sin pistola y a

menudo sin coraje. Pero la política –y sus usos– según el sentido común, es legal, es constructiva, es civil. La diferencia, en este mundo, la marcan siempre las palabras. Nosotros abrazaremos las palabras de la diferencia. Se les informará de todo con periodicidad semanal. Les doy una vez más las gracias.

Del patio de butacas se elevó un aplauso fragoroso. Todos querían estrechar la mano del abogado. Entre la multitud se abrió paso Giuseppe Merolla:

–¿Me permite, abogado? Dos palabras en privado.

Diego lo precedió por un largo pasillo y entró en la sala de las pequeñas reuniones. Merolla se sentó ante la mesa redonda con Labini, Cerullo, Esposito y Strameli.

–Bien, Merolla, usted dirá.

–*Avvocà*, verà, a nosotros todo esto nos gusta. Toda esta gente tan maja de la banca y de la industria nos gusta. Pero hay un pero. Nosotros, después ¿qué haremos? Aquí, como usted dice, ya no habrá extorsiones. Estupendo, maravilloso, nos encanta, pero, repito, nosotros, ¿qué haremos?

–Merolla, se lo digo a usted y a los amigos aquí presentes. Los tiempos cambian. Durante miles de años, el mundo salió adelante con velas. Después, un buen día, llegó la electricidad. En opinión de ustedes, ¿es que los que fabricaban y vendían las velas se murieron? Adecúense, Merolla. Adecúense. Empiecen a estudiar las bombillas. Cuando llegó la luz eléctrica, la gente no prescindió de la iluminación, cambió su manera de iluminar. Desde hace unos cuantos años estamos haciendo un experimento: en el barrio que usted conoce, he hecho que los «muchachos» de la mordida se asocien en una cooperativa de guardias jurados. Se los hemos impuesto a los comerciantes y todo va bien. Un trabajo limpio. ¿Qué más quieren? ¿Que quieren disparar sea como sea? Váyanse al campo de tiro. ¿Que les gusta el riesgo? Apúntense a los campeonatos mundiales de saltos de trampolín.

Esposito y Cerullo se miraron a hurtadillas. Labini se sonó la nariz y dijo:

–¿Y la droga? ¿Qué hacemos con el tráfico de droga? ¿Montamos una cooperativa de asistentes sociales?

–No. El tráfico no desaparecerá. Lo que cambiará será la droga.

–¿Y eso? –dijo Cerullo.

–Pues eso, que la droga se llamará Tintoretto, Miguel Ángel, Caravaggio, porcelanas de las casas reales, la droga se llamará grandes exposiciones, se llamará casino. Ustedes ni se imaginan la cantidad de dinero que puede llegar a circular. Además, para volver a levantar Nápoles, para quitarle el polvo y sacarle brillo, harán falta bastantes años y dentro de unos años ni siquiera sabemos qué droga habrá en el mercado, ni, sobre todo, de dónde vendrá ni a qué precio. Por ahora, quédense tranquilos que, cuando llegue el momento, eso de pasar de las velas a las bombillas ya se lo explicaré yo. ¿Qué ocurre, Merolla? Le leo una pregunta en los ojos.

–*Avvocà*, ¿qué tal está Carmine Denza?

–Mejor. Fuera de peligro. Solo le hará falta un retoque estético. Pero la pregunta que quería hacerme no es esa. Lo que ustedes quieren saber es quién manda ahora. Solo que ya saben la respuesta. ¿Les hace ilusión que se lo diga con mis propias palabras? Yo soy

el que manda. Y para ser precisos, lo soy desde mucho antes de que Denza fuera herido. A quien no se haya dado cuenta, no se lo reprocho, quien se haya dado cuenta y se haya mostrado discreto al respecto goza de todo mi aprecio.

Ventre se levantó, estrechó cinco manos y se quedó solo en la sala. Inspiró profundamente. Agarró el teléfono y llamó a Castellabate. La casa era grande, los timbrazos se sucedían interminables. Durante todo el día, en la cabeza de Diego se había instalado un sistema de pensamientos de doble asiento: entradas y salidas. Las entradas eran los negocios, el respeto de los subordinados y de los cómplices. Las salidas tenían un nombre solo: Luce. ¿Dónde estaba Luce?

—¿Diga?

—¿Oiga?, ¿señor duque? Soy Diego Ventre.

—¿Qué tal está usted, abogado? ¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente, ¿y usted?

—Todo en orden. Aquí se está de maravilla. ¿Por qué no viene a visitarnos con Luce?

—Iremos, iremos dentro de poco.

—¿Está ahí con usted mi hija? Dele muchos recuerdos.

—Desde luego, se los daré.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Cómo dice?

—¿Me ha llamado por algo en especial, abogado?

—No, por nada. Solo para charlar un rato. Que siga todo bien.

—Gracias, gracias por todo. Gracias siempre.

*¿Está ahí con usted mi hija? Dele muchos recuerdos.* De modo que Luce no había ido a reunirse con sus padres.

El despacho se estaba vaciando. Ventre fue hasta la habitación donde le esperaba su hermano. Manlio estaba sentado en el sillón, con los hombros separados del respaldo. Levantó la mirada y dijo:

—Diego, ¿dónde está Luce?

**Cetara. 24 de septiembre. Noche.  
La Almadraba**

A las once de la noche, Diego encendía un candelabro de tres brazos. En el centro de la sala se había depositado el enorme cuadro, la obra que permanecía oculta bajo una fina tela de seda azul. El abogado había ordenado a dos de sus hombres que retiraran el retrato de su mujer de la torreta y que lo transportaran a su habitación, una vez tapado. No estaba seguro de querer verlo. Colocó dos cojines, uno encima de otro y se tumbó con la nuca sobre la palma de su mano derecha, sujetando con la izquierda un habano apagado. No había recibido aún noticia alguna de Luce. Bajo aquel paño, acaso, se ocultara un secreto, un secreto más allá de la apariencia inmaculada y académica de la pintura, un secreto que él sin duda sabría desvelar con sus presentimientos animales.

El mar respiraba muy tranquilo, alentando sal por las ventanas abiertas. Diego pensaba en llamar a alguien y ordenar que se llevaran el cuadro a la torre para que quedara encerrado y pereciera definitivamente entre la humedad de los años por llegar. O mejor, reflexionaba, podría tumbarlo en el suelo, en la terraza y prenderle fuego. Sintió hastío por sí mismo. Le molestaba esa capacidad suya de descubrir lo que los demás no veían. Una inclinación de la que era imposible librarse. Se levantó sin saber por qué. Se puso de espaldas al caballete, extendió una mano, encontró en la penumbra un borde de seda y tiró de él con un movimiento muy sereno. Volvió hacia la cama y se dejó caer, tumbado con los ojos todavía cerrados. Por fin los abrió. Ahí estaba. Ahí estaba la mujer más hembra del mundo. Ahí estaba el pacto de Satanás con Dios. Ahí estaba la belleza y la inocencia. La indolencia de la naturaleza. La melancolía de la historia: todo en los ojos de Luce. Los largos cabellos reanimados por ondas se asomaban por encima y más allá del escote del vestido. El brazo izquierdo caía con suavidad sobre el sillón de alto respaldo. La mano derecha, tendida hacia el observador, tenía sobre su dorso una mariposa con alas de color naranja y azabache. La respiración de Diego se paró, la contuvo sin darse cuenta. Todo lo que había que comprender era que él no había comprendido nada. En aquella muchacha tan insólita que lo invitaba a un besamanos, no se había percatado de la potencia del presente que se le ofrecía. Ahora sabía que Luce no había aparecido en su vida para completarla, sino para cambiarla del todo. Él la había querido como la pieza más preciosa de su colección sin alterar ni un solo centímetro la posición de todo su mundo expuesto. Se había enamorado de Luce porque había visto en ella lo que él mismo podría llegar a ser, pero no había movido un solo dedo para llegar a serlo.

realmente. Y ella, en el fondo, ella se había enamorado del velo que él había extendido sobre sí mismo, de lo que a él le gustaba prometerse en una latitud fuera de la realidad. Era terrible, lo admitía, la había aturdido en un vals sin música, prometiéndole acordes irrealizables.

Y sin embargo, desde aquel cuadro reluciente de sombras, emanaba el color de un extraño consuelo. Pensaba que había sido suya y pensaba que lo sería para siempre. Todo el dolor presente provenía de ella y por ella, de modo que el alma de Luce estaba en la oscuridad junto a la suya. Dos golpes en la puerta cerrada.

—¿Quién es?

—Soy Sandro, abogado. Malas noticias.

Diego se levantó, abrió la puerta, se vio embestido por la inundación cegadora de la araña encendida en el salón.

—¿Qué pasa ahora?

—Abogado, han incendiado la villa del Pollione.

—Ah, Lerro.

—Supongo que sí.

—Bien, prepara la lancha motora. Que venga con nosotros Umberto y nadie más.

—Sí, abogado.

—Y mi hermano. No me fío de dejarlo aquí solo.

**Posillipo. 24 de septiembre. Noche.**  
**Villa Pollione**

Luce estaba entre las sombras de la planicie, con la espalda apoyada contra un sauce. Había oído el motor de una embarcación roncando en el embarcadero de abajo. Se había levantado y había echado a correr hacia la entrada de la cueva de toba. Protegida por la oscuridad, miraba a tres hombres que transportaban grandes bidones de gasolina. Uno era Pasquale Lerro. Pero ella no podía saberlo. Cuando les vio derramando el líquido por el suelo con consumada sabiduría, se adentró entre las tinieblas de la larga galería acariciando el muro granuloso con la mano izquierda. Le bastaron pocos metros para olvidarlo todo. Fue capaz de reanudar el hilo de los pensamientos que la estaban visitando algunos instantes antes. Mientras Diego contemplaba su volver a ver en Cetara, ella volvía a verlo caminar sobre la arena amarilla entre las ruinas romanas. Volvía a verlo con la andadura de aquellas tres tardes de mayo en las que su vida se había decidido para siempre. En aquella locura visionaria de médium había sentido alrededor de la frente toda la dulzura de los ojos de él, aquella seguridad firmísima y tierna que le había hecho padre e hijo, fecundador de fantasías, de perspectivas imaginativas, cuando ella no creía que pudieran existir.

Y ahora, la crudeza del negro, bajo la tierra. Paso a paso, algunas piedrecillas se desmigajaban bajo sus zapatos de cuerda. Avanzaba despacio, intentando recordar la longitud del trayecto, pero cuanto más lo rememoraba más infinito se le hacía el recorrido. Lo que le había sucedido bajo la protección de la felicidad había tenido un ritmo vertiginoso de danza, mientras que ahora sufría toda la extenuante transfixión de una procesión, de un funeral al que hemos sido invitados para seguir a nuestro propio féretro.

Pasos. Pasos. Pasos. Encendía la cámara de vídeo para ayudarse, pero apenas surgía un pequeño punto azul que vagaba por los muros como un insecto irrisorio. La apagó. Se detuvo. ¿Por qué ya no sabía llorar? Bajo la tierra, estaba bajo la tierra, en las tripas de Nápoles, dentro del útero de la vieja muchacha inmortal, cargada de siglos y embadurnada de juventud. Querría poder quedarse allá abajo, allá en lo profundo, sin volver a ser descubierta, sin volver a ser hallada, promesa de vida, para siempre. El muro formaba una voluta: estaba en la caverna en la que, unos meses atrás, Diego le había enseñado la *Adoración* de Caravaggio. Ahora caminaba sin la guía perimetral de la pared de toba a su lado, confiando en encontrar, finalizado el pasaje oscuro, el corredor

correspondiente. Chocó contra el enorme caballete de madera en el que había estado apoyada la tela de Merisi. La madera de tres pies cayó contra la tierra batida y produjo un eco brevemente multiplicado. La pintura ya no se encontraba allí. Quién sabe adónde se la habrían llevado. Ahí estaba la continuación de la galería. El muro volvía a darle consuelo, lo rozaba con los dedos y las uñas. Se dio cuenta de que acariciar las piedras le daba paz y experimentó una amargura casi infantil. Ahora palpaba la puerta, encontraba el tirador. Abría el umbral. Por fin, ya entraba en la sala del gran restaurante de cristaleras. Por fin estaba en el Lido Virgilio. Toda la zona de las mesas no había sido invadida por las aguas, por más que el nivel del mar se hubiera elevado espantosamente. Desde las plantas inferiores retumbaban vórtices de remolinos siniestros, ruidos sordos de fermentos marinos. Luce se acercó a la mesa con vistas al mar, era allí donde había donado todo su ser a Diego. Se tumbó, cansada, incrédula de cómo había llegado hasta allí arriba. Ahora miraba el horizonte tranquilo, las luces de Capri. Hacia la derecha, se elevaban los resplandores de fuego de los Campos Flégreos. Sintió náuseas, Luce, una vez más una oleada de náuseas. Pensó: «Estoy embarazada, embarazada de rabia, como toda esta tierra».

**Nápoles. 24 de septiembre. Noche.**  
**En el agua**

La lancha motora de Ventre avanzaba con desenvoltura. A la altura de Palazzo Maddaloni parecía que estaban en pleno infierno, entre una infinidad de cosas que flotaban. El abogado le hizo una señal a Sandro para que se dirigiera hacia piazza del Plebiscito. En la embarcación estaban sentados Umberto y Manlio. El primero, con la mano en el bolsillo de la chaqueta, empuñaba la pistola. El segundo, con los ojos muy abiertos y un gesto de asombro en la boca, tenía una mano en el bolsillo de los pantalones y empuñaba el rosario.

A la altura de piazza Carità se cruzaron con una lancha de la policía. La flanquearon, les enseñaron el permiso especial, uno de los agentes reconoció al abogado y prosiguieron sin ulteriores molestias.

Piazza del Plebiscito seguía siendo una inmensa piscina de aguas cenagosas. Diego se puso de pie en la lancha y miró hacia via Monte di Dio. Allí estaba su casa. Sandro adivinó los pensamientos del abogado y dijo:

—Allí no. Demasiado peligroso.

Al cabo de un rato se desató un clangor que provenía de popa. Un cochecito de bebé medio sumergido se había enganchado en la hélice. Sandro consiguió soltarlo. Volvió a encender el motor, constató que todo estaba en orden y navegaron hacia via Caracciolo, esa via Caracciolo que realidad no existía ya. Castel dell'Ovo parecía emerger directamente del mar, el puente de comunicación que lo unía con la ciudad había desaparecido y, si seguía allí, estaba abajo, muy abajo. Diego se acordó de aquella tarde de mayo en la que, pasando por allí y contemplando la vida de besos y de bares, la vida de frivolidad y sonrisas, pensó que todo aquel entramado de bonitos paseos no duraría mucho. Y así había ocurrido. Increíble, pero así había ocurrido. Le volvieron a la memoria las caras de De Dominicis, de Pepe, de Alfredo Gemma, las caras recelosas y de choteo cuando les dijo que era necesario venderlo todo y comprarlo todo. Pensaba en su padre, que estaría viendo esa insolencia de llamas y de mar en los telediaros americanos. Y Bianca, ¿estaría aún en Roma como le había escrito un par de semanas antes? El parque municipal se había convertido en una ciénaga inmensa, las palmeras afloraban como gigantescas ninfas pasmadas. Más adelante, los chalés de Mergellina habían sido arrollados, anulados; aquí y allá descollaban algunos estípites de aluminio que habían sobrevivido. Los jugos de fuego que llegaban de los Campos Flégreos empezaban

a ascender hasta el cielo y, milagro de los vientos, no había olor a gas, no había necesidad de usar las máscaras. Capri e Ischia eran lámparas votivas consolatorias, parecían más alejadas e inconsistentes de lo habitual. Ahora pasaba un helicóptero, dos. Cinco patrulleras de la guardia de aduanas. Las embarcaciones de la marina militar ancladas mar adentro. Ahí estaba el muelle del Pollione. Pero ya había una lancha.

–Sandro...

–¿Sí?

–Tenemos visita. Podría ser Lerro.

–Alguna vez tendría que ser, [avvocà](#).

–Umberto, saca un chaleco antibalas para mi hermano. Ten Manlio, ponte esto. Podría ocurrir que ahí encima nos encontráramos con una mierda que está buscando el camino adecuado hacia la alcantarilla. Ahora vas a ponerte mi chaqueta y nos esperas en la pequeña cueva que está en medio de los acantilados.

Manlio tuvo la reacción de un niño:

–No, Diego, no. Quiero ir contigo. No, Diego, no.

El abogado miró a Umberto y a Sandro.

–De acuerdo, vente conmigo. Pero quédate siempre detrás de ellos dos. Si alguien nos dispara, tírate al suelo y haz como si estuvieras muerto. ¿Está claro? Te tiras al suelo y no te muevas por ninguna razón. Yo iré el primero. Y no lo olvidéis: hagámoslo todo con calma.

Nápoles. 24 de septiembre. Noche.  
Lido Virgilio

Luce yacía tumbada sobre la larga mesa delante de la cristalera. Con las manos detrás de la nuca, escrutaba el cielo límpido. La luna, las estrellas; la naturaleza no abandonaba sus ritos ni siquiera en presencia de la catástrofe, es más, parecía encarecerlos con un resplandor que escarnecía la desgracia. Si aferraba esa cámara de vídeo, pensaba, podría ver en la diminuta pantalla todas las fases de la matanza en la que había muerto Francesco. Pero ahora, no. Ahora no. Se sentía enloquecer. Se sentía herida. Odiaba a Diego como una mancha negra encerrada en el inmenso marco de dulzura que ella había construido para él. Y su casa, la villa de Posillipo, tan cerca. Se vio a sí misma a los siete años, un día de julio chorreante de hastío, cuando su padre apareció para regalarle dos ardillas. Se las llevó encerradas en una jaulita a los pies de un árbol de naranjas, se tumbó boca abajo sobre la hierba y jugó largo rato con ellas, alargando la lengua a través de los barrotes, invitándolas a que la tocaran con las patitas, retirándola rápido en medio de estallidos de alegría.

Luce oyó un ruido. Miró hacia atrás tumbada como estaba. Veía todo el local en contrapicado. A pocos metros de allí había tres hombres. Uno era Pasquale Lerro. El otro era Acquasanta. El tercero era Alves, un brasileño grande y calvo. La muchacha no se alteró. Veía las caras mudas, las pistolas empuñadas con los cañones apuntando al suelo. Lerro dio dos pasos para acercarse. Los otros dos dejaron en el suelo dos bidones de gasolina.

Lerro le hablaba:

—¿Y usted quién es?, ¿una pariente del abogado?

—Soy su mujer.

Luce contestó así, con voz muy baja: *soy su mujer*.

Lerro se acercó la mesa, se aseguró de que la mujer no estuviera armada. Cogió la cámara de vídeo. La dejó sobre la mesa de al lado y la encendió.

Comprobó el encuadre en el monitor y puso en marcha la grabación. Después se acercó de nuevo a la muchacha e inclinó su rostro sobre el de ella:

—Señora, vamos a tener que molestarla un poco.

Él se esperaba una reacción de víbora y se quedó estupefacto, entre el recelo y el asombro, cuando ella, sin abandonar su posición reclinada, se llevó las manos al borde del traje blanco y empezó a tirar de él muy despacio, enseñando las piernas y abriéndolas

ligeramente.

—Me habían dicho que era usted hermosa. Pero quienes me lo dijeron, solo decían gilipolleces. Es usted mucho más, es usted algo muy serio.

Luce introdujo los dedos índice de las manos bajo la cinta elástica de las braguitas. Se las deslizó hasta los tobillos, se las quitó.

—Lo siento señora. Lo siento de verdad, pero tengo una idea distinta.

Lerro aferró a Luce por la nuca, la obligó a darse la vuelta, la agarró del pelo como recogiendo en una coleta y la forzó a colocarse de pie, con los codos apoyados en la mesa. Después miró a Acquasanta, miró a Alves y dijo:

—Desacralízale el culo.

Acquasanta se acercó, se bajó la cremallera de los pantalones, se estimuló el miembro contra los muslos de Luce, le abrió las nalgas y la sodomizó con esfuerzo. Lerro estampó en su cara una sonrisa siniestra:

—*Acquasa, o tu 'o tiene troppo gruosso, o 'sta zoccola 'o tiene troppo stritto*<sup>21</sup>.

Luce estaba lejos, había decidido quedarse lejos. No volvería a permitir que ningún hombre la viera sufrir. No protestó. No emitió sonido alguno. No gozó ni sintió dolor. Se sentía violada, igual que Nápoles. Pero igual que Nápoles, se sabía capaz de sobrevivir a todas las violaciones. Era la rosa pisoteada por las patas de un perro, el callejón ensangrentado por un ajuste de cuentas, la abuela solitaria que muere en un rincón, el paraíso del golfo profanado por las chimeneas, la belleza escupida a la cara de la bestialidad.

Acquasanta, con la fuerza estruendosa de un pistón, se afanaba en oírla gritar. Pero el silencio de la hembra lo excitó como un relámpago. Lerro dijo:

—No te corras dentro, que luego me da asco.

Acquasanta dio tres o cuatro golpes más y le embadurnó las piernas, él sí estallando en jadeos.

Alves se acercó apretándosela con la mano. La dirigió contra el orificio humedecido y resbaló dentro. Luce sentía en las vísceras las idas y venidas de la desesperación, el movimiento mecánico en el que el ansia de aferrar no aferra nunca. El brasileño asaetaba con ímpetu, emitiendo un gemido que se había convertido para ella en un sonido abstracto, más abstracto cada vez, hasta la eyaculación desvergonzada en los glúteos que permanecían quietos, con la perfección de una obra de arte enmugrecida.

Lerro adoptó los aires de uno que dice *ahora os enseño yo cómo se hace*. Se quitó la camisa. Se desabrochó el cinturón de los pantalones, se bajó los calzoncillos. Liberó el glande y lo hundió con desprecio desalmado. Del ojo derecho de Luce empezó a bajar una lágrima. Pero no lloraba por la vergüenza, por el dolor, por la ofensa. Los testículos de Lerro oscilaban contra sus muslos a cada golpe de caderas. Las percusiones arreciaban con una ferocidad inaudita, el roce de la pelvis de él contra las posaderas de ella determinaba un ruido siniestro, ese abofetear de la carne que se vuelve deshumano cuando no va acompañado por los sonidos de la vida.

Así ocurrió. De repente. De repente. De repente. Tres detonaciones desgarraron el aire. Tres disparos de pistola. El primero traspasó la nuca de Acquasanta. El segundo

alcanzó a Alves en la sien. El tercero había entrado en el torso desnudo de Pasquale Lerro. Diego Ventre había disparado. Ahora, detrás de él, por el hueco de la galería, entraban Sandro, Umberto y, por último, Manlio, todos muy despacio. El abogado avanzaba lentamente hacia el centro de la sala. El cuerpo de Lerro se había quedado pegado al de Luce. Lerro restregaba la cabeza sobre los omoplatos de ella, sollozando movimientos inconexos. Su mano derecha abría y cerraba los dedos en una contracción al ralenti. Luce empezó a notar todo el peso muerto de él sobre su espalda. Dobló despacio las rodillas y Lerro fue deslizándose sobre ella, hasta caer derrumbado al suelo. El proyectil de Diego le había traspasado el pulmón derecho. Tumbado en el pavimento, Lerro miraba al abogado con ojos de hiena. Movía el cuello como agitado por escalofríos feroces. De sus pantalones bajados, el ultraje enflaquecido destilaba filamentos de placer apagado. Diego se arrodilló a su lado, le introdujo el cañón de la pistola por el ano y dijo:

–Métete por el culo tu estupenda muerte. Y dale recuerdos a la señora dentro de un momento.

De la boca de Lerro salió un estertor de sangre que buscaba una palabra imposible. Ventre apretó el gatillo. La cuarta explosión deflagró en las vísceras del moribundo. La quinta bala se la reservó para la boca. Luce se había sentado sobre la mesa. Tenía la mano derecha sobre el vientre y la izquierda sobre los ojos. Diego se le acercó. Ella dejó caer temblando la mano que le cubría la mirada. Se miraron fijamente. Él le acarició el pelo y le apuntó al pecho con la pistola. La sexta detonación llenó todo el local. Diego se dio la vuelta, miró a Sandro, miró a Umberto. Los dos se volvieron a su vez. Manlio tenía una pistola en la mano. La había recogido del suelo junto al cuerpo de Acquasanta. Había sido él quien había disparado. Había sido Manlio quien había disparado. Diego sintió un dolor incandescente en la espalda. Cayó de rodillas. Había sido herido. Había sido herido por Manlio. Había sido herido por su hermano. Luce lo ayudó a apoyar la espalda contra una pata de la mesa. Diego le alargó una mano sobre los ojos, como diciéndole: no quiero que me veas morir. Ella se la besó. La sujetó con fuerza entre las suyas. Sandro y Umberto se colocaron a su lado, en el suelo. Decían cosas que él ya no oía. El rostro de Luce se difuminó en una especie de niebla azulada. Ahora solo veía la trastienda de una pastelería. Diego era un niño y estaba tumbado en la camita. Pensaba: ahora enciendo la luz. Notó los pasos de una de sus tías acercándose al umbral, debía de ser la más joven, la más hermosa. Debía de ser muy parecida a Luce. El ruido de los tacones se apagó. Diego oyó dos toques en la puerta y después, ya nada.

**Portici. 25 de septiembre. Alba.  
Convento de San Pasquale**

La sacristía estaba inmersa en una opacidad de altísimos armarios. Mario, un anciano sirviente, la estaba cruzando con medio vaso de agua en la mano. Desde un cuartito oculto al fondo de la inmensa sala rectangular provenía un lamento sofocado, como un gruñido inquietante. El viejo llamó a la puertecita de madera camuflada entre los asientos en desuso. Desde dentro se le dijo que pasara. En el centro del pequeño local había una silla de paja en la que estaba sentado Manlio. El muchacho se mordía la mano derecha, no lloraba pero resoplaba en su tráquea un desgarró sofocado, un grito que se insuflaba desde el estómago, a veces muy prolongado, a veces breve, a los que seguían silencios negros. El padre Andolfi, de pie, le acariciaba el pelo.

Mario apoyó el vaso sobre un pequeño escritorio carcomido, lanzó una mirada al sacerdote como para preguntarle si le hacía falta algo más, murmuró que en el agua había treinta gotas y se marchó. El sacerdote invitó a Manlio a bebérselo. El muchacho abrió la boca sin tocar el vaso. El anciano prelado se lo acercó dulcemente a los labios y consiguió que deglutiera todo el calmante.

Justo después de que Diego expirara, Luce mantuvo largo rato sus labios en su mejilla, hasta que Sandro la arrancó de allí y colocó las armas con esmero junto a los cuatro cadáveres. Limpió de huellas la pistola con la que había disparado Manlio y la puso de nuevo en la mano de Acquasanta. Después hizo que el dedo muerto de Lerro disparara dos veces, tres el índice blando de Alves. Tuvo que acomodarle los pantalones al jefe del clan, subiéndoselos.

Manlio se había acurrucado en un rincón detrás de la barra de las copas. Luce se arrodilló cerca de él besándolo entre los cabellos. El muchacho temblaba como sacudido por una crisis epiléptica. Al cabo de un rato, la miró y, viendo que en la mejilla de ella había una diminuta tira de sangre, pues se había manchado debido a un vómito hemorrágico de Diego, Manlio se protegió la cara enfilándose las uñas en los párpados cerrados.

Hizo falta toda la fuerza de Sandro y de Umberto para sacar a Luce y a Manlio de allí. Ella no lloraba ni decía una sola palabra, pero su cuerpo oponía una resistencia feroz. No quería moverse. Manlio seguía repitiendo el nombre de su desesperación:

–Diego, Diego, Diego.

Sandro dijo:

—No podemos llevárnoslo con nosotros.

Mientras completaban el recorrido al revés en la galería de toba, Luce se obstinaba en un postrer intento feroz, quebrándose las uñas contra los muros a los que quería quedarse aferrada.

En la lancha motora, Manlio repetía obsesivamente:

—El padre Andolfi, en Portici, el padre Andolfi.

Despertaron al cura en plena noche y durante dos horas estuvo escuchando la confesión del muchacho.

—Cristo te ha sometido a una gran prueba, Manlio. Ahora yo estoy aquí contigo. Debes decirme todo lo que quieras. Todo lo que quieras, todo el tiempo que quieras. Yo te absuelvo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Padre... Padre... Yo quiero que me perdone Diego, pero él ya no puede hacerlo... Ya no puede...

—Manlio, tu hermano era un hombre muy particular. Había extraviado el camino y se había construido una vida en la que el Omnipotente era él mismo. Ningún hombre es omnipotente. Tú le has disparado, es cierto, pero esa arma acabó en tus manos a través de una cadena de acontecimientos en la que careces de culpa. Cuando viste a Diego colocar la pistola sobre el pecho de Luce quisiste defenderla. Has derramado la sangre de Diego, pero el sacrificio lo has hecho tú. Te digo una cosa grave, e importante. En esta historia eres tú el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

—Padre, yo le quiero mucho, padre, le quiero mucho, mucho, mucho. Aunque también a Diego le quiero mucho, le quiero mucho, pero, padre, yo creo que él no habría disparado contra Luce, padre, él no habría disparado nunca, Diego no dispararía nunca contra Luce. Solo había apoyado la pistola sobre el pecho de ella, pero no habría disparado nunca, padre, nunca habría disparado y yo lo he matado.

—No lo sabemos, Manlio. Eso no lo sabemos. Podría haber disparado y podría no haber disparado. Yo conocí a tu hermano.

—¿De verdad, padre? ¿Le conoció de verdad?

—Sí, cuando tenía diez años, once, doce, trece. Yo estaba en la parroquia de San Lorenzo, en Nápoles. Manlio, Diego era un niño extraordinario. Era inteligentísimo, me llenaba de preguntas, se sabía de memoria toda la misa. Una vez le conté que muchos años atrás el rito se celebraba en latín, y quiso un libro en el que aparecía todo el texto de la ceremonia. Dos días más tarde vino a la iglesia y me lo recitó. Desde el principio hasta el final, todo en latín.

—¿Y qué más, padre?

—Le gustaba mucho la historia, se sabía cuándo habían nacido los reyes, los emperadores, los papas, se sabía cuándo habían muerto y cómo habían muerto. Se sabía las fechas de todas las guerras del mundo. Se acordaba de quién las había ganado y de quién las había perdido. Y además jugaba a la pelota muy bien. El Señor le había dado muchos dones. Pero había nacido en Nápoles y Nápoles es un laberinto de extraños hechizos. Son pocos los que consiguen salir. El único modo para entender ese laberinto es contemplarlo desde lo alto, pero no resulta fácil. Al final ocurrió lo de la extraña

muerte de aquel ingeniero que fue asesinado en el edificio en el que vivíais vosotros. Diego desapareció. Se marchó a Sicilia. Durante los primeros años no se dejó ver, después empezó a regresar de vez en cuando. Entre tanto, había crecido. Se había licenciado en Derecho. Y cuando venía a Nápoles pasaba siempre a saludarme. Me dejaba dinero. Dinero para la iglesia y dinero para ti. Te quería mucho, pero mucho de verdad. Lloro ahora si quieres. Lloro, ya verás lo bien que te sienta. Me preguntaba qué tal estabas, qué hacías y me rogaba que te comprara regalos, libros, ropa. Todo. Tú creías que eran regalos que te hacía yo, detalles que venían de mí. No, eran suyos. Pero quería que tú pensases que también otros, aparte de él, te tenían afecto. Tenía mucho interés en que sintieras que no estabas solo.

—¿Pero es cierto, padre, que al ingeniero lo mató él?

—Manlio, se dicen tantas cosas...

—¿Mi madre era la amante del ingeniero, padre? ¿Sí o no? Eso tiene usted que decírmelo.

—No lo sé, Manlio, no lo sé. También se habló de ello, pero no lo sé. Sea como fuere, tu hermano Diego amaba mucho a tu madre y amaba mucho a tu padre. Si tu madre hizo eso que se dice, pudiera ser que Diego haya hecho eso que se dice. O por lo menos, que haya deseado hacerlo.

—Cuánto ha sufrido Diego. Padre, cuánto ha sufrido Diego.

—Vayamos más despacio, hijo mío. Ha sufrido y ha hecho sufrir mucho. Tenía cualidades excepcionales, habría podido llegar a ser lo que hubiera querido, hasta un misionero incluso, de los que la Iglesia nunca ha tenido. Pero las cualidades que nos vienen de Dios son como la abundancia del agua de lluvia. Si no encuentra el curso adecuado, si no se la canaliza bien, se desborda y causa daños. Diego se había convertido en un gran abogado, pero no le bastaba. Si es cierto lo que se dice de él, no le bastó. Persiguió un dominio ilimitado sobre las cosas y sobre las personas, pero cuando piensas en extender el huertecillo que posees, cuando piensas en hacer que se convierta en una finca, un feudo, un imperio, si haces algo así, puede ocurrir que ya no te acuerdes de dónde plantaste la primera semilla del primer arbolillo en tu pequeño huerto. Lo buscas, no lo encuentras, no lo riegas. Tus ojos escrutan la lejanía y pierden de vista las cosas cercanas. Diego ha pecado. Ha pecado mucho y lo sabía. Ha pecado mucho y lo sabe. Te ha querido mucho, pero de una forma muy suya. Pero ahora, créeme, como era un hombre extrañamente sensible, te perdona. Te lo aseguro, Manlio. Te perdona.

Manlio seguía sentado: se miraba la punta de un zapato y lloraba. El padre Andolfi tomó un taburete, se puso frente a él, le estrechó las manos y sonrió. A través del ventanuco del cuartito aparecía el puerto del Granatello.

El sol estaba naciendo sobre el mar cobalto.

**Roma. 25 de septiembre. Alba.  
En via Nomentana**

La casa en la que vive Bianca con su marido y sus hijos está en el primer piso de un edificio de los años cuarenta. Cuatro habitaciones luminosas, dos baños, la cocina que da a un patio lleno de plantas, suelos de granito bien abrillantados. En vista de la erupción de los Campos Flégreos, el abogado buscó el piso, un trabajo para ella y otro para él; había razones para rozar la felicidad, pero Bianca echaba de menos a Diego, su voz, la manera con la que se mete la mano derecha en el bolsillo, su sonrisa oculta en el fondo de los ojos, su sonrisa tan masculina, segura y paternal. La cafetera expurga el vapor dulzón del café, su marido se toma una tacita, se despide y se marcha a trabajar. Ella peina a los niños y los acompaña a la calle. Llego el microbús del colegio privado. Montan, se despiden a través de los cristales y desaparecen entre los babis azules de sus compañeros. Bianca sube por las escaleras y va directamente al baño. Se desnuda, se da una ducha caliente, recuerda un día en Nápoles: estando en casa del abogado, le entró un mosquito en un ojo. Él se le acercó, le puso una mano en la sien y otra en el arranque de la nariz. Estuvo haciendo presión, mirándola fijamente a los ojos y al ojo, permaneció cerca de su boca durante un rato que le pareció infinito. Al final, el animalillo acabó saliendo y él volvió a hojear sus papeles. Sus largos cabellos le pesaban a causa del agua y la espuma. Se los había dejado crecer por él, se vestía como se vestía solo por él. Todo había sido por ese inasible él. Salía del baño, ahora. Se ataba el cinturón del albornoz. Encendía la radio y se quedaba de pie junto a la ventana con el secador en la mano. Le gustaba peinarse detrás de los cristales, mirando el tráfico de los autobuses, los paseos de Villa Torliona allá al fondo, las caras de la gente, el cruce de los peatones. Mientras el secador de pelo expelía aire caliente, tuvo la impresión de haber oído en la radio el nombre de Diego. Apagó el secador. La radio repitió el nombre de Diego, el locutor del diario hablado añadió el apellido Ventre, el prefijo abogado. Las palabras se apelotonaban con un sabor de increíble absurdo: ajuste de cuentas, tal vez, cuatro muertos, el Lido Virgilio, el hallazgo, la policía, los cadáveres, el renombrado penalista, los restos mortales, la autopsia. Diego Ventre, el abogado Ventre, había muerto, se decía, en un enfrentamiento armado con Pasquale Lerro y dos hombres de su clan aún no identificados. Bianca notó detrás de la nuca algo así como el final de su vida. Un vértigo violento. Le pareció que la espina dorsal se le reblandecía como una caña marina podrida por una larga lluvia. Con las palabras mentales de la desesperación buscó a Dios, buscó a

la Virgen, buscó al propio Diego. No encontró a nadie. Se quedó muda, esperando desmayarse. Por el contrario, siguió en pie. Entró en el dormitorio respirando con dificultad, cogió el teléfono y buscó el mensaje cifrado del abogado. Él se lo había enviado desde Cetara la tarde en la que murió Francesco De Mattia. Bianca lo leyó y quedó aterrada. Ahora quería volver a verlo, confirmar de nuevo la correspondencia entre números y letras alfabéticas. Ahí estaba. Número por letra. Número por letra: «Moriré por Luce, pero no quiero que ella muera». Bianca buscó su libreta, en la que, entre las notas de la compra mensual, había transcrito los mensajes de él, hasta este último. Una forma de prudencia, en el caso de que el móvil se perdiera. Ahí estaba, una vez más: «Moriré por Luce pero no quiero que ella muera». Bianca abrió el armario, escondida en una vieja bolsa había una corbata de Diego. Le gustaba tanto que un día que se quedó sola en su casa, se la robó. Al día siguiente, él le dijo: «No encuentro mi corbata azul con rombos anaranjados». Ella sonrió. Le contestó: «Ni la encontrarás». La estaba acariciando con las manos, se estaba tumbando en el suelo. Se tapaba los ojos con la corbata, como vendándose. Ahora, por fin, lloraba.

Una hora más tarde, Bianca estaba en Fiumicino. Había llamado a su marido para decirle que se iba corriendo a Formia, a ver a su madre, hospitalizada a causa de una apendicitis. Había telefoneado a su madre para avisarla de la mentira y ahora el avión despegaba para hacer escala en el aeropuerto de Pontecagno. Con las lágrimas ocultas tras unas enormes gafas de sol, estuvo todo el rato mirando por la ventanilla. Desde lo alto vio Pozzuoli desierta, Nápoles inundada, el cráter gigantesco del Vesubio: parecía una inmensa vagina mofándose de la historia, lista para amenazar con nuevos menstros de fuego, absurdamente decidida a anunciar nueva vida en la sangre.

Desde Pontecagnano tomó un taxi para Salerno y desde allí, tras una rápida negociación con uno de los cientos de barqueros abusivos del puerto, zarpó hacia lo que quedaba del mito de Partenope.

Quien claudicaba ante los riesgos del viaje en lanchas motoras sin permiso lo hacía siempre con una punzada en el corazón. Detrás de esa necesidad siempre estaba oculta una desventura, un dolor, algo prácticamente irremediable. Lo sabían los barqueros y lo sabían las fuerzas del orden que, al estar empeñadas con problemas mayores, en los últimos días habían aflojado sensiblemente la red de los controles en el mar.

En las aguas frente al Lido Virgilio había estacionadas siete, ocho patrulleras de la policía y los carabinieri. Detrás de las cristaleras del restaurante se entreveían los monos blancos de los hombres de la científica. De los dos pisos inferiores solo quedaban los pilares. De lo demás no había rastro, la furia del mar lo había devorado completamente. Bianca se tragaba las lágrimas. Diego, Diego. ¿Qué estabas haciendo, Diego? ¿Quién eras realmente? ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene una muerte así?

La meta acordada era la abrupta ensenada del Pollione. El precio de los alquileres marítimos se había vuelto más razonable: mil euros. Bianca pagó y bajó. Fue ascendiendo por la escalera natural excavada en la roca, sumergida hasta la mitad de su altura. Se acordaba bien, un día Diego la había traído aquí con su lancha motora, la *Dafne*. Ahora por lo menos treinta escalones habían pasado del mundo de la tierra al

submarino. Quién sabe cómo estarían ahora, viscosos, cubiertos de algas, de mejillones, de musgos acuosos. Bianca estaba en lo alto del promontorio. Los olivos que poblaban la explanada se habían convertido en matojos fúnebres. Carbonizados por el incendio de Lerro. Desde una rama de una planta de laurel requemada subían volutas de humo negro. El antiguo odeón restaurado unos años antes estaba completamente ensombrecido por un color de pez. Las columnas de alrededor, el teatro de enfrente, y más allá, la villa del abogado, no eran ya más que muros abizcochados por las llamas de la noche anterior. Bianca se acercó a la morera grande, contó nueve pasos hacia la izquierda, se arrodilló y empezó a excavar con una piedra puntiaguda. Cincuenta centímetros por debajo de la tierra arenosa afloró una caja rectangular cerrada herméticamente. Ella la abrió. Dentro había un envoltorio de celofán especial, muy grueso. Ahí estaba, por fin. La pistola. Ahí estaban los seis proyectiles. Ahora ella los introduce uno por uno en el tambor, tras haberse asegurado de que el gatillo funcionara. El percutor se mueve bien, el arma está en orden: la esconde en el bolsillo interior de la cazadora negra. Tapa el agujero recién excavado. ¿De qué va a servirle esa pistola? Bianca no lo sabe aún. Camina lentamente alrededor del ex paraíso de Vedio Pollione. Recuerda una tarde de mayo. En cierto modo, seguía avergonzándose aún. Aquella tarde vino a espiar a Diego mientras cortejaba a Luce. Hacía tiempo que intuía que el abogado estaba enamorado. Había indagado como solo una hembra sabe hacerlo, hasta descubrir quién era la otra, dónde vivía y, sobre todo, había conseguido ver lo hermosa que era. Aquella noche de mayo, Bianca había saltado verjas y muros, para llegar al Pollione por la cuesta de la Gajola. Y esa misma noche se había dado cuenta de que la villa de los Sangrano no quedaba lejos del promontorio en el que ahora se hallaba. La noche en la que se torturó el corazón desde lo alto de una roca, escrutando la sonrisas de Diego y de Luce, fue la noche del carrusel de Paladino. Ahí estaba, ahora, requemado como todo lo demás. El carrusel también. Requemado, extrañamente intacto, como si hubiera estado allí desde siempre. El bronce de los caballos había desafiado a las llamas, ennegreciéndose sin perder la belleza de las formas. Bianca se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Esperó: por fin la plataforma circular se movió. Los caballos empezaron otra vez a girar bajo repentinos babeos de siroco. El artefacto sonoro seguía funcionando. Entre los estertores antiguos y resonantes del hierro le pareció volver a oír todo el mal y toda la vida.

De repente, Bianca se vio asaltada por una rabia feroz. Decidió acercarse hasta la villa de los Sangrano a través del sendero de la retama. Lo hizo. Acababan de dar las siete de la tarde. Detrás de una elevación de toba apareció el jardín del duque. El templete y la escalinata habían desaparecido. Una de las dos grandes palmeras tenía el tronco quebrado que descollaba en el agua alta. El mar había invadido todos los salones de la planta baja. La villa parecía ahora muy baja. Las habitaciones de la planta superior habían embarcado un metro de agua por lo menos. Las ventanas habían dejado de existir. Por todos los alrededores de la casa, sobre la turba fangosa e inmóvil, flotaban hojas de naranjo.

Bianca sintió que el estómago se le contraía hacia dentro, como la contracción de un caracol que se retira a su concha. Ver el desastre desde lo alto de un avión era en cierto

modo inverosímil, pero ver una casa en semejante estado provocaba dolor, una consternación profunda, una clara sensación de lo que había sucedido.

La mujer que había amado a Diego Ventre en silencio permanecía en silencio. Acurrucada junto a una excrescencia rocosa. ¿Qué sería de la ciudad? ¿Qué sería de su gente? Le pareció que todos lo habían perdido todo, para siempre. Le pareció un final que involucraba también a los muertos, a los muertos de hacía uno o dos siglos. A los muertos privados de su ciudad, privados de la belleza, privados de la llama que ardía en su memoria.

Al cabo de más de media hora, Bianca creyó estar soñando. Una figura femenina vestida con un camión color perla avanzaba de perfil por la hilera de habitaciones de la primera planta. Llevaba un cuadro de marco dorado en las manos y el agua le llegaba hasta la cintura. Ahora pasaba por la primera habitación en esquina, por la segunda, por la tercera, avanza despacio, tiene el pelo de color trigo, largo, la cuarta habitación, del trigo apenas maduro, la quinta, el pelo está mojado. *Cristo Redentor, es Luce. Es ella.* Bianca la vio caminar con lentitud, inmersa hasta el vientre en el mar que le había entrado en casa. Del agua emergían medio espejo, media estatua, medio cabecero de madera.

Luce había llegado al transepto donde se abría la gran escalera que bajaba a la planta inferior. Ahora apoyaba el cuadro en un alto casetón florentino, cogía un martillo y clavaba un clavo en la pared. Eso era, estaba colgando la tela enmarcada. Era su abuela de joven, su abuela Giulia. Bianca creyó que era un retrato de la muchacha, de lo mucho que le persuadió la semejanza. Luce permaneció contemplando la pintura durante mucho tiempo. Bianca apoyó el brazo sobre la roca y apuntó con la pistola hacia la mujer de Diego Ventre. *Moriré por Luce pero no quiero que ella muera.* Las palabras del último mensaje del abogado detonaron en la cabeza de Bianca con un agolpamiento de números y letras, códigos y secretos, promesas y juramentos. Luce se giró, miró hacia el mar. Bianca acercó el dedo al gatillo. Quién sabe si a cuarenta metros de distancia podría alcanzarla.

*Pero no quiero que ella muera... Pero no quiero que ella muera...* La mujer armada entonó un rosario silencioso consigo misma: *Diego, ¿qué debo hacer? Diego, ¿qué hago?*

En aquel momento, Luce empezó a bajar por los peldaños de la escalera. Tras el primer peldaño, el agua le superó el ombligo; tras el segundo, el agua le llegó hasta la altura del pecho; tras el cuarto, el agua le envolvió las clavículas y los hombros; tras el quinto, el agua le rozó la barbilla; tras el sexto, el agua formó un remolino alrededor de su frente, los cabellos se le irradiaron apenas bajo la superficie. Tras el séptimo peldaño, el mar se cerró lentamente sobre la cabeza de Luce. A Bianca le asaltó un ímpetu de respiración estrangulada, se sujetó la garganta, largo rato. Permaneció allí, mirando el interior de las habitaciones de la villa, hasta que se hizo de noche. Pero durante todo aquel tiempo, Luce no volvió a emerger.



Qué hermoso era el mar de Amalfi visto desde lo alto de la colina. Qué hermosa era la playa, qué hermoso era el pequeño puerto. Las personas, vistas desde allá arriba, parecían pequeñísimas entidades llamadas a vivir un gran juego de armonías secretas. La contemplación de la luz mutable que cargaba de diademas luminosas las encrespaduras del agua, el movimiento de la gente y de los automóviles minúsculos y lejanísimos captados en su velocidad sin el menor ruido, creaba una dicha inaudita.

Al cementerio de la república marinera se llegaba subiendo a través de laberintos de escaleras, pues se abría a un lado de la costa con unos largos soportales de dulce gracia.

Sandro precedía a Bianca un par de pasos. Él con la mirada baja y gafas de sol. Ella con los ojos en las sepulturas, en los cirios, en las flores marchitas, en las incisiones ilegibles sobre lápidas seculares.

Llegaron así hasta el extremo del paseo panorámico protegido en el camposanto por bóvedas de cruz y se detuvieron ante una sepultura reciente. En el mármol habían sido grabadas las letras D y V. Estaba escrito nacido el... Estaba escrito muerto el... No había, ni la habría nunca, fotografía alguna.

Bianca rezaba en silencio, con los ojos cerrados. Sandro no sabía rezar y se puso a mirar un hidroala que atracaba allá abajo para el desembarco de los visitantes. Se sentían incrédulos y tristes los dos. Ella había perdido un hombre que desde una lejanía incomprensible la había querido mucho. Él había perdido la razón misma de su existencia y, ahora que ya no estaba, se percataba de que era Ventre quien había protegido toda su vida.

Bianca colocó las rosas blancas en los jarrones en forma de cáliz clavados en la tumba. Se santiguó de nuevo y tocó tres veces el mármol con los nudillos de los dedos manteniendo la mano derecha cerrada. Tocó como si quisiera llamar a la puerta del silencio, un silencio que duraba desde hacía años. Después se volvió hacia Sandro, que le daba la espalda, y dijo:

—¿Por qué solo las iniciales?

—Han sido disposiciones tuyas.

—¿Y la fotografía?

—La fotografía no la quería.

—Tampoco en su casa quería ver fotos tuyas. Las tenía todas guardadas en un cajón. Ciertas veces decía riendo que de haber podido ni siquiera se miraría al espejo. Pero ¿por

qué todo eso?

—Señora mía, no hay nada que entender.

—En los días anteriores a la erupción estaba de lo más ausente. Pero ¿qué era lo que hacía, Sandro? Dígamelo, ¿qué hacía?

—Estaba trabajando en un asunto importante, pero ni siquiera yo sé de qué se trataba.

—¿Qué tal está su hermano?

—Bastante bien. Está en Portici, en el convento de San Pas—quale, con el padre Andolfi.

—¿Y la madre?

—Ingresada en una clínica.

—¿Vino al funeral?

—No ha habido funeral. Por cierto, tengo que darle una cosa de su parte.

Sandro se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un sobre azul.

—¿Qué es esto, Sandro?

—Es un testamento para usted. Sí, en resumidas cuentas, le deja unas cuantas cosas. Otro igual lo tiene el abogado Raimondi en Salerno.

—Pero ¿y su hermano?

—No se preocupe, señora. Hay también un testamento para él. Le deja toda la vida solucionada.

—¿La madre?

—La madre, aunque se reencarnara siete veces, tendría con qué pagarse las mejores curas del mundo. Ha dejado una suma de vértigo para la cárcel de menores de Nisida y dinero para crear una fundación que se ocupe de la legalidad en Nápoles. Todo está por escrito.

—Y perdone, Sandro...

—¿Quiere usted saber qué pasa con su mujer? El grueso va a parar a ella. La casa en Monte di Dio, una planta entera del Palazzo Maddaloni, la villa de Cetara y una montaña de pisos en Nápoles, aparte del dinero líquido, naturalmente. Eso sí, hablemos claro, siempre que su mujer esté viva.

Bianca notó que se le helaba el sudor de la espalda. Se daba cuenta de que Sandro no le diría nunca a qué se dedicaba realmente Diego Ventre. Y se sentía en la posición de quien no podía decirle a Sandro lo que Diego Ventre le había transmitido secretamente.

En cuanto a Luce, que un día de septiembre Bianca había visto desaparecer bajo la inundación de Villa Sangrano, sabía que tampoco eso debía decirlo, que tampoco eso podía decirlo.

Decidió llevar aquel juego oscuro hasta los límites del juego oscuro.

—Pero por qué, Sandro, ¿qué le ha ocurrido a su mujer?

—Señora, esa es la pregunta de las preguntas. La noche en que el abogado nos dejó, yo la vi en Cetara, en la almadraba. Pero a la mañana siguiente ya no estaba. Hay quien dice que podía estar en una casa de reposo en el Norte. Algún otro va diciendo que estaba embarazada y que podría haberse ido al extranjero para que naciera allí el niño.

—¿Y eso quién lo ha dicho, Sandro?

—Su madre. Pero, al menos por lo que parece, ni ella siquiera sabe dónde está su hija. La duquesa y su marido siguen viviendo en Castellabate. Es cuestión de unos meses más. El nivel del mar está descendiendo a un ritmo de tres centímetros al día. El abogado, antes de morir, había dejado arregladas todas las cosas de los Sangrano. Por lo tanto, no tardarán en volver a Posillipo, y si su mujer le corta a él las manos para que no vuelva a tocar las cartas del póquer, podrán apañárselas otras doce generaciones gracias a esas propiedades.

Bianca permaneció en silencio, con los codos apoyados en la balaustrada de traquita que daba a la costa de Amalfi. Después decidió preguntar lo que sabía que no podría volver a preguntar nunca más.

—Sandro, ¿estaba embarazada? ¿Dice usted que estaba embarazada?

—Sí. Sí, desapareció en septiembre y ya entonces... Ya sabe usted, ciertas cosas se ven... Se notan.

Bianca sintió que la garganta se le encogía con el nudo corredizo de la más pura de las pesadumbres. Volvió a ver la cabeza de Luce sumergirse en el remolino del agua turbia. Si había muerto, no había muerto sola.

—¿Y usted qué cree, Sandro? ¿Dónde le parece que puede estar?

—Que quiere que le diga... No tengo ni idea... Imagínese, uno que pesca en la zona entre Pollione y Posillipo le ha dicho a un amigo mío que anda por ahí. Allí, en la Villa Sangrano, en su casa. La casa está medio inundada, pero dice que la señora sale con la barca a las horas más absurdas. De día no se deja ver y, de noche, a cualquiera que aparezca por la casa y quiera, digamos, un favor por su parte, ella se lo hace sin resistirse lo más mínimo.

—¿Un favor?

—Un favor, *signò*: el amor, por explicar el asunto con una cucharadita de azúcar. Pero ya sabe usted cómo son las cosas, la gente tiene mucha fantasía.

—Sandro, disculpe, pero ¿cómo murió Diego? ¿Qué había ido a hacer al Lido Virgilio? Y usted, ¿por qué no estaba allí con él?

Bianca había sentido el impulso irrefrenable de hacer la pregunta que ella misma consideraba inútil. En efecto, el hombre de las gafas de sol le contestó sin mirarla:

—Señora, el Lido Virgilio era propiedad suya. Yo no estaba allí porque se me habían encargado otras cosas. Cómo murió lo sabe todo el mundo. Murió de un disparo.

El mes de los muertos nunca había resultado tan místico en Nápoles. El mar chapoteaba en las calles del centro histórico con una altura de sesenta centímetros. El pórfido y los empedrados habían cedido por doquier, provocando espantosos hundimientos. Ciertas mañanas, cuando las corrientes limpiaban las calles de la podredumbre líquida proveniente de las alcantarillas que estallaban, se entreveían a través de la transparencia de las aguas ruinas griegas, muros romanos, decoraciones parietales increíblemente intactas. La naturaleza deseaba el final de la historia que no le gustaba y la regeneración de la historia que quería.

El Estado central había promulgado su decreto para la reconstrucción. Europa disponía sus fondos. Los vulcanólogos confirmaban la continuación de la actividad sísmica y eruptiva de los Campos Flégreos, prediciendo imprecisos despertares del Vesubio en los próximos diez años.

En San Giorgio, Herculano, San Sebastiano y en toda la zona restante de los municipios en peligro estaba claro a esas alturas que había mucho que demoler.

Todo lo que hubiera sido construido tras la segunda guerra mundial debía ser abatido inexorablemente. La gente perdería sus casas, pero el Gobierno prometía pagarlas según parámetros de valoración objeto de estudio por parte de una comisión especial.

De esta manera, Nápoles se convertiría en una ciudad artística única en el mundo, una ciudad donde en la misma plaza se verían bajo pasarelas de cristal antideslizante toda la belleza de la arquitectura griega, y toda la estratificación de la romana, mientras que al nivel de los caminantes aparecería el esplendor de los siglos dieciocho y diecinueve en iglesias y edificios.

Entre Portici y Torre del Greco se proyectaba el renacimiento de la Milla de Oro, el trayecto hechizado de la aristocracia napolitana, que se había construido sus palacetes con jardines a orillas del mar o junto a la residencia veraniega de los Borbones.

En Roma, el Presidente estaba enredado en consultas febricitantes. Tenía un problema que resolver: encontrar al sucesor de Diego Ventre. La cuestión le pareció de lo más espinoso desde el principio. ¿Dónde hallar un hombre de aquel charme y de aquella inteligencia, que estuviera en condiciones de negociar con las bandas mafiosas y el mundo de la política, con los capitalistas estadounidenses y con la Iglesia, con los buenos y con los malos? No era nada sencillo. Un día, recibió una llamada de Nueva York. Era él, el siciliano sabio con el que Diego se había visto por última vez en California. El

maestro absoluto del control y del equilibrio, el gran viejo, había llamado al Presidente y el Presidente había acogido el inesperado contacto como la aparición de un santo que viene a predicar el camino de la salvación. Le había invitado a San Francisco, susurrando un aviso:

—No emplearemos más que el tiempo de un café. Amigo mío, la democracia desviada se ha inventado la fábula de que todos son sustituibles. No es cierto. Una persona puede cambiarse, pero no sustituirse. El abogado de Nápoles no deja herederos.

El Presidente se atrevió a sugerir:

—Pero usted, si quiere, puede echarle una mano a Italia. Aprecio su modestia, pero todos sabemos que, si usted quiere, puede resolver cualquier cosa.

Desde la otra punta del mundo, él había permanecido en silencio. Se oyó el ruido metálico del encendedor y una bocanada de humo.

—Verá, Presidente, yo estoy mayor. La paciencia no es infinita. A los tigres se les doma, a las hienas, no.

Los sucesores que aspiraban a sentarse en el trono invisible de Ventre eran muchos, y aumentaban de hora en hora; se corría el riesgo de que con el cuerpo de Nápoles tuvieran que banquetear los tigres, las hienas, los cuervos, los buitres, las aves de paso, los gusanos y las moscas, descornándose entre ellos ahora y para siempre por los siglos de los siglos.

En aquella temprana tarde de noviembre, un tren recorría con lentitud extenuante las vías que daban al mar a la altura de Pietrasa. En un vagón estaba el padre Andolfi con cinco seminaristas. En el vagón sucesivo estaba Manlio: se había apartado para rezar.

Habían estado todos de visita en Montecassino durante tres días. Entre los huéspedes de la abadía había un monje del que solo el padre Andolfi sabía algo.

Manlio pasaba días penosos. Por las noches había que socorrerlo porque se despertaba gritando el nombre de Diego, diciendo que lo había visto un instante antes a su lado acariciándole el pelo.

De modo que una noche acompañaron al muchacho por las penumbras resonantes del monasterio inmenso hasta la puertecita de una celda a la que se llegaba a través de un laberinto de rellanos, pasadizos, escalerillas. Fue llevado en presencia de aquel al que todos llamaban el hombre de Dios. Era un viejo de más de ochenta años. Tenía el rostro afilado, la frente serena, los ojos claros.

Estaba acurrucado contra un pequeño muro de piedra encajado en el hueco de la ventana y miraba a lo lejos, hacia la oscuridad de los bosques. Hizo un gesto con la barbilla, señalando un taburete de paja. Manlio se sentó mirándose las rodillas. La puerta se cerró. Se quedaron solos. De las paredes blancas colgaba únicamente un crucifijo del siglo XVII, completamente hecho de cartón piedra. Sobre una mesa carcomida había un Ecce Homo de madera, clavado para siempre en la elevación celeste de sus ojos maravillosos que escrutaban las alturas desde debajo de la coronación sanguinosa de las espinas.

El monje desplegó levemente una sonrisa en sus labios, simple como es simple el silencio de los pobres, tomó una mano a Manlio y se la apoyó sobre el pecho del

muchacho, a la altura del corazón. La mantuvo allí largo rato, sin hablar.

Bajo la palma del hermano de Diego estaba el latido de la vida, sobre el dorso de la vida estaba la mano del viejo.

—Paz. Paz. Paz.

El monje desvelaba la limpidez de su voz humilde y cálida. Cuando Manlio se cruzó con sus hermosos ojos, empezó a lagrimar con un llanto que nunca antes había conocido, porque era un llanto sereno, dulce, comprimido.

—Tú ya no tendrás miedo. Nunca más. Cada hombre es clavado a su cruz una sola vez. En tu crucifixión se halla tu dolor, pero es en el dolor donde renacemos. En este mundo la resurrección puede ocurrir cada día, basta con tener ojos para verla.

El viejo secó con sus dedos las lágrimas de Manlio, que habían resbalado por las mejillas y el cuello.

—Mira la estatua del *Ecce Homo*. Mírala bien, Manlio. Está compuesta de muchos detalles. Las venas por debajo de la piel, el espasmo del cuello, la sangre que le brota de las sienes, la profundidad de los ojos. Muchos detalles. Pero todos esos detalles sirven para unirse y relatar el sufrimiento de Cristo y el coraje de aceptarlo. Ningún detalle sirve por sí solo, el detalle no es nada sin la alianza y la armonía con todos los demás detalles. Nuestra vida, Manlio, es solo un detalle. Nuestra vida no expresa nada si no entra en comunión con otras vidas. Nuestra vida es un detalle nacido de las vidas que nos han precedido, y es también un detalle que sirve de cimiento a las vidas que nos sucederán. Tú eres un detalle originado por muchas existencias. Debes soportar el peso de lo que te ha ocurrido. Pero no tienes culpa en ello. Actuaste por la falta de amor. Actuaste por el amor que querías y por el amor que querías dar. No te mueras, Manlio, no te mueras. No te mueras, porque nada muere.

El muchacho se inclinó imperceptiblemente hacia el monje y el monje le ofreció las manos. Manlio cayó de rodillas, acercó una mejilla a las piernas del viejo, sintió la mano derecha de él posarse entre sus cabellos y permaneció así durante un tiempo infinito. La lámpara de aceite que ardía por el suelo en un rincón se iba haciendo cada vez más pequeña, centelleaba de verdusco, de ocre, de azul, y después, por fin, la llama, que se había convertido en un grano de arroz, se apagó. La celda quedó a oscuras. El muchacho se adormeció con la cabeza abandonada a las caricias. Con las primeras luces del alba, se despertó, besó la pálida mano que le bendecía y la miró por última vez. Recibió en la frente la señal de la cruz, se levantó y se encaminó hacia la salida bajo la luz incierta de la mañana temprana.

—Y recuerda, Manlio, que no hay nada que nos parezca perdido que no podamos conservar en nosotros. En nuestra vida no perdemos nunca nada. Recuérdalo bien, nunca nada. Y nunca nada puede sernos realmente arrebatado.

Ahora el tren seguía avanzando a paso de hombre. El tramo ferroviario a las puertas de Nápoles había sido restaurado hacía poco y se ahogaba en paradas, extenuaciones, demoras sitiadas por precedencias y atascos. Manlio miraba a través de la ventanilla las extensiones irregulares de arenas volcánicas. El sol de las tres dispensaba su velo radiante sobre las escolleras y las espumas marinas, cuando, a la altura del Lido Dorato, apareció

en la playa una mujer con un vestido de algodón claro. Tenía largos cabellos como de trigo antiguo, apenas madurado, sujetaba en su mano derecha un par de sandalias de cuerda y caminaba descalza por la arena. Su mano izquierda estaba apoyada en su vientre en espera. Era una mujer embarazada. Era Luce. Manlio se sintió morir y vivir, pegó los ojos y la frente contra el cristal de la ventanilla y miró mientras el tren se alejaba despacio.

Era ella. Era Luce. Estaba embarazada. Delante de la muchacha corría un perro blanco y negro de pelaje largo que jugaba a perseguir y a rehuir la resaca del mar. Luce sonreía, lo hacía saltar, lo acariciaba, le lanzaba piedras. Y si Manlio, en ese momento, hubiera podido leer en los pensamientos de Luce, habría encontrado en ellos el rostro antiguo y jovencísimo de Osiris muerto a manos de su hermano Seth. Ahora ella sentía que debía recomponer en su interior la armonía que el hombre había perdido. Era necesario reunir el cuerpo disperso de la belleza, el cuerpo de la ciudad, el cuerpo de sus hijos. Luce sentía que el principio estaba en ella, que la semilla de los días de la paz estaba en ella. Se llevó la palma de la mano derecha al vientre y la sostuvo allí quieta.

Manlio se reflejó en el cristal de la ventanilla y se sorprendió sonriendo. Luce estaba viva.

Luce estaba embarazada. Nacería un niño pequeño, un pequeño niño, hijo de ella e hijo de Diego. Las palabras de la noche pronunciadas por el monje se desgranaron en cien estrellas fieles.

Nunca nada puede sernos realmente arrebatado. El perro echó una carrera jubilosa en círculos alrededor de Luce, Luce levantó con un pie descalzo una nube de arena en broma, la vista de la playa quedó cubierta por una pared de toba que empezó a discurrir frente a la ventanilla y Manlio dejó caer la nuca contra el respaldo.

Sintió el impulso de correr al vagón de al lado para contarle a gritos al padre Andolfi lo que acababa de ver. Pero no tenía fuerzas. No tenía fuerzas y no quería que se pensara en su enésima alucinación. Juntó las manos, las sintió tibias, tibias como hacía mucho tiempo que no le ocurría. Escuchó su voz dentro de sí mismo que decía: *Ave María, llena eres de gracia*. La oración no se desplegaba. Manlio se sentía feliz y repetía hasta el infinito: *Ave María, llena eres de gracia*.

Todo relucía con una quietud jubilosa, aquí y allá aparecían al borde de la línea férrea plátanos con hojas verdes y dorados púdicos de otoño. La tarde anunciaba dulzuras por el horizonte tranquilo.

El día se adormece, igual que esta historia, y tú que la lees deberías saber que no la habría relatado sin ti. Hemos escogido juntos cada palabra y juntos hemos decidido callar aquello que el alma no quiere decir más allá del silencio. Tú sabes que es verdadera porque la has querido conmigo. En alguno de tus días futuros, entre los pasos perdidos de las calles anticuarias de Nápoles o de Europa, tal vez poses tus ojos distraídos en un gran cuadro. Descubrirás una mujer sentada, de largos cabellos de color trigo antiguo, una mujer sentada que sonríe, una mujer sentada que te ofrece la mano, en cuyo dorso está apoyada una mariposa o una serpiente.



## Gracias

A la preciosa inteligencia de Candida De Iudicibus.  
Al otoño luminoso de Serramezzana.  
A los cuidados silenciosos de Alberto Rollo.  
Al verano adolescente de San Mango.  
A la hermosa caballería, toda ella emballestada, de Carlo Buga.  
A las herramientas del oficio de Luigina.  
A la ciencia de la tierra de Maurizio Bonadies.  
A Wolf, Laika, Chicco y Ofi.  
A los naranjos misteriosos de Capograssi.  
Al príncipe de Lampedusa.  
Al duque de Palma.  
A la primavera de Furore.  
A la muerte de la belleza.  
A los buenos espíritus de Fiumefreddo.  
A Micol Finzi-Contini.  
A las tardes en La Via di Massa Lubrense.  
A Aldo De Simona, el primer maestro.  
A mi genial amigo Giampiero, generoso Zorro.  
Al ángel que entona alegre el gregoriano.  
Al Bruno hermano de sus catorce años.  
Al antiguo palacio de Roma.  
A mi padre y a mi madre.  
A mis hermanos mayores y distantes.  
A mi hermano pequeño y cercano.  
A todos mis primos y a mis sobrinos.  
A mis tíos vivientes.  
A mis abuelos y a mis tíos invisibles y vivos.  
A todos mis actores.  
Al sueño del hermoso sol catalán.  
A la dulzura solemne de Via Butera en Palermo.  
A los estupendos días de la Milla de Oro.  
A la gallardía que supo capitular por amor.  
A quien está herido de muerte.

Los versos de Keats de la pág. 37 han sido tomados de la traducción de A. Sánchez, revisada por E. Sánchez Bustamante, publicada en *Poesía completa* (Ediciones 29, Barcelona, 1986), tomo II, pág. 145.

Los fragmentos de Estacio que se citan en la página 38 y en las páginas 155-156 corresponden a la traducción de F. Torrent Rodríguez, en Publio Papinio Estacio, *Silvas* (Gredos, Madrid, 1995), pág. 160.

El fragmento del libro VII de la *Eneida* que aparece en la página 56 se ha tomado de la traducción de Javier de Echave-Sustaeta (Madrid, Gredos, 2010) pág. 216.

## Notas

- <sup>1</sup> ¡Anda y que te la chupen! (*N. del T.*)
- <sup>2</sup> Exclamaciones de asombro equivalentes en castellano a «Me cago en la puta» o al eufemismo «Mecachis en la mar». (*N. del T.*)
- <sup>3</sup> ¡Menuda panda de bufones! (*N. del T.*)
- <sup>4</sup> Literalmente «Un café con todo el azúcar dentro de la taza», es decir, café (o posibilidades) para todos. (*N. del T.*)
- <sup>5</sup> Dolor de cabeza. (*N. del T.*)
- <sup>6</sup> El culo con la raja. (*N. del T.*)
- <sup>7</sup> Ese pedazo de mierda. (*N. del T.*)
- <sup>8</sup> Mi novia. (*N. del T.*)
- <sup>9</sup> Por cosas así no se llora. Estas cosas se arreglan. (*N. del T.*)
- <sup>10</sup> Pan con relleno de entrañas de ternera, vendido en puestos callejeros, típico de Palermo. (*N. del T.*)
- <sup>11</sup> Oye, mariconcete. (*N. del T.*)
- <sup>12</sup> ¿Te apetece que te metan un buen pistolón por el culo? (*N. del T.*)
- <sup>13</sup> Una especie de rosquillas, cubiertas de alcorza, típicas de la región de Campania. (*N. del T.*)
- <sup>14</sup> *Miseria e nobiltà* [Miseria y nobleza] (1887) es la obra más célebre del creador del teatro en dialecto napolitano, el actor y comediógrafo Eduardo Scarpetta (1853-1925), de la que se han hecho varias adaptaciones cinematográficas, la más famosa en 1954, protagonizada por el gran actor Totò. (*N. del T.*)
- <sup>15</sup> Edificios que albergan, respectivamente, la Cámara de diputados y el Senado italianos. (*N. del T.*)
- <sup>16</sup> Hemos pillado por una carretera del interior. (*N. del T.*)
- <sup>17</sup> Cago en la puta. (*N. del T.*)
- <sup>18</sup> Literalmente, «el pequeño monje», duendecillo de la tradición popular napolitana. (*N. del T.*)
- <sup>19</sup> Abogado, ¿se puede fumar aquí dentro? (*N. del T.*)
- <sup>20</sup> Variedad vinícola típica de la costa de Amalfi. (*N. del T.*)
- <sup>21</sup> Acquasa, o tú la tienes demasiado gorda o este zorrón lo tiene demasiado estrecho. (*N. del T.*)

## Créditos

Título original: *Fuoco su Napoli*

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milano (maggio 2010)

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-896-5

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

|                                                                           |     |
|---------------------------------------------------------------------------|-----|
| Portadilla                                                                | 2   |
| FUEGO SOBRE NÁPOLES                                                       | 10  |
| 1. Pozzuoli. 13 de mayo. Mañana. Una lancha motora blanca en el mar       | 11  |
| 2. Nápoles. 13 de mayo. Mañana. El estudio del pintor Francesco De Mattia | 15  |
| 3. Posillipo. 13 de mayo. Mañana. Villa Sangrano                          | 21  |
| 4. Nápoles. 13 de mayo. Tarde. Comida en Villa Sangrano                   | 23  |
| 5. Nápoles. 13 de mayo. Tarde                                             | 25  |
| 6. Nápoles. 13 de mayo. Última hora de la tarde. San Sebastiano           | 27  |
| 7. Nápoles. 13 de mayo. Noche. Una fiesta en Villa Valenti                | 30  |
| 8. Posillipo. 13 de mayo. Noche. Villa Sangrano                           | 36  |
| 9. Nápoles. 14 de mayo. Primeras horas de la madrugada. Lido Virgilio     | 39  |
| 10. Posillipo. 14 de mayo. Mañana. Villa Sangrano                         | 44  |
| 11. Nápoles. 14 de mayo. Mañana. La casa de Diego Ventre                  | 47  |
| 12. Nápoles. 14 de mayo. Mañana. Las calles                               | 50  |
| 13. Nápoles. 14 de mayo. Tarde. Un ático en San Giovanni                  | 55  |
| 14. Nápoles. 14 de mayo. Tarde. Una jornada de Diego Ventre               | 59  |
| 15. Nápoles. 14 de mayo. Tarde                                            | 66  |
| 16. 14 de mayo. Una jornada de Maria Amerigo                              | 69  |
| 17. Nápoles. 14 de mayo. Tarde. El bufete Ventre                          | 72  |
| 18. Posillipo. 14 de mayo. Tarde. Villa Sangrano                          | 75  |
| 19. Nápoles. 14 de mayo. Noche                                            | 77  |
| 20. Posillipo. 14 de mayo. Noche. Villa Sangrano                          | 82  |
| 21. Nápoles. 15 de mayo. Alba                                             | 88  |
| 22. Nápoles. 15 de mayo. Alba                                             | 91  |
| 23. Nápoles. 15 de mayo. Tarde. Consulta De Giuseppe                      | 96  |
| 24. Nápoles. 15 de mayo. Tarde. En la Milla de Oro                        | 99  |
| 25. Roma. 15 de mayo. Tarde. Casina Valadier                              | 102 |
| 26. Nápoles. 16 de mayo. Mañana                                           | 107 |
| 27. Posillipo. 16 de mayo. Medianoche. Villa Pollione                     | 110 |
| 28. Posillipo. 17 de mayo. Medianoche. Villa Pollione                     | 115 |
| 29. Posillipo. 18 de mayo. Medianoche. Villa Pollione                     | 119 |
| 30. Los Ángeles–Santa Mónica. 19 de mayo. Tarde                           | 126 |
| 31. Nápoles. 19 de septiembre. Al alba                                    | 131 |

|                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------|-----|
| 32. Cetara. 20 de septiembre. Tarde. La Almadraba              | 135 |
| 33. Cetara. 20 de septiembre. Tarde. La Almadraba              | 142 |
| 34. Cetara. 20 de septiembre. Noche. La Almadraba              | 150 |
| 35. Salerno. 21 de septiembre. Mañana. El bufete Ventre        | 153 |
| 36. Salerno. 21 de septiembre. Primera hora de la tarde        | 158 |
| 37. Cetara. 21 de septiembre. Tarde. La Almadraba              | 162 |
| 38. Cetara. 21 de septiembre. Noche. La Almadraba              | 165 |
| 39. Salerno. 22 de septiembre. Mañana. Clínica de Pontecagnano | 168 |
| 40. Cetara. 22 de septiembre. Mañana. La Almadraba             | 171 |
| 41. Templos de Paestum. 22 de septiembre. Mañana               | 173 |
| 42. Cetara. 22 de septiembre. Noche. La Almadraba              | 176 |
| 43. Cetara. 23 de septiembre. Mediodía. La Almadraba           | 179 |
| 44. Cetara. 23 de septiembre. Tarde. La Almadraba              | 182 |
| 45. Cetara. 23 de septiembre. Las 19.15 horas. La Almadraba    | 185 |
| 46. Salerno. 23 de septiembre. Las 20.40 horas En el puerto    | 187 |
| 47. Cetara. 24 de septiembre. Mañana. La Almadraba             | 190 |
| 48. Salerno. 24 de septiembre. Tarde. El bufete Ventre         | 193 |
| 49. Cetara. 24 de septiembre. Noche. La Almadraba              | 197 |
| 50. Posillipo. 24 de septiembre. Noche. Villa Pollione         | 199 |
| 51. Nápoles. 24 de septiembre. Noche. En el agua               | 201 |
| 52. Nápoles. 24 de septiembre. Noche. Lido Virgilio            | 203 |
| 53. Portici. 25 de septiembre. Alba. Convento de San Pasquale  | 206 |
| 54. Roma. 25 de septiembre. Alba. En via Nomentana             | 209 |
| 55. Un día de octubre                                          | 214 |
| 56. Un día de noviembre                                        | 217 |
| Gracias                                                        | 222 |
| Notas                                                          | 224 |
| Créditos                                                       | 225 |